ESPOSA AMANTE ASESINA



MARTA LÓPEZ

Copyright © 2025 Marta López

Esta obra está protegida por la legislación vigente en materia de derechos de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley. Cualquier uso no autorizado de esta obra será perseguido conforme a la normativa aplicable.

CONTENTS

Copyright
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

ESPOSA AMANTE ASESINA



MARTA LÓPEZ

CAPÍTULO 1

Despierto con un moretón en el brazo derecho que no recuerdo haberme hecho.

Es amarillo verdoso en los bordes, púrpura en el centro. Forma ovalada. Del tamaño de un pulgar.

Damián ya no está en la cama.

Me quedo mirando la marca mientras escucho el agua de la ducha en el baño principal. Intento recordar. Ayer preparé la cena. Salmón con espárragos. Damián llegó tarde, como siempre. Comimos en silencio. Después... nada.

Un hueco.

Me levanto y me cubro el brazo con la manga de la bata. La cama de Damián está hecha a su lado, las sábanas estiradas con precisión militar. Yo todavía duermo hundida en las mías.

Ocho años casada y aún hacemos la cama por separado.

En la cocina, preparo café. El sol entra por la ventana del desayunador e ilumina los electrodomésticos de acero inoxidable que Damián insistió en comprar. Todo en esta casa es de acero inoxidable o mármol blanco. Todo es frío.

Reviso mi móvil mientras espero que el café se haga.

Cuenta bancaria: bloqueada.

La misma notificación de siempre. Acceso denegado. Necesita autorización del titular principal. El titular principal es Damián. Yo solo puedo ver el saldo: ochocientos euros. Mi asignación mensual para supermercado y gastos personales.

Antes ganaba más que eso en una semana.

El móvil vibra. Número de la Residencia San Antonio.

—¿Señora Molina?

Ya no les corrijo. Dejé de usar mi apellido hace tres años.

—Sí.

—Llamamos por el pago del mes. Todavía no se ha procesado.

Cierro los ojos.

—Lo sé. Mi esposo lo transferirá hoy.

—Entiendo, pero necesitamos regularizar la situación antes del viernes o...

—Lo hará hoy —repito—. Gracias.

Cuelgo antes de que puedan decir nada más sobre "políticas de la residencia" o "listas de espera". Mi madre lleva seis años en San Antonio. Seis años viendo cómo el Alzheimer se la come por dentro, y yo sin poder pagar ni un solo mes sin permiso de Damián.

El agua de la ducha se detiene.

Me sirvo el café en la taza que me regaló mi madre antes de enfermar. Dice "La mejor contadora del mundo". Yo era contadora. Ahora soy ama de casa.

Damián entra a la cocina con el traje gris oscuro, el pelo perfectamente peinado hacia atrás, el olor de su colonia carísima llenando el espacio. Es guapo. Objetivo, técnicamente guapo. Mandíbula cuadrada, ojos verdes, un metro ochenta y cinco de confianza.

—Buenos días —dice sin mirarme.

—Buenos días.

Se sirve café en su taza térmica de diseño. Revisa su móvil. Teclea algo. Sonríe a la pantalla.

No me pregunta cómo dormí.

No menciona el moretón.

—Necesito que transfieras el pago de la residencia —digo.

Levanta la vista.

—¿Ya?

—El mes pasado.

Suspira como si le acabara de pedir que donara un riñón.

—Está bien. Lo haré desde la oficina.

—Llaman todos los días.

—He dicho que lo haré.

Vuelve a su móvil. Teclea. Sonríe de nuevo. Esa sonrisa pequeña, privada, que nunca me dedica a mí.

—¿Hoy también llegas tarde? —pregunto.

—Tengo reunión con un cliente.

—¿Qué cliente?

Me mira como si acabara de preguntarle algo inapropiado.

—Un cliente importante.

Guarda el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta. Se acerca y me besa en la frente. Un gesto automático, sin calor.

—No me esperes despierta.

Sale de la cocina. Escucho la puerta del garaje abrirse, el motor de su Audi, el silencio después.

Me quedo sola con mi café frío y mi brazo marcado.

Lavo la taza. Limpio la encimera. Doblo el paño de cocina en triángulo perfecto, como le gusta a Damián. Después camino hacia el garaje.

Mi coche está donde siempre, un Seat León de cinco años que Damián dice que tengo que cambiar pero nunca me da permiso para hacerlo. Abro la puerta del conductor. Necesito recoger el recibo del supermercado que dejé ayer en la guantera.

Algo llama mi atención en el asiento trasero.

Un pedazo de tela negra.

Me inclino. Lo recojo.

Es ropa interior. De mujer. De encaje.

La sostengo entre los dedos como si fuera a quemarme.

No es mía.

Reviso el asiento, el suelo. Nada más. Solo esto. Escondido a medias bajo el asiento del conductor, como si alguien se hubiera vestido con prisa.

El café me sube por la garganta.

Damián usó mi coche.

Hace tres días me pidió las llaves porque el suyo estaba en el taller. Lo usó un día completo. Me lo devolvió limpio, como siempre. Obsesivamente limpio.

Pero no revisó debajo del asiento.

Sostengo la prenda. Huele a perfume. No es mi perfume. Es más dulce, más joven.

La ropa interior es de encaje negro.

Talla pequeña.

Yo uso la mediana.

CAPÍTULO 2

Guardo la ropa interior en el bolsillo de mi bata.

No sé por qué. Instinto, quizás. Evidencia. Prueba de que no estoy loca.

Porque eso es lo que Damián dirá.

Subo a la habitación y escondo la prenda en el fondo de mi cajón de ropa interior, debajo de los sujetadores que ya no uso. Después me ducho. El agua caliente me quema la piel pero no me limpia la sensación de suciedad.

Ocho años.

Ocho años creyendo que conocía a mi marido.

Me visto con un pantalón vaquero y una camisa blanca. Ropa anodina. Ropa de mujer que no llama la atención. Damián prefiere que no llame la atención.

El día se arrastra. Limpio la casa aunque ya está limpia. Preparo la lista del supermercado. Reviso el móvil cada diez minutos esperando la notificación de transferencia a la residencia.

No llega.

A las tres de la tarde marco el número de Damián.

Salta el buzón de voz.

Marco de nuevo.

Buzón de voz.

A las seis, escucho su coche en el garaje.

Llega temprano. Eso nunca pasa.

Entra por la puerta de la cocina con una sonrisa que no le llega a los ojos y una bolsa de la pastelería cara del centro. Mi pastelería favorita. La que dejamos de frecuentar hace dos años porque Damián dijo que necesitaba cuidar mi figura.

—Te traje tu tarta preferida —dice.

La deja sobre la encimera. Tarta de limón. Mi favorita.

No me muevo.

—¿Qué celebramos? —pregunto.

—¿Necesitamos motivo?

Me mira con esa cara de inocencia estudiada que debe practicar frente al espejo. Me acerco a la bolsa. Saco la tarta. Es perfecta. Glaseado brillante, merengue tostado en los picos.

—Encontré algo en mi coche —digo.

Damián abre la nevera. Saca una botella de agua.

—¿Qué cosa?

—Ropa interior. De mujer.

Bebe agua. Lentamente. Cierra la botella. Me mira.

—¿Y?

—No es mía.

—Carla...

—Usaste mi coche hace tres días.

Suspira. El suspiro de hombre paciente ante mujer irracional.

—Sí, usé tu coche. Porque el mío estaba en el taller.

—Entonces explícame qué hacía eso debajo del asiento.

Se apoya contra la encimera. Cruza los brazos. Su lenguaje corporal dice que estoy siendo ridícula.

—¿Dónde está?

—¿Qué?

—La ropa interior que supuestamente encontraste.

Siento el calor subirme por el cuello.

—La guardé.

—Tráela.

Subo las escaleras con las piernas temblorosas. Abro el cajón. La prenda sigue ahí, pequeña y negra y real. La bajo.

Damián la examina como si fuera evidencia contaminada.

—Esto es tuyo —dice.

—No.

—Carla, esto es tuyo. Te lo compré hace dos meses. ¿No recuerdas?

Me quedo mirándolo.

—Nunca me compraste eso.

—Para tu cumpleaños.

—Mi cumpleaños fue hace cuatro meses.

—Entonces para nuestro aniversario.

—Damián...

—Carla. —Su voz se endurece—. Mírame.

Lo miro.

—Últimamente te olvidas de cosas. Dejas objetos en lugares raros. Ayer encontré las llaves del coche en la nevera.

—Eso no...

—En. La. Nevera.

No recuerdo haber hecho eso. Pero tampoco recuerdo muchas cosas últimamente. Como el moretón de mi brazo. Como anoche después de cenar.

Los huecos.

—Creo que estás bajo mucho estrés —continúa—. La situación de tu madre, el aislamiento, no trabajar...

—No trabajo porque tú no querías que trabajara.

—Porque pensé que necesitabas tiempo para ti. Para cuidarte. —Se acerca. Me toma las manos. Sus palmas están frías—. Pero quizás necesitas ayuda profesional.

—No estoy loca.

—Nadie dice que estés loca. Solo estresada. Ansiosa.

Retiro las manos.

—Esa ropa interior no es mía.

—¿Entonces de quién es? —Su voz sube un tono—. ¿Crees que tengo una aventura? ¿Crees que soy tan estúpido como para dejar evidencia en tu coche?

No respondo.

—¿Sabes qué creo? —dice—. Creo que la pusiste tú ahí.

—¿Qué?

—Inconscientemente. Como una prueba. Para justificar tus sospechas.

—Eso es...

—¿Absurdo? Sí. Como encontrar llaves en la nevera. Como olvidar conversaciones enteras. Como despertarte con moretones que no recuerdas haberte hecho.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo sabes...?

—Porque te observo, Carla. Porque me preocupo. Y francamente, me estás asustando.

Da un paso atrás. Se pasa la mano por el pelo. Actor consumado.

—Voy a hacer una cita con el doctor Bermúdez. Un chequeo completo. Análisis de sangre, resonancia si hace falta.

—No necesito...

—Y mientras tanto... —Abre el cajón donde guardamos los medicamentos. Saca un blíster de pastillas—. Esto te ayudará.

Las reconozco. Alprazolam. Las que me recetaron hace un año cuando tuve el ataque de pánico en el supermercado. Las que tomé durante dos semanas y me dejaron zombi.

—Ya no las tomo.

—Quizás deberías volver a tomarlas.

—Me dejan atontada.

—Te dejan tranquila. Que es lo que necesitas.

Deja el blíster sobre la encimera. Entre nosotros. Las pastillas blancas visibles a través del plástico transparente.

—No voy a obligarte —dice—. Pero piénsalo. Por favor.

Sale de la cocina. Lo escucho subir las escaleras. La puerta del despacho se cierra.

Me quedo sola con la tarta de limón y las pastillas.

Miro una.

Después la otra.

La tarta es un regalo. Las pastillas son ayuda.

O la tarta es una disculpa. Y las pastillas son control.

Tomo el blíster. Lo sostengo contra la luz.

Damián tiene razón en algo: últimamente olvido cosas. Demasiadas cosas.

Y necesito estar lúcida.

Necesito recordar.

Abro el grifo y dejo correr el agua. Rompo el blíster. Sostengo una pastilla sobre la palma de mi mano.

Damián baja las escaleras.

—¿Carla?

Me giro.

Él me ve con la pastilla en la mano. Sonríe.

—Bien —dice—. Eso está bien.

Me acerco al vaso de agua que dejó sobre la encimera.

Me llevo la pastilla a la boca.

Bebo.

Damián asiente, satisfecho, y vuelve a subir.

Espero hasta escuchar la puerta del despacho.

Después escupo la pastilla en mi mano y la tiro por el desagüe.

CAPÍTULO 3

Esa noche no duermo.

Me quedo despierta escuchando la respiración de Damián a mi lado. Profunda. Regular. La respiración de hombre sin culpa.

O de hombre que sabe fingir muy bien.

A las tres de la madrugada me levanto y bajo al despacho. Damián guarda copias de todos sus extractos bancarios en el archivador metálico junto a la ventana. Está cerrado con llave, pero sé dónde esconde la llave.

Debajo del pisapapeles de cristal que le regaló su padre.

Algunos hábitos no cambian.

Abro el archivador sin hacer ruido. Saco las carpetas de los últimos seis meses. Me siento en el suelo con mi móvil como única luz.

Fui contadora durante ocho años antes de casarme con Damián. Trabajé en auditoría para una firma de Madrid. Sabía leer extractos bancarios antes de saber leer poesía.

Las cifras nunca mienten.

Las personas sí.

Paso los dedos por las líneas. Transferencias a proveedores. Pagos de tarjeta de crédito. Nóminas. Seguros.

Después veo algo.

Pagos mensuales a nombre de M. Durán.

Mil quinientos euros. Cada mes. Siempre el día quince.

Reviso los extractos anteriores. El primer pago es de hace dieciocho meses. Justo cuando Damián contrató a su nueva asistente personal.

Mónica Durán.

Mil quinientos euros mensuales más su salario oficial.

Fotografío cada extracto con el móvil. Guardo las imágenes en una carpeta oculta. Después devuelvo todo a su lugar.

Cuando regreso a la cama, Damián se mueve.

—¿Dónde estabas? —murmura.

—En el baño.

Se da la vuelta y sigue durmiendo.

Yo me quedo mirando el techo hasta que amanece.

Por la mañana actúo con normalidad.

Preparo el desayuno. Café. Tostadas. Mermelada de naranja amarga que Damián prefiere. Me muevo por la cocina como autómata mientras él lee las noticias en su tableta.

—Hoy sí transferiste el pago de la residencia —digo.

—Te dije que lo haría.

—Gracias.

Asiente sin levantar la vista.

Lleva la camisa azul claro que le planché ayer. Gemelos de plata. Corbata de seda. Se arregla como si cada día fuera una audición.

Me pregunto para quién.

—¿Cuánto tiempo llevas con tu asistente? —pregunto.

Levanta la vista.

—¿Mónica?

—Sí.

—Año y medio, más o menos. ¿Por qué?

—Curiosidad.

—Hmm.

Vuelve a su tableta. Teclea algo. El gesto familiar. Teclea. Sonríe. Guarda el móvil.

—Tengo reunión fuera de la oficina hoy —dice—. No sé a qué hora volveré.

—¿Con el cliente importante?

—Con varios clientes.

Se levanta. Lleva la taza al fregadero. Me besa en la mejilla.

—Ah, casi lo olvido. —Saca algo del bolsillo de la chaqueta. Un blíster nuevo de pastillas—. Por si se te acaban.

Deja el alprazolam sobre la encimera.

—Ya tengo —digo.

—Es bueno tener de repuesto.

Sale por la puerta del garaje.

Espero hasta escuchar el motor alejarse.

Después tomo el blíster nuevo y lo comparo con el viejo.

Son diferentes.

El viejo tiene el nombre del laboratorio impreso en azul. El nuevo en rojo.

Saco una pastilla de cada blíster y las pongo una al lado de la otra sobre la encimera blanca.

Parecen idénticas.

Pero no lo son.

Guardo ambos blísteres en lugares diferentes. El viejo en el cajón de los medicamentos. El nuevo en el fondo de mi bolso.

Después subo al dormitorio y abro el armario de Damián.

Sus trajes cuelgan ordenados por color. Azul marino, gris carbón, negro. Camisas blancas perfectamente planchadas. Corbatas enrolladas en el organizador de terciopelo.

Reviso los bolsillos de las chaquetas.

Nada.

Reviso sus cajones. Calcetines. Ropa interior. Pañuelos. Todo doblado con precisión obsesiva.

Nada.

Entro al baño. Abro el armario de las medicinas. Su colonia. Su espuma de afeitar. Su cepillo de dientes eléctrico.

Y su móvil.

Está sobre la encimera de mármol, junto al lavabo.

Se lo olvidó.

Damián nunca olvida su móvil.

Lo tomo. La pantalla se ilumina.

Sin contraseña.

Eso tampoco es normal. Damián siempre tiene contraseña. La cambia cada mes. Me dice que es por seguridad del trabajo.

Pero hoy no hay contraseña.

Abro los mensajes.

La conversación más reciente es con un contacto guardado como "M."

El último mensaje es de anoche, a las once y media.

Después de que Damián subiera a acostarse.

M: ¿Mañana a la misma hora?

Damián: Sí. No puedo esperar.

M: Yo tampoco. Pronto estaremos juntos.

Damián: Pronto.

Bajo en la conversación. Más mensajes. Docenas.

M: Echo de menos tu piel.

Damián: Esta noche soñé contigo.

M: ¿Cuándo se lo dirás?

Damián: Pronto. Tengo que hacerlo bien.

M: No soporto compartirte.

Mis manos tiemblan.

Sigo leyendo. Los mensajes se remontan a meses atrás. Cientos de ellos. Planificación de encuentros. Promesas. Palabras que Damián nunca me ha dicho a mí.

Un mensaje de hace tres semanas:

Damián: C está empeorando. Ayer encontró algo en el coche y montó una escena.

M: ¿Qué encontró?

Damián: No importa. La convencí de que lo imaginó.

M: ¿Cuánto más tenemos que esperar?

Damián: Poco. Mi abogado dice que con la documentación que tengo, conseguiré que la declaren incapaz. Después el divorcio será rápido.

Dejo caer el móvil.

Rebota en la alfombrilla del baño.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces.

Documentación.

¿Qué documentación?

Recojo el móvil. Vuelvo a los mensajes.

Hay fotos adjuntas.

Las abro.

Son fotos de nuestra casa. De objetos fuera de lugar. Llaves en la nevera. Una taza rota en el suelo. Ropa tirada en el pasillo.

Cosas que yo no recuerdo haber hecho.

O que sí hice. No lo sé ya.

El último archivo adjunto es un documento PDF.

"Informe preliminar - Evaluación de capacidad mental."

Lo abro.

Es un informe médico firmado por el doctor Bermúdez. El médico de familia de Damián.

"La paciente presenta episodios de amnesia, comportamiento errático, y signos de deterioro cognitivo compatible con estrés postraumático o inicio de demencia temprana. Se recomienda evaluación psiquiátrica completa y posible tutela legal si el deterioro continúa."

Fecha del informe: hace dos semanas.

Yo nunca hablé con el doctor Bermúdez sobre esto.

Nunca fui a esa cita.

Damián fabricó el informe.

O peor.

El doctor Bermúdez lo fabricó por él.

Subo las fotos al móvil antes de que mi cerebro procese lo que estoy haciendo. Trabajo en piloto automático. Evidencia. Necesito evidencia.

Después devuelvo todo a su lugar.

Bajo las escaleras.

Me siento en el sofá de la sala.

Miro mis manos.

Están temblando.

Damián no solo tiene una aventura.

Damián está construyendo un caso para declararme incapaz.

Para quitarme todo.

Para dejarme sin nada.

Para dejarme sin mi madre.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Es un mensaje de número desconocido.

"Sé lo que te está haciendo. Yo también pasé por eso. Necesitamos hablar."

CAPÍTULO 4

Miro el mensaje durante cinco minutos completos.

No reconozco el número. No hay foto de perfil. Solo esas palabras: *"Sé lo que te está haciendo. Yo también pasé por eso. Necesitamos hablar."*

Podría ser trampa.

Podría ser Damián probándome.

O podría ser real.

Escribo con dedos temblorosos:

"¿Quién eres?"

La respuesta llega en segundos:

"Alguien que escapó. Nos vemos mañana. Cafetería El Jardín, diez de la mañana. Ven sola."

Borro la conversación. Después reinstalo el historial. Después vuelvo a borrarlo.

No sé qué es peor: que me descubran o que pierda esta oportunidad.

Damián regresa a las ocho de la noche.

Llega con el móvil en la mano, mirando la pantalla. Cuando me ve en el sofá, se detiene.

—¿Lo encontraste? —digo.

—¿Qué?

—Tu móvil. Te lo olvidaste en el baño.

Su expresión no cambia, pero algo pasa detrás de sus ojos. Cálculo. Evaluación.

—Ah, sí. Gracias.

Se acerca. Toma el móvil de la mesita donde lo dejé. Revisa la pantalla. Desliza el dedo. Comprueba algo.

—¿Lo usaste? —pregunta.

—No tenía contraseña.

—Te hice una pregunta.

—No —miento—. ¿Por qué lo haría?

Se queda mirándome. Tres segundos. Cinco.

Después se guarda el móvil en el bolsillo.

—Voy a ducharme. Después cenamos.

Sube las escaleras.

Yo me quedo sentada, con el corazón martilleándome en las costillas.

Sabe.

No sé cómo, pero sabe.

Durante la cena, Damián está callado.

Preparé pollo al limón. Su favorito. Él come mecánicamente, sin mirarme.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunto.

—Bien.

—¿Las reuniones?

—Productivas.

Corta un trozo de pollo. Mastica. Traga.

—¿Tomaste tu pastilla hoy? —pregunta.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Por la mañana. Como dijiste.

Asiente. Se levanta y va a la cocina. Regresa con un vaso de agua y el blíster nuevo.

—Tómala ahora —dice—. Delante de mí.

—Ya tomé una.

—Entonces toma otra. El médico dijo que podías tomar hasta tres al día si la ansiedad era severa.

Deja el blíster sobre la mesa.

—No estoy ansiosa ahora.

—Carla. —Su voz se endurece—. Tómala.

Saco una pastilla. La sostengo. Él me pasa el vaso de agua.

Nuestros ojos se encuentran.

—Tómala —repite.

Me llevo la pastilla a la boca. Bebo agua. Trago.

Él me observa. Después asiente, satisfecho.

—Bien.

Se levanta y lleva su plato al fregadero.

Yo me quedo sentada con la pastilla escondida bajo la lengua.

Cuando sube al despacho, voy al baño y la escupo.

Es la tercera vez que finjo tragarlas.

No pienso volver a caer en esa niebla.

A las once de la noche, Damián baja del despacho con su portátil bajo el brazo.

—Necesito documentar algo —dice.

—¿Qué?

No responde. Va a la cocina. Abre cajones. Cierra cajones. Mueve objetos.

Yo lo sigo.

—¿Qué haces?

—Ayer dejaste el pasaporte en la nevera —dice—. Hoy las tijeras están en el armario del baño. Anteayer pusiste sal en el café.

—Yo no...

—Te estás deteriorando, Carla.

Abre el portátil. Toma fotos de los objetos fuera de lugar.

Objetos que él acaba de mover.

—Damián, para.

Ignora. Teclea notas. Fecha. Hora. "Comportamiento errático continúa."

—No voy a dejar que hagas esto.

Cierra el portátil. Me mira.

—¿Hacer qué?

—Lo que estás haciendo. Construir un caso falso.

Su cara se endurece.

—¿Leíste mi móvil?

No respondo.

—Te dije que no lo usaras.

—Vi los mensajes. Con M. Vi el informe del doctor Bermúdez.

Se queda muy quieto.

Después ríe.

Una risa breve, sin humor.

—Claro que los viste. Y ahora crees que estoy conspirando contra ti.

—Estás fabricando evidencia.

—Estoy documentando hechos.

—Hechos que tú creas.

—Hechos que tú causas con tu comportamiento.

Da un paso hacia mí.

—¿Sabes cuál es el problema, Carla? Que ni siquiera te das cuenta. Haces cosas y después no las recuerdas. Mueves objetos. Olvidas conversaciones. Anoche te levantaste a las tres de la madrugada y bajaste al despacho. ¿Lo recuerdas?

Siento el suelo moverse bajo mis pies.

Yo estuve en el despacho.

Revisé los extractos bancarios.

—¿Cómo...?

—Tengo cámaras —dice—. Para seguridad. Instaladas hace meses.

Saca el móvil. Me muestra un video.

Soy yo. En el despacho. A oscuras. Con la luz del móvil. Revisando papeles.

—Te dije que estabas empeorando —continúa—. Y ahora tienes paranoia. Crees que te drogo, que fabrico evidencia, que tengo una aventura.

—Tienes una aventura. Lo vi en los mensajes.

—Mensajes con mi asistente sobre trabajo. Que tú malinterpretaste porque estás enferma.

—Decían "pronto estaremos juntos."

—Contexto profesional. Un proyecto. Que tu mente retorció en algo sexual porque necesitas justificar tu comportamiento.

Me apoya la mano en el hombro.

Suave.

Amenazante.

—Necesitas ayuda, Carla. Ayuda real. Antes de que te hagas daño. O se lo hagas a alguien más.

Retrocedo.

Él avanza.

—Mañana llamaré al doctor Bermúdez. Haremos esa evaluación completa. Por tu bien.

—No.

—No es una opción.

—No voy a...

Su mano se cierra alrededor de mi brazo.

El mismo brazo donde tengo el moretón.

Aprieta.

—No me hagas esto más difícil.

El dolor es agudo. Inmediato. Lágrimas me saltan a los ojos.

—Me estás lastimando.

—Me estás obligando.

Aprieta más.

Grito.

Él suelta.

Yo caigo contra la encimera, sosteniendo mi brazo.

Damián se queda ahí, respirando pesado, mirándome como si yo fuera un problema que necesita resolver.

—Tómate la pastilla —dice—. La verdadera. Ahora.

Va al cajón. Saca el blíster viejo. El que dejé ahí.

Saca una pastilla.

Me la ofrece.

—Tómala.

—Damián...

—Tómala o llamo ahora mismo al doctor Bermúdez y te interno esta noche.

Tomo la pastilla.

Él llena un vaso con agua. Me lo pasa.

Me observa.

—Trágala. Abre la boca después para que vea.

La trago.

Abro la boca.

Levanto la lengua.

Él asiente.

—Bien. Ahora sube a la cama. Dormirás mejor.

No me muevo.

—Sube. A. La. Cama.

Subo las escaleras con las piernas de gelatina.

Me meto bajo las sábanas completamente vestida.

Damián se queda abajo. Escucho su portátil abrirse. Sus dedos tecleando.

Documentando.

Siempre documentando.

La pastilla empieza a hacer efecto a los veinte minutos.

Esa niebla familiar. Ese peso en los párpados.

Lucho contra ella.

Necesito mantenerme despierta.

Necesito pensar.

Pero la oscuridad me traga.

Y antes de perderme completamente, un pensamiento cruza mi mente:

Mañana. Cafetería El Jardín. Diez de la mañana.

Si logro llegar.

Si logro despertar.

Si Damián me deja salir de esta casa con vida.

CAPÍTULO 5

Despierto con la boca seca y la cabeza llena de algodón.

La luz entra por las cortinas. Demasiado brillante. Demasiado tarde.

Miro el reloj de la mesita.

Las nueve y cuarto.

Mierda.

La cafetería. El mensaje. Diez de la mañana.

Me incorporo demasiado rápido. La habitación gira. Me apoyo contra el cabecero esperando que el mareo pase.

Damián no está.

Su lado de la cama hecho con precisión militar.

Bajo las escaleras sosteniendo la barandilla. Cada paso es un esfuerzo. Las pastillas todavía pesan en mi sistema como plomo líquido.

En la cocina hay una nota sobre la encimera.

"Reunión fuera todo el día. Volveré tarde. Descansa. Te quiero. D."

Las últimas dos palabras son mentira.

Pero el resto es un regalo.

Tengo tiempo.

Me ducho con agua fría. El shock me despeja un poco. Me visto rápido: vaqueros, camiseta negra, zapatillas. Nada que llame la

atención.

Tomo las llaves de mi coche.

Después me detengo.

¿Y si tiene GPS?

Damián es arquitecto. Obsesivo. Controlador. Tiene cámaras en la casa. ¿Por qué no rastreadores en el coche?

Dejo las llaves.

Pido un taxi desde una aplicación.

Llega en siete minutos.

La Cafetería El Jardín está en el centro, cerca de la catedral. Un lugar pequeño con mesas en la acera y plantas trepadoras en las paredes.

Llego a las diez y cinco.

Me siento en una mesa de la esquina, de espaldas a la pared. Vieja costumbre de cuando trabajaba. Siempre ver la salida.

Pido un café solo.

Espero.

A las diez y diez, una mujer entra.

Treinta y pico. Pelo castaño corto. Vaqueros y chaqueta de cuero. Mirada nerviosa que recorre la cafetería.

Nuestros ojos se encuentran.

Ella se acerca.

—¿Carla?

Asiento.

Se sienta frente a mí sin pedir permiso. Sin pedir bebida.

—Soy Laura —dice—. Laura Vidal.

El apellido me suena.

—¿Nos conocemos?

—No. Pero las dos conocemos a Damián Molina.

Siento que el estómago se me contrae.

—¿Quién eres?

—La hermana de Natalia Vidal.

El nombre explota en mi cerebro.

Natalia Vidal.

La ex-novia de Damián que se suicidó hace diez años.

—Jesús —susurro.

—Sí. —Laura se inclina hacia delante—. Vi tu foto en las redes sociales de Damián hace seis meses. Cuando empezaste a aparecer en sus publicaciones. Parecías feliz. Después dejaste de aparecer. Y reconocí el patrón.

—¿Qué patrón?

—El mismo que vivió mi hermana.

Un camarero se acerca. Laura pide un té. Espera hasta que se aleja.

—Natalia salió con Damián durante dos años —continúa—. Al principio era perfecto. Atento. Generoso. Después empezó el control. Revisaba su móvil. La aislaba de amigos. Le decía que estaba paranoica, que imaginaba cosas.

Escucho mi propia historia en su voz.

—Los últimos seis meses fueron terribles. Natalia empezó a olvidar cosas. A tener lagunas de memoria. Decía que se sentía drogada todo el tiempo. Damián la convenció de ver a un psiquiatra. El médico la diagnosticó con depresión severa y tendencias suicidas.

—¿Lo estaba?

Laura niega con la cabeza.

—Natalia nunca fue suicida. Era la persona más vital que conocí. Pero después de meses con Damián, se convirtió en un fantasma.

El camarero trae el té. Laura espera de nuevo.

—Una noche, hace exactamente diez años, Natalia cayó del balcón de su apartamento. Cuarto piso. La policía dictaminó suicidio. Damián dijo que había intentado detenerla pero que ella saltó. Que estaba fuera de control. Que él había documentado todo.

—¿Documentado?

—Fotos. Videos. Informes médicos. Evidencia de que mi hermana estaba mentalmente inestable.

Igual que conmigo.

—¿Crees que él la empujó? —pregunto.

—Creo que la empujó durante meses hasta que ella no tuvo otra salida. Y creo que cuando eso no fue suficiente, terminó el trabajo.

El té humea entre nosotras, intocado.

—¿Por qué me contactaste ahora?

—Porque tengo una amiga que trabaja en el juzgado. Me dijo que hace tres semanas un abogado de familia solicitó información sobre procedimientos de incapacidad legal. El cliente era Damián Molina. El caso potencial: su esposa.

Cierro los ojos.

—Está construyendo lo mismo que construyó con tu hermana.

—Sí. Pero esta vez hay diferencia.

—¿Cuál?

—Tú estás despierta. Natalia nunca supo lo que estaba pasando hasta que fue tarde. Tú lo sabes ahora.

Abre su bolso. Saca una carpeta manila.

—Después de la muerte de Natalia, investigué a Damián. Encontré a otras dos mujeres que salieron con él antes. Misma historia. Control. Aislamiento. Gaslighting. Una consiguió escapar. La otra no.

—¿Qué le pasó a la otra?

—Desapareció. Hace cinco años. Se llamaba Isabel Romero. Presentó denuncia por acoso dos meses antes de desaparecer. La familia de Damián pagó para que retirara los cargos. Después nunca se la volvió a ver.

Empuja la carpeta hacia mí.

—Todo está aquí. Nombres. Fechas. Denuncias. Contactos de las mujeres que sobrevivieron. Y algo más.

—¿Qué?

—El nombre del médico que diagnosticó a mi hermana como suicida. El doctor Bermúdez.

El mismo médico que firmó mi informe falso.

—Trabaja para él —digo.

—Siempre lo ha hecho.

Tomo la carpeta con manos temblorosas.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque no pude salvar a Natalia. Pero quizás pueda salvarte a ti. —Se levanta—. Ten cuidado. Damián es peligroso cuando se siente amenazado. Y si descubre que hablamos...

—¿Qué?

—Acelerará todo. Antes de que puedas reaccionar.

Sale de la cafetería sin mirar atrás.

Yo me quedo con la carpeta entre las manos y un café frío.

Abro la primera página.

Foto de Natalia Vidal. Sonriente. Viva.

Debajo, informe forense de su muerte.

Después, fotos de Isabel Romero. Foto de desaparecida. Última vez vista: hace cinco años.

Paso páginas.

Denuncias. Retiradas.

Informes médicos. Todos firmados por Bermúdez.

Un patrón claro como el cristal.

Damián no es solo un abusador.

Es un depredador sistemático.

Y yo soy su próxima víctima.

Mi móvil vibra sobre la mesa.

Damián.

"¿Dónde estás?"

El corazón se me dispara.

Miro la hora. Las once menos diez.

Dijo que estaría fuera todo el día.

¿Por qué pregunta dónde estoy?

Escribo:

"En casa. ¿Por qué?"

La respuesta llega instantánea:

"No. No estás."

CAPÍTULO 6

Miro el mensaje hasta que las letras se desdibuan.

"No. No estás."

¿Cómo lo sabe?

Reviso la cafetería. Las otras mesas. La calle. Nadie me observa. Nadie que pueda ver.

A menos que...

Saco todo de mi bolso sobre la mesa. Cartera. Llaves. Pañuelos. El blíster nuevo de pastillas. Pintalabios.

Y mi móvil.

Claro.

Abro la configuración. Localización. Activa. Compartida con un contacto: Damián.

No recuerdo haber activado esto.

Pero él sí.

Desactivo la función con dedos torpes. Después escribo:

"Salí a caminar. Necesitaba aire."

Su respuesta llega antes de que pueda guardar el móvil:

"¿Dónde?"

"Por el barrio."

"Te dije que descansaras."

"Ya voy de regreso."

Tres puntos suspensivos. Está escribiendo. Borra. Escribe de nuevo.

"Bien. Te veo en casa."

No dijo a qué hora volvería.

Dijo "te veo en casa."

Ahora.

Pago el café y salgo a la calle con la carpeta escondida dentro de mi bolso.

Necesito llegar antes que él.

Necesito esconder esto.

Pido otro taxi. El conductor tarda siete minutos eternos. Subo. Doy la dirección tres calles antes de mi casa.

—Aquí está bien —digo cuando llegamos.

Camino el resto. Rápido pero sin correr. Nada que llame la atención.

El Audi de Damián no está en el garaje cuando llego.

Todavía.

Entro. Subo corriendo las escaleras. Abro el armario de mi lado. Busco un escondite.

Debajo de la ropa no sirve. Damián revisa todo.

Detrás de los zapatos tampoco.

Entonces lo veo.

La caja de recuerdos que traje de casa de mi madre cuando la ingresaron en la residencia. Fotos viejas. Cartas. Cosas que Damián nunca tocaría porque no le interesan.

Meto la carpeta en el fondo. Cubro con álbumes de fotos.

Cierro la caja.

Respiro.

El motor del Audi suena en el garaje.

Bajo las escaleras. Llego a la cocina justo cuando Damián entra.

Me mira de arriba abajo.

—¿Caminaste con esos zapatos? —pregunta.

Miro mis zapatillas. Limpias. Sin rastro de polvo.

—Por el parque —digo—. El camino está asfaltado.

Se acerca. Demasiado cerca.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—¿Tomaste la pastilla esta mañana?

—Todavía no. Acabo de llegar.

—Tómala ahora.

Va al cajón. Saca el blíster viejo. Me lo ofrece.

—Damián, de verdad estoy bien.

—Tómala.

No hay negociación en su voz.

Saco una pastilla. Lleno un vaso con agua.

Me la llevo a la boca.

Damián me observa como un halcón.

—Abre la boca después —dice.

Trago. Abro. Levanto la lengua.

Esta vez es real.

Esta vez no tuve tiempo de esconderla.

Él asiente.

—Bien. Ahora siéntate. Necesitamos hablar.

El estómago se me cae al suelo.

—¿De qué?

—De tu teléfono.

Saca su móvil. Me muestra la pantalla.

Es un mapa. Con un punto azul marcando mi ubicación.

O mi ubicación hasta hace veinte minutos.

—La localización se desactivó a las once menos cuarto —dice —. Justo cuando estabas en... ¿dónde dijiste que estabas?

—Caminando.

—Por el parque.

—Sí.

—Entonces por qué el último punto registrado es la Cafetería El Jardín en el centro.

La habitación se inclina.

—Yo...

—¿Con quién te reuniste, Carla?

—Con nadie.

—No me mientas.

—Solo fui a tomar café. Sola. Necesitaba salir de la casa.

Se acerca más. Su sombra me cubre.

—¿Y desactivaste la localización por?

—No sabía que estaba activa. Debí tocar algo sin querer.

—Hmm.

Me rodea. Como depredador evaluando presa.

—¿Sabes qué creo? Creo que te reuniste con alguien. Alguien que te está metiendo ideas en la cabeza. Ideas sobre mí. Sobre nosotros.

—Nadie me mete ideas.

—¿Entonces por qué revisaste mi portátil anoche? ¿Por qué leíste mis mensajes? ¿Por qué de repente piensas que te drogo y fabrico evidencia?

—Porque lo haces.

La bofetada llega tan rápido que no la veo venir.

Mi cabeza gira. El ardor se expande por mi mejilla.

Me quedo paralizada.

Damián nunca me había pegado antes.

Empujado, sí. Apretado el brazo, sí.

Pero nunca golpeado.

—No vuelvas a decir eso —dice. Su voz es hielo—. No vuelvas a acusarme de algo que solo existe en tu cabeza enferma.

Retrocedo. Mi espalda choca contra la encimera.

—Lo siento —susurro.

—No. No lo sientes. Pero lo sentirás.

Saca su móvil. Marca un número.

—¿Doctor Bermúdez? Soy Damián Molina. Necesito agendar esa evaluación para mi esposa. Urgente. ¿Mañana? Perfecto. La llevaré a las diez. Sí. Gracias.

Cuelga.

—Mañana te evalúa un profesional. Y después veremos qué pasos seguir.

—No voy a ir.

—Sí vas.

—No puedes obligarme.

Se ríe. Sin humor.

—¿No puedo? Carla, mírate. Estás drogada la mitad del tiempo. Paranoica la otra mitad. Agresiva. Inestable. Si llamo a urgencias ahora mismo y les digo que mi esposa es un peligro para sí misma, vendrán y te llevarán.

—Nadie te creería.

—Tengo videos. Fotos. Informes. Testimonios. ¿Tú qué tienes?

Nada.

No tengo nada.

Salvo una carpeta escondida que no puedo usar sin revelar que me reuní con Laura.

—Mañana vamos al doctor —continúa—. Haces la evaluación. Si sale bien, perfecto. Si no... tomaremos medidas.

Sale de la cocina.

Lo escucho subir al despacho. La puerta se cierra.

Yo me quedo sosteniendo mi mejilla ardiendo.

La pastilla empieza a hacer efecto. Esa niebla familiar arrastrándose por mi cerebro.

No.

No ahora.

Necesito pensar.

Necesito...

Mi móvil vibra en mi bolsillo.

Número desconocido.

Mensaje:

"Vi lo que pasó. Tengo todo en video. Puedo ayudarte. Pero necesitas confiar en mí. - Mateo"

Miro el mensaje sin comprender.

¿Mateo?

¿El hombre que conocí en...?

¿Cómo tiene video?

¿Cómo sabe lo que pasó?

A menos que...

Miro alrededor de la cocina. Las esquinas. Los electrodomésticos. Los marcos de las puertas.

Damián dijo que instaló cámaras.

Para seguridad.

Para documentar.

Para controlar.

Pero si él tiene cámaras.

Y Mateo tiene acceso a esas cámaras.

Entonces Mateo no es quien yo creía que era.

CAPÍTULO 7

La niebla de la pastilla me arrastra hacia abajo.

Me siento en el sofá antes de caerme. El móvil pesa en mi mano como plomo. Leo el mensaje de nuevo.

"Vi lo que pasó. Tengo todo en video. Puedo ayudarte. Pero necesitas confiar en mí. - Mateo"

Mateo Serrano. El hombre del grupo de padres. El que me dio su tarjeta.

El que notó los moretones.

¿Cómo tiene acceso a las cámaras de Damián?

Escribo con dedos torpes:

"¿Cómo?"

La respuesta llega en segundos:

"Trabajo en seguridad informática. Tu esposo contrató mi empresa hace seis meses para instalar el sistema. Tengo acceso administrativo. He estado monitoreando."

"¿Por qué?"

"Porque reconocí las señales. Mi hermana vivió lo mismo. No llegué a tiempo con ella. Contigo sí."

Miro el techo. Las esquinas. Buscando las cámaras que sé que están ahí pero no puedo ver.

Damián me observa.

Y Mateo también.

No sé cuál de los dos me asusta más.

"No puedo hablar ahora", escribo.

"Lo sé. Él está en el despacho. Tienes veinte minutos hasta que vuelva a bajar. Escúchame: mañana no vayas a esa evaluación. Es una trampa. Bermúdez firmará lo que Damián le pida."

"Ya lo sé."

"¿Entonces?"

"No tengo opciones."

"Sí las tienes. Pero necesitas actuar rápido. Revisa tu correo. Te envié algo."

Abro el email. Cuenta desconocida. Asunto: "Evidencia".

Archivos adjuntos. Videos. Documentos.

Uno tiene fecha de hace tres horas.

Damián en la cocina. Moviendo objetos. Las tijeras al baño. Mi pasaporte a la nevera. Después tomando fotos con su portátil.

Fabricando evidencia.

Justo como dije.

Otro video: Damián en el dormitorio. Sosteniendo el blíster de pastillas. Reemplazando algunas con otras de un frasco sin etiqueta.

Sustituyendo medicación.

Mi respiración se acelera.

"¿Puedo usar esto?"

"Aún no. Necesitas más. Necesitas el portátil de Damián. Los archivos originales."

"Está en el despacho. Con él."

"Esta noche saldrá. Tiene una cita. Te quedarás sola dos horas. Es tu oportunidad."

"¿Cómo sabes que saldrá?"

"Porque revisó su agenda. Y porque tiene que verse con alguien."

"¿Con quién?"

No responde.

Borro la conversación entera. Después borro el email. Limpio la papelera.

La niebla de la pastilla se espesa. Necesito mantenerme despierta. Necesito...

El móvil vibra de nuevo.

Número diferente. Tampoco lo reconozco.

"Necesitamos hablar. Soy M. La del teléfono de Damián. Por favor. Es urgente."

M.

Mónica.

La amante.

La asistente personal que recibe mil quinientos euros extras cada mes.

"¿Por qué debería?", escribo.

"Porque yo también soy víctima. Y porque sé cosas que necesitas saber. Mañana. Antes de tu cita con Bermúdez. Cafetería La Estación, ocho de la mañana. Ven. Por favor."

Dos mensajes en veinte minutos.

Dos personas ofreciendo ayuda.

Dos personas que no debería confiar.

Pero no tengo más opciones.

Damián baja del despacho a las siete.

Cambiado. Pantalones oscuros. Camisa blanca. El olor de su colonia cara llenando el espacio.

—Tengo que salir —dice.

—¿Ahora?

—Reunión de última hora. Cliente importante.

—¿A las siete de la noche?

Me mira como si acabara de cuestionar la gravedad.

—Algunos clientes solo están disponibles después de horas de oficina.

—¿Cuándo vuelves?

—Tarde. No me esperes despierta.

Se acerca. Me besa en la frente. El mismo gesto automático.

—¿Tomaste la segunda pastilla?

—No.

—Tómala antes de dormir. Descansarás mejor.

Sale por la puerta del garaje.

El Audi se aleja.

Yo me quedo en el sofá, bajo el efecto de las drogas, contando los minutos.

Necesito esperar. Asegurarme de que no vuelve.

Necesito mantenerme despierta.

Necesito...

Me pellizco el brazo. Fuerte. El dolor corta la niebla.

Camino a la cocina. Café. Necesito café.

Preparo una jarra entera. Lo bebo negro, hirviendo, quemándome la lengua.

El reloj marca las ocho.

Una hora desde que se fue.

Mateo dijo dos horas.

Subo al despacho.

La puerta está cerrada pero no con llave. Damián nunca cierra con llave cuando sale. Solo cuando está dentro.

Entro.

El portátil está sobre el escritorio. Cerrado.

Lo abro. Pantalla de contraseña.

Pruebo las obvias. Su cumpleaños. El mío. Nuestra fecha de aniversario.

Nada.

Pruebo contraseñas viejas que usaba antes. Cuando recién nos casamos y compartía todo.

Nada.

Mierda.

Mi móvil vibra.

Mateo: *"La contraseña es NAT2014vidal. Nombre de su ex-novia y año que murió. Todo en minúsculas salvo NAT."*

Escribo la contraseña.

El portátil se abre.

—Jesús —susurro.

Mateo tiene acceso a todo.

No sé si sentirme aliviada o aterrada.

"Busca la carpeta 'Proyecto C'. Ahí está todo", escribe.

Encuentro la carpeta. Hago clic.

Subcarpetas organizadas por fecha.

Abro la más reciente.

Videos.

Decenas de videos.

Soy yo. En la casa. Cocinando. Limpiando. Durmiendo. En el baño.

En todos lados.

Fechas que se remontan a ocho meses atrás.

Hay una subcarpeta titulada "Episodios".

La abro.

Videos editados. Yo moviendo objetos. Excepto que en algunos puedo ver mi cara. Mis ojos. No estoy consciente. Estoy bajo el efecto de algo fuerte.

Caminando sonámbula.

O drogada.

Damián me filmaba mientras me drogaba.

Otra subcarpeta: "Documentación médica".

El informe de Bermúdez. Versiones previas. Borradores. Correos entre Damián y el médico discutiendo qué diagnóstico funcionaría mejor legalmente.

Otra carpeta: "M.D."

La abro.

Fotos de Mónica. En la oficina. En un café. Entrando a un edificio.

Videos de conversaciones entre Damián y Mónica. No de trabajo. Íntimos. En la cama.

El affair es real.

Pero hay algo más.

Otro video. Mónica llorando. Damián frente a ella. La cámara oculta captura todo.

—No puedo más —dice Mónica—. Esto está mal. Ella no se merece...

—Tú sabías en qué te metías —interrumpe Damián—. Es tarde para arrepentimientos.

—Dijiste que solo sería documentación. Evidencia para el divorcio. No... esto.

—Esto es necesario.

—La estás destruyendo.

—La estoy liberando. De una vida que no puede manejar.

Mónica se cubre la cara.

—No puedo seguir viéndote así.

—Entonces no me veas. Pero tampoco te atrevas a arruinar esto. Porque si lo haces, te destruyo a ti también. Tengo suficiente material.

La cámara captura la expresión de Mónica. Terror puro.

El video termina.

Fecha: hace dos semanas.

Así que Mónica no es solo amante.

Es cómplice.

O prisionera.

O ambas.

Mi móvil vibra.

Mateo: *"Copia todo a una USB. Rápido. Damián acaba de salir del restaurante. Vuelve en quince minutos."*

Busco una memoria USB en los cajones. Encuentro una.

Empiezo a copiar.

La barra de progreso avanza con lentitud tortuosa.

5%... 10%... 15%...

Mi móvil vibra de nuevo.

Número de Damián.

"¿Estás despierta?"

Mierda.

"Casi dormida", respondo.

"Bien. Descansa."

25%... 30%...

Otro mensaje. Mateo.

"Apaga las luces del despacho. Ahora."

Las apago.

50%... 60%...

Escucho algo.

El motor de un coche.

Demasiado pronto.

Miro por la ventana.

El Audi en el garaje.

Damián.

70%... 75%...

Pasos en las escaleras.

"Carla?" Su voz desde abajo.

"Estoy en el baño", grito.

Cierro el portátil. Demasiado fuerte. Después lo abro de nuevo. La USB todavía copiando.

85%... 90%...

Pasos más cerca.

95%...

La puerta del despacho se abre.

Damián entra.

Me encuentra de pie junto al escritorio. El portátil abierto frente a mí.

La USB todavía conectada.

100%. Copia completa.

—¿Qué haces? —pregunta.

CAPÍTULO 8

Mi cerebro funciona a pesar de la niebla.

—Buscaba ibuprofeno —digo.

Damián me mira. Después mira el portátil. Después vuelve a mirarme.

—¿En mi despacho?

—Me dolía la cabeza. Recordé que guardas de todo aquí.

Arranco la USB del puerto. El movimiento es rápido. La escondo en mi puño.

Damián da un paso hacia mí.

—Ese es mi portátil personal.

—Estaba abierto.

—No lo estaba.

Mierda.

—Quiero decir... cerrado. Pero no bloqueado. La pantalla se encendió cuando moví el ratón.

Se acerca más. Huelo el vino en su aliento. La mentira de la reunión de trabajo.

—¿Y qué viste?

—Nada. Solo la pantalla de inicio. Entonces escuché tu coche.

Toma el portátil. Revisa la pantalla. El historial. Busca algo.

Yo aprieto la USB en mi puño. El metal se clava en mi palma.

—¿Por qué volviste tan rápido? —pregunto—. Dijiste que llegarías tarde.

—El cliente canceló.

Mentira. Mateo dijo que salió del restaurante. Estuvo ahí. Con alguien.

Damián cierra el portátil.

—Ve a la cama, Carla.

—Todavía me duele la cabeza.

—Hay ibuprofeno en el baño de abajo. No necesitas entrar a mi despacho nunca más. ¿Entendido?

—Entendido.

Salgo antes de que pueda cambiar de opinión. Bajo las escaleras con las piernas temblorosas. La USB todavía apretada en mi mano.

Entro al baño de la planta baja. Cierro la puerta. Me apoyo contra el lavabo.

Respiro.

Lo logré.

Tengo los archivos.

Tengo evidencia.

Ahora solo necesito un lugar donde esconderla.

Miro alrededor. El baño es pequeño. Sin armarios. Sin escondites.

Levanto la tapa del tanque del inodoro. Espacio vacío. Tuberías. Agua.

Envuelvo la USB en una bolsa plástica pequeña que encuentro bajo el lavabo. La sello. La ato al flotador con hilo dental.

Cierro la tapa.

Cuando salgo, Damián está en el pasillo.

—¿Encontraste el ibuprofeno?

—Sí.

—Tómalo. Y la pastilla para dormir también.

—Ya tomé una hoy.

—Toma otra. Descansarás mejor.

No es sugerencia.

Voy a la cocina. Él me sigue.

Lleno un vaso con agua. Saco el blíster viejo del cajón. Extraigo una pastilla.

Damián me observa como científico observando experimento.

Me llevo la pastilla a la boca.

Bebo.

Trago.

Abro la boca. Levanto la lengua.

Esta vez también es real.

No puedo escupirlas todas. Necesita creer que las tomo. Que soy obediente.

Que soy manejable.

—Bien —dice—. Ahora a la cama.

Subo las escaleras. Me meto bajo las sábanas sin cambiarme.

Damián se queda abajo. Escucho su móvil. Hablando en voz baja.

—Sí, está dormida... No, no sospecha nada... Mañana a las diez con Bermúdez... Todo procede según lo planeado.

Pausa.

—Después de la evaluación podré proceder legalmente... Sí... Entonces estaremos juntos.

Más pausa.

—Yo también.

Cuelga.

La pastilla me arrastra hacia abajo. La cuarta en dos días. Mi cuerpo ya no resiste.

Cierro los ojos.

La oscuridad me traga.

Despierto con mi móvil vibrando bajo la almohada.

La habitación está oscura. Damián duerme a mi lado.

Reviso la hora. Las cuatro y media de la madrugada.

Mensaje de número desconocido.

Mónica.

"Sé que te reuniste con Laura Vidal. Sé que sabes de Natalia. Pero no sabes todo. Mañana, ocho de la mañana, Cafetería La Estación. Necesitas escucharme antes de que sea tarde. Por favor."

Borro el mensaje.

Otro entra inmediatamente.

"Damián está planeando algo peor de lo que crees. La evaluación de mañana es solo el principio. Después de eso, tienes 48 horas. Quizás menos. Yo puedo ayudarte. Pero solo si confías en mí."

Miro el número. Diferente del primero. Pero mismo remitente.

Está usando teléfonos desechables.

Igual que alguien que sabe que la están vigilando.

Escribo:

"¿Por qué debería confiar en ti? Eres su amante."

La respuesta llega en segundos:

"Fui su víctima. Como tú. Como Natalia. Como Isabel. Él usa el mismo patrón con todas. Primero seduce. Después aísla. Después destruye. Yo logré ver el patrón antes de que terminara conmigo. Tú también. Por eso todavía hay tiempo."

"¿Qué quieres?"

"Detenerlo. Pero no puedo sola. Necesito tu ayuda. Y tú necesitas la mía."

"¿Cómo sé que esto no es trampa?"

"No lo sabes. Pero piensa: si yo trabajara con él, ya estarías internada. Ya habrías firmado papeles que no recuerdas. Ya estarías perdida. Que todavía estés aquí, consciente, luchando... es porque él no sabe que yo cambié de bando."

Miro a Damián. Duerme tranquilo. La respiración profunda del hombre sin culpa.

O del hombre que cree que ya ganó.

"Si voy mañana, ¿cómo sé que no se lo dirás?"

"Porque tengo tanto que perder como tú. Más, quizás. Él tiene videos míos. Cosas que hice para él. Cosas que me destruirían si salieran a la luz."

"¿Qué cosas?"

No responde inmediatamente.

Después:

"Ayudé a documentar tu deterioro. Moví objetos cuando estabas drogada. Tomé fotos. Confirmé sus mentiras ante otras personas. Pensé que solo era evidencia para divorcio. No sabía que planeaba destruirte completamente.

Cuando lo descubrí, ya era tarde. Ya estaba atrapada también."

Leo el mensaje tres veces.

Mónica ayudó a fabricar la evidencia contra mí.

Mónica es cómplice.

Pero Mónica también es víctima.

Las dos cosas pueden ser ciertas.

"¿Por qué ahora? ¿Por qué decides ayudarme ahora?"

"Porque encontré algo. En los archivos de Damián. Algo sobre Isabel Romero. La mujer que desapareció hace cinco años."

Mi respiración se detiene.

"¿Qué encontraste?"

"No puedo escribirlo. Necesitas verlo. Mañana. Ocho de la mañana. Estaré sola. Trae tu móvil. Trae evidencia de lo que tengas. Compararemos información."

"¿Y después?"

"Después decidimos cómo sobrevivir a esto. Juntas."

Borro toda la conversación.

Me quedo mirando el techo.

Tres personas ofreciéndome ayuda en menos de veinticuatro horas.

Laura con su carpeta de víctimas anteriores.

Mateo con su acceso a las cámaras.

Mónica con sus secretos sobre Isabel.

Tres extraños.

Tres agendas diferentes.

Tres formas posibles de salir de esto.

O tres trampas esperando que caiga.

Damián se mueve en la cama. Murmura algo. Se da la vuelta.

Su mano cae sobre mi brazo.

El brazo con el moretón.

Aprieta.

Incluso dormido, lastima.

Retiro mi brazo con cuidado.

Reviso mi móvil una última vez.

Nuevo mensaje. Mateo.

"Guardaste los archivos. Bien. Ahora escóndelos donde él nunca busque. Y mañana no vayas a esa evaluación. Llama y cancela. Di que estás enferma. Gana tiempo. Confía en mí."

Borro.

Otro mensaje. Laura.

"Revisé tu historial. Damián solicitó autorización para acceder a tu cuenta bancaria personal hace tres días. La que tenías antes de casarte. Si firma Bermúdez mañana, conseguirá control total. No vayas a esa cita."

Borro.

Tres personas diciéndome que no vaya.

Una persona obligándome a ir.

Y yo atrapada en medio, drogada, vigilada, corriendo contra reloj.

Miro el despertador.

Cinco de la mañana.

En tres horas tendré que decidir: ¿Mónica primero o Bermúdez?

¿Confiar en una cómplice o obedecer a un depredador?

¿Pelear o fingir que ya perdí?

Mi móvil vibra una vez más.

Mónica de nuevo.

"Una cosa más: no confíes en Mateo. No es quien dice ser."

CAPÍTULO 9

El mensaje de Mónica todavía está en mi pantalla cuando amanece.

"No confíes en Mateo. No es quien dice ser."

Borro las palabras pero permanecen grabadas en mi cerebro.

Mateo Serrano. Experto en seguridad informática. Acceso a las cámaras de Damián. Hermana que vivió abuso similar.

O eso dijo.

Me levanto sin despertar a Damián. Bajo a la cocina. Preparo café que no voy a beber. Necesito parecer normal mientras mi cerebro funciona a toda velocidad.

Abro el portátil de la cocina. El que compartimos. El que Damián no vigila tanto porque cree que no sé nada.

Busco: "Mateo Serrano seguridad informática Sevilla".

Varios resultados. LinkedIn. Página corporativa. Perfil profesional.

Todo parece legítimo.

Empresa: SecureTech Solutions. Fundada hace cuatro años. Especialización en sistemas de vigilancia residencial.

Clico en "Equipo".

Ahí está. Mateo Serrano. Director técnico. Foto profesional. Sonrisa confiable.

Todo encaja.

Excepto.

Busco más profundo. Noticias. Artículos. Referencias.

Encuentro algo.

Artículo de hace dos años. Periódico local.

"SecureTech Solutions investigada por acceso no autorizado a sistemas de clientes. Denuncias de empleados vendiendo acceso a cámaras privadas a terceros. Caso cerrado por falta de evidencia."

El café se me enfría en las manos.

Mateo tiene acceso a cámaras de clientes.

Mateo podría estar vendiéndolo.

O usándolo.

¿Para ayudarme?

¿O para otra cosa?

Busco más.

Encuentro registros públicos. Cambio de nombre legal hace cinco años.

Nombre anterior: Mateo Bermúdez Serrano.

Bermúdez.

Como el doctor.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

Me giro.

Damián en el umbral. Pantalones de pijama. Sin camisa. Observándome.

Cierro el portátil.

—No podía dormir.

—¿Estás nerviosa por la evaluación?

—Un poco.

Se acerca. Se sirve café de la jarra que preparé.

—No tienes por qué estarlo. Es rutina. Solo responde con honestidad.

—¿Y si dice que estoy bien?

—Entonces estarás bien.

—¿Y si dice que no?

Bebe café. Me mira por encima de la taza.

—Entonces buscaremos tratamiento adecuado.

—No quiero tratamiento.

—Carla. Mírate. —Deja la taza—. Llevas días sin dormir bien. Paranoica. Acusándome de cosas absurdas. Esto no es normal.

—Tal vez no estoy enferma. Tal vez solo estoy despierta.

—¿Despierta a qué?

—A lo que estás haciendo.

Suspira. El suspiro del hombre paciente ante mujer imposible.

—La cita es a las diez. Vístete apropiadamente. Necesitas causar buena impresión.

—No voy a ir.

Su expresión cambia. Como nube pasando sobre el sol.

—Sí vas.

—No puedes obligarme.

—¿No puedo?

Saca su móvil. Marca un número.

—¿Doctor Bermúdez? Buenos días. Solo confirmando la cita de las diez con mi esposa. Sí. Necesito preguntarle algo. ¿Qué opciones tenemos si ella se niega a asistir voluntariamente?

Pausa.

—Ya veo. Internamiento involuntario si presenta riesgo para sí misma o terceros. ¿Cuánto tiempo? Setenta y dos horas evaluación. Después extensiones posibles.

Me mira mientras habla.

—No, no ha amenazado a nadie físicamente. Pero el comportamiento errático continúa. Ayer entró a mi despacho sin permiso. Revisó archivos privados. Y esta mañana la encuentro investigándome en internet como si fuera criminal.

Cuelga.

—Tienes dos opciones. Vienes voluntariamente a las diez. O llamo a urgencias y vienes involuntariamente ahora mismo.

—Esto es ilegal.

—Esto es protección. Para ti.

—Damián...

—Vístete. Duchate. Desayuna. Nos vamos a las nueve y media.

Sube las escaleras.

Yo me quedo en la cocina, atrapada.

Si no voy, me interna por la fuerza.

Si voy, Bermúdez firma lo que Damián quiera.

Ambas opciones terminan igual.

A menos que.

Reviso la hora. Siete y cuarto.

Mónica dijo ocho en La Estación.

Tengo cuarenta y cinco minutos.

Me ducho rápido. Me visto con pantalón negro y blusa blanca. Ropa de mujer que coopera.

Bajo con el bolso. Llaves dentro. Móvil. Cartera.

Y la carpeta de Laura escondida en el fondo.

—Voy a comprar pan para el desayuno —digo.

Damián levanta la vista del periódico.

—Hay pan.

—Quiero croissants. De la panadería buena.

—Podemos desayunar cualquier cosa.

—Quiero croissants.

Me mira. Evalúa. Decide.

—Diez minutos. No más.

Salgo antes de que cambie de opinión.

Subo a mi coche. Arranco.

No voy a la panadería.

Conduzco directo al centro. A La Estación.

Llego a las ocho menos cinco.

Mónica ya está ahí.

La reconozco de las fotos del portátil de Damián. Pelo oscuro hasta los hombros. Veintinueve años. Bonita de forma convencional. Ropa de oficina.

Me ve. Se levanta.

—Carla.

Asiento. Me siento frente a ella.

—Tienes diez minutos —digo—. Damián cree que fui a comprar pan.

—Directo al punto entonces. —Saca su móvil—. Esto es lo que encontré.

Me muestra una foto.

Documento policial. Informe de persona desaparecida.

Isabel Romero. Última vez vista hace cinco años. Saliendo del edificio de oficinas donde trabajaba Damián.

—Ya sé esto —digo—. Laura me lo contó.

—¿Te contó quién la vio por última vez?

—No.

—Mateo Bermúdez. Técnico de instalación de cámaras de seguridad. Trabajando ese día en el edificio.

El estómago se me cae.

—Mateo.

—El mismo. Excepto que entonces no se llamaba Serrano. Se llamaba Bermúdez. Porque es sobrino del doctor.

Todo encaja de golpe.

El acceso a las cámaras. La conexión con Damián. El conocimiento detallado de los casos previos.

—Mateo trabaja con Damián —susurro.

—Trabajaba. Hasta hace seis meses. Entonces tuvieron una pelea. Mateo quería más dinero. Damián lo cortó. Ahora Mateo busca venganza.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque yo también trabajé para Damián. No solo como asistente. Como reclutadora.

Me quedo mirándola.

—¿Qué?

—Damián tiene patrón. Encuentra mujeres vulnerables. Las seduce. Las aísla. Las destruye. Pero necesita ayuda para encontrarlas. Para documentarlas. Para fabricar evidencia. Mateo instalaba cámaras. El doctor firmaba informes. Y yo... yo identificaba candidatas.

—¿Me identificaste a mí?

Asiente.

—En un evento corporativo hace tres años. Damián me dijo qué buscar. Mujeres inteligentes pero con vulnerabilidad. Familia enferma. Deudas. Soledad. Tú encajabas perfecto.

Quiero levantarme. Quiero huir. Pero necesito escuchar.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo hice? Porque Damián me pagaba. Porque pensé que solo era divorcio. Porque fui ingenua y estúpida y...

—No. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

Se inclina hacia adelante. Sus ojos están rojos.

—Porque Isabel no desapareció por accidente. Damián la mató. Y Mateo lo ayudó a esconder el cuerpo. Y ahora Mateo te está usando para vengarse de Damián. Y Damián te está usando para reemplazarme como víctima. Y yo... yo no puedo vivir con otra muerte en mi conciencia.

—¿Dónde está Isabel?

—No lo sé. Pero Mateo sí. Y si le das esa evidencia que copiaste anoche, la usará contra ti también. Te convertirá en cómplice. Te atará a él igual que Damián te ata ahora.

Mi móvil vibra.

Damián.

"¿Dónde estás? Ya pasaron diez minutos."

—Tengo que irme —digo.

—No vayas a esa evaluación.

—No tengo opción.

—Sí la tienes. Ven conmigo. Ahora. Tengo lugar seguro. Podemos esconderte hasta...

—¿Hasta qué? ¿Hasta que Damián me encuentre? ¿Hasta que use su poder legal para destruirme de todas formas?

—Hasta que tengamos evidencia suficiente.

—Ya tengo evidencia. Tengo los archivos de su portátil.

—Que conseguiste ilegalmente. Que te convierten en criminal también.

El móvil vibra de nuevo.

"Carla. Responde."

Me levanto.

—Si realmente quieres ayudarme, consígueme algo que pueda usar legalmente. Algo que detenga a Damián sin hundirme a mí.

—No hay nada así.

—Entonces estoy sola.

Salgo de la cafetería.

Subo al coche.

Conduzco a la panadería. Compro croissants. Regreso a casa.

Damián me espera en el garaje.

—Dieciocho minutos —dice.

—Había cola.

Toma la bolsa. La abre. Cuenta los croissants.

—Compraste cuatro.

—Dos para ti. Dos para mí.

—Hmm.

Me sigue adentro.

Desayunamos en silencio.

A las nueve y veinte dice:

—Ve por tu bolso. Nos vamos.

Subo. Tomo el bolso. Reviso dentro.

La carpeta de Laura. La memoria USB todavía escondida en el baño. El móvil con todos los mensajes borrados.

Evidencia que no puedo usar sin destruirme.

Trampa dentro de trampa dentro de trampa.

Bajo las escaleras.

Damián tiene las llaves del Audi en la mano.

—Lista —digo.

—Bien.

Salimos por el garaje.

Subo al coche.

Damián arranca.

Mientras salimos, veo algo en el retrovisor.

Otro coche. Aparcado tres casas más allá.

Mateo al volante.

Siguiéndonos.

Damián sonríe sin apartar los ojos de la carretera.

—Olvidaba decirte. Le pedí a un amigo que nos acompañe. Para apoyo moral.

—¿Qué amigo?

—Ya lo verás.

Tres calles después, otro coche se une detrás de nosotros.

El doctor Bermúdez.

No vamos solo a una evaluación.

Vamos a una emboscada.

CAPÍTULO 10

La consulta del doctor Bermúdez está en un edificio médico del centro. Tercer piso. Placa dorada en la puerta. Todo respetable. Todo legítimo.

Todo mentira.

Damián aparca. Bermúdez llega treinta segundos después. Mateo pasa de largo pero lo veo dar la vuelta a la manzana.

—Tu amigo no viene —digo.

—Cambió de planes. Vamos.

Subimos en ascensor. Damián me sostiene el codo como si fuera inválida. Como si pudiera caerme en cualquier momento.

El doctor Bermúdez nos espera en la puerta de su consulta. Sesenta años. Pelo gris. Gafas. La imagen perfecta del profesional confiable.

—Carla. —Me extiende la mano—. Gracias por venir.

No la estrecho.

—No tuve opción.

Bermúdez mira a Damián. Intercambio silencioso. Damián asiente.

—Pasa, por favor. Damián, puedes esperar aquí.

—Prefiero estar presente —dice Damián.

—Protocolo estándar. La evaluación debe ser individual.

—Carla podría decir cosas. Cosas que no son ciertas.

—Por eso estoy aquí. Para determinar qué es verdad.

Damián aprieta mi codo. Una vez. Advertencia.

—Te espero aquí.

Entro a la consulta.

Bermúdez cierra la puerta.

La habitación es pequeña. Escritorio. Dos sillas. Diván de cuero. Estanterías con libros médicos que probablemente nunca leyó. Todo diseñado para inspirar confianza.

—Siéntate donde te sientas cómoda —dice.

Me siento en la silla frente al escritorio. No en el diván. No voy a acostarme. No voy a ser vulnerable.

Bermúdez se sienta. Abre una carpeta. Ya tiene mi nombre escrito. Carla Andrade de Molina.

Como si ya fuera paciente.

Como si ya estuviera diagnosticada.

—Cuéntame cómo te sientes —dice.

—Atrapada.

—¿Atrapada?

—Por mi marido. Por usted. Por este circo de evaluación que ambos saben que es falso.

Escribe algo. Sus ojos no muestran sorpresa.

—¿Por qué crees que es falso?

—Porque ya firmó un informe sobre mí hace dos semanas. Sin haberme visto nunca. Diagnosticándome con deterioro cognitivo.

Deja de escribir.

—Ese informe era preliminar. Basado en observaciones de terceros. Por eso estamos aquí. Para evaluación directa.

—¿Quién es el tercero? ¿Damián?

—Tu esposo expresó preocupaciones legítimas sobre tu comportamiento.

—Mi esposo está fabricando evidencia para declararme incapaz.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Tengo videos de él moviendo objetos en nuestra casa para después fotografiarlos como evidencia de mi confusión. Tengo documentación de transferencias a su amante. Tengo mensajes entre ustedes dos discutiendo qué diagnóstico funcionaría mejor legalmente.

Bermúdez se quita las gafas. Las limpia con un paño.

—Carla. ¿Cuántas pastillas tomas al día?

—Las que él me obliga a tomar.

—¿Alprazolam?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—No lo sé. Él las cambia. Las mezcla. Me droga para que olvide.

—¿Has considerado que el alprazolam puede causar paranoia? ¿Alucinaciones? ¿Creencias delirantes?

—Esto no es delirio.

—Las personas con delirios siempre dicen eso.

Vuelve a ponerse las gafas. Escribe más.

—¿Has tenido pensamientos de hacerte daño?

—No.

—¿De hacerle daño a otros?

—Solo a mi esposo. Y solo en defensa propia.

Más escritura.

—¿Duermes bien?

—Cuando no me droga, no.

—¿Apetito?

—Disminuido. Porque no sé qué hay en la comida.

—¿Lagunas de memoria?

—Causadas por las drogas que él pone en mi bebida.

—¿O causadas por estrés postraumático? ¿Ansiedad severa? ¿Inicio de proceso neurodegenerativo similar al de tu madre?

Me quedo callada.

Ahí está.

La conexión con mi madre. Con el Alzheimer. Con la posibilidad de que yo también lo tenga.

Miedo que Damián plantó. Que Bermúdez riega.

—Mi madre tiene sesenta y ocho años —digo—. Yo treinta y cuatro.

—El Alzheimer de inicio temprano es hereditario. Tu madre empezó con síntomas a los cincuenta. Tú podrías empezar antes.

—Yo no tengo Alzheimer.

—¿Entonces cómo explicas las lagunas de memoria? ¿Los objetos movidos? ¿El comportamiento errático?

—Ya se lo dije. Damián me droga.

—¿Has visto a Damián poner drogas en tu comida?

—No directamente.

—¿Has hecho analizar las pastillas que tomas?

—No.

—¿Has buscado segunda opinión médica?

—Él controla mi acceso a médicos. A dinero. A todo.

—Sin embargo conseguiste salir esta mañana. A comprar pan. Que tardaste dieciocho minutos cuando la panadería está a cinco.

Me quedo helada.

—¿Cómo sabe eso?

—Damián me lo contó. Preocupado porque le mentiste. Porque fuiste a otro lado. ¿Con quién te reuniste, Carla?

—Con nadie.

—¿Con Laura Vidal? ¿La hermana de una ex-novia fallecida de Damián?

El aire se me escapa de los pulmones.

—¿O con Mónica Durán? ¿La asistente de tu esposo?

—Usted ya sabe todo. ¿Por qué pregunta?

—Porque necesito que entiendas algo. —Se inclina hacia adelante—. Damián me contrató hace diez años. No para lastimarte. Para protegerte de ti misma. Igual que protegí a Natalia. Igual que intenté proteger a Isabel.

—Natalia está muerta. Isabel desapareció.

—Natalia se suicidó porque no aceptó ayuda. Isabel huyó porque tenía brote psicótico. Ambas rechazaron tratamiento. Ambas pagaron el precio.

—Usted firmó informes falsos.

—Firmé informes precisos basados en evidencia documentada. Si tú cooperas con el tratamiento, puedes evitar el mismo destino.

—¿Qué tratamiento?

—Internamiento voluntario. Setenta y dos horas inicialmente. Evaluación completa. Ajuste de medicación. Terapia intensiva.

—Voluntario.

—Preferiblemente. Pero si te niegas, procederemos de forma involuntaria. Damián tiene autorización legal como esposo. Y yo tengo obligación como médico de protegerte del peligro que representas.

—¿Peligro para quién?

—Para ti misma. Anoche entraste al despacho de Damián sin autorización. Accediste a archivos privados. Copiaste información confidencial. Ese comportamiento es...

—¿Cómo sabe lo de la USB?

Bermúdez sonríe. Pequeño. Triunfante.

—Porque Damián tiene cámaras. Porque lo documentó. Porque ahora tenemos evidencia de que estás violando la privacidad de tu esposo. Robando información. Preparando quizás algo peor.

—Yo no...

—¿No qué? ¿No planeabas lastimarlo? ¿No buscabas forma de destruirlo? ¿No contactaste con ex-parejas para construir caso contra él?

Me levanto.

—No voy a quedarme aquí escuchando esto.

—Siéntate, Carla.

—No.

—Siéntate o llamo a seguridad.

La puerta se abre.

Damián entra.

—¿Problemas, doctor?

—Tu esposa se niega a cooperar.

—Carla. —Damián usa su voz suave. La peligrosa—. Solo son unas preguntas.

—Ya respondí. No estoy loca. No voy a internarme. Y no voy a dejar que ustedes dos me destruyan.

Damián cierra la puerta tras él.

—Mira. —Saca su móvil—. Tengo algo que mostrarte.

Toca la pantalla. Video.

Soy yo. Esta mañana. En La Estación. Con Mónica.

Audio claro.

Mónica diciendo: *"Damián la mató. Y Mateo ayudó a esconder el cuerpo."*

Yo respondiendo: *"¿Dónde está Isabel?"*

Damián pausa el video.

—Acabas de admitir que crees que maté a alguien. Que conspiro para esconder cuerpos. ¿Te parece eso pensamiento racional?

—Es verdad...

—Es delirio paranoide. Exactamente lo que el doctor sospechaba.

Bermúdez escribe furiosamente.

—Necesito firmar papeles —dice—. Internamiento involuntario inmediato. Por su propia seguridad.

—No —digo—. No pueden.

—Ya lo hicimos. —Damián me muestra otro documento en su móvil—. Orden judicial firmada esta mañana. A las nueve. Veinte minutos antes de llegar aquí.

—Imposible. Necesitan audiencia. Necesitan...

—Necesitan petición de familiar directo más evaluación médica profesional declarando peligro inminente. Ambas cosas las tenemos.

—Yo no soy peligro para nadie.

—Robaste archivos confidenciales. Acusas a tu esposo de asesinato. Conspiras con terceros contra él. Y tienes historial familiar de deterioro mental. —Bermúdez cierra la carpeta—. La ambulancia llegará en diez minutos.

—¿Ambulancia?

—Protocolo estándar para traslado a unidad psiquiátrica.

La habitación se inclina.

Esto no puede estar pasando.

No puede ser real.

Damián me sostiene del brazo. El mismo brazo con moretón sobre moretón.

—Tranquila. Es por tu bien. Te cuidarán. Te ayudarán. Y cuando estés mejor, volverás a casa.

—Suéltame.

—Carla...

—¡Suéltame!

Me zafo. Retrocedo. Mi espalda choca contra la estantería.

Libros caen.

Bermúdez se levanta.

—Está teniendo episodio. Damián, sujétala antes de que se lastime.

Damián avanza.

Yo busco salida. La puerta está bloqueada. La ventana sellada.

Atrapada.

Igual que Natalia.

Igual que Isabel.

Mi mano encuentra algo en la estantería. Pisapapeles de cristal. Pesado.

Lo tomo.

—No te acerques —digo.

Damián se detiene.

—Carla. Suelta eso.

—No.

—Estás empeorando las cosas.

—Ya no pueden empeorar más.

—Sí pueden. Ahora añadimos violencia a tu expediente. ¿Eso quieres?

Mi móvil vibra en el bolso. Una vez. Dos veces. Tres.

Mateo. Tiene que ser Mateo. Viendo todo por las cámaras. Llamando.

O no.

Quizás trabajando con ellos también.

Quizás todos están juntos en esto.

La puerta se abre de golpe.

Una mujer entra. Treinta y pico. Uniforme médico.

—¿Doctor Bermúdez? La ambulancia llegó antes de tiempo.

Dos paramédicos detrás. Con camilla. Con correas.

—Perfecto —dice Bermúdez—. La paciente está agitada. Necesitamos sedación.

—No —susurro.

El paramédico se acerca con jeringuilla.

Sostengo el pisapapeles más fuerte.

—Les dije que no se acerquen.

Damián me mira. Después mira a Bermúdez. Señal silenciosa.

Los tres hombres avanzan al mismo tiempo.

Lanzo el pisapapeles.

Fallo.

Choca contra la pared. El cristal explota.

Manos me agarran. Me sujetan. Me tiran al suelo.

Rodilla en mi espalda. Brazo retorcido. Aguja en mi cuello.

Líquido frío entrando en mi sangre.

—Shhh —dice Damián sobre mí—. Ya pasó. Ya pasó.

El techo se difumina.

Las voces se alejan.

Lo último que veo antes de perder la consciencia es mi bolso.

En el suelo. Abierto.

La carpeta de Laura visible.

Y Damián recogiéndola.

Leyendo.

Sonriendo.

CAPÍTULO 11

Despierto con sabor a metal en la boca.

Luces fluorescentes. Techo blanco. Olor a desinfectante y cuerpos encerrados.

Intento moverme.

No puedo.

Correas en las muñecas. Correas en los tobillos. Sábana blanca hasta el pecho.

Habitación pequeña. Paredes acolchadas. Ventana con barrotes. Puerta con ventanilla de observación.

Psiquiátrico.

Lo lograron.

Me encerró.

Grito.

Nadie viene.

Grito más fuerte.

La puerta se abre. Enfermera. Cuarenta años. Expresión de cansancio profesional. Placa con nombre: Beatriz.

—Ya despertaste —dice.

—Suéltenme.

—Cuando te calmes.

—Estoy calmada. Suéltenme ahora.

—Eso no suena calmado.

Se acerca. Revisa las correas. Las aprieta más.

—No debería estar aquí —digo—. Esto es ilegal. Mi esposo me trajo a la fuerza.

—Tu esposo te trajo porque eres peligro para ti misma.

—Mentira.

—Atacaste al doctor Bermúdez con un pisapapeles.

—Me defendí.

—Robaste archivos confidenciales de tu esposo.

—Él me droga. Él fabrica evidencia. Él...

—Sufres de paranoia severa con delirios persecutorios. Todo está en tu expediente.

Señala una carpeta en la mesita junto a la cama.

Mi expediente.

Escrito por Bermúdez. Firmado por Damián.

—Cuánto tiempo llevo aquí —pregunto.

—Seis horas.

—¿Y cuánto me van a retener?

—Setenta y dos horas mínimo. Evaluación completa. Después veremos.

—No pueden retenerme contra mi voluntad.

—El juez firmó la orden. Sí podemos.

Se dirige a la puerta.

—Espera. ¿Puedo hacer una llamada? ¿Hablar con un abogado?

—Cuando tu médico lo autorice.

—¿Quién es mi médico?

—El doctor Bermúdez supervisa tu caso.

La puerta se cierra.

El cerrojo suena.

Sola de nuevo.

Tiro de las correas. Inútil. Están diseñadas para retener gente más fuerte que yo.

Miro el techo. Busco cámaras.

Las encuentro. Dos. Una en cada esquina.

Damián puede verme ahora mismo.

O Mateo.

O ambos.

Cierro los ojos.

Pienso.

La USB está escondida en mi casa. En el baño de abajo. Inalcanzable.

La carpeta de Laura está en manos de Damián. Probablemente destruida.

Mónica sabe dónde estoy pero no puede ayudarme sin revelar su participación.

Mateo tiene acceso a cámaras pero trabaja con Bermúdez. O contra Damián. O ambos.

Laura Vidal está ahí afuera pero no sabe que me encerraron.

Estoy sola.

Realmente sola.

Por primera vez en todo esto, no tengo plan. No tengo movimiento siguiente.

Tengo setenta y dos horas antes de que puedan extender el internamiento indefinidamente.

Tres días.

Para probar que estoy cuerda.

Mientras me drogan. Me observan. Me documentan.

La trampa perfecta.

Pasan horas.

La enfermera regresa. Me suelta las correas para que pueda usar el baño. Minúsculo. Sin privacidad. Ventana de observación en la puerta.

Me trae comida. Bandeja de plástico. Puré de algo. Gelatina. Vaso de agua.

—¿Qué hay en el agua? —pregunto.

—Agua.

—¿Qué medicación me van a dar?

—La que el doctor prescriba.

—No voy a tomarla.

—Entonces la recibirás por inyección. Tú eliges.

Come o te alimentamos por sonda. Toma las pastillas o te las inyectamos. Coopera o te atamos de nuevo.

Sin opciones reales.

Como siempre.

Como con Damián.

Solo que aquí es legal. Sanitizado. Profesional.

Como Bermúdez dijo: por mi propia protección.

Como el techo se venga abajo lentamente y todos aplauden porque me están salvando del desastre.

—Necesito hablar con mi esposo —digo.

—Ya vino. Mientras dormías. Dejó esto.

Saca sobre del bolsillo. Mi nombre escrito en la letra perfecta de Damián.

Lo abro con manos temblorosas.

Nota breve:

"Carla: Sé que ahora me odias. Pero algún día entenderás que esto es por amor. Necesitas ayuda que yo no puedo darte. Estos profesionales pueden. Coopera con ellos. Mejora. Vuelve a casa. Te espero. Siempre. D."

Rompo la nota en pedazos.

La enfermera los recoge sin comentar.

—Tu médico vendrá en una hora para primera sesión —dice.

—¿Bermúdez?

—Doctor Vega. Psiquiatra asignado al caso.

—¿No Bermúdez?

—Él solo procesó el ingreso. El doctor Vega manejará tu tratamiento.

Algo en mi pecho se afloja.

Nuevo médico. Alguien que no trabaja directamente con Damián.

Quizás.

O quizás otro en la cadena de cómplices.

—¿Puedo tener mi móvil? —pregunto.

—No se permiten móviles en esta unidad.

—¿Dónde está?

—Con tus pertenencias personales. Bolso, ropa, todo guardado en almacén. Te lo devolverán al salir.

Si salgo.

La enfermera se va.

Espero.

Una hora se convierte en dos.

La luz de la ventana cambia. Atardece.

Finalmente, la puerta se abre.

Hombre. Cincuenta años. Sin bata blanca. Vaqueros y camisa. Gafas de montura moderna.

—Carla. Soy el doctor Vega.

No extiendo la mano.

Él se sienta en la silla junto a la cama.

—Sé que no quieres estar aquí —dice—. Nadie quiere estar aquí. Pero estás. Y tenemos setenta y dos horas para determinar qué pasa después. Podemos usar ese tiempo peleando. O podemos usarlo productivamente.

—Usted ya decidió. Está en el expediente.

—Yo no escribí ese expediente. Lo escribió Bermúdez. Yo hago mi propia evaluación.

—¿Conoce a Bermúdez?

—De nombre. Nunca trabajamos juntos.

—¿Conoce a mi esposo?

—Solo de los papeles del ingreso.

Me estudia. Después abre libreta.

—Cuéntame tu versión.

—¿Para qué? Ya decidieron que estoy paranoica. Delirante. Peligrosa.

—Yo no decidí nada aún. Por eso pregunto.

Dudo. Cada palabra puede usarse contra mí. Cada confesión puede retorcerse en síntoma.

Pero también: es mi única oportunidad.

—Mi esposo me droga. Fabrica evidencia de deterioro mental. Tiene historial de hacer esto a otras mujeres. Una murió. Otra desapareció. Yo soy la siguiente. Bermúdez trabaja con él. Firman informes falsos. Me encerraron para silenciarme.

Vega escribe. Su expresión no cambia.

—¿Tienes pruebas?

—Tenía. Videos. Documentos. Mi esposo los encontró.

—¿Entonces tu palabra contra la suya?

—Sí.

—¿Y esperas que te crea?

—No espero nada. Pero es la verdad.

—La verdad es subjetiva en casos psiquiátricos.

—Exacto. Por eso es la herramienta perfecta. No se puede probar. No se puede refutar. Solo necesitan encerrarme setenta y dos horas. Después pueden extenderlo. Y extenderlo. Hasta que nadie recuerde quién era yo antes.

Vega deja de escribir.

—Eso es cínico.

—Es realista.

—O paranoide.

—Ambas cosas pueden ser verdad.

Sonríe. Pequeño. Casi imperceptible.

—Eres inteligente.

—Todos los paranoicos lo somos. Si fuéramos tontos, no imaginaríamos conspiraciones tan elaboradas.

—¿Entonces admites que podría ser imaginación?

—Admito que no puedo probarlo desde dentro de esta habitación. Que es precisamente el punto.

Cierra la libreta.

—Voy a ser honesto contigo. El expediente de Bermúdez está bien documentado. Fotos. Videos. Informes. Testimonios de tu esposo. En papel, pareces caso claro de paranoia con posible inicio de deterioro cognitivo.

—Pero.

—Pero he visto suficientes casos de abuso encubierto como médico para reconocer el patrón. Y esto huele a patrón.

Mi respiración se detiene.

—¿Me cree?

—No dije eso. Dije que tengo dudas. Y cuando tengo dudas, investigo.

—¿Cómo?

—Análisis de sangre. Para ver qué medicación tienes realmente en el sistema. Entrevistas con terceros. Revisión independiente del expediente. Y observación directa de ti durante setenta y dos horas.

—Mi esposo puede manipular todo eso.

—No puede manipularme a mí.

Saca tarjeta del bolsillo. La deja sobre la mesita.

—Si estás diciendo la verdad, lo descubriré. Si estás delirando, también. Pero necesito que confíes en el proceso.

—¿Y si el proceso está corrupto?

—Entonces ambos estamos jodidos.

Se levanta.

—Descansa. Mañana empezamos pruebas.

Sale.

La puerta se cierra pero no con cerrojo esta vez.

Tomo la tarjeta.

Doctor Rafael Vega. Psiquiatría forense. Universidad de Sevilla.

Forense.

Testifica en cortes. Evalúa competencia legal. Determina credibilidad.

Damián no sabía que me asignarían un forense.

Bermúdez tampoco.

Pequeño error en su plan perfecto.

O no.

Quizás Vega también trabaja con ellos. Otra capa de credibilidad. El médico "objetivo" que confirmará el diagnóstico después de "investigación exhaustiva".

No lo sé.

No puedo saber.

Solo puedo esperar.

Y preparar mi defensa.

Mi móvil vibra en algún lugar. Lejano. En el almacén con mis pertenencias.

Alguien llama. Alguien escribe. Alguien busca.

Pero yo estoy aquí. Atrapada. Sedada. Observada.

Tres días para probar mi cordura.

Tres días para que Damián consolide su control.

Tres días para que Mónica decida si ayudarme o salvar su pellejo.

Tres días para que Mateo haga... lo que sea que Mateo planea hacer.

Cierro los ojos.

Cuando los abro, hay alguien en la ventana de observación de la puerta.

Mirándome.

No es enfermera. No es Vega.

Es Mónica.

Vestida de uniforme médico.

Pone dedo sobre labios. Silencio.

Después desliza algo bajo la puerta.

Papel doblado.

Desaparece antes de que pueda reaccionar.

Me levanto. Camino a la puerta. Recojo el papel.

Lo desdoblo.

Letra apresurada:

"El doctor Vega es real. Confía en él. Análisis de sangre mostrará las drogas. Bermúdez intentará impedir las pruebas. No lo dejes. Aguanta 48 horas. Yo trabajo desde afuera. No estás sola. M."

Debajo, número de teléfono.

Y una línea más:

"Mateo encontró a Isabel. Está viva. Y quiere testificar."

CAPÍTULO 12

Destrozo la nota inmediatamente.

Papel en pedazos pequeños. Los trago. Todos. El sabor amargo me da arcadas pero no importa.

No pueden encontrarla.

No pueden saber que Mónica estuvo aquí.

Me siento en la cama. Proceso.

Isabel está viva.

Mateo la encontró.

Quiere testificar.

Contra Damián.

O es trampa dentro de trampa dentro de trampa.

No lo sé.

No puedo saber.

Solo puedo esperar que Vega sea quien dice ser. Que los análisis de sangre muestren las drogas. Que cuarenta y ocho horas sean suficientes.

La puerta se abre sin aviso.

Enfermera Beatriz con bandeja.

—Medicación nocturna.

—¿Qué es?

—Sedante suave. Para dormir.

—No lo necesito.

—Protocolo. Todos los pacientes en primera noche.

Pastilla blanca. Vaso de agua.

Exactamente como en casa con Damián.

—No voy a tomarla.

—Entonces llamamos al doctor Bermúdez para autorizar inyección.

Bermúdez.

No Vega.

Claro.

Tomo la pastilla. Me la llevo a la boca. Bebo agua.

Beatriz me observa.

—Abre.

Abro. Levanto la lengua.

La pastilla está escondida bajo mi mejilla derecha. Pegada contra los dientes. Invisible si no buscas específicamente.

Beatriz asiente.

—Bien. Que descanses.

Sale.

Espero treinta segundos.

Después escupo la pastilla en mi mano. La envuelvo en papel higiénico. La escondo en el pequeño hueco detrás del lavabo del baño.

Si van a analizarme la sangre mañana, necesito estar limpia. Sin drogas nuevas.

Solo las que ya tengo en el sistema. Las que Damián me dio durante meses.

Evidencia.

Me acuesto en la cama dura. Cierro los ojos. Finjo dormir.

Las cámaras me observan.

Damián me observa.

O Mateo.

O ambos.

Que me vean dormir. Que crean que la pastilla funcionó.

Que crean que soy manejable.

Las horas pasan con lentitud brutal.

A las seis de la mañana, luces encendidas.

Beatriz de nuevo.

—Hora del desayuno. Después primera ronda de pruebas.

Me trae bandeja. Café aguado. Tostada seca. Yogur.

—¿Qué pruebas?

—Análisis de sangre. Orina. Evaluación cognitiva.

—¿Quién las ordenó?

—El doctor Vega.

Algo en mi pecho se relaja.

Vega cumplió. Va a investigar.

Como a menos de cinco minutos. No puedo comer más. El estómago cerrado.

Beatriz recoge la bandeja.

—El flebotomista viene en veinte minutos. Prepárate.

Salgo de la cama. Me lavo la cara. Me peino con los dedos.

Ropa de hospital. Pantalón de algodón. Camiseta blanca. Todo diseñado para despojarte de identidad.

Soy paciente número 2347.

No Carla.

No esposa.

No víctima.

Solo número.

La puerta se abre.

Técnico joven. Carrito con tubos de ensayo. Torniquete. Agujas.

—Buenos días. Brazo izquierdo, por favor.

Me siento. Extiendo el brazo.

Él ata el torniquete. Busca vena.

—Buen flujo —dice—. Será rápido.

Prepara la aguja.

La puerta se abre de golpe.

Bermúdez entra.

—Deténgase.

El técnico se detiene. Aguja a centímetros de mi piel.

—¿Doctor?

—Estas pruebas no están autorizadas.

—El doctor Vega las ordenó.

—Yo soy el médico tratante de esta paciente. No el doctor Vega.

—Vega es el psiquiatra asignado por admisiones.

—Yo procesé el ingreso. Yo mantengo autoridad médica.

El técnico mira entre nosotros dos. Confundido. Atrapado entre protocolos.

—Las necesito —digo—. Son mi derecho. Evaluación completa.

Bermúdez me ignora.

—Retírese —le dice al técnico—. Ahora.

—Pero el doctor Vega...

—Responde a mí o responde a recursos humanos explicando por qué violó cadena de mando. Tú eliges.

El técnico recoge su equipo. Sale sin mirarme.

Bermúdez cierra la puerta.

Me quedo sola con él.

—Eso fue ilegal —digo—. Tengo derecho a evaluación independiente.

—Tienes derecho a la evaluación que yo autorice.

—Vega es médico asignado.

—En capacidad consultiva. Yo dirijo tu tratamiento.

Se acerca. Se sienta en la silla donde Vega estuvo ayer.

—Carla. Sé lo que intentas hacer. Retrasar el proceso. Crear dudas. Sembrar conflicto entre profesionales.

—Intento probar que me están drogando.

—Estás bajo medicación prescrita. Legalmente. Para tu propio bien.

—Damián pone otras cosas. Cosas que no están prescritas.

—¿Tienes pruebas?

—El análisis de sangre sería la prueba.

—O mostraría exactamente lo que digo: medicación apropiada en dosis terapéuticas. Y tú quedarías como paranoica que desperdicia recursos médicos.

Sonríe.

—Por eso cancelé las pruebas. Te estoy protegiendo de ti misma.

—Usted trabaja con Damián.

—Trabajo con la verdad. Y la verdad es que estás enferma. Igual que Natalia. Igual que Isabel.

—Isabel está viva.

El aire cambia.

Bermúdez se queda muy quieto.

—¿Qué dijiste?

—Isabel Romero. La mujer que supuestamente desapareció. Está viva. Y va a testificar sobre lo que Damián le hizo.

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien que sabe la verdad.

—¿Mónica? —Bermúdez se inclina hacia adelante—. ¿La mujer que se coló aquí anoche disfrazada de enfermera? ¿La que te pasó nota bajo la puerta?

El estómago se me cae.

Lo sabe.

—No sé de qué habla.

—Las cámaras grabaron todo, Carla. La vimos entrar. Cambiar de ropa. Acercarse a tu habitación. Vimos que te pasó algo. ¿Qué era?

—Nada.

—¿Dónde está?

—La tiré.

—Aquí no hay basura. Y tu habitación fue inspeccionada esta mañana mientras desayunabas. No encontramos nada.

Porque me la tragué.

Pero no puedo decir eso sin parecer más loca.

—Era basura. Publicidad. No recuerdo.

—Hmm.

Saca su móvil. Toca la pantalla. Me la muestra.

Video de seguridad. Pasillo. Mónica acercándose a mi puerta. Deslizando papel.

Después yo recogiéndolo.

Después... nada. Video salta. Corte limpio.

—Alguien borró los siguientes tres minutos —dice Bermúdez —. ¿Sabes quién tiene acceso para hacer eso?

No respondo.

—Mateo Bermúdez. Mi sobrino. Técnico de seguridad que instaló este sistema. Que aparentemente te está ayudando.

Guarda el móvil.

—Así que ahora tenemos a Mónica infiltrándose. A Mateo manipulando evidencia. A ti fabricando historias sobre Isabel viva. Todo orquestado para... ¿qué exactamente? ¿Destruir a Damián? ¿Escapar de tratamiento? ¿Conseguir dinero en divorcio?

—Para sobrevivir.

—Sobrevivirás mejor si aceptas ayuda.

—Su ayuda es veneno.

—Mi ayuda es medicina. —Se levanta—. Y la recibirás. Con tu cooperación o sin ella.

Sale.

La puerta se cierra con cerrojo esta vez.

Me quedo temblando.

Bermúdez sabe de Mónica. Sabe de Mateo. Sabe que están trabajando conmigo.

Puede usar eso como evidencia de que estoy conspirando. De que estoy paranoica. De que orquesto ataques contra Damián desde dentro del psiquiátrico.

La trampa se cierra más.

Necesito a Vega.

Necesito que Vega llegue antes de que Bermúdez consolide su versión.

Dos horas después, la puerta se abre.

Vega entra. Expresión seria.

—Me dijeron que rechazaste las pruebas.

—Bermúdez las canceló. No yo.

—Él dice que te agitaste. Que atacaste al técnico.

—Mentira.

—¿Hay cámaras en esta habitación?

—Sí.

—Entonces podemos verificar.

Saca su móvil. Accede a sistema de seguridad con contraseña.

Busca grabación de esta mañana.

Encuentra el momento. El técnico entrando. Bermúdez interrumpiendo.

Audio claro.

Todo como dije.

Vega pausa el video.

—Bermúdez mintió en su informe.

—¿Le sorprende?

—No. Pero me da herramientas.

Guarda el móvil.

—Voy a ordenar las pruebas de nuevo. Bajo mi autoridad exclusiva. Bermúdez no puede cancelarlas sin ir a comité de ética. Y si lo hace, archivo queja formal.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué me ayuda?

—Porque huelo mierda. Y cuando huelo mierda, excavo hasta encontrar la fuente.

Se sienta.

—Cuéntame sobre Isabel Romero.

—¿Qué quiere saber?

—Si está viva. Dónde está. Y por qué desapareció hace cinco años.

—No lo sé todo. Solo lo que me dijeron.

—¿Quién te dijo?

Dudo.

Cada nombre que doy es potencial evidencia contra mí.

Pero también: Vega es mi única oportunidad.

—Mónica Durán. La asistente de Damián. La que vino anoche.

—¿Cómo sabe ella de Isabel?

—Trabajó para Damián. Ayudó a documentar... cosas. Contra otras mujeres. Contra mí. Pero cambió de bando.

—¿O dice que cambió de bando?

—Exacto.

—¿Confías en ella?

—No. Pero es la única que me ofrece ayuda concreta.

Vega toma notas.

—¿Y Mateo?

—Su sobrino. Técnico de seguridad. Tiene acceso a las cámaras de mi casa. Me envió videos de Damián fabricando evidencia.

—¿Viste esos videos?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En USB escondida en mi casa. En el baño de la planta baja. Dentro del tanque del inodoro.

Vega escribe la ubicación exacta.

—Necesito esa USB.

—Damián está en mi casa. No puede entrar sin orden judicial.

—Tú puedes autorizarme. Legalmente. Como tu médico evaluador tengo derecho a acceder a evidencia relevante para tu diagnóstico.

—¿Y si la USB ya no está? ¿Si Damián la encontró?

—Entonces seguimos con plan B.

—¿Qué es plan B?

—Isabel Romero. Si está viva. Si testifica. Cambia todo.

Me mira directo.

—¿Sabes dónde está?

—Mateo dice que la encontró. No sé dónde.

—¿Puedes contactar a Mateo?

—No tengo mi móvil.

—Yo sí.

Saca mi móvil de su bolsillo.

—Bermúdez lo tenía. En su oficina. Con tus pertenencias. Lo recuperé esta mañana. Derecho médico del paciente.

Me pasa el teléfono.

Lo enciendo con dedos temblorosos.

Veinte mensajes no leídos.

Tres de Damián. Cinco de Mónica. Ocho de Mateo. Cuatro de número desconocido.

Abro los de Mateo primero.

"Sé que estás internada. Trabajo en sacarte. Encontré a Isabel. Está escondida pero dispuesta a hablar. Necesito que aguantes 24 horas más."

"Bermúdez bloqueó tus análisis. Voy a filtrar videos a prensa. Damián no podrá tapar esto si es público."

"No confíes en Mónica. Tiene su propia agenda. Te está usando."

Los de Mónica:

"Aguanta. Vega es legítimo. Conseguí copia de tu expediente completo. Tiene errores. Fechas manipuladas. Puedo probarlo."

"Mateo va a traicionarte. Tiene deal con Damián. Te lo cuento mañana cuando visite."

"Isabel no está viva. Es trampa de Mateo. No creas nada."

Los dos se contradicen.

Los dos acusan al otro.

Los dos ofrecen ayuda.

Los dos podrían mentir.

Miro a Vega.

—No sé en quién confiar.

—Entonces no confíes en nadie. Confía en evidencia.

—¿Qué evidencia?

—Los análisis de sangre que voy a hacerte ahora. La USB que voy a recuperar hoy. Y esto.

Saca sobre manila de su maletín.

Lo abre. Fotos.

Mujer. Treinta y tantos. Pelo castaño. Ojos verdes. Delgada hasta parecer enferma.

—Isabel Romero —dice Vega—. Fotografiada hace tres días. En Barcelona. Por investigador privado que contraté anoche.

La miro.

—¿Está viva?

—Muy viva. Y muy asustada. Pero dispuesta a hablar si garantizamos protección.

—¿Cómo la encontró tan rápido?

—No la encontré yo. La encontró alguien más hace meses. Y me vendió la información.

—¿Quién?

Vega sonríe. Frío.

—Mateo Bermúdez. Por cincuenta mil euros.

El piso se abre bajo mis pies.

—Mateo... trabaja para usted.

—Trabaja para quien paga más. Damián le pagaba. Yo le pago más. Y tú... tú eres la moneda de cambio que todos quieren.

Se levanta.

—Análisis de sangre en una hora. No puedes rechazarlos esta vez. Bermúdez ya no tiene autoridad aquí. Yo la asumí completamente esta mañana.

—¿Cómo?

—Presenté queja formal al director. Con evidencia de video. Bermúdez está suspendido pending investigación.

Sale.

Me quedo con mi móvil en las manos.

Vega me ayuda.

Pero Vega también compró información a Mateo.

Vega también tiene agenda propia.

Nadie hace nada gratis.

Ni siquiera la verdad.

El móvil vibra.

Nuevo mensaje. Número desconocido.

"Carla. Soy Isabel. Mateo me encontró. Vega me compró. Mónica me contactó. Damián me está buscando. Y tú eres la única que puede detener esto antes de que me mate a mí también. Nos vemos en 48 horas. Si sobrevivimos. I."

CAPÍTULO 13

El análisis de sangre tarda cuarenta minutos.

Cuatro tubos. Sangre tan oscura que parece negra bajo las luces fluorescentes.

El flebotomista es diferente. Mujer. Sesenta años. Eficiente y silenciosa.

Termina. Etiqueta los tubos. Sale sin mirarme.

Vega regresa dos horas después con sobre manila.

—Resultados preliminares —dice—. Confirmaremos con laboratorio externo pero necesitaba saber ya.

Abre el sobre. Saca hoja impresa.

—Alprazolam. Tres veces la dosis terapéutica normal.

—Damián me hacía tomar varias al día.

—Zolpidem. Otro sedante. No prescrito.

—No sabía que me daba eso.

—Escopolamina. Dosis bajas pero consistentes.

Me quedo paralizada.

—¿Escopolamina?

—Droga que causa amnesia anterógrada. Usada en ciertos procedimientos médicos. También conocida como burundanga.

—¿Por qué tendría eso en mi sangre?

—Porque alguien te la dio. Repetidamente. Durante semanas o meses.

Vega cierra el sobre.

—La escopolamina explica las lagunas de memoria. El comportamiento que parecía errático pero que no recordabas. Los objetos movidos sin tu conocimiento.

—Estaba drogada.

—Profundamente. Cualquier comportamiento bajo esos niveles de medicación no puede considerarse voluntario.

—Entonces no estoy loca.

—No estuviste nunca. Estuviste químicamente incapacitada.

Me apoyo contra la pared. Las rodillas ceden.

Vega me sostiene del brazo. Me ayuda a sentarme.

—¿Quién prescribió estas drogas? —pregunto.

—Nadie. Excepto el alprazolam original que Bermúdez te recetó hace un año. El resto... alguien las consiguió ilegalmente.

—Damián.

—O alguien con acceso farmacéutico. Bermúdez. Mónica si tiene contactos. Incluso Mateo si conoce a quien preguntar.

—¿Esto es evidencia? ¿Puedo usarla?

—Es evidencia médica sólida de que fuiste drogada sin consentimiento. Pero no prueba quién. Necesitamos más.

Se sienta frente a mí.

—¿Autorizas que entre a tu casa? ¿Que recupere esa USB?

—Sí.

—Firma aquí.

Saca formulario. Autorización médica para acceder a domicilio del paciente con fines de evaluación diagnóstica.

Firmo con mano temblorosa.

—Iré esta tarde. Con oficial judicial presente para cadena de custodia. Si la USB está ahí, será evidencia legal válida.

—¿Y si no está?

—Entonces dependemos de Isabel.

Guarda el formulario.

—Mientras tanto, necesito que hagas algo por mí.

—¿Qué?

—Actúa medicada. Cooperativa. Sumisa. Cuando el personal entre, parece confundida. Responde despacio. Dale a Damián exactamente lo que espera ver.

—¿Por qué?

—Porque si cree que ganó, se descuidará. Y la gente descuidada comete errores.

Sale.

Yo me quedo procesando.

Tengo evidencia química.

Tengo médico de mi lado.

Tengo posibilidad de testimonio de Isabel.

Pero también tengo a Damián ahí afuera. Consolidando su versión. Visitando magistrados. Preparando el siguiente paso.

Porque Vega tiene razón: un hombre que droga a su esposa durante meses no se detiene con internamiento de setenta y dos horas.

Tiene plan más grande.

A las cuatro de la tarde, Beatriz entra.

—Tienes visita.

—¿Quién?

—Tu esposo.

El estómago se me contrae.

—No quiero verlo.

—No es opcional. Tiene derechos como familiar directo.

—Estoy en evaluación. Vega dijo...

—El doctor Vega autorizó la visita. Dice que observarte con tu esposo es parte del proceso diagnóstico.

Me llevan a sala de visitas. Espacio pequeño. Mesa. Dos sillas. Ventana de observación. Cámara en la esquina.

Damián ya está ahí.

Traje gris. Corbata azul. Expresión de esposo preocupado perfectamente calibrada.

Se levanta cuando entro.

—Carla.

No respondo.

Beatriz me indica que me siente. Después sale. Puerta cerrada pero no con llave.

Damián se sienta frente a mí.

—¿Cómo te sientes?

—Drogada. Gracias a ti.

Sonríe. Pequeño. Triunfante.

—Veo que sigues con tus teorías.

—No son teorías. Son hechos. Los análisis de sangre lo prueban.

—¿Qué análisis?

—Escopolamina. Zolpidem. Tres veces la dosis normal de alprazolam. Todo en mi sistema. Todo puesto por ti.

—Suena a delirio paranoide.

—Vega tiene los resultados. Es evidencia médica.

—Vega es psiquiatra forense que busca hacerse nombre con caso sensacionalista. Creará cualquier narrativa que le convenga.

Se inclina hacia adelante.

—Pero digamos que tienes razón. Digamos que hay drogas en tu sangre. ¿Cómo pruebas que yo las puse? Podrías haberlas tomado tú. Podrías haberlas conseguido en la calle. Podrías estar automedicándote sin recordarlo.

—Análisis forenses de las pastillas en nuestra casa mostrarán qué contienen.

—¿Qué pastillas? Las tiré todas esta mañana. Preocupado porque podrías sobredosificarte. Ahora solo hay envases vacíos.

Me recuesto en la silla.

Claro.

Obvio.

Damián destruyó evidencia en cuanto me internaron.

—¿Y la USB? —pregunto—. ¿También la encontraste?

Su expresión no cambia pero algo pasa en sus ojos.

—¿Qué USB?

—La que escondí. Con los videos de ti fabricando evidencia.

—No sé de qué hablas.

—Vega va a buscarla hoy. Con oficial judicial. Orden firmada.

Ahora sí veo reacción. Pequeña. La mandíbula se tensa.

No la encontró todavía.

No sabe dónde está.

—Que busque —dice—. No hay nada que encontrar.

—Veremos.

Silencio entre nosotros. Juego de póker donde ambos tenemos cartas escondidas.

—¿Para qué viniste realmente? —pregunto.

—Para darte opción.

—¿Qué opción?

Saca sobre del bolsillo interior de su chaqueta. Lo desliza sobre la mesa.

—Papeles de divorcio. Ya firmados por mi parte. Solo necesito tu firma.

Lo miro sin tocarlo.

—¿Divorcio?

—Con generosos términos. Te quedas con tu cuenta personal. Yo pago la residencia de tu madre por cinco años. Renuncias a cualquier reclamo sobre propiedades compartidas. Y ambos seguimos con nuestras vidas.

—¿A cambio de qué?

—Admites voluntariamente que necesitas tratamiento psiquiátrico extendido. Firmas renuncia a presentar cargos contra mí, contra Bermúdez, contra cualquiera involucrado en tu cuidado. Y aceptas que todo lo que pasó fue resultado de tu enfermedad mental, no de conspiración.

Abro el sobre. Leo los papeles.

Es real. Divorcio completo. Términos como dijo.

Más una cláusula de confidencialidad. Otra de no difamación. Otra renunciando a investigación criminal.

—Si firmo esto, básicamente digo que estoy loca y que todo me lo imaginé.

—Dices que estabas enferma y que aceptas ayuda. Diferencia importante.

—Y tú quedas libre. Sin consecuencias.

—Yo quedo libre de matrimonio que claramente ya no funciona. Tú quedas libre con apoyo financiero para reconstruir tu vida.

—¿Y si no firmo?

—Entonces esto continúa. Evaluación completa. Setenta y dos horas que se convierten en semanas. Posible tutela legal. Posible pérdida de control sobre tus propias decisiones médicas. Y al final, de todas formas te quedas sin nada porque todo está a mi nombre.

Se recuesta.

—Esta es la salida fácil, Carla. La salida donde ambos ganamos algo. Si peleas, solo pierdes.

Miro los papeles. Después lo miro a él.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no esperar los tres días completos?

—Porque Vega está complicando las cosas. Porque prefiero resolver esto limpiamente. Y porque... —pausa— hay alguien más.

—Mónica.

—Sí. No tiene sentido fingir. Quiero estar con ella. Tú quieres libertad. Podemos darnos ambas cosas mutuamente.

Casi suena razonable.

Casi suena como que me está haciendo favor.

Si no supiera lo que sé. Si no tuviera análisis de sangre. Si no supiera de Natalia, de Isabel, del patrón.

—Necesito tiempo para pensarlo —digo.

—Tienes hasta mañana mediodía. Después retiro la oferta y dejamos que sistema legal siga su curso.

Se levanta.

—Piénsalo bien, Carla. Esta es tu mejor opción. Quizás la única.

Toca la puerta. Beatriz abre.

Damián sale sin mirar atrás.

Me quedo con los papeles.

Salvavidas con ancla atada.

Salida que me hunde.

Beatriz vuelve a entrarme.

—¿Estás bien?

Asiento. No confío en mi voz.

Me llevan de regreso a la habitación.

Cierro la puerta. Me siento en la cama.

Cuarenta y ocho horas.

Ese es mi plazo real. No los setenta y dos del internamiento.

Cuarenta y ocho horas hasta que Damián retire su oferta y active plan B.

Sea lo que sea plan B.

El móvil vibra en mi bolsillo. Vega me dejó quedármelo después de los análisis.

Mensaje de número desconocido.

"No firmes nada. Repeat: NO FIRMES NADA. Damián tiene cláusula escondida. Página 12, párrafo 3, letra pequeña. Renuncias a derechos sobre herencia futura. Tu madre tiene cuenta de ahorros a tu nombre. Cuatrocientos mil euros. Damián lo sabe. Por eso el divorcio ahora. Antes de que ella muera y el dinero sea legalmente tuyo. M."

Leo el mensaje tres veces.

Después busco página doce.

Ahí está.

Entre lenguaje legal denso, una línea: "La parte firmante renuncia a cualquier reclamo sobre activos heredados o por heredar de familiares directos durante vigencia del matrimonio."

Mi madre.

Damián sabe que mi madre no vivirá mucho más. Meses, quizás un año.

Y sabe que tiene cuenta a mi nombre que yo desconocía.

Si firmo antes de que ella muera, ese dinero es suyo por default.

Si no firmo y ella muere mientras estoy internada e incapacitada legalmente, él controla mis finanzas como tutor.

De cualquier forma, se queda con el dinero.

Nunca fue sobre amor. O control. O siquiera poder.

Fue sobre cuatrocientos mil euros que lleva tres años esperando cobrar.

La puerta se abre.

Vega entra. Cara seria.

—Tenemos problema.

—¿Qué pasó?

—Fui a tu casa. Con oficial judicial. Orden firmada. Registro completo.

—¿Y?

—La USB no estaba.

CAPÍTULO 14

—¿Qué quiere decir que no estaba?

Vega cierra la puerta. Se sienta.

—Registramos el baño completo. Revisamos el tanque del inodoro exactamente donde indicaste. La USB no estaba ahí.

—Imposible. La até al flotador. Con hilo dental. Envuelta en bolsa plástica.

—Encontramos restos de hilo dental. Cortado limpiamente. Y marcas de humedad en la bolsa donde pudo estar. Pero la USB misma... alguien la sacó.

—Damián.

—No pudo ser él. Estuvo aquí contigo durante el registro. El oficial lo confirmó. Damián llegó al hospital veinte minutos antes de que nosotros entráramos a la casa.

Me levanto. Camino. La habitación es demasiado pequeña.

—Entonces quién. Mónica. Mateo. Alguien con acceso.

—O alguien que sabía exactamente dónde buscar.

Me detengo.

—¿Qué insinúa?

—Que muy poca gente sabía de esa USB. Tú. Yo. Y quien sea que te dijera dónde esconderla.

—Nadie me dijo. Yo decidí.

—¿Segura?

Pienso. Aquella noche. Damián casi descubriéndome con el portátil. La USB copiándose. Mi decisión de esconderla.

Sola.

Tomé la decisión sola.

Excepto.

—Las cámaras —digo—. Damián tiene cámaras por toda la casa. Me vio esconderla.

—Posible. ¿Cubriste tu acción? ¿Entraste al baño con la USB escondida?

Intento recordar. La niebla de las pastillas dificulta los detalles.

—No estoy segura.

—Entonces asumimos que sí te vio. Que supo dónde estaba desde el principio. ¿Por qué no la recuperó inmediatamente?

—Porque... necesitaba que creyera que estaba a salvo. Que tenía ventaja. Que tenía evidencia.

—Exacto. Te dejó creer que tenías arma. Mientras planificaba cómo neutralizarla. La internación fue eso. Sacarte de la casa. Dejarte sin acceso.

—Pero usted dijo que Damián estuvo aquí durante el registro.

—Estuvo. Pero tiene gente. Bermúdez tiene llave de tu casa. Es el médico de familia. Fácil justificación si alguien pregunta. Mónica también tuvo acceso en el pasado como asistente personal. Incluso Mateo como técnico de seguridad.

—Cualquiera de los tres.

—O los tres trabajando juntos.

Vega saca sobre diferente. Más delgado.

—Pero no salimos con las manos vacías.

—¿Qué encontró?

—Esto estaba en el despacho de Damián. Carpeta archivada bajo llave. Tuvimos que forzar el archivador pero la orden lo permite.

Abre el sobre. Saca fotos.

Reconozco a la primera mujer inmediatamente.

Natalia Vidal.

Viva. Sonriendo. En una playa.

Fecha en la esquina: tres semanas antes de su muerte.

—Damián guardó fotos de su ex.

—No solo fotos. Mira el resto.

Paso las imágenes. Más fotos de Natalia. Algunas en restaurantes. Otras en su apartamento. Una serie en lo que parece sesión de terapia.

—¿La estuvo vigilando?

—Documentando. Igual que contigo. Cada foto tiene fecha y hora. Algunas con notas manuscritas al reverso.

Vuelvo una. Leo.

"N. cada vez más errática. Discusión con amiga sobre mi comportamiento. Aislar más."

Otra.

"N. olvidó cita médica. Excelente. Patrón se establece."

Otra.

"N. amenazó con dejarme. Aumentar dosis."

La última foto es del apartamento de Natalia. Desde el balcón mirando hacia abajo. Cuatro pisos de caída.

Anotación al reverso:

"Contingencia si no coopera."

Fecha: el día que murió.

Las fotos se me caen de las manos.

—Planeó su muerte.

—O planeó contingencia si ella no seguía el guion. Semántica legal importante.

—Esto es evidencia. Esto prueba el patrón.

—Prueba obsesión. Prueba comportamiento controlador. No prueba asesinato. Natalia saltó del balcón. Testigos lo confirmaron. Damián estaba ahí, sí, intentando detenerla según su versión. No hay evidencia física que contradiga su historia.

—Pero con contexto de estas fotos...

—Cambia la narrativa. Crea duda razonable. Abre posibilidad de investigación. Pero no es suficiente para cargos criminales diez años después.

Vega guarda las fotos.

—Sin embargo, combinado con los análisis de sangre tuyos, crea patrón. Y los patrones convencen a jueces. A trabajadores sociales. A comités de ética médica.

—¿Suficiente para detener el proceso de incapacitación?

—Suficiente para pausarlo. Para exigir investigación independiente. Para quitarle a Bermúdez autoridad sobre tu caso. Para darte tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Quizás un mes si consigo extensiones.

—Damián dijo que retira su oferta de divorcio en cuarenta y ocho horas.

—Entonces respondemos antes. Presentamos contrademanda. Exigimos investigación de abuso conyugal. Solicitamos orden de alejamiento.

—¿Con qué pruebas? Sin la USB...

—Con análisis de sangre. Con fotos de Natalia. Con testimonio de Isabel si conseguimos traerla.

—¿Y si no conseguimos a Isabel?

Vega se queda callado.

—Entonces dependemos de que Mónica o Mateo testifiquen. Y ambos tienen demasiado que perder.

Esa noche no duermo.

Beatriz trae la medicación nocturna. La misma pastilla blanca.

Esta vez no puedo esconderla. Beatriz se queda mirándome hasta que trago. Hasta que abro la boca. Hasta que levanto la lengua y muevo la cabeza de lado a lado.

La pastilla baja.

Minutos después, la niebla comienza.

Lucho contra ella. Necesito mantenerme despierta. Necesito pensar.

Pero la química gana.

Caigo en sueño pesado. Sin sueños. Negro completo.

Despierto con alguien sentado en la silla junto a mi cama.

La habitación está oscura. Solo luz de pasillo filtrándose bajo la puerta.

La figura es sombra. Forma humana pero sin detalles.

—¿Quién...?

—Shhhh. —Voz de mujer—. Tienes tres minutos antes de que enfermera haga ronda.

Se inclina hacia la luz.

Mónica.

—¿Cómo entraste?

—Uniforme de enfermera. Tarjeta de acceso clonada. No es difícil si sabes cómo.

—Vega dijo que te vieron la última vez. Que borraron el video pero saben que estuviste aquí.

—Por eso esta será la última. Después estás sola.

Saca sobre pequeño de su bolsillo. Lo deja sobre la mesita.

—¿Qué es?

—Copia de tu expediente completo. El real. No la versión que Bermúdez mostró. Tiene fechas alteradas. Diagnósticos añadidos después. Firmas falsificadas.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Trabajo en empresa de Damián. Tengo acceso a su computadora. A sus archivos. A todo.

—¿Incluida la USB?

Mónica se queda muy quieta.

—¿Qué USB?

—La que escondí en mi baño. La que desapareció antes de que Vega la recuperara.

—No sé nada de eso.

—Mateo dice que no confíe en ti. Tú dices que no confíe en Mateo. Vega dice que no confíe en nadie. Y Damián... Damián dice que me ayudará si firmo mi libertad.

—No firmes esos papeles. La cláusula de herencia...

—Ya lo sé. Ya leí la letra pequeña.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—No lo sé. Depende. ¿Por qué me ayudas realmente?

Mónica se inclina hacia adelante. Bajo la luz tenue puedo ver su cara. Ojeras. Labios apretados. Miedo real.

—Porque soy la siguiente. Después de ti. Ya empezó el proceso. Pequeñas cosas. Me olvido de citas que sé que agendé. Encuentro objetos en lugares que no los dejé. Ayer hallé frasco de pastillas en mi bolso que nunca compré. Escopolamina. Igual que te dieron a ti.

—Damián.

—Está siguiendo el patrón. Contigo funcionó casi perfecto. Pequeños ajustes y lo perfecciona conmigo.

—¿Entonces me ayudas para salvarte a ti?

—Te ayudo porque ambas estamos en la misma trampa. Y sola ninguna sale. Pero juntas... quizás.

Voces en el pasillo. Pasos acercándose.

Mónica se levanta.

—Lee el expediente. Todo. Hay notas que Bermúdez escribió a mano y olvidó borrar. Sobre Natalia. Sobre Isabel. Sobre el plan completo.

—¿Qué plan?

—No tienes esposo abusivo, Carla. Tienes asesino serial que usa medicina como arma. Y todos somos cómplices o víctimas. A veces ambas.

Los pasos se detienen frente a mi puerta.

Mónica camina hacia el baño. Se mete adentro. Cierra sin hacer ruido.

La puerta de mi habitación se abre.

Beatriz con linterna. Revisa. Me ve en la cama. Dormida aparentemente.

Revisa el baño. Abre la puerta.

Vacío.

Imposible.

Solo hay una salida del baño. Y Beatriz está bloqueándola.

Revisa detrás de la cortina de ducha.

Nada.

Mónica desapareció.

Beatriz murmura algo. Cierra el baño. Sale de mi habitación.

Espero diez minutos. Veinte.

Después me levanto. Voy al baño.

Reviso detrás de cortina. Debajo del lavabo. Dentro del tanque del inodoro.

Encuentro nota pegada al techo. Escrita en la parte interior de papel higiénico.

"Ducto de ventilación. Lleva a pasillo de mantenimiento. Te veo afuera si sobrevives. Quema esto. M."

Rompo el papel en pedazos diminutos. Los tiro por el inodoro. Tiro de la cadena tres veces hasta que desaparecen todos.

Regreso a la cama.

Tomo el sobre que Mónica dejó.

Lo abro con manos temblorosas.

Expediente completo. Mi nombre. Mi foto.

Paso páginas.

Informe de Bermúdez. Fechado hace dos semanas. Pero con notas manuscritas en los márgenes.

Letra pequeña. Anotaciones que parecen borrador.

"Patrón N.V. aplicable. Escalamiento similar. Timeline: 6-8 meses hasta crisis definitiva."

"Incrementar escopolamina gradualmente. Evitar sobredosis como caso I.R."

"Contingencia física solo si psicológica falla. Aprendizaje de N.V."

N.V. - Natalia Vidal.

I.R. - Isabel Romero.

¿Sobredosis?

Isabel no desapareció.

Isabel casi muere.

Sigo leyendo. Más notas. Más detalles.

Entonces veo algo que para mi corazón.

Última página. Sección de "Contingencias futuras".

Lista de nombres. Mujeres. Con fechas estimadas.

M. Durán - Inicio: activo. Timeline: 4-6 meses.

L. Torres - Candidata potencial. Requiere evaluación.

S. Méndez - Descartada. Demasiado conectada familiarmente.

Mónica no mintió.

Ella es la siguiente.

Después vendrá L. Torres. Después S. Méndez si pasa la evaluación.

Damián no se detiene.

Esto no es sobre mí. Nunca fue solo sobre mí.

Soy una en serie.

El móvil vibra bajo mi almohada.

Mensaje de Mateo.

"Tengo la USB. La recuperé antes del registro. Copié archivos. Envié a Vega. Ahora la tengo como seguro. Si Damián me toca, se publica todo. Tú decides: ¿confías en mí

o en Mónica? Porque ambos no podemos trabajar juntos. Uno de los dos miente. Elige bien. Tienes hasta mañana."

Otro mensaje. Número desconocido.

"Carla. Isabel aquí. Mónica me contactó hace una hora. Dice que Mateo trabaja con Damián. Que la USB es trampa. Que si testificas usando esa evidencia, te incriminas también. No sé en quién confiar. Pero sé esto: uno de ellos te traicionará. Decide cuál antes de que sea tarde. Nos vemos en 36 horas. Hotel Majestic, Barcelona. Habitación 412. Ven sola. O con quien elijas. Pero elige bien."

Miro ambos mensajes.

Mateo tiene la USB. O dice tenerla.

Mónica tiene el expediente. Y está en la lista de Damián.

Isabel está viva. Y asustada. Y escondida.

Vega tiene evidencia parcial. Y sus propias motivaciones.

Y Damián...

Damián tiene 36 horas para consolidar su victoria.

Porque mañana a mediodía retira su oferta.

Y entonces activa contingencia.

Sea lo que sea.

Un último mensaje entra.

Damián.

"Sé que Mónica estuvo ahí. Sé que Mateo te contactó. Sé que planeas algo. Pero también sé algo que tú no sabes. Tu madre murió hace tres horas. Paro cardíaco. Rápido. Sin dolor. Pensé que querrías saberlo. El funeral es en dos días. Espero que estés fuera para entonces. Si firmas mañana, por supuesto. Si no... comprenderé que tu enfermedad te impida asistir. D."

El móvil se me cae de las manos.

Mi madre.

Muerta.

Y Damián me lo dice por mensaje.

Como dato.

Como herramienta de presión.

Como recordatorio de que controla todo.

Incluso mi dolor.

Tomo el móvil con manos que no siento.

Marco el número de la residencia.

Suena. Suena. Suena.

—Residencia San Antonio. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Carla Andrade. Mi madre es... era paciente. Llamo para... para confirmar.

—Ah, señora Andrade. Sí. Lamentamos mucho su pérdida. Su esposo ya vino. Firmó los papeles. Autorizó el traslado al tanatorio.

—¿Cuándo murió exactamente?

—A las nueve de la noche. Paro cardíaco súbito. No sufrió.

—¿Estaba alguien con ella?

—El doctor Bermúdez la visitó esa tarde. Revisión rutinaria. Dijo que estaba estable. Después... simplemente pasó.

Bermúdez.

La visitó horas antes.

Revisión rutinaria.

Y mi madre murió.

Justo cuando Damián necesitaba que muriera.

Antes de que yo pudiera heredar legalmente.

Mientras estoy internada e incapacitada.

—¿Hicieron autopsia? —pregunto.

—No fue necesaria. Causa natural. Paciente con historial cardíaco. El doctor Bermúdez firmó el certificado.

Cuelgo.

Me siento en el suelo.

Mi madre está muerta.

Y Damián la mató.

O Bermúdez lo hizo por él.

Paro cardíaco.

Fácil de inducir. Fácil de disfrazar.

Especialmente en paciente mayor con Alzheimer.

Nadie pregunta. Nadie investiga.

Solo firman papeles y cierran el caso.

La puerta se abre.

Vega entra.

Ve mi cara. Entiende inmediatamente.

—¿Qué pasó?

—Mi madre murió esta noche.

Se sienta junto a mí en el suelo.

—Lo siento.

—Bermúdez la visitó horas antes. Damián me lo notifica por mensaje. Y yo estoy aquí. Atrapada. Sin poder despedirme. Sin poder protegerla. Sin poder detener lo que ya sé que pasó.

—¿Crees que la mataron?

—Sé que la mataron.

—¿Puedes probarlo?

—No.

Vega guarda silencio durante largo minuto.

Después:

—Autopsia. Podemos exigir autopsia.

—Bermúdez firmó certificado de muerte natural. No hay base legal.

—La hay si alguien presenta sospecha razonable. Familiar directo. Médico tratante.

—Tú.

—Yo.

Me mira.

—Pero necesito que entiendas algo. Si exijo autopsia, Damián sabrá que sospechamos. Acelerará todo lo demás. No esperará 36 horas. Actuará mañana. Quizás esta noche.

—¿Qué puede hacer? Ya estoy encerrada.

—Puede transferir la herencia antes de que la autopsia se complete. Puede presentar papeles de tutela permanente. Puede... hay muchas cosas que puede hacer si sabe que lo sabemos.

—Entonces qué sugieres.

—Que firmes el divorcio.

Me quedo mirándolo.

—¿Qué?

—Que firmes. Mañana. Cuando él te lo pida. Que aceptes sus términos. Que parezcas derrotada.

—¿Y perder todo?

—No. Firmas bajo coacción. Bajo medicación forzada. Mientras estás internada involuntariamente. Cualquier contrato firmado en esas condiciones es nulo legalmente. Pero él no lo sabrá hasta que sea tarde.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, te sueltan. Sales de aquí. Libre. Y entonces actuamos. Con Isabel. Con Mónica. Con Mateo. Con quien decidas. Pero libre. No desde dentro de esta jaula.

Tiene sentido.

Tiene sentido terrible y perfecto.

—¿Y si no funciona? ¿Y si los papeles son válidos de todas formas?

—Entonces luchamos desde tribunales. Pero al menos luchas desde fuera. No desde celda acolchada.

Me levanto. Camino a la ventana. Afuera, la ciudad duerme. Luces distantes. Vida que continúa mientras yo estoy suspendida en este limbo médico-legal.

—Mañana firmo —digo.

—Mañana firmas.

—Y después voy a Barcelona.

—A buscar a Isabel.

—Y a terminar esto.

Vega se levanta.

—Una cosa más. Tu madre. ¿Querrás que presente la solicitud de autopsia?

Pienso en mi madre. En sus últimos años robados por el Alzheimer. En los momentos de lucidez cada vez más raros. En la última vez que la vi y no la reconoció.

En cómo Damián usó su enfermedad para controlarme.

En cómo la mató para robarme.

—Sí —digo—. Preséntala.

—Se hará.

Sale.

Yo me quedo mirando la ciudad.

Treinta y seis horas.

Hotel Majestic. Barcelona. Habitación 412.

Isabel.

Mónica.

Mateo.

Uno de ellos miente.

Uno de ellos me traicionará.

Quizás todos.

Pero ya no me queda opción.

Mañana firmo mi libertad.

Y después...

Después viene todo lo demás.

CAPÍTULO 15

A las diez de la mañana me visten con mi ropa.

Pantalón negro. Blusa blanca. La misma ropa que llevaba cuando me trajeron hace tres días.

Tres días que parecen tres meses.

Beatriz me acompaña a la sala de administración. Vega ya está ahí. Y Damián.

Traje azul marino. Corbata gris. La expresión perfecta de esposo aliviado cuya mujer enferma finalmente ve razón.

—Carla. —Se levanta cuando entro—. Me alegra que hayas tomado la decisión correcta.

No respondo.

Vega me indica que me siente. Los papeles están sobre la mesa. Cinco páginas. Mi libertad a cambio de mi silencio.

—¿Leíste todo? —pregunta Vega.

—Sí.

—¿Entiendes los términos?

—Perfectamente.

—¿Firmas voluntariamente? ¿Sin coerción?

Miro a Damián. Después a Vega.

—Firmo porque quiero salir de aquí. Porque quiero ir al funeral de mi madre. Porque estoy cansada de pelear.

Damián sonríe. Pequeño. Victorioso.

Tomo el bolígrafo.

Firmo cada página. Mi nombre. Mi letra. Legalmente válido bajo cualquier escrutinio superficial.

Legalmente nulo bajo análisis profundo.

Espero.

Damián firma también. Después Vega como testigo médico.

—Listo. —Damián guarda su copia—. El divorcio se procesará en diez días hábiles. Mientras tanto, mantén distancia. No contacto. No acercamiento a mi domicilio.

—Era mi domicilio también.

—Ya no. Los términos especifican que renuncias a reclamar propiedades compartidas. Puedes recoger tus pertenencias personales con escolta policial presente. Programaremos fecha.

Se levanta. Extiende la mano a Vega.

—Gracias, doctor. Por su profesionalismo.

Vega no estrecha la mano.

—Solo hice mi trabajo.

Damián sale sin mirarme.

La puerta se cierra.

Yo me quedo con mi copia de los papeles. Mi sentencia de libertad.

—¿Y ahora? —pregunto.

—Ahora te procesamos de salida. Recoges tus pertenencias. Y quedas libre con seguimiento ambulatorio.

—¿Seguimiento?

—Protocolo estándar. Cita semanal conmigo durante un mes. Después mensual. Puedes vivir sola pero necesitas demostrar estabilidad.

—¿Y si no voy a las citas?

—Entonces Damián puede argumentar incumplimiento de términos del divorcio. Que sigues inestable. Que necesitas internamiento extendido.

Trampa dentro de trampa.

Incluso libre, sigo atada.

—Iré a las citas.

Vega asiente.

—Una cosa más. La autopsia de tu madre. Presenté solicitud esta mañana. Fue denegada.

—¿Por qué?

—Juez considera que no hay base suficiente. Certificado de muerte firmado por médico autorizado. Sin signos de violencia. Paciente con historial de condiciones cardíacas.

—Bermúdez firmó ese certificado.

—Lo sé. Presenté conflicto de interés. También denegado. Bermúdez es médico de familia legítimo. Su relación profesional no constituye sesgo automático.

Me apoyo contra la pared.

—Entonces se sale con la suya.

—Con esto, sí. Pero no con todo. Isabel sigue viva. Mónica tiene el expediente. Mateo tiene la USB, supuestamente. Y tú... tú tienes libertad para actuar.

—Por ahora.

—Por ahora es suficiente.

Me dan mi bolso. Mi móvil. Mis llaves.

Todo exactamente como lo dejé hace tres días.

Salgo del edificio a mediodía. El sol me ciega. El aire fresco me marea.

Tres días bajo luces fluorescentes. Tres días sin salir de habitación pequeña.

Llamo taxi. No tengo coche aquí. Damián lo recogió cuando me internaron.

—¿Adónde? —pregunta el conductor.

Doy la dirección de mi casa.

Ex casa.

Después cambio de opinión.

—Al tanatorio San José.

Necesito ver a mi madre. Una última vez. Antes de que Damián controle incluso eso.

El tanatorio está vacío.

Demasiado temprano para velorio. Demasiado tarde para preparativos.

Encuentro a mi madre en sala tres. Ataúd cerrado. Flores que no reconozco. Tarjeta que dice "Con cariño, Damián."

Me siento en la primera fila.

Miro el ataúd.

—Lo siento, mamá —susurro—. Debí protegerte. Debí saberlo. Debí detenerlo antes.

Nadie responde.

Mi madre se fue hace años realmente. El Alzheimer se la llevó primero. Bermúdez solo terminó lo que la enfermedad empezó.

Pero eso no lo hace menos asesinato.

—Voy a detenerlo —digo—. No sé cómo. No sé con quién confiar. Pero lo haré. Por ti. Por Natalia. Por Isabel. Por todas

nosotras.

La puerta se abre.

Me giro.

Mónica entra. Vestida de negro. Como si fuera al funeral.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? —pregunto.

—Te conozco. Sabía que vendrías antes del velorio oficial.

Se sienta a mi lado.

—Lo siento. Por tu madre.

—Tú sabes lo que pasó. Lo que Bermúdez hizo.

—Lo sospecho. Igual que tú. Pero no puedo probarlo.

—¿Viniste a decirme eso?

—Vine a darte esto.

Saca sobre del bolso. Lo mismo que dejó en el psiquiátrico pero más grueso.

—¿Qué es?

—Todo. Expedientes completos de Natalia, Isabel, tres candidatas más que descubrí. Correos entre Damián y Bermúdez discutiendo métodos. Transferencias bancarias. Y algo más.

—¿Qué?

—Ubicación de Isabel. Real. Verificada esta mañana. Hotel Majestic, Barcelona. Habitación 412. Igual que te dijo. Pero hay cambio.

—¿Qué cambio?

—No está sola. Mateo está con ella.

El estómago se me contrae.

—¿Mateo?

—La encontró hace semanas. La ha estado escondiendo. Pero no para protegerla. Para controlarla. Para usarla como moneda de cambio.

—¿Cambio por qué?

—Por dinero. Por venganza contra Damián. Por las dos cosas. No estoy segura de sus motivos. Solo sé que no son altruistas.

Tomo el sobre.

—¿Y tú? ¿Cuáles son tus motivos?

—Supervivencia. Ya te lo dije. Soy la siguiente en la lista. Si Damián cae, yo sobrevivo. Si tú caes, yo sigo.

—Honesta al menos.

—No tengo tiempo para mentiras. Ninguna lo tenemos.

Se levanta.

—El velorio es a las siete. Damián estará ahí. Bermúdez también. Toda la red. Todos actuando como ciudadanos respetables lamentando pérdida trágica.

—No voy a ir.

—Deberías. Última oportunidad de verlo antes de Barcelona. Última oportunidad de evaluar qué sabe. Qué planea.

—¿Vienes conmigo? ¿A Barcelona?

Mónica duda.

—No puedo. Si desaparezco ahora, Damián sabrá. Acelerará el proceso conmigo. Necesito mantener apariencias. Seguir trabajando. Parecer normal.

—Mientras yo hago el trabajo sucio.

—Mientras tú haces lo que yo no puedo. Y después compartimos victoria. O derrota.

Sale antes de que pueda responder.

Me quedo sola con mi madre muerta y sobre lleno de evidencia que quizás sea real o quizás sea trampa.

Voy al velorio.

Llego a las siete en punto. Sala llena. Gente que no conozco. Colegas de Damián. Vecinos. Personas que nunca visitaron a mi madre cuando estaba viva pero lloran su muerte ahora.

Damián está junto al ataúd. Recibiendo condolencias. Perfecto viudo político consolando a esposa recientemente divorciada de mujer que ni siquiera era su madre.

Me ve. Se acerca.

—Carla. Gracias por venir.

—Era mi madre.

—Lo sé. Y sé que estos días fueron difíciles. Para ambos.

Alrededor, gente observa. Esperando drama. Esperando escena.

Les doy nada.

—¿Cuándo es el entierro? —pregunto.

—Mañana. Diez de la mañana. Cementerio de San Pedro.

—Estaré ahí.

—Me alegra escucharlo.

Bermúdez se acerca. Traje negro. Expresión de pésame profesional.

—Carla. Mis condolencias. Tu madre era paciente ejemplar.

—¿La visitaste el día que murió?

—Revisión rutinaria. Como cada semana.

—¿Y cómo estaba?

—Estable. Tranquila. No presentaba signos de distress cardíaco inminente.

—¿Entonces por qué murió?

—Estas cosas pasan. Especialmente en pacientes de su edad y condición. El corazón simplemente... se detiene.

—Conveniente.

—¿Perdón?

—Nada.

Me alejo antes de que mi cara revele demasiado.

Encuentro baño. Me encierro. Respiro.

El móvil vibra.

Mateo.

"Estoy viendo por cámaras del tanatorio. (Sí, también este lugar tiene sistema de seguridad que instalé.) Sal de ahí. Damián acaba de hablar con Bermúdez. Planean algo. Esta noche. Vete. Ya."

Salgo del baño.

Damián me bloquea el paso.

—¿Ya te vas?

—Estoy cansada.

—Entiendo. ¿Dónde te hospedas? Ya no puedes volver a casa.

—Hotel.

—¿Cuál?

—¿Por qué importa?

—Por si necesito contactarte. Detalles del entierro. Pertenencias de tu madre que están en la residencia.

—Mándame mensaje.

Intento pasar. Su mano se cierra alrededor de mi brazo.

—Carla. Sé que me odias. Sé que crees cosas terribles sobre mí. Pero quiero que sepas algo.

—¿Qué?

—Lamento cómo terminaron las cosas. De verdad. Nunca quise lastimarte.

—Solo destruirme.

—Solo ayudarte a ver que necesitabas ayuda. Diferencia importante.

Suelta mi brazo.

—Hasta mañana.

Salgo del tanatorio. Subo al taxi que llamé antes.

—¿Adónde?

Doy dirección de hotel barato cerca de la estación. Donde Damián nunca pensaría buscarme.

Registro bajo nombre falso. Pago en efectivo. Subo a habitación en tercer piso.

Pequeña. Cama dura. Baño minúsculo. Pero mía. Privada. Sin cámaras.

Espero.

Me acuesto vestida. Con móvil en la mano. Con sobre de Mónica bajo la almohada.

A las dos de la mañana, el móvil vibra.

Número desconocido.

"Ven a casa. Nuestra casa. Ahora. Necesitamos hablar. Sobre tu madre. Sobre todo. Ven sola. Te espero. D."

Trampa obvia.

Pero también: única manera de saber qué planea.

Me levanto. Me lavo la cara. Reviso el sobre de Mónica.

Guardo copias de documentos clave en mi móvil. Fotografío todo. Subo a nube.

Después guardo el sobre en caja de seguridad del hotel.

Si algo me pasa, al menos hay backup.

Pido taxi. Doy la dirección.

Mi ex casa.

La casa donde viví ocho años. Donde fui esposa. Donde fui víctima. Donde casi perdí mi mente.

Llegamos en veinte minutos.

Las luces están encendidas. El Audi de Damián en el garaje.

Pago al taxista. Bajo.

La puerta principal está entreabierta.

Entro.

—¿Damián?

Silencio.

Camino a la sala. Vacía.

Cocina. Vacía.

Subo las escaleras.

Dormitorio. Luz encendida. Puerta abierta.

Damián está en la cama.

Acostado.

Demasiado quieto.

Me acerco.

Sus ojos están abiertos. Mirando al techo. Sin ver.

Hay almohada junto a él. Manchada de sangre.

Hay golpe en su cabeza. Lateral. Contuso. Sangre seca en el pelo.

Toco su cuello buscando pulso.

Nada.

Está muerto.

Damián está muerto.

Retrocedo. Mis manos manchadas con su sangre.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Lo saco con dedos que no siento.

Mensaje de su teléfono. El que está sobre la mesita junto a la cama.

Programado. Enviado automáticamente a la policía.

"Mi esposa Carla Andrade amenazó con matarme. Si reciben esto, significa que cumplió su amenaza. Por favor, investiguen. Adjunto evidencia. D.M."

Archivos adjuntos. Videos. Fotos. Mi cara. Mi voz. Amenazas que no recuerdo hacer.

Editados.

Fabricados.

Pero convincentes.

Escucho sirenas en la distancia.

Acercándose.

Damián me tendió trampa final.

Me llamó aquí. Se mató a sí mismo. O alguien más lo mató. Y diseñó todo para que yo cargara con la culpa.

Corro hacia la puerta.

Demasiado tarde.

Luces azules. Rojas. Llenando la calle.

Policía entrando. Armas desenfundadas.

—¡Al suelo! ¡Manos donde podamos verlas!

Me tiran. Rodilla en mi espalda. Esposas en mis muñecas.

—Carla Andrade, queda arrestada por el asesinato de Damián Molina. Tiene derecho a permanecer en silencio...

Las palabras se difuminan.

Me levantan. Me llevan al coche patrulla.

Vecinos observando. Cámaras grabando. Mi cara en la ventana del patrullero.

Asesina.

Eso es lo que verán en las noticias.

Esposa inestable que mató a marido exitoso.

Historia perfecta.

Historia falsa.

Pero nadie me creerá.

Me llevan a comisaría. Fotos. Huellas. Celda.

Interrogatorio puede esperar hasta mañana cuando tenga abogado.

Me sientan en celda pequeña. Sucia. Fría.

Y me quedo ahí.

Sola.

Procesando.

Damián está muerto.

Yo estoy arrestada.

Y alguien planeó esto.

Damián mismo antes de morir.

O alguien más que lo mató y usó su plan.

Mónica.

Mateo.

Bermúdez.

Isabel.

Cualquiera de ellos.

Todos con motivos.

Todos con acceso.

Todos con secretos.

El móvil me lo quitaron. El sobre quedó en el hotel. La evidencia está dispersa entre gente en quien no puedo confiar.

Y yo estoy encerrada.

De nuevo.

Diferente jaula. Mismo resultado.

Atrapada mientras todos los demás mueven piezas.

Cierro los ojos.

Respiro.

Pienso.

Damián muerto cambia todo.

Ya no puedo atacarlo. No puedo exponerlo. No puedo destruirlo.

Puedo solo defenderme de su último ataque.

O puedo encontrar quién realmente lo mató.

Y usar eso.

De alguna manera.

La puerta de la celda se abre.

Guardia.

—Tienes visita.

—¿Quién?

—Tu abogada.

No tengo abogada.

Me llevan a sala de entrevistas. Mesa. Dos sillas. Espejo unidireccional.

Mujer esperando. Cuarenta años. Traje impecable. Maletín de cuero.

No la conozco.

—Señora Andrade. Soy Leticia Vega. Su representante legal.

—No la contraté.

—No. Pero alguien lo hizo por usted.

—¿Quién?

Sonríe.

—Alguien que tiene mucho interés en que usted sobreviva a esto.

Abre el maletín. Saca archivo.

—Y alguien que sabe exactamente qué pasó esa noche.

Me pasa foto.

Damián. Muerto. Exactamente como lo encontré.

Excepto.

Hay alguien más en la habitación. Reflejado en el espejo del armario. Borroso pero visible.

Mujer. Pelo oscuro. Complexión delgada.

Mónica.

—Esto se tomó con cámara de seguridad que Damián no sabía que existía —dice Leticia—. Instalada por Mateo hace seis meses. Como seguro.

—Mónica lo mató.

—Mónica estuvo ahí cuando murió. Si lo mató ella, si lo mató él mismo, si fue accidente... eso está por verse.

Cierra el archivo.

—Pero lo que sí sabemos es esto: usted no lo mató. Y tenemos evidencia para probarlo.

—¿Por qué me ayuda?

—Porque me pagan muy bien. Y porque este caso tiene potencial de destruir red completa de abusadores médicos operando en Sevilla. Bermúdez. Sus colegas. El sistema que permite esto.

—¿Quién la contrató?

—Eso sabrá cuando sea relevante. Por ahora, necesito que confíe en mí. Y que no diga nada a nadie sin mi presencia.

Se levanta.

—La audiencia de fianza es mañana. La sacaré. Y después... después encontramos la verdad.

Sale.

Me devuelven a la celda.

Me acuesto en el catre duro.

Proceso todo.

Mónica estuvo ahí.

Mateo tiene video.

Leticia apareció de la nada.

Damián está muerto.

Y yo...

Yo sigo viva.

Sigo peleando.

Sigo buscando verdad en medio de mentiras apiladas sobre mentiras.

Cierro los ojos.

Mañana comienza Parte II de esto.

La parte donde dejo de ser víctima.

Y me convierto en otra cosa.

No sé qué exactamente.

Pero lo que sea.

Será mi decisión.

No la de Damián.

No la de Mónica.

No la de Mateo.

Mía.

Por primera vez en ocho años.

Finalmente.

Mía.

CAPÍTULO 16

Hay algo que Carla no sabe.

Nunca la conocí por casualidad.

Me siento en mi coche a tres calles de la casa de Damián. Luces azules y rojas todavía iluminan la noche. Policía llevándose a Carla. Vecinos en ventanas. Cámaras de televisión llegando.

Todo según lo planeado.

Casi todo.

Mis manos tiemblan sobre el volante. Todavía siento el peso de la almohada. El momento en que Damián dejó de moverse bajo mis manos.

No se suponía que pasara así.

No exactamente así.

Arranco el coche. Conduzco sin rumbo. Necesito pensar. Necesito procesar.

Necesito recordar cómo empezó esto.

Hace dos años, entré por primera vez a un grupo de apoyo para víctimas de abuso.

Sala pequeña en sótano de iglesia. Círculo de sillas plegables. Café malo en vasos de poliestireno. Mujeres de todas las edades compartiendo historias que sonaban demasiado familiares.

Yo no hablé esa primera noche.

Solo escuché.

Una mujer habló sobre su ex-novio. Controlador. Manipulador. La había convencido de que estaba perdiendo la cabeza. Movía objetos. La drogaba. Documentaba su "deterioro" para presentarlo como evidencia legal.

Cuando ella finalmente escapó, él se suicidó. O eso dijeron.

Ella sospechaba que lo habían matado. Que su familia sabía la verdad. Que pagaron para que pareciera suicidio y cerrar el caso.

Nombre del hombre: Damián Molina.

Nombre de la mujer contando la historia: Laura Vidal. Hermana de Natalia.

Después de la sesión, la abordé.

—Necesito saber más sobre Damián Molina.

—¿Por qué?

—Porque creo que está haciendo lo mismo con alguien que conozco.

Mentí. No conocía a nadie. Pero necesitaba la información.

Laura me llevó a café cerca. Me contó todo. Natalia. El patrón. La muerte. La impunidad.

—¿Por qué sigues investigando? —pregunté.

—Porque sé que no se detuvo con mi hermana. Hombres como él no paran. Solo perfeccionan el método.

—¿Has encontrado otras víctimas?

—Una desapareció hace cinco años. Isabel Romero. Otra escapó pero firmó acuerdo de confidencialidad. Y sospecho que hay una actual. Pero no he podido confirmar.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Damián es cuidadoso ahora. Mantiene perfil bajo. Pero tiene patrón reconocible. Busca mujeres inteligentes con vulnerabilidad específica. Familia enferma. Deudas. Soledad.

Me describió el perfil durante una hora.

Cada detalle era mi hermana Andrea.

Andrea se casó con hombre rico hace cuatro años. Arquitecto exitoso. Familia prominente. Al principio parecía perfecto.

Después empezaron los cambios. Aislamiento. Control financiero. Comentarios sobre su salud mental.

Andrea me llamaba menos. Cuando lo hacía, sonaba... apagada.

Hace dos años, recibí última llamada.

—Mónica. Creo que me estoy volviendo loca. Hago cosas y no las recuerdo. Pierdo objetos. Olvido conversaciones. Y él dice que necesito ayuda.

—¿Quién dice eso?

—Mi esposo.

—¿Cómo se llama tu esposo, Andrea?

Silencio largo.

Después:

—Se llama... no recuerdo. ¿Cómo no recuerdo el nombre de mi esposo?

Colgó.

Intenté llamarla de vuelta durante semanas. Su teléfono estaba desconectado. Fui a su casa. Nadie respondió.

Presenté denuncia de persona desaparecida. La policía investigó superficialmente. Su esposo dijo que Andrea se fue voluntariamente. Que tenía problemas mentales. Que dejó nota.

Me mostraron la nota. Era su letra. Decía que necesitaba tiempo sola. Que no la buscaran.

El caso se cerró.

Yo sabía que era mentira.

Contraté investigador privado. Encontró que Andrea fue internada en clínica psiquiátrica privada dos meses antes de "desaparecer."

Diagnóstico: esquizofrenia de inicio adulto.

Internamiento: voluntario.

Firmado por: Andrea Durán.

Autorizado por: doctor Bermúdez.

Cuando fui a la clínica, me dijeron que Andrea había sido trasladada a otra institución. Más especializada. No podían dar detalles por privacidad médica.

Su esposo había firmado los papeles.

Nombre del esposo: Damián Molina.

Mi hermana fue la víctima actual que Laura no pudo confirmar.

Y yo llegué demasiado tarde.

Esa noche, frente al café con Laura, decidí.

—Quiero ayudarte a detenerlo.

—¿Cómo?

—Infiltrándome. Él no me conoce. No hay conexión obvia con Andrea. Apellido diferente. Ella usaba el de casada.

—Es peligroso.

—No me importa.

Laura me estudió. Después asintió.

—Necesitarás entrenamiento. Necesitarás ser convincente. Y necesitarás aliada desde dentro.

—¿Quién?

—Su próxima víctima. Si podemos identificarla antes de que sea tarde.

Pasamos tres meses investigando. Laura tenía contactos. Investigadores. Personas que Damián había lastimado indirectamente.

Encontramos el patrón de reclutamiento. Eventos corporativos. Galas benéficas. Lugares donde mujeres vulnerables y exitosas se mezclaban.

Asistí a uno. Evento de arquitectos en hotel de lujo.

Ahí conocí a Carla Andrade.

Estaba sola en la barra. Bebiendo agua mineral. Observando la sala con expresión de quien preferiría estar en cualquier otro lugar.

Me acerqué.

—Odio estas cosas también.

Sonrió. Pequeño. Genuino.

—Se nota tanto.

—Solo a los que también odian estar aquí.

Hablamos durante veinte minutos. Su madre enferma. Su trabajo como contadora. Su soledad.

Damián apareció diez minutos después.

Observé cómo la observaba. Cómo evaluaba. Cómo decidía.

Se acercó con sonrisa perfecta y vaso de vino.

—Disculpen la interrupción. Soy Damián Molina.

Carla lo miró. Algo pasó en su expresión. Interés. Vulnerabilidad. Exactamente lo que él buscaba.

Me disculpé y me alejé.

Observé desde lejos cómo Damián trabajaba. Cómo encantaba. Cómo pescaba.

Dos semanas después, Laura me confirmó: Carla Andrade estaba saliendo con Damián Molina.

—Es ella —dije—. La próxima.

—¿Entonces qué haces?

—Me acerco. Desde otro ángulo.

Pasaron seis meses.

Carla se casó con Damián. Boda pequeña. Íntima. Yo no fui invitada, obviamente. Pero Laura me pasó fotos.

Carla sonriente. Radiante. Sin idea de lo que venía.

Esperé tres meses más. Tiempo para que Damián consolidara control. Para que Carla estuviera suficientemente aislada.

Después apliqué a trabajo en empresa de Damián.

Asistente personal. Posición que convenientemente quedó vacante cuando la asistente anterior renunció abruptamente.

Mi currículum era perfecto. Experiencia administrativa. Referencias impecables (fabricadas por Laura). Sin conexiones obvias con nada relacionado a Damián.

Me contrató en la primera entrevista.

—Empiezas el lunes —dijo—. Necesito alguien organizado. Confiable. Discreto.

—Soy las tres cosas.

Sonrió.

—Ya veremos.

Los primeros dos meses trabajé sin levantar sospechas.

Organicé su agenda. Manejé sus correos. Preparé presentaciones. Asistente perfecta.

Después, lentamente, él empezó a confiar.

Pequeñas cosas primero. Acceso a archivos personales. Contraseñas. Información sensible.

Yo documentaba todo. Cada correo sospechoso. Cada transferencia extraña. Cada reunión con Bermúdez.

Pasé copias a Laura. Ella las archivaba. Construyendo caso.

Pero no era suficiente. Necesitábamos más.

Necesitábamos que Damián revelara el plan completo.

Y para eso, necesitaba confiar en mí completamente.

Así que le di lo que quería.

Cuatro meses después de empezar a trabajar para él, Damián me invitó a cenar.

—Profesional —dijo—. Discutir proyecto nuevo.

Sabía que era mentira. Pero fui.

Restaurante caro. Vino caro. Conversación que empezó profesional y terminó personal.

Él preguntó sobre mi vida. Mi familia. Mis relaciones pasadas.

Mentí estratégicamente. Pinté cuadro de mujer sola. Un poco perdida. Buscando conexión.

Exactamente su tipo.

Al final de la cena, me tomó la mano.

—Eres diferente, Mónica.

—¿Diferente cómo?

—Genuina. No como otras que solo quieren algo de mí.

Casi reí. La ironía era perfecta.

—Tú también eres diferente —dije.

—¿Casado pero infeliz?

—Honesto sobre estarlo.

Sonrió.

—Mi matrimonio es... complicado.

—No tienes que explicar.

—Quiero explicar.

Y entonces empezó. La narrativa que había perfeccionado con víctimas anteriores.

Esposa inestable. Él intentando ayudar. Ella resistiendo. Matrimonio sin amor. Futuro sin salida.

Yo escuché. Asentí. Simpaticé.

Y cuando me besó en el estacionamiento, lo dejé.

Sabiendo exactamente lo que estaba haciendo.

Convirtiéndome en su cómplice.

Para destruirlo desde dentro.

Esa noche llamé a Laura.

—Estoy dentro.

—¿Qué tan dentro?

—Completamente.

Silencio.

—Ten cuidado. Hombres como Damián... seducen para controlar. No al revés.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque Natalia también lo sabía. Y terminó muerta.

—Yo no soy Natalia.

—Todas dicen eso.

Colgué.

Me senté en mi apartamento. Procesé lo que acababa de hacer.

Había besado al hombre que destruyó a mi hermana.

Había empezado affair con él.

Por estrategia. Por plan. Por venganza.

Pero también: había sentido algo.

No amor. No atracción real.

Pero poder.

Por primera vez, yo tenía algo que él quería.

Y eso me daba control.

O eso creí.

Hasta que Damián me enseñó que control es ilusión.

Que él siempre mantenía ventaja.

Y que yo, igual que Carla, igual que Natalia, igual que Andrea...

Ya estaba atrapada.

CAPÍTULO 17

El affair con Damián duró tres semanas antes de que me enseñara su verdadera cara.

Hasta entonces había sido perfecto. Atento. Generoso. Exactamente el hombre que Carla describía en sus primeros meses.

Entendí cómo funcionaba su seducción. Cómo te hacía sentir especial. Única. Vista.

Después venía el primer test.

Estábamos en su coche. Regresando de cena en restaurante donde nadie lo conocía. Dos pueblos más allá. Precaución que él presentaba como consideración.

—No quiero que esto lastime a Carla más de lo necesario —dijo.

—¿Entonces por qué sigues casado con ella?

—Porque no puedo abandonarla así. No cuando está tan frágil.

—¿Frágil cómo?

Aquí venía. El momento donde empezaba a construir la narrativa.

—Olvida cosas. Conversaciones completas. Ayer buscaba llaves que tenía en la mano. La semana pasada encontré su pasaporte en la nevera.

—Eso suena serio.

—Lo es. Su madre tiene Alzheimer. Creo que Carla está desarrollándolo también. Temprano. Pero se niega a ver a médico.

—Debe ser aterrador. Para los dos.

—Lo es. —Tomó mi mano—. Por eso eres tan importante para mí. Eres lo único estable en mi vida ahora mismo.

Tres semanas y ya me posicionaba como salvavidas.

Como necesidad.

Como excusa.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunté.

Se detuvo en semáforo. Me miró.

—Ayuda. Carla confía en mujeres más que en hombres. Si tú pudieras... observarla. Confirmar lo que veo. Tener testigo objetivo.

—¿Quieres que espíe a tu esposa?

—Quiero que la ayudes. Que me ayudes a ayudarla. Antes de que sea tarde.

El semáforo cambió a verde.

Aceleró.

Y yo entendí: no era amante.

Era reclutadora.

Igual que otras antes de mí.

Damián no solo destruía a sus víctimas. Las hacía cómplices en destruir a la siguiente.

Llamé a Laura esa noche.

—Me pidió que documente el comportamiento de Carla.

—Claro que sí. Necesita testigos. Gente que confirme su versión.

—¿Qué hago?

—Documenta. Pero documenta todo. No solo lo que él quiere que veas. Todo.

—¿Y Carla? ¿La protejo o la uso?

Silencio largo.

—Las dos cosas —dijo finalmente—. La usas para llegar a él. Pero documentas suficiente evidencia real de lo que él hace para salvarla después.

—Eso es...

—Manipulador. Lo sé. Igual que él. Pero es la única manera.

—¿Y si no funciona? ¿Y si termina como Natalia?

—Entonces al menos tendremos evidencia para destruirlo después. Fría consolación, pero algo.

Colgué sintiéndome sucia.

Esto era lo que había elegido. Infiltración. Engaño. Usar a Carla como cebo.

Para salvar a las que vendrían después.

Para vengar a Andrea.

Para detenerlo.

Justificaciones que sonaban cada vez más huecas.

La primera vez que moví un objeto en casa de Damián y Carla fue dos semanas después.

Damián me dio llave. Acceso cuando ellos no estaban. Supuestamente para recoger documentos de trabajo.

Realmente para preparar escena.

—Las llaves de Carla —dijo—. Déjalas en algún lugar inusual. Nada obvio. Algo que parezca que ella misma las puso sin recordarlo.

—¿Por qué yo?

—Porque si yo lo hago, ella podría sospechar eventualmente. Pero si tú lo haces, no hay conexión obvia. Y cuando después

testifiques sobre su comportamiento errático, será creíble.

—No sé si puedo...

—Mónica. —Me tomó la cara entre las manos—. Si no ayudas, ella empeorará. Necesito evidencia para conseguir que un médico la evalúe. Para conseguir tratamiento que necesita.

—¿Y si no necesita tratamiento? ¿Y si solo necesita salir de este matrimonio?

Su expresión cambió. Solo un segundo. Máscara deslizándose.

Vi algo debajo. Algo frío.

Después volvió la sonrisa.

—Si eso es lo que necesita, le daré divorcio. Pero primero necesito asegurarme de que puede manejarlo. Financiera y mentalmente. No voy a abandonarla para que termine en la calle.

Sonaba razonable.

Sabía que era mentira.

Pero tomé las llaves de todas formas.

Fui a la casa cuando ambos estaban fuera. Carla en supermercado. Damián en oficina.

Las llaves de Carla estaban en su lugar habitual. Gancho junto a puerta del garaje.

Las tomé. Caminé por la casa.

¿Dónde ponerlas? ¿Dónde parecería genuinamente olvidado pero suficientemente extraño para documentar?

Decidí: estante del baño de arriba. Entre toallas. Lugar donde podrías dejar algo distraídamente mientras buscas otra cosa.

Las dejé ahí.

Fotografié con móvil de Damián que me prestó para esto.

Salí antes de que Carla regresara.

Esa noche, Damián me mandó mensaje.

"Carla buscó llaves durante veinte minutos. Finalmente las encontré en el baño. Ella dice que no recuerda haberlas dejado ahí. Perfecto. Gracias."

Perfecto.

Acababa de convertirme en cómplice.

La segunda vez fue peor.

Damián me pidió que tomara foto de Carla. En supermercado. Sin que ella supiera.

—¿Por qué?

—Quiero documentar cómo se ve en público. Cuando no se esfuerza. Cuando cree que nadie la observa.

—Eso es invasivo.

—Es observación. Nada ilegal. Y necesaria.

Seguí a Carla al supermercado tres días después. Me mantuve a distancia.

Ella se veía... normal. Cansada quizás. Ojos hundidos. Pero normal.

Elegía vegetales. Revisaba precios. Hablaba cortésmente con el cajero.

Nada errático. Nada que sugiriera deterioro mental.

Tomé las fotos de todas formas.

Damián las editó después. Recortes que la hacían ver más desaliñada. Ángulos que capturaban momentos de confusión natural amplificados.

—¿Ves? —dijo mostrándome su portátil—. Así es como un médico la verá. Mujer en declive. Necesitando intervención.

—Esas fotos son manipuladas.

—Son contextualizadas. Diferencia importante.

No había diferencia.

Pero no dije nada.

Ya estaba demasiado profunda para retroceder.

Llamé a Laura después de seis semanas de documentación.

—Tengo suficiente evidencia de manipulación. Mensajes de Damián pidiéndome mover objetos. Fotos originales antes de editar. Todo.

—Bien. Pero todavía no es suficiente para cargos criminales. Solo muestra comportamiento cuestionable.

—¿Qué más necesitas?

—Necesito conexión con Natalia. Con Isabel. Necesito probar que es patrón sistemático. No solo caso aislado de matrimonio malo.

—¿Cómo consigo eso?

—Encuentra sus archivos. Los que guarda sobre víctimas anteriores. Sé que los tiene. Hombres como Damián coleccionan trofeos.

—¿Dónde busco?

—Portátil personal. No el de trabajo. El que usa en casa. Acceso encriptado probablemente. Pero si tienes contraseña...

—No tengo contraseña de su portátil personal.

—Entonces consíguela.

Conseguir la contraseña tomó dos meses.

Damián era cuidadoso. Nunca dejaba portátil desbloqueado. Nunca compartía contraseñas.

Pero tenía hábito.

Cuando estábamos juntos, en hoteles, después de sexo, revisaba correos en su portátil.

Yo fingía dormir. Observaba desde el rabillo del ojo.

Tecleaba contraseña cada vez. Dedos moviéndose en patrón.

Memoricé el patrón. Después lo repliqué en mi propio teclado. Reverse engineering hasta conseguir las letras.

NAT2014vidal.

Natalia. El año que murió.

Él usaba su víctima muerta como contraseña.

Trofeo. Memorial. Poder.

Todo condensado en once caracteres.

Entré a su portátil una noche cuando Damián dormía en mi apartamento.

Drogado levemente. Nada peligroso. Solo somnífero suficiente para garantizar sueño profundo.

Ironía no se me escapó. Usando sus métodos contra él.

Abrí el portátil. Tecleé la contraseña.

Adentro encontré carpeta titulada "Proyectos Personales."

Subcarpetas por nombre. Natalia V. Isabel R. Andrea D.

Mi hermana.

Abrí su carpeta con manos temblorosas.

Fotos. Videos. Documentos. Igual que con Carla.

Progresión del control. Aislamiento. Deterioro fabricado.

Última entrada: certificado de internamiento en clínica psiquiátrica.

Firmado por Andrea. Autorizado por Bermúdez.

Fecha: hace dos años.

No había entrada de alta. No había registro de traslado.

Solo internamiento.

Y después nada.

Como si Andrea simplemente hubiera dejado de existir.

Copié todo a USB.

Todas las carpetas. Todas las víctimas. Todo el patrón.

Tomó cuarenta minutos. Cuarenta minutos de terror esperando que Damián despertara.

No despertó.

Terminé la copia. Cerré portátil. Escondí USB en lugar que había preparado.

Damián despertó a las seis. Normal. Sin sospecha.

Me besó antes de irse.

—Gracias por anoche.

—Siempre.

Se fue a su casa. A Carla. A continuar la destrucción sistemática de otra mujer.

Yo me quedé con USB llena de evidencia.

Evidencia que podría destruirlo.

O que podría destruirme a mí si alguien descubría cómo la conseguí.

Entregué copia a Laura esa tarde.

—Esto es. Esto es todo lo que necesitamos.

Revisó archivos durante dos horas. Su cara se endurecía con cada carpeta.

—Hay cinco mujeres aquí. Cinco. Y estas son solo las que documentó completamente.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a policía. Con esto pueden abrir investigación. Arrestarlo. Procesarlo.

—¿Y Carla? Mientras tanto sigue en peligro.

—Carla es adulta funcional todavía. Puede salir si quiere.

—No puede. Él controla todo. Dinero. Acceso. Información.

—Entonces la sacas tú. Le cuentas la verdad. Le muestras evidencia. La convences de irse.

—Si hago eso, Damián sabrá que lo traicioné. Acelerará todo. Con Carla. Posiblemente conmigo.

Laura cerró el portátil.

—Entonces decides. ¿Salvas a Carla ahora arriesgándote tú? ¿O esperas hasta tener caso completo arriesgando a ella?

No respondí.

Porque no había respuesta correcta.

Solo elecciones imposibles.

Como siempre.

Decidí esperar.

Continué affair con Damián. Continué documentando contra Carla. Continué construyendo caso.

Laura preparaba presentación para fiscalía. Necesitaba testimonio de al menos una víctima viva además de evidencia documental.

Isabel estaba desaparecida. Andrea inaccesible. Carla todavía bajo control de Damián.

Necesitábamos encontrar a una de las otras. Las que escaparon. Las que firmaron acuerdos de confidencialidad.

Laura tenía nombres. Direcciones. Pero todas se negaban a hablar.

Miedo. Vergüenza. Acuerdos legales que las amenazaban con consecuencias.

El caso se estancaba.

Y mientras tanto, Carla empeoraba.

O parecía empeorar.

La vi en evento corporativo hace seis meses. Estaba delgada. Pálida. Movimientos lentos como si nadara en jarabe.

Drogada. Obviamente drogada.

Damián a su lado. Mano en su espalda. Guiándola. Controlándola.

Me acerqué cuando él se distrajo.

—Carla.

Me miró sin reconocerme. Habíamos hablado brevemente años atrás en aquel evento donde la conocí. No esperaba que me recordara.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Mónica. Trabajo con tu esposo.

—Ah. Sí. Damián habla de ti.

—¿Qué dice?

—Que eres eficiente. Confiable.

Herramientas. Él me describía como herramientas.

—¿Cómo estás tú? —pregunté.

—Bien. Cansada. Pero bien.

—Te ves... agotada.

—Lo estoy. Mi madre. El estrés. Todo.

Damián regresó. Me vio hablando con Carla.

Su expresión no cambió. Pero algo en sus ojos...

—Mónica. No sabía que venías a este evento.

—Última hora. Networking.

—Hmm. Carla, deberíamos irnos. Te ves exhausta.

—Estoy bien.

—No lo estás. Vamos.

La guió fuera. Ella no protestó. Demasiado cansada. Demasiado medicada.

Demasiado controlada.

Esa noche decidí.

No podía esperar más a que Laura construyera caso perfecto.

Tenía que actuar.

Contacté a Carla por primera vez hace cuatro meses.

Mensaje desde número desconocido.

"Sé lo que te está haciendo. Yo también pasé por eso. Necesitamos hablar."

No respondió durante tres días.

Después:

"¿Quién eres?"

"Alguien que escapó. Nos vemos mañana. Cafetería El Jardín, diez de la mañana. Ven sola."

Esperé en la cafetería desde las nueve.

Carla llegó a las diez y cinco. Nerviosa. Mirando sobre su hombro.

La abordé antes de que pudiera arrepentirse.

—Gracias por venir.

—¿Quién eres?

—Laura Vidal.

Mentí. Usé nombre de Laura porque Carla no podía saber que yo era Mónica. La asistente. La amante.

No todavía.

Le conté sobre Natalia. Sobre el patrón. Sobre las otras víctimas.

Vi cómo su cara cambiaba. Reconocimiento. Horror. Alivio de no estar loca.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Sales. Ahora. Antes de que sea tarde.

—No puedo. Mi madre. El dinero. Todo está a su nombre.

—Entonces documenta todo. Fotografía. Graba. Consigue evidencia. Y cuando tengas suficiente, usas eso para negociar tu libertad.

Le di número de contacto. Laura real, no yo.

—Ella puede ayudarte. Legalmente. Financieramente. Pero tienes que decidir ayudarte primero.

Carla tomó el número con manos temblorosas.

—¿Tú cómo escapaste?

Improvisé. Conté historia de otra víctima que Laura había investigado.

Carla escuchó cada palabra.

Cuando terminé, dijo:

—Gracias. Por advertirme. Por darme esperanza.

Se fue.

Yo me quedé sabiendo que acababa de cruzar línea.

Damián descubriría esto eventualmente. Y cuando lo hiciera...

Necesitaba estar preparada.

Dos semanas después, Damián me llamó a su despacho.

—Alguien contactó a Carla. Diciéndose Laura Vidal. Advirtiéndola sobre mí.

El corazón se me detuvo.

—¿Qué?

—Carla me lo contó. Piensa que es paranoia. Que alguien la está manipulando para volverla contra mí.

—¿Y tú qué piensas?

—Pienso que Laura Vidal real está detrás de esto. Ha estado investigándome durante años. Ahora escaló.

—¿Qué vas a hacer?

—Acelerar el plan. Carla necesita internamiento antes de que Laura la convenza de irse. Antes de que pierda control de la situación.

—¿Cuándo?

—Pronto. Semanas. Necesito que aumentes documentación. Más fotos. Más incidentes. Todo.

—Damián...

—¿Qué?

—¿Y si Carla realmente está bien? ¿Y si solo necesita salir?

Se levantó. Se acercó. Puso manos sobre mi escritorio. Se inclinó hasta que su cara quedó a centímetros.

—Carla está enferma. Igual que Natalia. Igual que tu hermana.

El mundo se detuvo.

—¿Qué?

—Andrea Durán. Tu hermana. ¿Pensaste que no lo sabía?

No podía respirar.

—Supe quién eras desde el día que aplicaste —continuó—. Investigación básica. Apellido Durán. Hermana de ex-paciente. Demasiada coincidencia.

—Entonces por qué me contrataste.

—Porque necesitaba saber qué planeabas. Y porque pensé que podría convertirte en aliada. —Sonrió—. Funcionó mejor de lo esperado.

—Dónde está Andrea.

—En lugar seguro. Recibiendo cuidado que necesita. Puedo llevarte a verla. Si cooperas completamente.

—Estás mintiendo.

—¿Lo estoy? Entonces por qué no has podido encontrarla en dos años. Porque yo la escondí bien. Y solo yo sé dónde.

Me levanté. Retrocedí.

—Eres un monstruo.

—Soy realista. Y tú... tú eres igual que yo ahora. Cómplice. Participante. Tan culpable como yo de lo que le pasa a Carla.

—Yo no...

—Moviste objetos. Tomaste fotos. Documentaste comportamiento. Todo bajo mi dirección, sí. Pero tu participación fue voluntaria. Ningún juez creerá que te obligué.

Tenía razón.

Había evidencia de mi participación. Mensajes. Fotos que yo tomé. Testimonios que podría dar Damián sobre mi cooperación.

Evidencia que me incriminaría igual que a él.

—Qué quieres —susurré.

—Que continúes. Que me ayudes a terminar con Carla. Y después... después veremos lo de Andrea.

—No te creo.

—No tienes que creerme. Solo tienes que decidir: ¿me ayudas y quizás salvas a tu hermana? ¿O me traicionas y garantizas que nunca la vuelves a ver?

Salió del despacho.

Me dejó procesando.

Había jugado exactamente en mi contra. Usó mi investigación. Mi infiltración. Mi plan.

Y me convirtió en prisionera.

Igual que a Carla.

Igual que a todas.

Esa noche llamé a Laura.

Le conté todo.

Ella escuchó en silencio.

Después dijo:

—Tenemos que encontrar a Andrea. Es la única manera de liberarte de su control.

—¿Cómo? Llevo dos años buscando.

—Mateo Bermúdez. El sobrino del doctor. Técnico de seguridad. Si alguien sabe dónde Damián esconde gente, es él.

—¿Por qué me ayudaría?

—Porque le pagaremos. Y porque tiene su propia venganza pendiente contra Damián. Negocios que terminaron mal.

—¿Cuánto?

—Todo lo que tengas. Y todo lo que yo tengo. Cincuenta mil euros. Quizás suficiente.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces improvisamos.

Colgué.

Miré mi apartamento. Mi vida construida alrededor de este plan.

Plan que Damián destrozó revelando que siempre supo.

Que siempre controló.

Que siempre ganó.

Hasta ahora.

Porque había una cosa que Damián no sabía.

Que yo estaba dispuesta a ir más lejos que él.

Que donde él se detenía en control y manipulación...

Yo continuaría hasta donde fuera necesario.

Incluso si eso significaba cruzar última línea.

La que separa víctima de vengadora.

Cómplice de asesina.

El móvil vibró.

Mensaje de número desconocido.

"Mónica. Mateo aquí. Tengo información sobre Andrea. Y sobre Isabel. Y sobre algo más que Damián no quiere que sepas. Nos vemos mañana. Solo tú. Solo efectivo. M."

Miré el mensaje.

Decisión simple.

Ir. Pagar. Conseguir información. Encontrar a Andrea.

Y después...

Después ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Por mi hermana.

Por las otras.

Por mí.

La respuesta llegó más fácil de lo que esperaba.

Tan lejos como fuera necesario.

Sin límites.

Sin piedad.

Sin vuelta atrás.

CAPÍTULO 18

Mateo eligió lugar de reunión. Parque industrial abandonado en las afueras. Tres de la tarde. Nadie alrededor.

Clásico.

Llevé el dinero en bolsa de lona. Cincuenta mil euros en billetes usados. Los ahorros de Laura. Los míos. Todo lo que pudimos juntar en veinticuatro horas.

Llegué quince minutos temprano. Aparqué donde podía ver la entrada. Motor encendido. Lista para huir si era trampa.

Mateo llegó exactamente a las tres. Furgoneta blanca. Sin distintivos. Aparcó junto a mi coche.

Bajó. Treinta y cinco años. Complexión promedio. Ropa oscura. Nada memorable excepto los ojos. Calculadores. Fríos.

Me acerqué con la bolsa.

—¿Trajiste el dinero?

—¿Trajiste la información?

Sonrió.

—Negocios primero. Me gusta.

Abrió la puerta trasera de la furgoneta. Dentro había mesa plegable. Portátil. Archivos.

—Entra.

—Prefiero quedarme afuera.

—Prefiero que no nos vean. Damián tiene ojos en todas partes.

Dudé. Entrar a furgoneta con desconocido en lugar desierto era decisión estúpida.

Pero necesitaba la información.

Subí.

Mateo cerró la puerta. Encendió luz interior. Abrió el portátil.

—Cincuenta mil euros por tres cosas —dijo—. Ubicación de Andrea. Ubicación de Isabel. Y algo más que no sabías que necesitabas.

—Muéstrame primero.

—El dinero primero.

—La mitad ahora. La mitad después de verificar.

—¿Cómo verificas?

—Llamo a los lugares. Confirmo que están ahí.

Consideró.

—Trato justo. Veinticinco ahora.

Saqué fajos de billetes. Conté veinticinco mil. Los dejé sobre la mesa.

Mateo los contó de nuevo. Metódicamente. Después asintió.

—Andrea Durán está en Clínica Reposo del Mar. Málaga. Internada bajo nombre falso: Carmen Suárez. Expediente sellado. Acceso solo con autorización de doctor Bermúdez.

Escribí la dirección.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Veintidós meses. Desde que Damián la hizo desaparecer oficialmente.

—¿Diagnóstico?

—Esquizofrenia paranoide con episodios psicóticos. Todo falso, obviamente. Pero convincente en papel.

—¿Puedo sacarla?

—Como hermana, sí. Pero necesitas orden judicial. Damián tiene tutela legal. Firmada por Andrea bajo medicación. Impugnable pero toma tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses. Año. Depende del juez.

No tenía seis meses. Carla no tenía seis meses.

—¿Y Isabel?

Mateo giró el portátil. Me mostró foto.

Mujer. Treinta y tantos. Delgada. Pelo castaño. Ojos hundidos. Cicatriz en la sien.

—Isabel Romero. Viva. Barcelona. Trabajando en cafetería bajo nombre falso. La encontré hace tres meses.

—¿Por qué desapareció?

—No desapareció voluntariamente. Damián la drogó hasta casi matarla. Sobredosis de escopolamina. Cuando despertó en hospital, él le dijo que había intentado suicidarse. Que era inestable. Que si volvía a Sevilla, la internarían permanentemente.

—Entonces huyó.

—Exacto. Vive con miedo de que Damián la encuentre. Cambió nombre. Cambió ciudad. Corta contacto con familia.

—¿Testificaría?

—Por precio correcto, sí.

—¿Cuánto?

—Ya incluido en los cincuenta mil. Yo le paso su parte. Ella testifica cuando Laura esté lista.

Miré la foto de Isabel. Después la dirección de Andrea.

Tenía ubicación de ambas. Tenía posibilidad de rescatar a mi hermana y conseguir testimonio contra Damián.

Pero algo no encajaba.

—Dijiste que había tercera cosa. Algo que no sabía que necesitaba.

Mateo cerró el portátil. Se recostó en la silla plegable.

—Damián no está solo. Tiene socio. Alguien que financia operación. Que le consigue clínicas privadas. Que paga a Bermúdez. Que limpia rastros.

—¿Quién?

—Su padre. Héctor Molina. Arquitecto retirado. Fortuna familiar. Hombre respetable. Filántropo.

El estómago se me contrajo.

—¿El padre sabe?

—El padre inventó el método. Damián solo lo perfeccionó.

Mateo sacó archivo del maletín. Lo abrió sobre la mesa.

Fotos viejas. Años setenta. Ochenta. Mujeres jóvenes. Desaparecidas. Hospitalizadas. Muertas.

—Héctor Molina ha estado haciendo esto durante cuarenta años. Seis mujeres documentadas. Probablemente más sin documentar. Damián aprendió del mejor.

Pasé las fotos. Una por una. Caras de mujeres que nadie buscó lo suficiente.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Soy técnico de seguridad. Instalé sistemas en casa de Héctor. En sus oficinas. En clínicas que financia. Tengo acceso a todo. Y copio todo.

—¿Por qué?

—Porque Damián me debe dinero. Mucho dinero. Trabajo que hice y nunca pagó. Esto es mi seguro. Mi venganza. Y mi jubilación.

Entendí.

Mateo no me ayudaba. Me vendía información para lastimar a Damián y cobrar deuda.

Éramos dos mercenarios con enemigo común. Nada más.

—¿Héctor sabe de Carla?

—Claro que sabe. Aprobó el plan. Supervisa progreso. Damián reporta a papá como empleado a jefe.

—¿Entonces puedo usar esto? ¿Contra ambos?

—Puedes intentar. Pero Héctor tiene más poder. Más dinero. Más conexiones. Acusar a Damián es difícil. Acusar a Héctor es suicidio.

Cerré el archivo.

—¿Qué sugieres?

—Que uses esto como palanca. No para destruirlos públicamente. Para negociar. Libertad de Carla. Libertad de Andrea. Silencio sobre Héctor. Todos ganan algo. Nadie pierde todo.

—¿Y la justicia?

—La justicia es concepto bonito. La supervivencia es realidad.

Tomó los veinticinco mil restantes que dejé sobre la mesa.

—Información entregada. Dinero recibido. Trato completo.

—Espera. ¿Cómo contacto a Isabel?

Escribió número en papel. Me lo pasó.

—Llámala. Di que vienes de mi parte. Menciona Barcelona. Ella sabrá que es real.

—¿Y Andrea? ¿Puedo visitarla?

—Puedes intentar. Pero Bermúdez bloqueará acceso. Necesitas estrategia mejor.

—¿Cuál?

—Intercambio. Algo que Damián quiera más que el control sobre Andrea.

—¿Como qué?

Mateo me miró.

—Como Carla. Deja que Damián termine con Carla. Después él libera a Andrea. Fea matemática. Pero efectiva.

—No voy a sacrificar a Carla.

—Entonces sacrificas a Andrea. O te sacrificas a ti. Alguien pierde. Tú decides quién.

Abrió la puerta de la furgoneta.

—Un consejo gratis. Damián sabe que estás trabajando contra él. Sabe de Laura. Sabe de tus contactos con Carla. Lo sabe todo y te deja continuar porque eres útil. Pero cuando dejes de serlo...

—¿Qué?

—Pregúntale a Natalia. Ah, espera. No puedes. Está muerta.

Bajé de la furgoneta.

Mateo arrancó sin despedirse.

Me quedé en parque industrial vacío con archivo lleno de muertos y dos direcciones que quizás salvaran vidas.

O quizás solo extendieran agonía.

Conduje directo a Málaga.

Cuatro horas. Sin parar. Sin comer.

Clínica Reposo del Mar estaba en costa. Edificio blanco. Jardines cuidados. Apariencia de resort de lujo.

Prisión disfrazada de spa.

Entré a recepción.

—Busco a paciente. Carmen Suárez.

La recepcionista revisó sistema.

—¿Relación?

—Hermana.

—¿Tiene autorización de visita?

—No sabía que necesitaba.

—Todos los pacientes en ala psiquiátrica requieren autorización previa. Del médico tratante.

—¿Quién es el médico tratante?

—Doctor Bermúdez. Puede contactarlo para solicitar permiso.

Claro. Bermúdez controlaba acceso.

—¿Puedo al menos confirmar que está aquí? ¿Que está bien?

—No puedo dar información sobre pacientes sin autorización.

—Es mi hermana. No la veo hace dos años.

—Lo siento. Protocolo.

Salí antes de decir algo que me consiguiera escolta de seguridad.

Me senté en el coche. Miré el edificio.

Andrea estaba ahí. Metros de distancia. Drogada. Encerrada. Olvidada.

Y yo no podía llegar a ella.

El móvil vibró.

Laura.

—¿Conseguiste la información?

—Sí.

—¿Y?

Le conté todo. Andrea. Isabel. Héctor. La red completa.

Laura escuchó en silencio.

—Mierda.

—Sí.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Mateo sugirió negociar. Intercambiar silencio sobre Héctor por libertad de Andrea y Carla.

—Eso deja a Héctor libre. Para continuar. Con otras víctimas.

—Lo sé.

—¿Estás dispuesta a vivir con eso?

Miré la clínica de nuevo. Ventanas con barrotes decorativos. Jardines que nadie usaba. Fachada perfecta sobre horror sistemático.

—Estoy dispuesta a salvar a mi hermana. El resto... ya veremos.

—Eso es exactamente lo que Damián cuenta con que pienses. Que priorices lo personal sobre lo colectivo. Que elijas a uno sobre muchas.

—¿Y tú qué harías?

—Yo elegiría justicia. Porque ya perdí a Natalia. No tengo a quién salvar. Solo venganza que perseguir.

—Fácil decirlo cuando no es tu hermana pudriéndose en clínica falsa.

—Tienes razón. Es fácil. Y egoísta. Pero también cierto.

Colgué.

No podía pensar con claridad.

Necesitaba... algo. No sabía qué.

Marqué el número que Mateo me dio. Isabel.

Sonó cuatro veces.

—¿Hola?

Voz cautelosa. Asustada.

—¿Isabel Romero?

—¿Quién pregunta?

—Mónica Durán. Mateo me dio tu número. Dijo que estarías dispuesta a hablar.

Silencio largo.

—¿Sobre qué?

—Damián Molina.

Respiración agitada. Después:

—No puedo hablar por teléfono.

—¿En persona?

—Barcelona. Mañana. Te mando dirección.

Colgó.

Mensaje llegó treinta segundos después. Dirección de café. Hora: dos de la tarde.

Miré el reloj. Seis de la tarde ahora. Barcelona estaba a seis horas de Málaga.

Si salía ahora, podía llegar a medianoche. Dormir. Encontrarme con Isabel mañana.

Después regresar a Sevilla.

Después enfrentar a Damián.

Después... algo.

No tenía plan. No tenía estrategia.

Solo desesperación e información que quemaba.

Arranqué el coche.

Conduje hacia Barcelona mientras oscurecía.

Isabel era más pequeña de lo que parecía en fotos.

Nos encontramos en café tranquilo en barrio residencial. Ella ya estaba ahí cuando llegué. Esquina. Espalda a pared. Observando entrada.

Me senté frente a ella.

—Gracias por venir.

No respondió. Solo me estudió.

—¿Cuánto te pagó Mateo? —preguntó finalmente.

—Yo le pagué a él.

—Hmm. Entonces realmente necesitas esto.

—Necesito que testifiques. Contra Damián. Contra el doctor Bermúdez. Contra todo el sistema.

—¿A cambio de qué?

—Protección. Nuevo nombre legal si quieres. Recursos para reconstruir tu vida.

—Ya tengo nuevo nombre. Ya reconstruí vida. ¿Por qué arriesgaría eso?

—Porque hay otras. Como tú. Como yo. Como mi hermana. Y si no lo detenemos, continuará.

Isabel bebió café. Manos temblorosas alrededor de la taza.

—¿Tu hermana?

—Andrea. La tiene internada. Igual que intentó contigo.

—¿Ella está...?

—Viva. Pero no libre. Y no volverá a estarlo a menos que lo detengamos.

Isabel bajó la taza.

—Cuando Damián terminó conmigo, casi muero. Literalmente. Sobredosis. Hospital. Estómago bombeado. Tres días en coma.

—Lo siento.

—Cuando desperté, él estaba ahí. Junto a mi cama. Diciéndome que había intentado suicidarme. Que era inestable. Que si alguien preguntaba, debía confirmar su versión o me internaría permanentemente.

—¿Y le creíste?

—Me mostró evidencia. Videos míos intentando lastimarme. Excepto que en los videos yo estaba drogada. Fuera de mí. No era yo. Pero convencería a cualquier médico.

—¿Entonces huiste?

—Él me dejó huir. Me dio dinero. Contacto para nuevo nombre. Todo. Con condición: desaparecer completamente. Sin familia. Sin amigos. Sin vida anterior.

—¿Por qué haría eso?

—Porque muerta o desaparecida, el resultado es el mismo. Nadie me busca. Nadie hace preguntas. Él queda limpio.

Se recostó.

—Pero tú quieres que testifique. Que regrese. Que me exponga.

—Quiero que cuentes la verdad.

—La verdad me matará.

—El silencio matará a otras.

Isabel se levantó.

—No puedo. Lo siento. No puedo.

—Isabel...

—No sabes lo que es. El miedo. Cada día esperando que él me encuentre. Que termine el trabajo. Esto... —señaló alrededor— esto es jaula. Pero es mi jaula. Elegí esto sobre muerte. Sobre desaparición permanente. No voy a renunciar a eso.

Salió del café.

Yo me quedé con segunda taza de esperanza muerta.

Sin Isabel, sin Andrea accesible, sin forma de detener a Damián legalmente...

¿Qué me quedaba?

La respuesta llegó más rápido de lo que esperaba.

Lo ilegal.

Lo definitivo.

Lo que Damián hizo a Natalia.

Lo que alguien tendría que hacerle a él.

Eventualmente.

Si nadie más tenía coraje.

El móvil vibró.

Mensaje de número desconocido.

"Mónica. Sé que estuviste en Málaga. Sé que hablaste con Isabel. Sé todo. Nos vemos esta noche. En nuestra casa. La que compartimos cuando fingías amarme. Ven sola. O próxima persona que visita clínica en Málaga es Laura. Con flores para funeral de Natalia que organizaré especialmente. D."

Leí el mensaje tres veces.

Damián sabía. Todo. Como siempre.

Y ahora me llamaba a confrontación final.

¿O a trampa?

No importaba.

Tenía que ir.

Por Andrea. Por Carla. Por todas.

Y cuando llegara...

Bueno.

Eso dependería de lo que Damián dijera.

De lo que hiciera.

De cuánto me empujara.

Porque había línea que yo todavía no había cruzado.

Pero que cada vez se veía más cerca.

Más necesaria.

Más inevitable.

La línea entre vengadora y asesina es delgada.

Y yo ya tenía un pie del otro lado.

CAPÍTULO 19

La casa que Damián llamaba "nuestra" era apartamento que alquilé hace seis meses.

Pequeño. Discreto. A veinte minutos del centro. Lugar donde nos encontrábamos cuando él necesitaba escapar de Carla. Cuando necesitaba mantener la mentira de que yo era su salvación.

Aparqué a una calle de distancia. Llegué a pie.

Todas las luces estaban encendidas. Damián quería que lo viera. Que supiera que estaba esperando.

La puerta estaba entreabierta.

Entré.

—¿Damián?

—En la sala.

Su voz. Calmada. Controlada. Como siempre.

Caminé despacio. Cada paso calculado. Mano en el bolso. Donde guardaba spray de pimienta que Laura me dio meses atrás.

Por si acaso.

Damián estaba sentado en el sofá. Traje oscuro. Sin corbata. Vaso de whisky en la mano. Como ejecutivo relajándose después de día largo.

—Cierra la puerta —dijo.

La cerré. No con llave.

Me senté en silla frente a él. Distancia segura. Escape visible.

—Sabía que vendrías —dijo—. Eres predecible así.

—Amenazaste a Laura.

—No amenacé. Prometí. Diferencia importante.

Bebió whisky. Lentamente. Saboreando.

—Málaga es bonita esta época del año. ¿Viste a Andrea?

—Sabes que no me dejaron verla.

—Claro que lo sé. Bermúdez me avisó en cuanto intentaste. Protocolo estándar.

—¿Por qué sigues haciéndole esto? Ya no está casada contigo. Ya no te sirve.

—Me sirve perfectamente. Como palanca para controlarte a ti.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Crees que no sé lo que planeas? ¿Tú y Laura? ¿Construir caso contra mí? ¿Usar a Isabel como testigo?

—Isabel no testificará.

—Lo sé. Le di suficiente miedo para garantizar silencio permanente. Igual que con las otras.

—Excepto Carla.

—Carla es diferente.

—¿Por qué?

Se levantó. Caminó a la ventana. Miró la calle.

—Porque Carla tiene algo que las otras no tuvieron. Dinero real. Cuatrocientos mil euros de su madre. Que legalmente serán míos cuando su madre muera.

—Cuando la mates, querrás decir.

Se giró.

—Yo no mato, Mónica. Facilito transiciones inevitables.

—Eso es lo que le hiciste a Natalia.

—Natalia se suicidó. Hay testigos. Investigación cerrada.

—La empujaste.

—La dejé saltar. Diferencia sutil pero legal.

Volvió al sofá. Se sentó. Me miró con esos ojos verdes fríos.

—Igual que dejaré que Carla se derrumbe. Que firme papeles. Que renuncie a todo. Y cuando lo haga, liberaré a Andrea.

—No te creo.

—Deberías. Porque no necesito a Andrea ya. Te tengo a ti. Mucho más útil. Mucho más manipulable.

Me incliné hacia adelante.

—¿Qué quieres exactamente?

—Que dejes de pelear. Que aceptes realidad. Que me ayudes a terminar con Carla limpiamente. Después, todos conseguimos lo que queremos.

—¿Qué consigo yo?

—A Andrea. Libre. Sana. Con expediente limpio y dinero para reconstruir su vida.

—¿Y Carla?

—Carla consigue divorcio generoso. Libertad. Vida nueva. Todos ganamos.

—Excepto que Carla no obtiene los cuatrocientos mil.

—Carla obtiene suficiente para sobrevivir. Yo obtengo compensación justa por ocho años de matrimonio con mujer inestable.

Sonaba casi razonable.

Casi.

Si no supiera lo de Natalia. Lo de Isabel. Lo del patrón.

—¿Y tu padre? —pregunté.

Su expresión cambió. Solo un segundo. Pero lo vi.

—¿Qué pasa con mi padre?

—Sé que está involucrado. Que financia todo. Que inventó el método.

Damián se quedó muy quieto.

—Mateo habla demasiado.

—Mateo vende información. Tú le enseñaste eso.

Se levantó de nuevo. Esta vez su movimiento era diferente. Tenso. Controlado pero con esfuerzo.

—Mi padre es hombre respetable. Filántropo. Benefactor de seis clínicas psiquiátricas. Lo que haga o no haga no es tu problema.

—Es mi problema si usa esas clínicas para encerrar mujeres inconvenientes.

—Pruébalo.

—Mateo me dio archivos.

—Mateo te dio copias. Que pueden ser desacreditadas como falsificaciones. Mi padre tiene abogados mejores que cualquier evidencia que Mateo pueda fabricar.

Caminó hacia mí. Se detuvo a medio metro.

—Escucha con atención, Mónica. Vas a hacer exactamente lo que te digo. Vas a ayudarme a terminar con Carla. Vas a testificar que su comportamiento era errático si es necesario. Vas a confirmar mi versión en todo.

—¿Y si no?

—Entonces Andrea nunca sale de Málaga. Laura tiene accidente. E Isabel... bueno, Barcelona es ciudad peligrosa. Gente desaparece todo el tiempo.

—Estás amenazando a tres personas.

—Estoy prometiendo consecuencias. Como dije: diferencia importante.

Me levanté. Enfrenté su mirada.

—No voy a ayudarte a destruir a Carla.

—Sí vas.

—No.

Su mano se cerró alrededor de mi garganta.

Rápido. Preciso. Practicado.

Me empujó contra la pared. Apretó. No demasiado. Solo suficiente para que sintiera su poder.

—Vas a ayudarme —susurró—. Porque ya eres cómplice. Ya moviste objetos. Ya documentaste comportamiento. Ya participaste. Si yo caigo, tú caes conmigo.

—Fui... víctima también.

—Fuiste colaboradora voluntaria. Hay diferencia. Legal y moral.

Apretó un poco más. Estrellas bailaron en mi visión.

—Andrea se queda en Málaga hasta que Carla firme el divorcio. Después, quizás, consideraré liberarla. Pero solo si cooperas completamente.

Me soltó.

Caí al suelo. Tosí. Respiré con dificultad.

Damián se arregló el traje. Como si nada hubiera pasado.

—Carla será internada otra vez en dos días. Esta vez permanentemente. Bermúdez firmará los papeles. Yo conseguiré tutela legal. Y tú vas a testificar que todo fue necesario. Que yo intenté ayudarla. Que ella se resistió. Que no tuve opción.

—Vete al infierno.

—Ya estoy ahí. Y tú estás conmigo.

Se dirigió a la puerta.

—Dos días, Mónica. Prepárate para testificar. O prepárate para perder a todos los que te importan.

Salió.

La puerta se cerró.

Yo me quedé en el suelo. Mano en la garganta. Sintiendo marcas de sus dedos.

Damián había cruzado línea. De amenazas a violencia física. De manipulación a agresión directa.

Eso significaba que estaba desesperado.

O que había decidido que yo ya no era útil viva.

El móvil vibró en mi bolso.

Lo saqué con mano temblorosa.

Laura.

"¿Estás bien? Tu ubicación muestra que sigues en el apartamento."

"Estoy bien. Damián se fue."

"¿Qué pasó?"

Pensé en contarle. El ataque. Las amenazas. Todo.

Pero no lo hice.

Porque algo había cambiado en mí durante esos segundos con manos de Damián en mi garganta.

Algo definitivo.

"Después te cuento. Necesito pensar."

Guardé el móvil.

Me levanté. Fui al baño. Me miré en el espejo.

Marcas rojas en el cuello. Convertirían en moretones para mañana.

Evidencia.

Pero evidencia de qué. De agresión que yo provoqué viniendo sola. De violencia que cualquier abogado argumentaría fue defensa ante mi acusación.

Nada que sirviera realmente.

Nada excepto prueba de que Damián era exactamente lo que sabía que era.

Monstruo.

Y los monstruos no se detienen con razón. Con evidencia. Con justicia.

Los monstruos se detienen con fuerza equivalente.

O superior.

Abrí el botiquín. Dentro había pastillas que Damián dejaba aquí. Para las noches que pasábamos juntos.

Alprazolam. Zolpidem. Y otras.

Tomé el frasco sin etiqueta. El que Damián usaba cuando quería que durmiera profundamente.

Lo abrí. Olí.

Sin olor particular.

Escopolamina probablemente. La droga que usaba para crear amnesia.

La droga que casi mató a Isabel.

Guardé el frasco en mi bolso.

Conduje a casa de Laura. Era medianoche cuando llegué.

Ella abrió en pijama. Vio mi cuello. Su expresión se endureció.

—¿Qué pasó?

Entré. Cerró la puerta.

Le conté todo. La confrontación. Las amenazas. El ataque físico.

Laura escuchó en silencio. Después sacó su portátil.

—Vamos a policía. Ahora. Con esto tenemos base para orden de alejamiento. Para investigación de agresión.

—No servirá de nada.

—Es evidencia física.

—Es moretón que conseguí yendo voluntariamente a apartamento de mi amante. Después de engañarlo durante meses. Después de trabajar contra él deliberadamente.

—Eso no justifica violencia.

—No. Pero complica narrativa. Y Damián tiene mejores abogados.

Laura cerró el portátil.

—¿Entonces qué sugieres?

Saqué el frasco de pastillas. Lo puse sobre la mesa.

—Sugiero que dejemos de jugar según reglas que él escribió.

Laura miró el frasco.

—¿Qué es eso?

—Lo que Damián usa para drogar a sus víctimas.

—¿Y qué planeas hacer con eso?

No respondí.

No necesitaba.

Laura entendió de inmediato.

—No.

—Es la única manera.

—Es asesinato.

—Es defensa propia preventiva.

—Eso no existe legalmente.

—Entonces es justicia. Vigilante, ilegal, pero justicia.

Laura se levantó. Caminó a la ventana. Miró la noche.

—Si haces esto, te conviertes en él. En asesina.

—No. Yo mataría a un depredador. Él mata víctimas inocentes. Diferencia importante.

—¿Para quién? ¿Para Dios? ¿Para la ley? ¿Para tu conciencia?

—Para Andrea. Para Carla. Para todas las que vendrán después si no lo detengo.

Laura se giró.

—¿Y si falla? ¿Y si te descubren? ¿Qué pasa con Andrea entonces?

—Si falla, Andrea se queda donde está. Igual que si no hago nada. Resultado es el mismo.

—No. Si fallas y te arrestan, Andrea se queda sin nadie. Al menos ahora me tiene a mí.

Tenía razón.

El riesgo era enorme.

Pero también lo era el costo de inacción.

—¿Qué harías tú? —pregunté—. Si Natalia todavía estuviera viva. Si pudieras salvarla retroactivamente. ¿Qué harías?

Laura cerró los ojos.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Silencio largo.

Después:

—Lo mataría. Sin dudarlo. Pero eso no lo hace correcto.

—Correcto es concepto relativo. Necesario es absoluto.

Tomé el frasco. Me levanté.

—No tienes que ayudarme. Solo necesito que no me delates después.

—¿Después de qué exactamente?

—Después de que Damián tenga accidente. Fatal. Trágico. Completamente inesperado.

Laura me miró durante largo minuto.

Después asintió.

—No sé nada. No vi nada. No ayudé en nada.

—Exacto.

—Pero Mónica...

—¿Sí?

—Si lo haces, hazlo bien. Sin errores. Sin rastros. Sin arrepentimientos.

—Planeo hacerlo perfecto.

Salí de su casa con el frasco en el bolso y plan formándose en mi cabeza.

No era plan completo todavía. Solo esqueleto. Solo concepto.

Pero tenía dos días para darle carne.

Dos días antes de que Damián internara a Carla permanentemente.

Dos días antes de que destruyera a otra mujer.

Dos días para convertirme en algo que nunca pensé que sería.

Asesina.

La palabra pesaba.

Pero no tanto como sabía que pesaría vivir con la alternativa.

Con saber que pude detenerlo y no lo hice.

Con Andrea encerrada. Carla destruida. Isabel huyendo. Y la próxima víctima ya siendo evaluada.

El ciclo continuando eternamente porque nadie tuvo coraje de romperlo.

No.

Mejor asesina con conciencia que cómplice con excusas.

El móvil vibró.

Mensaje de número desconocido.

"Mónica. Mateo aquí. Escuché que Damián te atacó. Ofrezco servicios adicionales. Untraceable. Professional. Precio negociable. Piénsalo. M."

Miré el mensaje.

Mateo ofrecía matarlo por mí.

Por precio.

Tentador.

Pero también: entonces alguien más tendría poder sobre mí. Evidencia. Palanca.

Igual que Damián.

No.

Si iba a hacer esto, lo haría yo.

Sola.

Responsable completamente.

Sin deudas. Sin cómplices. Sin excusas.

Borré el mensaje.

Conduje a mi apartamento.

Dormí tres horas. Pesadillas incluidas.

Y cuando desperté, el plan estaba completo.

Simple. Ejecutable. Mortal.

Y completamente, absolutamente mío.

CAPÍTULO 20

El plan era simple.

Demasiado simple quizás. Pero los planes complejos fallan en los detalles. Los simples fallan solo si dudas.

Y yo no iba a dudar.

Llamé a Damián a las nueve de la mañana. Un día antes de que internara a Carla.

—Tienes razón —dije—. No puedo ganar. Quiero negociar.

Silencio calculado. Después:

—Escucho.

—Testificaré. Haré lo que pidas. Pero quiero ver a Andrea primero. Confirmar que está viva. Que está bien.

—No.

—Entonces no hay trato.

—Entonces Andrea se queda encerrada para siempre.

—Y tú no consigues mi testimonio. Carla puede pelear sola. Tiene abogada ahora. Vega está ayudándola. Sin mí confirmando tu versión, tu caso se complica.

Más silencio. Lo escuché pensar. Calcular.

—Una visita. Supervisada. Treinta minutos. Mañana después de que Carla firme.

—Esta noche. Antes de que Carla firme. O no hay trato.

—¿Por qué esta noche?

—Porque necesito saber que no me mientes antes de traicionar a Carla completamente.

Respiración pesada por el teléfono. Después:

—Esta noche. Nueve. En nuestro apartamento. Llevamos documentos. Revisas. Decides. Pero después no hay vuelta atrás.

—Entendido.

—Y Mónica.

—¿Sí?

—Ven sola. Sin Laura. Sin grabadoras. Sin trucos. O Andrea muere antes de que cruces la puerta.

Colgó.

Perfecto.

Me esperaba sola. En apartamento. Esta noche.

Exactamente lo que necesitaba.

Pasé el día preparando.

Primero, el frasco de escopolamina. Calculé dosis. Suficiente para incapacitar. No tanto para matar inmediatamente. Necesitaba tiempo. Necesitaba que pareciera... otra cosa.

Después, coartada. Envié mensaje a Laura desde café público usando wifi abierto.

"Voy a confrontar a Damián esta noche. Si algo me pasa, sabes dónde buscar evidencia. Todo está en mi apartamento. Caja de seguridad. Código es fecha de nacimiento de Andrea. No vengas conmigo. Necesito hacer esto sola."

Laura respondió inmediatamente.

"No vayas. Es trampa."

"Lo sé. Pero es mi trampa esta vez."

No respondió después de eso.

Compré guantes desechables. Toallitas de alcohol. Bolsa de basura resistente.

Todo en tiendas diferentes. Pagando en efectivo. Sin cámaras si podía evitarlas.

Regresé a mi apartamento. El real. No el que compartía con Damián.

Preparé ropa oscura. Zapatos cómodos. Nada distintivo.

Escribí nota. Por si acaso.

"Si leen esto, significa que fallé. Damián Molina es asesino serial. Mató a Natalia Vidal. Casi mató a Isabel Romero. Tiene a mi hermana Andrea encerrada ilegalmente. Planeaba destruir a Carla Andrade. Yo intenté detenerlo. Lo siento si el método estuvo mal. Pero alguien tenía que hacerlo. Mónica Durán."

Guardé la nota en sobre. Dirección: Laura Vidal. Sello. Lista para correo.

Si todo salía bien, la rompería mañana.

Si no...

Al menos habría explicación.

Llegué al apartamento compartido a las ocho y media.

Temprano. Para preparar escena.

Usé mi llave. Entré. Luces apagadas todavía.

Revisé cada habitación. Sin cámaras visibles. Damián no esperaba traición aquí. Este era su espacio seguro.

Error.

Fui a la cocina. Saqué dos vasos. Los lavé con agua caliente y jabón. Después con alcohol. Eliminar huellas previas.

Llené uno con agua. Añadí escopolamina del frasco. Medí cuidadosamente. Triple dosis de lo que usaba con sus víctimas.

Suficiente para suprimir respiración eventualmente.

Mezclé hasta que se disolvió completamente.

Puse el vaso en la mesa de sala. Al lado izquierdo. Donde Damián siempre se sentaba.

Llené el otro vaso con agua normal. Para mí. Lado derecho.

Identifiqué cuál era cuál por pequeña marca que hice con uña en base del vaso drogado.

Invisible a simple vista. Pero yo sabría.

Después esperé.

Encendí luces. Me senté. Practiqué mi expresión de derrota.

Damián llegó exactamente a las nueve.

Entró con maletín. Sin sonrisa esta vez. Solo determinación fría.

—Cerremos esto.

Se sentó en su lado habitual. Frente a su vaso.

Yo me senté en el mío.

—¿Trajiste los documentos de Andrea? —pregunté.

—Los tengo.

Abrió el maletín. Sacó carpeta. La deslizó sobre la mesa.

Expediente médico completo. Andrea Durán / Carmen Suárez. Fotos recientes. Diagnóstico detallado.

Mi hermana se veía demacrada. Pálida. Ojos vacíos.

Pero viva.

—¿Cuándo puedo verla?

—Después de que Carla firme. Después de que testifiques. Después de que todo termine.

—¿Y si Carla no firma?

—Firmará. O será internada de todas formas. Con o sin tu ayuda. Tu cooperación solo hace el proceso más limpio.

Tomó su vaso. Lo sostuvo sin beber todavía.

—Pero necesito garantía de que no me traicionarás después.

—¿Qué tipo de garantía?

—Video. Confesión tuya. Admitiendo participación en documentar comportamiento de Carla. Admitiendo que lo hiciste voluntariamente. Admitiendo que sabías lo que estábamos haciendo.

—¿Chantaje?

—Seguro mutuo.

Saqué mi móvil. Lo dejé sobre la mesa.

—Graba.

Encendió cámara. Me enfocó.

—Di tu nombre.

—Mónica Durán.

—¿Trabajaste para mí?

—Sí.

—¿Te pedí documentar comportamiento de mi esposa Carla?

—Sí.

—¿Moviste objetos en mi casa para crear apariencia de confusión mental?

Pausa. Esto era momento crítico. Si admitía, me convertía en cómplice legalmente.

Pero también: él necesitaba que admitiera. Necesitaba mi cooperación completa.

Y yo necesitaba que bajara la guardia.

—Sí. Moví objetos. Tomé fotos. Documenté comportamiento.

—¿Por qué?

—Porque dijiste que la estabas ayudando. Que necesitaba tratamiento.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que mentías. Pero ya es tarde para retractarme.

Damián sonrió. Detuvo la grabación.

—Perfecto. Esto se queda conmigo. Si me traicionas, se va a policía. Te destruye junto conmigo.

—Entiendo.

—Bien.

Levantó el vaso. Finalmente.

—¿Brindamos por nuestro acuerdo?

Levanté el mío.

—Por acuerdos.

Bebió. Largo trago. Mitad del vaso.

Yo bebí también. Solo un sorbo pequeño. Del vaso seguro.

Dejamos los vasos sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevará liberar a Andrea? —pregunté.

—Semanas. Papeleo. Procedimientos. No puedo simplemente sacarla.

—¿Pero lo harás?

—Lo haré.

Mentira. Lo vi en sus ojos. No tenía intención de liberar nunca a Andrea. Ella era su palanca permanente sobre mí.

Pero no importaba.

En diez minutos, nada de esto importaría.

—¿Te sientes bien? —pregunté.

—¿Por qué?

—Te ves... pálido.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba. Ya podía ver efectos. Pupilas dilatándose. Mano temblando levemente al dejar el vaso.

Cinco minutos más.

—Carla firma mañana a las diez —dijo—. Quiero que estés ahí. Como testigo. Como apoyo.

—Estaré.

—Después va a psiquiátrico. Evaluación completa. Dos semanas mínimo.

—¿Y si se resiste?

—No podrá. Bermúdez ya firmó orden. Tutela temporal hasta que demuestre competencia.

Su voz arrastraba palabras. Letras corriendo juntas.

—Damián. Estás... ¿seguro que estás bien?

—Me siento... raro.

Intentó levantarse. Sus piernas no respondieron correctamente. Cayó de regreso al sofá.

—¿Qué... qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer.

El pánico llegó a sus ojos. Intentó sacar el móvil. Manos demasiado torpes. El teléfono cayó al suelo.

—Mónica... por favor...

—¿Por favor qué? ¿Que te salve? Como salvaste a Natalia. Como salvaste a Isabel. Como ibas a salvar a Carla.

—Yo... no...

—Shhh. No desperdicies energía hablando.

Se desplomó de lado. Respiración superficial. Labios azulándose.

Me puse los guantes. Me acerqué.

Tomé almohada del sofá.

—Esto es por Andrea. Por Natalia. Por todas.

Presioné la almohada sobre su cara.

Él luchó. Débilmente. La droga ya había hecho la mayor parte del trabajo.

Conté. Treinta segundos. Sesenta. Noventa.

Su cuerpo se relajó.

Mantuve presión. Dos minutos completos.

Después levanté la almohada.

Damián Molina estaba muerto.

No sentí lo que esperaba.

No alivio. No horror. No culpa inmediata.

Solo... vacío. Y determinación de no arruinar esto ahora.

Trabajé rápido.

Limpié mi vaso completamente. Lo sequé. Lo guardé en mi bolso. Eliminar evidencia de mi presencia bebiendo.

El vaso de Damián lo dejé. Con sus huellas. Con residuos de droga.

Tomé su móvil. Borré la grabación de mi confesión. Borré mensajes entre nosotros de hoy.

Programé mensaje automático desde su teléfono. A policía. Enviado en dos horas.

Mensaje acusando a Carla. Con evidencia adjunta. Videos editados de Carla amenazándolo.

Videos que estaban en su portátil. Que yo sabía que existían. Que él planeaba usar eventualmente.

Ahora los usaría contra Carla. Desde tumba.

Pero.

Aquí venía la parte que no había planeado. La parte que improvisé.

No podía dejar que Carla cargara con esto sola.

Ella era víctima. No merecía ser chivo expiatorio.

Necesitaba... algo. Alguna forma de protegerla sin exponerme.

Pensé rápido.

Mateo.

Mateo tenía acceso a cámaras. A sistemas de seguridad.

Marqué su número desde teléfono público desechable que compré esta mañana.

—¿Sí?

—Mateo. Mónica. Necesito favor. Urgente. Pagaré.

—¿Qué tipo de favor?

—Damián está muerto. En nuestro apartamento. Va a parecer que Carla lo mató. Necesito evidencia que la exonere sin exponerme.

Silencio.

Después:

—¿Cuánto pagas?

—Veinte mil. Ahora. Efectivo.

—Dame dirección.

Le di la dirección del apartamento.

—Llegaré en veinte minutos. No toques nada más.

Colgué.

Esperé.

Mateo llegó en quince.

Entró. Vio a Damián. No mostró sorpresa.

—Limpio —dijo—. Profesional. Casi.

—¿Casi?

—La almohada tiene marca de presión. Ángulo sugiere que alguien más lo sostuvo. No suicidio. No accidente.

Mierda.

—¿Puedes arreglarlo?

—Puedo crear duda razonable.

Sacó equipo de su mochila. Cámara pequeña. Trípode. Memoria USB.

—Instalé cámara oculta en este apartamento hace meses. Para Damián. Para documentar sus encuentros contigo. Él no sabía que yo tenía acceso remoto.

—¿Grabaste...?

—Todo. Incluyendo lo que acabas de hacer.

El estómago se me cayó.

—¿Me vas a chantagear?

—No. Te voy a ayudar. Por precio justo.

—Ya te ofrecí veinte mil.

—Y te voy a dar cuarenta mil en valor. Edito el video. Muestro solo a Damián bebiendo. Solo él cayendo. Borro tu participación. Después filtro versión editada a abogada de Carla. Evidencia de que

Damián se drogó solo. Accidente. O suicidio. Suficiente para crear duda.

—¿Y el video completo?

—Seguro. Para ambos. Tú no me delatas. Yo no te delato. Destrucción mutua asegurada.

No tenía opción.

—Trato.

Mateo trabajó durante cuarenta minutos. Editando. Borrando. Creando narrativa alternativa.

Cuando terminó, me mostró el resultado.

Video mostraba a Damián solo. Bebiendo. Cayendo. Muriendo.

Yo no aparecía en ningún cuadro.

—Perfecto —dije.

—El dinero.

—En mi coche. Espera aquí.

Fui a mi coche. Saqué efectivo que había preparado. Conté veinte mil.

Regresé.

Mateo guardó el dinero sin contarlo.

—Placer hacer negocios.

Se fue.

Yo me quedé con Damián muerto y plan que estaba saliendo demasiado perfecto.

Demasiado limpio.

Algo iba a salir mal.

Siempre salía algo mal.

Revisé una última vez. Aseguré que no había dejado rastros míos.

Después me fui.

Conduje a casa. Dormí dos horas. Pesadillas incluidas.

Desperté a mensaje de Laura.

"Damián está muerto. Carla arrestada. ¿Qué hiciste?"

"Lo que tenía que hacer."

"¿Lo mataste?"

No respondí.

Porque la respuesta era obvia.

Y porque Laura ya sabía.

La pregunta real no era si lo maté.

Era si podía vivir con haberlo hecho.

Y la respuesta...

La sabría pronto.

Cuando Carla saliera. Cuando Andrea fuera liberada. Cuando todo terminara.

Entonces sabría si el precio valió la pena.

Si convertirme en asesina salvó suficientes vidas para justificar la que tomé.

El móvil vibró de nuevo.

Número desconocido.

"Mónica. Mateo. Pequeño problema. El video que edité... alguien más lo vio antes de que lo borrara completamente. Alguien que ahora sabe exactamente qué pasó. Y quiere hablar contigo. Urgente. M."

Miré el mensaje hasta que las letras se desdibujaron.

Alguien sabía.

Alguien tenía evidencia.

Alguien tenía poder sobre mí.

Igual que Damián.

El ciclo nunca terminaba.

Solo cambiaba de forma.

CAPÍTULO 21

El mensaje de Mateo no decía quién.

Solo que alguien sabía. Que tenía evidencia. Que quería reunirse.

Llamé inmediatamente.

—¿Quién vio el video?

—No puedo decirlo por teléfono.

—Mateo...

—En persona. Dentro de una hora. Mismo lugar que la última vez. Ven sola.

Colgó.

Miré el reloj. Seis de la mañana. Afuera apenas amanecía.

Damián llevaba muerto siete horas. Carla arrestada cinco.

Y alguien más sabía la verdad.

El parque industrial estaba vacío igual que antes.

La furgoneta blanca de Mateo ya estaba ahí. Pero había otro coche. Negro. Vidrios polarizados.

Me estacioné al lado. Motor encendido. Lista para huir si era trampa.

Bajé del coche.

La puerta trasera de la furgoneta se abrió.

Mateo asomó la cabeza.

—Entra. Rápido.

Dudé. Cada instinto me decía que corriera.

Pero necesitaba saber.

Subí.

Mateo no estaba solo.

Había mujer sentada junto a él. Cincuenta años. Traje formal. Expresión que mezclaba profesionalismo con algo más oscuro.

—Mónica Durán —dijo—. Soy Leticia Vega. Abogada. Y tenemos que hablar.

Vega.

El apellido era familiar.

—¿Familia del doctor Vega? ¿El psiquiatra que evaluó a Carla?

—Mi hermano. Sí.

Se inclinó hacia adelante.

—Vi el video completo. El que Mateo editó. Antes de que lo editara.

El aire se me escapó de los pulmones.

—¿Cómo...?

—Mateo es bueno con sistemas de seguridad. Yo soy mejor. Instalé backdoor en su software hace meses. Por si acaso. Cuando detecté actividad de edición anoche, accedé. Vi todo.

Miró a Mateo.

—Él intentó borrar el original. No pudo. Yo ya lo había respaldado.

—¿Entonces qué quiere? —pregunté—. ¿Chantajearme? ¿Entregarme?

—Quiero lo mismo que tú. Justicia. Pero a diferencia de ti, sé cómo conseguirla sin terminar en prisión.

Abrió maletín. Sacó tableta. Tocó la pantalla.

Video comenzó a reproducirse. Yo entrando al apartamento. Preparando los vasos. Damián llegando. Confesión grabada. Él bebiendo. Cayendo.

Yo presionando la almohada.

Damián muriendo.

Todo en alta definición.

Leticia pausó el video justo cuando levantaba la almohada del rostro de Damián.

—Esto es asesinato premeditado. Primera grado. Veinticinco años mínimo.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Porque alguien tenía que hacerlo.

—Esa no es defensa legal.

—No busco defensa legal. Busqué justicia.

Leticia cerró la tableta.

—La justicia que buscas acaba de meter a Carla en celda. Por crimen que tú cometiste.

—Mateo iba a filtrar video editado. Para exonerarla.

—El video editado crea duda razonable. No prueba inocencia. Fiscalía todavía puede argumentar que Carla lo drogó y después lo asfixió. Sin video mostrando claramente a otra persona, Carla sigue siendo principal sospechosa.

Tenía razón.

Intenté salvar a Carla matando a Damián. Pero terminé incriminándola de todas formas.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté.

—Quiero que trabajes conmigo. Que sigas mi estrategia. Que confíes en mi plan.

—¿Qué plan?

—Liberamos a Carla. Destruimos red completa de Damián y su padre. Exponemos a Bermúdez. Cerramos las clínicas. Y tú... tú sales libre también.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que hagas exactamente lo que te diga. Sin desviaciones. Sin improvisaciones. Sin más asesinatos.

Miró directamente a mis ojos.

—¿Puedes hacer eso?

—Depende del plan.

—El plan es simple. Usamos tu crimen para desmantelar organización completa. Pero para eso, necesito que te entregues.

—¿Qué?

—No a policía. A mí. Como cliente. Yo te represento. Construyo defensa basada en años de abuso. Síndrome de mujer maltratada. Defensa propia bajo coacción extrema.

—Pero yo no era víctima de Damián del mismo modo que Carla.

—Eras víctima diferente. Chantajeada. Tu hermana usada como rehén. Obligada a participar en destrucción de otras. Todo documentado. Todo cierto.

—¿Y Carla?

—Carla sale cuando presento evidencia de que otra persona tenía motivo, oportunidad y capacidad. Tú. Pero presentado de forma que genere simpatía. No condena.

—¿Cómo?

Leticia sonrió.

—Dejando que fiscal construya caso contra ti. Después destruyéndolo con evidencia de lo que Damián realmente era. Con testimonio de Isabel. Con expedientes de Andrea. Con archivos que Mateo robó de Héctor Molina.

—Héctor tiene abogados mejores.

—Héctor tiene abogados caros. Yo tengo verdad. Y hermano que es testigo experto forense. Y fiscal que debe su carrera a mi padre. Y jueza que perdió hermana por violencia doméstica.

Se recostó.

—Tengo ventajas que dinero no compra. Pero solo funcionan si tú cooperas completamente.

Mateo intervino.

—Ella tiene razón. Intenté protegerte con video editado. Pero no es suficiente. Necesitas defensa real. Legal. Y Leticia es la mejor.

—¿Cuánto cobra? No tengo dinero para abogada de ese nivel.

—Ya me pagaron —dijo Leticia.

—¿Quién?

—Alguien con interés vested en que esto termine bien. Alguien que odia a Damián tanto como tú. Alguien que quiere ver caer a toda la red.

—¿Laura?

—Entre otros.

No elaboró. No necesitaba.

Entendí. Laura. El doctor Vega. Probablemente Isabel. Probablemente otros que Damián lastimó.

Todos financiando mi defensa porque mi crimen podía abrir caso que ninguna víctima individual pudo abrir sola.

—¿Y si falla? —pregunté—. ¿Si me condenan de todas formas?

—Entonces cumples sentencia reducida. Ocho a doce años con buena conducta. No veinticinco. Y Carla queda libre de todas formas. Y Andrea sale de Málaga. Y la red se expone aunque tú pagues precio.

—¿Y si no coopero? ¿Si huyo ahora?

Leticia tocó la tableta.

—Entonces entrego video a policía. Con análisis forense completo. Con tu identidad. Con ubicación actual. Y te persiguen como fugitiva además de asesina.

Trampa perfecta.

Igual que Damián. Solo que esta vez la trampa incluía posibilidad de salvación.

Pequeña. Condicional. Pero real.

—¿Cuándo necesita mi respuesta?

—Ahora. Carla tiene audiencia de fianza en seis horas. Si vas a confesar, necesito preparar presentación. Si no, necesito buscar plan B.

—¿Qué es plan B?

—No hay plan B. Solo tú pudriéndote en prisión mientras Carla lucha sola.

Miré la tableta. Mi crimen grabado. Mi futuro congelado en esos minutos de video.

Pensé en Andrea. En Málaga. Encerrada.

En Carla. En celda. Acusada.

En Natalia. Muerta. Sin justicia.

En Isabel. Escondida. Aterrorizada.

En todas las que vendrían después si no detenía el ciclo ahora.

Damián estaba muerto. Eso ya estaba hecho. No podía deshacerlo.

La pregunta era: ¿qué hacía con las consecuencias?

¿Huía y dejaba que Carla cargara con mi crimen?

¿O enfrentaba lo que hice y usaba eso para destruir todo lo que Damián construyó?

La respuesta era obvia.

Difícil. Aterradora. Posiblemente suicida.

Pero obvia.

—¿Qué necesita que haga?

Leticia abrió maletín de nuevo. Sacó documentos.

—Firma esto. Retención de abogada. Acuerdo de confidencialidad. Autorización para representarte.

Firmé. Tres veces. Mi nombre convirtiéndose en contrato.

—Ahora escucha con atención. Esto es lo que va a pasar.

Leticia habló durante cuarenta minutos. Explicó estrategia paso a paso.

Primera etapa: Liberación de Carla. Leticia presentaría evidencia en audiencia de fianza mostrando que había otra sospechosa con motivo más fuerte. Yo. Pero sin revelar video todavía. Solo insinuación suficiente para crear duda.

Segunda etapa: Testimonio de Isabel. Traerla de Barcelona. Protegida. Preparada. Para testificar sobre patrón de Damián. Establecer que él era depredador serial.

Tercera etapa: Expedientes de Andrea y otras víctimas. Presentados como evidencia de conspiración sistemática. Bermúdez implicado. Héctor Molina expuesto.

Cuarta etapa: Mi confesión. Controlada. Con contexto completo. Presentada no como asesinato a sangre fría sino como

acto desesperado de mujer empujada al límite.

Quinta etapa: Juicio. Si llegaba ahí. Defensa basada en años de coacción. Hermana como rehén. Participación forzada en crímenes de Damián. Ruptura psicológica culminando en homicidio defensivo.

—¿Defensivo? —pregunté—. Planeé matarlo. No hubo amenaza inmediata.

—Hubo amenaza continua. A ti. A Andrea. A Carla. A Isabel. Defensa propia puede aplicar a amenaza inminente o continua según precedente legal correcto.

—¿Existe ese precedente?

—Lo encontraré. O lo crearé.

Cerró el maletín.

—¿Entiendes el plan?

—Entiendo que es complicado. Que requiere que muchas cosas salgan bien. Que un error lo destruye todo.

—Sí. Por eso necesito que sigas instrucciones exactamente. ¿Puedes hacer eso?

—¿Tengo opción?

—Siempre hay opción. Opción correcta solo una.

Tenía razón.

—Haré lo que digas.

—Bien. Entonces empezamos ahora.

Leticia sacó teléfono. Marcó número.

—¿Detective Ruiz? Soy Leticia Vega. Tengo nueva evidencia en caso Molina. Necesito reunión urgente. Una hora. Su oficina.

Pausa.

—Sí. Evidencia que exonera a Carla Andrade. Y señala a verdadera responsable.

Otra pausa. Me miró mientras hablaba.

—No puedo revelar identidad por teléfono. Pero le aseguro que querrá ver esto antes de audiencia de fianza.

Colgó.

—¿Qué evidencia le va a mostrar? —pregunté.

—Video editado de Mateo. Mostrando a Damián solo. Drogándose solo. Muriendo solo. Suficiente para crear duda sobre participación de Carla.

—¿Y el video real? ¿El que me muestra?

—Guardado. Por ahora. Lo revelo solo cuando estrategia lo requiera.

—¿Y si detective pide más? ¿Si no le basta con video editado?

—Le bastará. Porque incluiré algo más.

—¿Qué?

—Nota suicida de Damián.

Me quedé paralizada.

—¿Qué nota suicida? Damián no dejó nota.

Leticia sonrió. Fría. Calculada.

—Dejó borrador. En su portátil. Mateo lo encontró. Fechado una semana antes de su muerte. Nunca completado. Pero suficientemente sugestivo.

—Eso es... fabricación de evidencia.

—Es interpretación de evidencia existente. El borrador es real. Damián lo escribió. Que nunca lo terminara no significa que no planeara usarlo.

—¿Por qué Damián escribiría nota suicida?

—Contingencia. Siempre tenía contingencias. Si su plan con Carla fallaba. Si era expuesto. Si perdía control. Suicidio era salida que preservaba reputación de familia. Especialmente de su padre.

Tenía sentido retorcido.

Damián siempre planificaba salidas. Para él. Para sus víctimas.

Muerte controlada era preferible a exposición descontrolada.

—¿Entonces el detective creerá que Damián se suicidó?

—Creerá que es posibilidad. Junto con accidente. Junto con Carla. Junto con persona desconocida. Múltiples teorías. Ninguna con evidencia suficiente para condena segura.

—¿Y cuando revele que yo lo maté?

—Entonces ya habremos construido simpatía. Contexto. Comprensión de por qué lo hiciste. Jurado verá crimen con ojos diferentes.

Mateo intervino.

—Funcionará. Confía en ella. Es mejor en esto que nadie que conozco.

—¿Por qué te importa? —le pregunté—. ¿Por qué me ayudas?

—Porque Damián me debe cincuenta mil euros. Y muerto no puede pagar. Pero su padre sí. Y cuando esto explote, negociaré silencio sobre participación de Héctor a cambio de pago completo más intereses.

Mercenario hasta el final.

Pero honesto sobre sus motivos.

Eso era más de lo que Damián nunca fue.

—¿Y usted? —le pregunté a Leticia—. ¿Por qué realmente hace esto? No es solo por dinero.

Leticia guardó la tableta.

—Porque Damián destruyó a seis mujeres documentadas. Probablemente más sin documentar. Y sistema legal las falló a todas. Si puedo usar tu crimen para exponer su red, para cerrar clínicas, para procesar a Bermúdez, para arruinar a Héctor Molina... entonces seis mujeres obtienen justicia póstuma.

—¿Y yo?

—Tú obtiendes posibilidad de vivir con tu conciencia. Que es más de lo que tendrías huyendo.

Se levantó.

—Nos vemos en comisaría en una hora. Llega como civil preocupada. Como testigo potencial. No como sospechosa. Todavía no.

Abrió la puerta de la furgoneta.

—Y Mónica.

—¿Sí?

—No hables con nadie sobre esto. No con Laura. No con Carla. No con nadie. A partir de ahora, tus palabras son evidencia. Úsalas con cuidado.

Bajó de la furgoneta. Caminó a su coche. Se fue.

Mateo me miró.

—Ella es buena. De verdad. Si alguien puede sacarte de esto, es ella.

—¿Y si no puede?

—Entonces nos vemos en algunos años cuando salgas. Mantendré contacto con Andrea mientras tanto.

Pequeño consuelo. Pero algo.

Bajé de la furgoneta.

El sol ya estaba alto. Día brillante. Inapropiadamente hermoso.

Damián estaba muerto.

Carla estaba presa.

Yo estaba a una hora de convertirme en sospechosa oficial.

Y por primera vez desde que maté a Damián, sentí algo.

No arrepentimiento exactamente.

Pero sí miedo.

Miedo de que el plan fallara. De que Leticia se equivocara. De que evidencia no fuera suficiente.

De que al final, matar a Damián no salvara a nadie.

Solo me destruyera a mí.

El móvil vibró.

Mensaje de número desconocido.

"Mónica. Isabel aquí. Laura me contó lo que pasó. Testificaré. Por ti. Por Carla. Por Andrea. Por todas. Nos vemos en Sevilla mañana. Ten fe. I."

Guardé el móvil.

Fe.

No tenía mucha.

Pero tenía suficiente para dar un paso. Después otro.

Hasta la comisaría. Hasta la confesión. Hasta el juicio.

Hasta el final.

Fuera cual fuera.

Arranqué el coche.

Conduje hacia el centro.

Hacia detective Ruiz. Hacia Leticia. Hacia verdad que estaba a punto de revelar.

Parcialmente. Estratégicamente.

Porque la verdad completa vendría después.

Cuando estuviera lista.

Cuando todos estuvieran listos.

Cuando no hubiera otra opción excepto enfrentar lo que hice.

Y vivir con las consecuencias.

Fuera lo que fuera que eso significara.

CAPÍTULO 22

La comisaría olía a café rancio y derrota burocrática.

Leticia me esperaba en el vestíbulo. Traje gris impecable. Maletín de cuero. Expresión de profesional que controlaba exactamente cuánta información revelar.

—Llegas temprano —dijo—. Bien. El detective Ruiz nos verá en diez minutos.

—¿Cómo juego esto?

—Como testigo cooperativa pero nerviosa. Trabajaste para Damián. Viste cosas. Tienes información relevante. Pero no sabes si es importante.

—¿Y si pregunta dónde estaba cuando Damián murió?

—En tu apartamento. Sola. Sin coartada. Pero sin motivo obvio tampoco. Todavía.

Me guió al segundo piso. Sala de interrogatorios pequeña. Mesa metálica. Sillas incómodas. Espejo unidireccional que todos sabíamos que no engañaba a nadie.

Detective Ruiz entró cinco minutos después. Cincuenta años. Cansado pero no estúpido. Ojos que evaluaban cada gesto.

—Señora Vega. Gracias por venir.

—Detective. Esta es Mónica Durán. Asistente personal de Damián Molina. Tiene información que creo que encontrará relevante.

Ruiz me estudió. Después se sentó.

—¿Trabajó para el fallecido?

—Durante dieciocho meses.

—¿Relación personal además de profesional?

Pausa calculada. Leticia me advirtió sobre esto. Mentir sería peor que admitir.

—Tuvimos relación breve. Hace seis meses. Terminó cuando descubrí que estaba casado.

Mentira parcial. Sabía que estaba casado desde el principio. Pero historia más creíble.

—¿Cómo describiría al señor Molina?

—Controlador. Meticuloso. Obsesionado con apariencias.

—¿Violento?

—No físicamente. No que yo viera. Pero psicológicamente... sí. Sabía cómo manipular. Cómo hacer que dudaran de sí mismas.

—¿A quiénes?

—A las mujeres en su vida. Su esposa especialmente.

Ruiz tomó notas. Después miró a Leticia.

—¿Qué evidencia tiene?

Leticia abrió el maletín. Sacó tableta. La giró hacia Ruiz.

—Video de cámara de seguridad. Del apartamento donde Damián murió. Instalada hace meses. Sin conocimiento de Damián.

Ruiz arqueó ceja.

—¿Cámara ilegal?

—Instalada por técnico de seguridad con acceso legítimo al edificio. Legalidad cuestionable pero evidencia válida según precedente Martínez v. Estado.

Ruiz no discutió. Tocó play.

El video editado de Mateo comenzó. Damián entrando solo. Sirviéndose bebida. Sentándose. Bebiendo. Cayendo.

Muriendo.

Sin mí visible en ningún cuadro.

Ruiz lo vio completo. Después lo vio de nuevo.

—¿Esto es todo?

—Hay más. —Leticia deslizó el dedo. Otro archivo—. Borrador encontrado en portátil de Damián. Fechado una semana antes de su muerte.

Documento de texto apareció. Letra de Damián. Inconfundible.

"Ya no puedo continuar. La red se cierra. Las mentiras pesan. Carla sabrá pronto. Todos sabrán. Mejor terminar con mis términos. Padre entenderá. Siempre entendió."

Incompleto. Sin firma. Pero suficientemente sugestivo.

Ruiz leyó tres veces.

—¿Está sugiriendo suicidio?

—Estoy sugiriendo que había más en la vida de Damián Molina que matrimonio problemático. Presiones. Secretos. Posibles razones para quitarse la vida.

—¿Qué secretos?

—Eso requiere investigación más profunda. Pero tengo contactos con otras mujeres que tuvieron relaciones con Damián. Mujeres que pueden testificar sobre su patrón de comportamiento.

—¿Patrón?

—Control. Manipulación. Abuso psicológico sistemático.

Leticia sacó carpeta. La abrió sobre la mesa.

Fotos de Natalia. De Isabel. De tres más que no reconocí.

—Seis mujeres en diez años. Todas con historias similares. Todas terminando mal.

—¿Mal cómo?

—Una muerta. Una desaparecida. Dos con órdenes de alejamiento. Dos internadas psiquiátricamente.

Ruiz pasó las fotos lentamente.

—¿Y la señora Andrade?

—Carla era la séptima. Misma progresión. Aislamiento. Control financiero. Documentación de supuesto deterioro mental. Planes de internamiento.

—¿Tiene prueba de esto?

—Testigos. Documentos. Correos entre Damián y doctor Bermúdez discutiendo estrategia.

Leticia sacó más papeles. Los deslizó sobre la mesa.

Ruiz los leyó. Su expresión se endureció.

—¿Está diciendo que Damián Molina orquestó abuso sistemático de múltiples mujeres con asistencia médica?

—Estoy diciendo que hay patrón. Y que Carla Andrade era víctima. No perpetradora.

—¿Entonces quién lo mató? ¿Si no fue ella?

Leticia me miró. Señal.

—Podría haber sido cualquiera de las otras —dije—. Isabel Romero. Las que firmaron acuerdos de confidencialidad. Incluso familiares de Natalia Vidal.

—¿O usted?

El aire cambió. Ruiz me miraba diferente ahora.

—¿Yo?

—Tuvo relación con él. Trabajó para él. Tiene conocimiento de sus secretos. ¿Dónde estaba la noche que murió?

—En mi apartamento. Sola.

—¿Alguien puede confirmar?

—No.

—¿Habló con Damián esa noche?

—Por teléfono. Brevemente. A las siete. Me canceló reunión de trabajo.

Verdad parcial. Hablamos. Pero no a las siete. A las nueve. En persona. Mientras moría.

—¿Tiene el teléfono? ¿Podemos verificar?

Leticia intervino.

—Mi cliente vino voluntariamente a proporcionar información. No como sospechosa. Si quiere interrogarla formalmente, necesitará citación.

—¿Su cliente?

—Contraté a la señora Vega como precaución —dije—. Dado que tuve relación con Damián, quería protección legal antes de hablar.

Ruiz me estudió. Después asintió lentamente.

—Inteligente. —Se levantó—. Necesito verificar esta evidencia. El video. Los documentos. Los correos. Si es auténtico, cambia completamente el caso.

—Es auténtico —dijo Leticia—. Y tengo más. Testimonio de Isabel Romero. Expedientes médicos de otras víctimas. Todo apuntando a conspiración sistemática.

—¿Conspiración con quién?

—Doctor Bermúdez. Clínicas privadas. Posiblemente familia de Damián.

Ruiz silbó bajo.

—Esas son acusaciones serias.

—Tengo evidencia seria.

—Necesitaré verla. Toda.

—La tendrá. Después de que Carla Andrade sea liberada. Con cargos retirados.

—No puedo simplemente...

—Puede recomendar a fiscal que no hay caso suficiente. Que evidencia apunta a otras posibilidades. Suicidio. Accidente. Tercera persona no identificada.

—¿Tercera persona como su cliente?

—Mi cliente es testigo. No sospechosa. No tiene motivo. No tiene historial de violencia. Solo información que puede ayudar investigación real.

Ruiz guardó los documentos.

—Audiencia de fianza de la señora Andrade es a las dos. Presentaré esto a fiscal. Veremos qué decide.

—Gracias, detective.

Salimos de la sala. Leticia me guió fuera del edificio.

Solo cuando estuvimos en el estacionamiento, habló.

—Bien. Actuaste bien.

—Me convirtió en sospechosa.

—Te convertí en posibilidad. Junto con otras seis. Ahora fiscal tiene duda. Y duda libera a Carla.

—¿Y después?

—Después esperamos. Veinticuatro a cuarenta y ocho horas. Fiscal investigará. Verificará documentos. Hablará con Bermúdez. Y cuando todo cuadre, comenzará a ver red más grande.

—¿Y yo?

—Tú mantienes perfil bajo. No hablas con prensa. No hablas con Laura. No hablas con nadie sin mi presencia.

—¿Laura sabe que confesaré eventualmente?

—Laura sabe que hay plan. No los detalles. Mejor así.

El móvil de Leticia vibró. Miró la pantalla. Sonrió.

—Isabel llegó a Sevilla. Está en hotel. Quiere verte.

—¿Es seguro?

—Con cuidado, sí. Ve. Habla. Tranquilízala. Necesitamos su testimonio sólido.

—¿Cuándo testifica?

—Mañana si fiscal mueve rápido. Pasado mañana más probable.

Me dio dirección del hotel.

—Una cosa más. Mateo contactó. Encontró algo en archivos de Héctor Molina. Algo grande. Quiere reunirse esta noche.

—¿Qué encontró?

—No dijo. Solo que cambia todo.

Leticia subió a su coche.

—Ocho de la noche. Misma ubicación. Tráeme lo que encuentre.

Se fue.

Yo me quedé en estacionamiento procesando.

Ruiz sospechaba. No completamente. Pero suficiente.

Carla saldría. Probablemente. Si fiscal aceptaba duda razonable.

Isabel testificaría. Expondría el patrón.

Mateo encontró algo sobre Héctor.

Las piezas se movían.

Pero hacia dónde exactamente, todavía no estaba claro.

Isabel me esperaba en suite del hotel. Piso doce. Ventanas con vista a catedral.

Abrió la puerta con cadena puesta. Me vio. La quitó.

—Mónica.

—Isabel.

Entramos. Cerró la puerta. Dos cerrojos. Cadena de nuevo.

Paranoia justificada.

—Laura me contó —dijo—. Que Damián murió. Que Carla está presa. Que tú... que tú estás involucrada.

—¿Qué exactamente te contó Laura?

—Que mataste a Damián. Para salvar a tu hermana. Para detener el patrón.

Directa. Sin rodeos.

Aprecié la honestidad.

—¿Y qué piensas?

—Pienso que debí hacerlo yo. Hace cinco años. Cuando tuve oportunidad.

Se sentó en sofá. Manos temblando levemente.

—La noche que casi morí, desperté en hospital. Damián junto a mi cama. Sonriendo. Diciéndome que había intentado suicidarme. Que era inestable.

—Lo sé.

—Me mostró videos. De mí intentando lastimarme. Excepto que no era yo. Era mi cuerpo. Pero yo no estaba ahí. Drogada hasta perder conciencia.

—Escopolamina.

—No lo sabía entonces. Solo sabía que parecía culpable. Parecía loca. Y que si me quedaba, moriría eventualmente.

Se limpió ojos.

—Así que hui. Cambié nombre. Corté contacto. Viví con miedo durante cinco años. Y ahora tú... tú hiciste lo que yo no pude.

—Yo no soy héroe. Soy asesina.

—Eres la que sobrevivió. Y la que detuvo el ciclo.

Se levantó. Caminó a ventana.

—Testificaré mañana. Contaré todo. El patrón. Las drogas. Los videos falsos. Todo.

—¿Estás segura? Exponerte así...

—Damián está muerto. No puede lastimarme. Y Bermúdez... si lo procesan, pierde poder sobre mí.

—Bermúdez todavía tiene conexiones.

—Que se jodan. Ya viví cinco años escondida. No voy a vivir otros cinco sabiendo que pude ayudar y no lo hice.

Admiré su coraje. Inesperado. Bienvenido.

—Gracias.

—No me agradezcas. Hago esto por las que vienen después. Por las que Damián habría destruido si hubiera vivido.

—¿Sabes cuántas más hay?

—Laura investigó. Encontró tres candidatas en lista de Damián. Mujeres que estaba evaluando. Después de Carla. Después de tu hermana.

Tres más.

Que habrían sufrido. Que habrían sido destruidas. Que habrían muerto o desaparecido o huido.

Si yo no lo hubiera detenido.

Justificación fría. Pero real.

—¿Conoces a Mateo Bermúdez? —pregunté.

—El sobrino del doctor. Sí. Instaló cámaras en mi apartamento hace años. Antes de todo. Damián lo contrató.

—¿Confías en él?

—Confío en que hace lo que le pagan. Nada más. ¿Por qué?

—Encontró algo. Sobre Héctor Molina. Padre de Damián. Dice que cambia todo.

Isabel se giró.

—Héctor es peor que Damián. Más paciente. Más conectado. Más peligroso.

—¿Lo conociste?

—Una vez. Cena en casa de Damián. Antes de que empezara la pesadilla. Héctor me evaluó. Como si fuera mercancía. Como si calculara cuánto podía extraer antes de que me rompiera.

—¿Qué dijo?

—Nada directamente. Pero después le dijo a Damián, pensando que yo no escuchaba: 'Esta es frágil. Cuidado con dosificación. No queremos otro accidente.'

—¿Otro accidente?

—Nunca supe a quién se refería. Pero implicaba que había más. Que yo no era la primera.

El móvil vibró. Mateo.

"Cambio de planes. Nos vemos ahora. Urgente. No traigas a Leticia. Solo tú. M."

Mostré el mensaje a Isabel.

—¿Qué piensas?

—Pienso que Mateo encontró algo que no quiere compartir con abogada. Algo que puede vender por más dinero.

—¿Voy?

—Esa es tu decisión. Pero si vas, graba todo. Y envía ubicación a alguien. Por si acaso.

Tenía razón.

Envié ubicación a Laura. Sin explicación. Solo coordenadas.

Después conduje al parque industrial.

Por tercera vez en dos días.

Mateo me esperaba. Pero su furgoneta no estaba sola.

Había otro vehículo. Mercedes negro. Vidrios polarizados.

Y hombre parado junto a él.

Setenta años. Pelo gris. Traje caro. Postura de quien nunca dudó de su poder.

Héctor Molina.

El padre.

El mentor.

El arquitecto original de todo esto.

Parado a tres metros de mí. Sonriendo.

—Mónica Durán. Finalmente nos conocemos.

CAPÍTULO 23

Héctor Molina no se parecía a su hijo.

Damián era guapo de forma obvia. Héctor era distinguido de forma calculada. Cada arruga colocada estratégicamente. Cada gesto medido para transmitir poder sin esfuerzo.

Me quedé junto a mi coche. Motor encendido. Mano en la manija. Lista para huir.

—No va a correr —dijo Héctor—. Si quisiera correr, no habría venido.

—¿Qué hace aquí?

—Proteger intereses familiares. Los que mi hijo puso en riesgo con su... descuido.

Caminó hacia mí. Dos pasos. Tres. Mateo se mantuvo junto al Mercedes. Observando.

—Mateo me mostró algo interesante —continuó Héctor—. Video de usted matando a Damián. Muy gráfico. Muy incriminatorio.

El estómago se me contrajo.

—¿Mateo te vendió el video?

—Mateo es hombre de negocios. Yo ofrecí mejor precio que su abogada.

Miré a Mateo. Él no se inmutó. Solo observaba la transacción con expresión neutral.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Cien mil euros. Más perdón de deuda previa. Muy generoso de mi parte.

—¿Y qué planea hacer con ese video?

Héctor sonrió. Sin calidez. Solo reconocimiento de ventaja.

—Eso depende de usted.

Saqué mi móvil del bolsillo. Lentamente. Sin amenaza.

—Estoy grabando esta conversación. Todo lo que diga será evidencia.

—Excelente. Porque quiero que tenga registro exacto de lo que voy a proponerle.

Se acercó más. Ahora solo un metro de distancia.

—Mi hijo era... problemático. Aprendió métodos de mí, sí. Pero carecía de control. De sutileza. Aceleró procesos que deberían tomar años. Dejó rastros. Involucró gente innecesaria.

—Como Bermúdez.

—Como Bermúdez. Como Mateo. Como usted.

—Yo no me involucré voluntariamente.

—¿No? Trabajó para mi hijo durante dieciocho meses. Documentó comportamiento de su esposa. Participó activamente en construcción de caso contra Carla Andrade. Después lo mató cuando dejó de serle útil.

—Después de que él me chantajeara. Después de que tuviera a mi hermana encerrada ilegalmente.

—Detalles. El resultado es que cometió asesinato premeditado. Y yo tengo evidencia completa.

Abrió el maletín que llevaba. Sacó tableta. Me la mostró.

El video de Mateo. Sin editar. Yo preparando el vaso. Damián bebiendo. Yo presionando la almohada.

Todo.

—Mateo hizo copia antes de entregársela a Leticia Vega —dijo Héctor—. Precaución sensata de su parte.

—¿Qué quiere?

—Quiero que esto termine. Limpiamente. Sin exposición mediática. Sin procesamiento de Bermúdez. Sin investigación de mis clínicas. Sin destrucción de reputación familiar.

—A cambio de qué.

—A cambio de su silencio. Y su desaparición.

Guardó la tableta.

—Tengo propuesta simple. Usted confiesa asesinato de mi hijo. Testifica que actuó sola. Sin conspiración. Sin red. Solo obsesión personal que culminó en homicidio.

—¿Y Carla?

—Carla queda libre. Completamente exonerada. Recibe divorcio generoso. Herencia de su madre. Vida nueva.

—¿Y Andrea?

—Su hermana es liberada. Expediente sellado. Compensación financiera por internamiento erróneo. Dos millones de euros.

Dos millones.

Suficiente para reconstruir vida de Andrea. Para terapia. Para todo.

—¿Y yo?

—Usted se declara culpable. Acepta sentencia. Ocho años con reducción por buena conducta. Sale en cinco. Con dinero esperándola. Diez millones de euros en cuenta offshore.

Diez millones.

Por cinco años de prisión.

Por silencio sobre Héctor. Sobre Bermúdez. Sobre la red completa.

—¿Y si me niego?

—Entonces entrego video sin editar a policía. Junto con evidencia de que Leticia Vega lo ocultó deliberadamente. Ella pierde licencia. Va a prisión por obstrucción. Y usted... usted enfrenta asesinato primer grado sin defensa competente. Veinticinco años mínimo.

—Isabel testificará de todas formas. Expondrá el patrón.

—Isabel Romero es mujer inestable que vivió escondida cinco años bajo nombre falso. Su testimonio será desacreditado. Historial psiquiátrico falsificado si es necesario. No sería primera vez.

—Laura Vidal tiene archivos. Documentación de otras víctimas.

—Laura Vidal es hermana amargada de suicida. Su investigación obsesiva será presentada como venganza personal. No evidencia creíble.

Tenía respuesta para todo.

Porque había hecho esto antes. Muchas veces.

—¿Cuántas mujeres? —pregunté—. ¿Cuántas en cuarenta años?

—Suficientes para perfeccionar el sistema. Suficientes para saber exactamente cómo contener situaciones como esta.

Cerró el maletín.

—Tiene veinticuatro horas para decidir. Acepta mi oferta o enfrenta consecuencias. No hay tercera opción.

—Leticia ya presentó evidencia a detective Ruiz.

—Evidencia que controlé desde el principio. ¿Cree que Mateo trabaja solo? ¿Que no reporta a nadie? He estado monitoreando cada movimiento desde que mató a Damián.

Miró a Mateo.

—Muéstrale.

Mateo abrió su portátil. Giró la pantalla hacia mí.

Transcripciones. De llamadas. De mensajes. Entre Leticia y Laura. Entre Isabel y Laura. Entre Mateo y Leticia.

Todo.

—Tengo contactos en compañías telefónicas —dijo Héctor—. En servicios de internet. En lugares que importan. Sé exactamente qué planean. Testimonios de Isabel. Expedientes de Andrea. Exposición de Bermúdez.

—Entonces por qué negociar. Si tiene tanto control.

—Porque prefiero eficiencia sobre escándalo. Usted confesando resuelve todo limpiamente. Sin juicio prolongado. Sin atención mediática. Sin preguntas incómodas sobre participación familiar.

Se dirigió al Mercedes.

—Veinticuatro horas, señora Durán. Piense en Andrea. En los dos millones. En posibilidad de que salga de Málaga con futuro real.

—¿Y las otras? ¿Las próximas candidatas? ¿Las que vienen después?

Se detuvo. Se giró.

—No son su problema. Su problema es sobrevivir consecuencias de sus decisiones.

Subió al Mercedes. Mateo cerró el portátil. Subió también.

El coche arrancó. Se alejó. Desapareció.

Yo me quedé en parque industrial vacío con grabación que probablemente no serviría de nada y veinticuatro horas para decidir mi futuro.

Conduje directo a hotel de Isabel.

Ella abrió antes de que terminara de tocar.

—¿Grabaste?

—Sí.

—¿Escuchamos?

Reproduje la grabación. Audio completo. Oferta de Héctor. Amenazas. Todo.

Isabel escuchó sin interrumpir.

Cuando terminó, dijo:

—Acepta.

—¿Qué?

—Acepta su oferta. Cinco años. Andrea libre. Dinero para ambas. Carla exonerada. Es mejor resultado del que tenías hace tres días.

—¿Y la justicia? ¿Y las otras víctimas?

—Justicia es concepto abstracto. Supervivencia es concreta. Tu hermana sale. Tú sales eventualmente. Eso es victoria.

—No es victoria si Héctor continúa. Si Bermúdez continúa. Si el sistema continúa.

Isabel se sentó. Cansada. Derrotada.

—Mónica. Yo viví cinco años huyendo. Sé lo que es perder. Sé lo que es sacrificar justicia por supervivencia. Y te digo: toma el trato.

—¿Entonces no testificarás?

—Testificaré si tú peleas. Pero si aceptas oferta de Héctor, no hay juicio. No hay testimonio. No hay exposición.

—¿Y eso no te molesta?

—Me molesta que el sistema gane. Pero me molesta más que tú desperdicies oportunidad de salvar a tu hermana por principio que no salvará a nadie más.

Tenía lógica brutal. Fría. Real.

Pero también...

—Si acepto, ¿qué pasa con Leticia? Héctor dijo que la procesará por obstruir justicia.

—Si confiesas rápido, antes de que ella presente más evidencia, quizás Héctor la deja en paz. Solo pierde cliente. No licencia.

—¿Y Laura?

—Laura seguirá investigando. Como siempre. Sin resultado. Como siempre.

—¿Y las tres candidatas en lista de Damián?

Isabel no respondió.

Porque no había respuesta.

Las tres candidatas serían evaluadas eventualmente por Héctor. Por otro manipulador entrenado en mismo sistema. Por red que continuaría porque yo elegí proteger a una sobre exponer a muchos.

Matemática imposible.

Salvar a Andrea vs. salvar a desconocidas futuras.

El móvil vibró.

Leticia.

—¿Dónde estás? Necesitamos hablar. Urgente.

—En hotel de Isabel.

—Quédate ahí. Llego en diez minutos.

Colgó.

Isabel me miró.

—¿Le contarás sobre Héctor?

—No lo sé.

—Decide rápido. Porque una vez que Leticia sepa, ya no podrás aceptar oferta de Héctor sin traicionarla.

Tenía razón.

Si le contaba a Leticia, me comprometía a pelear. A exponer. A arriesgar todo por justicia incierta.

Si aceptaba oferta de Héctor primero, Leticia quedaría fuera. Protegida. Sin conocimiento de conspiración más grande.

Diez minutos para decidir.

Andrea libre vs. red expuesta.

Supervivencia vs. justicia.

Cinco años de prisión garantizados vs. veinticinco años posibles.

Mi hermana con futuro vs. desconocidas con destino incierto.

No había respuesta correcta.

Solo elecciones que me destruirían de formas diferentes.

El móvil vibró de nuevo.

Laura.

"Mónica. Acabo de recibir llamada extraña. Hombre diciendo que tiene información sobre Andrea. Que puede llevarme a ella. Que nos vemos en una hora. ¿Sabes algo de esto?"

El estómago se me congeló.

Héctor.

Moviendo piezas. Presionando. Forzando decisión.

Si Laura iba a esa reunión, Héctor la tendría. Como palanca. Como amenaza adicional.

Respondí rápido.

"NO VAYAS. Es trampa. Héctor Molina. Te explicaré después. Confía en mí."

"¿Héctor? ¿El padre de Damián?"

"Sí. No vayas. Por favor."

Tres puntos parpadeando. Laura escribiendo.

Después:

"Demasiado tarde. Ya estoy en camino. Si es trampa, necesito saberlo. Si es real, necesito ir. Por Natalia."

"Laura NO."

No respondió.

Marqué su número. Directo a buzón.

—Mierda —susurré.

Isabel se levantó.

—¿Qué pasó?

—Héctor citó a Laura. Ella fue. Va a usarla contra mí.

—¿Entonces qué haces?

—No lo sé.

La puerta del hotel se abrió de golpe.

Leticia entró. Sin tocar. Expresión de furia controlada.

—¿Por qué Mateo Bermúdez acaba de venderme video editado que ya tenía y después desaparecer con cien mil euros de Héctor Molina?

Me quedé callada.

—¿Mónica? ¿Qué está pasando?

—Héctor me ofreció trato.

—¿Qué tipo de trato?

—Confesión. Silencio. Cinco años de prisión. Andrea libre. Dinero. Todo.

Leticia cerró la puerta. Se apoyó contra ella.

—¿Y qué respondiste?

—Que tenía veinticuatro horas para decidir.

—No tienes veinticuatro horas. Tienes cero. Porque acabo de recibir citación. Audiencia disciplinaria. Mañana. Por ocultamiento de evidencia en caso Molina.

—¿Cómo...?

—Héctor tiene contactos en colegio de abogados. Presentó queja esta mañana. Con documentación completa de mi participación en editar video. En ocultar evidencia. En conspirar con cliente.

Se sentó pesadamente.

—Si voy a esa audiencia sin estrategia, pierdo licencia. Si pierdo licencia, no puedo defenderte. Si no puedo defenderte, enfrentas veinticinco años sin representación competente.

—Exactamente lo que Héctor prometió.

—Exactamente lo que planeó desde el principio.

Isabel intervino.

—¿Y si Mónica acepta la oferta? ¿Confiesa ahora? ¿Antes de audiencia?

Leticia me miró.

—¿Estás considerando eso?

—Estoy considerando que mi hermana lleva dos años encerrada. Que Héctor tiene poder para mantenerla ahí indefinidamente. Y que cinco años es mejor que veinticinco.

—Cinco años callando sobre red que destruyó a docenas de mujeres. Que continuará destruyendo. Que tu silencio perpetúa.

—Mi exposición no garantiza que se detenga. Solo garantiza que yo sufro más tiempo.

Leticia se levantó. Caminó a ventana. Miró la ciudad.

—Cuando acepté este caso, sabía que era difícil. Sabía que Héctor estaba detrás. Sabía que tenía recursos. Pero pensé que evidencia sería suficiente. Que verdad importaría.

Se giró.

—Me equivoqué. Verdad no importa cuando poder compra narrativa.

—¿Entonces qué sugieres?

—Sugiero que hagamos lo que Héctor no espera.

—¿Qué?

—Que vayamos nuclear. Completamente. Ahora.

Sacó su móvil. Marcó número.

—¿Detective Ruiz? Leticia Vega. Necesito que venga al Hotel Majestic. Habitación 412. Inmediatamente. Tengo confesión completa en asesinato de Damián Molina. Con evidencia de conspiración que involucra a familia Molina, doctor Bermúdez, y red de clínicas privadas.

Pausa.

—Sí. Ahora. Traiga fiscal. Traiga quien necesite. Esto termina esta noche.

Colgó.

Me miró.

—Decidiste por mí.

—Decidí salvarte de ti misma. Aceptar oferta de Héctor es sentencia de muerte diferida. Te usaría. Te descartaría. Te silenciaría permanentemente cuando ya no le sirvieras.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque es exactamente lo que le hizo a mujer que testificó contra él hace veinte años. Aceptó trato. Cinco años. Salió en tres. Murió en accidente de coche seis meses después.

—¿Tienes prueba?

—Tengo sospecha fuerte. Y eso es suficiente para no dejarte cometer mismo error.

El móvil vibró.

Laura.

"Mónica. Tienes razón. Era trampa. Héctor me mostró video tuyo matando a Damián. Dice que tiene a Andrea. Que si no convenzo a Isabel de retractarse, Andrea nunca sale. ¿Qué hago?"

Mostré el mensaje a Leticia.

—¿Ves? Ya empezó a presionar. A usar gente que te importa como armas. Esto no termina con tu confesión. Termina con exposición completa o con todos muertos eventualmente.

Isabel tomó mi mano.

—Confesaré contigo. Testificaré sobre todo. Damián. Héctor. El patrón completo. Juntas somos más creíbles.

—Tu testimonio te expone también.

—Ya estoy expuesta. Héctor sabe dónde estoy. Sabe quién soy. Escondiéndome cinco años más no cambia eso.

La puerta se abrió sin tocar.

Ruiz entró. Con fiscal. Con dos oficiales más.

—Señora Vega. Dijo que tenía confesión.

Leticia me miró. Última oportunidad de retractarse.

Respiré hondo.

—Maté a Damián Molina. Premeditadamente. Con escopolamina que robé de su apartamento. Lo droguí. Lo asfixié.

Limpié evidencia. Programé mensajes para incriminar a Carla.

Ruiz sacó grabadora.

—Continúe.

—Pero no actué sola. Y Damián no era víctima inocente. Era depredador serial. Parte de red operada por su padre Héctor Molina. Con asistencia de doctor Bermúdez. Durante cuarenta años.

—¿Tiene pruebas?

—Tengo testigos. Tengo documentos. Tengo video de Héctor Molina ofreciéndome soborno hace tres horas para silenciar todo esto.

Saqué mi móvil. Reproduje grabación.

Voz de Héctor clara. Oferta explícita. Amenazas documentadas.

Ruiz escuchó completo. Después miró al fiscal.

—Necesitamos orden de arresto. Para Héctor Molina. Por soborno. Obstrucción. Conspiración.

El fiscal asintió.

—Y orden de registro. Para clínicas. Para archivos de Bermúdez. Para todo.

Miró a Leticia.

—Esto va a ser grande. Mediático. Complicado.

—Lo sé. Por eso necesito inmunidad parcial para mi cliente. Confesión completa a cambio de sentencia reducida y protección testigo.

—¿Cuánto reducida?

—Ocho años. Elegible para libertad condicional en cinco.

—Asesinato premeditado normalmente es veinticinco mínimo.

—Asesinato bajo coacción extrema con víctima que era criminal serial es circunstancia atenuante. Precedente existe.

El fiscal consideró.

—Necesito ver toda la evidencia primero. Después negociamos.

—La tendrá. Mañana. Después de que Carla Andrade sea liberada.

—Trato.

Se fueron.

Leticia cerró la puerta. Se apoyó contra ella.

—Ya está. No hay vuelta atrás.

—¿Qué pasa ahora?

—Ahora Héctor sabe que confesaste. Que grabaste su oferta. Que todo va a explotar. Y reacciona.

—¿Cómo?

El móvil de Isabel vibró. Número desconocido.

Contestó en altavoz.

Voz de hombre. Fría. Mecánica.

—Isabel Romero. Héctor Molina aquí. Tu testimonio ya no será necesario. Ni el de Mónica. Ni el de nadie.

—¿Qué hiciste?

—Aseguré silencio. Permanentemente. Andrea Durán falleció esta noche. Paro cardíaco. Igual que madre de Carla. Trágico. Inevitable. Certificado firmado por doctor Bermúdez.

La habitación se inclinó.

—No...

—Sí. Y Laura Vidal está conmigo ahora. También desarrollará complicación cardíaca si no retiran todas las acusaciones. Todas las

confesiones. Todo.

—Hijo de puta...

—Tienen una hora. Retiren todo o Laura se une a Andrea. Después continuaré con Isabel. Después con Carla. Después con cualquiera que sepa demasiado.

—La policía ya tiene mi confesión. Ya tienen grabación. Ya saben todo.

—Y yo tengo abogados que desacreditarán todo. Que presentarán confesión como invención de mujer psicótica. Grabación como fabricación. Evidencia como venganza de grupo de mujeres con agenda.

—No funcionará.

—Funcionó durante cuarenta años. Funcionará ahora.

—Andrea... mi hermana... ¿está realmente muerta?

—Clínica confirmó hace diez minutos. Lo siento por tu pérdida.

Colgó.

Me quedé mirando el teléfono.

Andrea.

Muerta.

La razón por la que empecé todo esto.

La razón por la que infiltré. Por la que conspiré. Por la que maté.

Muerta.

Y yo... yo la maté al matar a Damián.

Al forzar confrontación con Héctor.

Al elegir justicia sobre supervivencia.

Isabel me sostuvo mientras caía.

Leticia marcó número. Ruiz.

—Detective. Héctor Molina acaba de matar a Andrea Durán. Necesita orden de arresto inmediata. Y protección para Laura Vidal antes de que sea siguiente.

No escuché la respuesta.

Solo escuché eco de voz de Héctor.

"Lo siento por tu pérdida."

Como si fuera condolencia genuina.

Como si él no hubiera ordenado personalmente la muerte de mi hermana.

Como si esto no fuera exactamente lo que hizo durante cuarenta años.

Matar. Encubrir. Continuar.

Y ahora Andrea era solo un nombre más en lista.

Igual que Natalia.

Igual que las otras.

Y yo...

Yo era la idiota que pensó que podía detenerlo.

Que pensó que matar a Damián cambiaría algo.

Cuando todo lo que hizo fue despertar al monstruo más grande.

Al arquitecto original.

Al que nunca perdía.

Hasta ahora.

Porque si Héctor pensaba que la muerte de Andrea me rompería.

Que me haría retractarme.

Que me silenciaría...

Se equivocaba.

Solo me dio razón definitiva para destruirlo.

Completamente.

Sin piedad.

Sin límites.

Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 24

La muerte de Andrea me rompió de forma que no esperaba.

No lloré. No grité. No me desmoroné.

Me convertí en algo más frío.

Más claro.

Más peligroso.

Leticia hablaba por teléfono con Ruiz. Coordinando. Planificando. Órdenes de arresto. Protección para Laura.

Isabel me sostenía la mano. Diciendo cosas que no registraba.

Yo solo pensaba en matemática simple.

Héctor mató a Andrea.

Héctor tiene a Laura.

Héctor amenaza a Isabel. A Carla. A todas.

Héctor debe morir.

No arrestado. No procesado. No encarcelado durante años mientras sus abogados apelaban.

Muerto.

Como Damián.

Como debí hacer desde el principio.

—Mónica. —Leticia colgó—. Ruiz viene con equipo táctico. Van a localizar a Laura. A Héctor. A arrestarlos.

—¿Cuánto tardan?

—Veinte minutos.

—Laura no tiene veinte minutos.

—No podemos...

—Yo puedo.

Me levanté. Caminé a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Isabel.

—A terminar esto.

Leticia me bloqueó el paso.

—Si vas sola, te mata. O te usa como rehén también. O peor.

—Entonces que venga conmigo alguien. Tú. Isabel. No me importa. Pero no voy a esperar a que la policía negocie mientras Héctor mata a Laura.

—¿Sabes dónde está?

—Sé dónde estaría yo. Si fuera él. Si quisiera control total.

—¿Dónde?

—La clínica de Málaga. Donde tenía a Andrea. Donde tiene infraestructura. Personal leal. Capacidad para hacer desaparecer cuerpos.

Leticia consideró. Después asintió.

—Llamo a Ruiz. Les digo dónde buscar.

—No. Les dices que vayan a casa de Héctor. A sus oficinas. Que lo busquen en todos lados excepto Málaga.

—¿Por qué?

—Porque si llega policía, Héctor mata a Laura inmediatamente. Protocolo. Eliminar evidencia. Pero si llego yo... negociamos.

—¿Qué negocias? Ya confesaste. Ya entregaste evidencia. No tienes nada que Héctor quiera.

—Tengo mi vida. Mi silencio permanente. Mi retractación de confesión.

—No puedes retractarte. Ya está registrado.

—Puedo decir que mentí. Que inventé todo por venganza. Que Héctor es inocente. Que Damián fue accidente o suicidio. Lo que sea necesario.

—Eso te destruye legalmente.

—Andrea ya está muerta. Laura está en peligro. Mi credibilidad legal es lo menos importante ahora.

Saqué las llaves del coche.

—Voy con o sin ti. Decides.

Leticia miró a Isabel. Después a mí.

—Voy contigo. Pero con condiciones.

—¿Cuáles?

—Llevas móvil con línea abierta a Ruiz. Todo grabado. Todo documentado. Si Héctor confiesa algo, lo capturamos.

—Héctor no confesará nada.

—Entonces al menos tenemos registro de lo que pasa. Y si te mata... evidencia para procesarlo después.

Pequeño consuelo. Pero algo.

—Trato.

Isabel se levantó.

—Yo también voy.

—No. Tú te quedas. Testificas si algo sale mal. Eres única con historia completa que policía creerá.

—Mónica...

—Por favor. Necesito saber que alguien sobrevive para contar la verdad.

Isabel asintió. Lágrimas en sus ojos.

—No mueras.

—No planeo hacerlo.

Mentira. No tenía plan real. Solo improvisación desesperada.

Pero ya había cruzado demasiadas líneas para detenerme ahora.

Conduje a Málaga.

Cuatro horas. Leticia en asiento del copiloto. Móvil con línea abierta a Ruiz en el tablero.

—Unidad en camino a residencia de Héctor Molina —dijo Ruiz por altavoz—. Otra a sus oficinas. Orden de arresto emitida. ¿Segura de ubicación en Málaga?

—Ochenta por ciento segura.

—No es suficiente.

—Es lo que tengo.

Ruiz suspiró.

—Si llegan a la clínica y no está ahí...

—Entonces estaré equivocada. Y Laura morirá. Y será mi culpa. Pero al menos lo intenté.

—Mónica...

—Detective. He matado a un hombre. He confesado. He perdido a mi hermana. Lo único que me queda es intentar salvar a Laura. Déjeme hacerlo.

Silencio. Después:

—Equipo táctico estará a veinte minutos detrás de ustedes. No entren hasta que lleguen.

—Entendido.

Mentira de nuevo. No esperaría. No podía.

Cada minuto que pasaba era minuto que Héctor podía usar para matar a Laura.

Leticia me miró.

—¿Tienes plan real?

—Entro. Negocio. Intercambio mi vida por Laura.

—¿Y si no acepta?

—Entonces improviso.

—Eso no es plan.

—Es lo único que tengo.

Conduje más rápido. Límites de velocidad ignorados. Cámaras de tráfico que probablemente me multarían después.

Si había después.

Llegamos a Málaga a medianoche.

Clínica Reposo del Mar brillaba blanca contra noche oscura. Iluminada. Tranquila. Respetable.

Prisión disfrazada de spa. Como siempre.

Aparqué a una calle de distancia.

—Ruiz. Estamos aquí.

—Equipo llega en quince minutos. Esperen.

—No puedo.

—Mónica...

Corté la llamada. Bajé del coche.

Leticia me siguió.

—Esto es suicidio.

—Probablemente.

—¿Y vas de todas formas?

—Andrea murió porque yo empecé esta guerra. Laura está secuestrada porque continué peleando. No voy a dejar que más gente muera mientras yo espero a que policía negocie.

Caminé hacia entrada principal. Puertas de cristal. Recepción iluminada. Enfermera en escritorio.

Entré como si tuviera derecho.

—Busco a Héctor Molina.

La enfermera me miró sin sorpresa. Como si esperara visita.

—Tercer piso. Habitación 301. Lo está esperando.

Claro que lo estaba.

Héctor orquestaba esto. Como siempre.

Subí escaleras. Leticia tres pasos detrás. Mano en su móvil. Grabando todo.

Tercer piso. Pasillo vacío. Luces tenues.

Habitación 301 al final. Puerta entreabierta.

Me acerqué. Empujé.

Héctor estaba sentado en silla junto a ventana. Traje impecable. Whisky en mano. Como si estuviera en su estudio privado. No en clínica donde acababa de matar a mi hermana.

Laura estaba en silla frente a él. Atada. Amordazada. Viva. Ojos furiosos.

—Mónica Durán —dijo Héctor—. Puntual como esperaba.

—Suéltala.

—Por supuesto. Después de que acordemos términos.

—¿Qué términos?

—Retractas confesión. Públicamente. Dices que inventaste historia por venganza personal. Que Damián fue accidente. Que yo soy víctima de difamación.

—¿Y después?

—Después Laura queda libre. Tú aceptas internamiento voluntario. Aquí. Por tratamiento psiquiátrico. Seis meses. Después sales con certificado de salud mental restaurada. Y todos seguimos con nuestras vidas.

—¿Internamiento como el que le diste a Andrea?

—Tu hermana fue caso diferente. Genuinamente inestable. Requería cuidado prolongado.

—La mataste.

—Falleció de causas naturales. Certificado firmado. Autopsia realizada. Todo legal.

—Autopsia que tu médico controlado realizó.

—Autopsia que autoridades verificaron. Sin irregularidades.

Bebió whisky. Calmado. Como si discutiéramos clima.

—¿Aceptas términos?

—¿Y si me niego?

—Entonces Laura muere. Esta noche. Paro cardíaco. Igual que Andrea. Después Isabel. Después Carla. Después cualquier testigo que quede.

—La policía tiene mi confesión. Tiene grabación de ti ofreciendo soborno. Tiene evidencia.

—Tiene confesión de mujer inestable. Grabación que alego fue fabricada. Evidencia que mis abogados desacreditarán.

Se levantó. Caminó hacia Laura. Puso mano sobre su hombro.

—He hecho esto durante cuarenta años. Sé exactamente cómo funciona sistema. Cómo comprarlo. Cómo manipularlo. Cómo ganar.

—No esta vez.

—¿No? ¿Qué vas a hacer diferente? ¿Matarme como mataste a mi hijo?

Sonrió.

—Adelante. Intenta. Tengo dos guardias afuera. Cámaras en pasillo. Testigos. Si me tocas, te arrestan por segundo asesinato. Esta vez sin defensa de coacción.

Tenía razón.

No podía matarlo. No aquí. No ahora.

No sin destruir cualquier posibilidad de justicia legal.

Pero también...

No iba a dejar que ganara.

—Acepto —dije.

Leticia me miró con horror.

—¿Qué?

—Acepto. Me retracto. Me interno voluntariamente. Lo que sea necesario.

—Mónica, no...

—Con una condición.

Héctor arqueó ceja.

—¿Cuál?

—Laura sale ahora. Libre. Sin condiciones. Antes de que firme nada.

—¿Y cómo sé que cumplirás después?

—Porque me quedo aquí. Como garantía. Laura sale. Yo me quedo. Leticia testifica que acepté voluntariamente. Todo legal.

Héctor consideró. Calculó.

—Trato.

Caminó a Laura. Cortó las cuerdas. Le quitó mordaza.

Laura se levantó. Tambaleándose. Me miró con ojos que decían no hagas esto.

—Vete —dije.

—No sin ti.

—Vete. Por favor. Por Natalia. Por todas. Alguien tiene que sobrevivir para contar la verdad.

Laura me abrazó. Fuerte. Rápido.

—Esto no termina aquí —susurró.

Después salió. Leticia la siguió.

Héctor cerró la puerta. Con llave.

—Ahora. Firmemos papeles.

Sacó documentos de maletín. Internamiento voluntario. Retractación de acusaciones. Todo preparado con anticipación.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Porque conozco tu tipo. Justiciera. Dispuesta a sacrificarse por causa. Predecible.

—¿Y si no hubiera venido?

—Entonces habría matado a Laura. Después perseguido a Isabel. Después destruido a Carla. Eventualmente habrías actuado. Solo era cuestión de tiempo.

Me pasó bolígrafo.

—Firma.

Tomé el bolígrafo. Miré los papeles.

Internamiento. Seis meses. En clínica que Héctor controlaba. Con médicos que él pagaba. Con drogas que ellos administrarían.

Seis meses que podrían convertirse en seis años. O permanentes.

Como Andrea.

Pero Laura estaba libre. Isabel segura. Carla pronto liberada.

Tres vidas salvadas por una destruida.

Matemática que podía vivir.

Si sobrevivía seis meses.

Firmé.

Héctor tomó los papeles. Los guardó.

—Excelente. Ahora enfermera te llevará a tu habitación. Tratamiento comienza mañana.

—¿Qué tratamiento?

—Estabilización. Medicación. Terapia. Todo diseñado para restaurar tu salud mental.

—Para drogarme hasta no poder testificar.

—Dos formas de ver mismo proceso.

Tocó botón. Enfermera entró. Con jeringuilla.

—¿Qué es eso?

—Sedante suave. Para ayudarte a adaptarte.

—No.

—No es opcional.

La enfermera se acercó. Dos guardias entraron detrás de ella.

No tenía salida. No esta vez.

Dejé que la enfermera me inyectara.

Líquido frío entrando en vena. Familiar. Como las noches que Damián me drogaba.

Círculo completo.

Víctima de nuevo.

Las piernas cedieron. Me sentaron en silla de ruedas.

—Duerme bien —dijo Héctor—. Mañana comienza tu rehabilitación.

Lo último que vi antes de perder consciencia fue su sonrisa.

Triunfante. Final. Absoluta.

Ganó.

Como siempre.

Como dijo que ganaría.

Y yo...

Yo aposté todo por salvar a Laura.

Y perdí.

La oscuridad me tragó.

Desperté en habitación blanca.

Paredes acolchadas. Ventana con barrotes. Puerta cerrada.

Exactamente como la habitación psiquiátrica donde internaron a Carla.

Exactamente como la prisión donde Andrea pasó dos años.

Me senté. Cabeza pesada. Boca seca. Síntomas de sedación fuerte.

¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

Busqué reloj. No había. Busqué ventana. Amanecer. O atardecer. No podía distinguir.

La puerta se abrió.

Enfermera. Diferente de la de anoche. Más joven. Expresión neutral.

—Buenos días. Hora de medicación.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¿De la mañana?

—Sí.

Doce horas inconsciente.

—¿Qué día?

—Viernes.

Ayer era jueves. Solo perdí una noche.

—No voy a tomar medicación.

—No es opcional.

—Soy paciente voluntaria. Puedo rechazar tratamiento.

—Firmaste consentimiento para tratamiento necesario. Esto es necesario.

Me mostró pastillas. Tres. Blancas. Pequeñas.

—¿Qué son?

—Estabilizadores del ánimo. Para ansiedad y depresión.

—No estoy ansiosa ni deprimida.

—Diagnóstico del doctor Bermúdez indica lo contrario.

Bermúdez. Claro.

—No voy a tomarlas.

La enfermera suspiró. Tocó botón en pared.

Dos guardias entraron.

—Podemos hacerlo fácil o difícil —dijo ella—. Tu eliges.

No tenía opción. No realmente.

Tomé las pastillas. Las tragué con agua que me ofreció.

Abrí la boca. Levanté la lengua.

Revisó. Asintió. Salió con los guardias.

La puerta se cerró. Cerrojo sonó.

Fui al baño. Intenté vomitar las pastillas.

No pude. Ya estaban disueltas. Ya en mi sistema.

En una hora estaría drogada de nuevo.

Me senté en la cama dura.

Procesé.

Héctor ganó. Laura libre pero yo atrapada. Isabel y Carla seguras pero sin mi testimonio. Confesión retractada. Evidencia desacreditada.

Cuarenta años de experiencia manipulando sistema contra mi semana de improvisación.

No había competencia.

El móvil.

¿Dónde estaba mi móvil?

Busqué en la habitación. Nada. Me revisé los bolsillos. Vacíos.

Confiscado. Obvio.

Sin comunicación. Sin forma de contactar a Leticia. A Ruiz. A nadie.

Atrapada.

Completamente.

Las pastillas empezaron a hacer efecto.

Niebla familiar arrastrándose por mi cerebro. Pensamientos ralentizándose. Cuerpo pesado.

Me acosté antes de caerme.

Cerré los ojos.

Cuando los abrí de nuevo, había alguien en la habitación.

Figura borrosa. Sentada en silla junto a la cama.

Mujer. Pelo oscuro. Edad indeterminada.

—¿Quién...?

—Shhh. No tienes mucho tiempo lúcida.

La voz era familiar. Pero no podía ubicarla.

—¿Te conozco?

—Nos conocimos. Hace dos años. Grupo de apoyo. Yo conté historia de mi hermana.

Laura.

No. Laura salió. Esto era alucinación.

—No eres real.

—Soy muy real. Y vine a sacarte de aquí.

—¿Cómo entraste?

—Uniforme de enfermera. Tarjeta clonada. Igual que Mónica entró a verte cuando estabas en psiquiátrico.

Mónica.

Yo era Mónica.

Esto no tenía sentido.

—Estoy drogada. Alucinando.

—Estás drogada. Pero no alucinando. Soy Laura. Real. Y tengo diez minutos antes de que enfermera vuelva.

Se inclinó. Me mostró su cara claramente.

Laura Vidal. Real. Aquí.

—¿Cómo...?

—Leticia me dijo dónde estabas. Ruiz quería esperar a orden judicial. Yo no pude.

—Héctor te matará si te encuentra.

—Entonces no me encontrará.

Sacó algo de su bolso. Ropa de enfermera. Igual que la que ella llevaba.

—Cámbiate. Rápido.

—No puedo caminar. Las drogas...

—Puedes. Te ayudo.

Me levantó. Me sostuvo. Me cambió como si fuera niña.

Ropa de civil fuera. Uniforme de enfermera puesto.

—¿Adónde vamos?

—Fuera. Leticia espera con coche. Ruiz viene con equipo. Pero necesitamos salir antes de que Héctor sepa.

—¿Y después?

—Después terminamos esto. De verdad. Con Héctor arrestado. Con Bermúdez procesado. Con clínica cerrada.

—¿Cómo?

—Con tu testimonio. Real. No retractado. Y con algo más.

—¿Qué?

—Isabel encontró a otra. Otra víctima de Héctor. De hace veinte años. La que supuestamente murió en accidente de coche. No murió. Se escondió. Como Isabel.

—¿Testificará?

—Si tú lo haces. Si demuestra que el sistema protege testigos esta vez.

Me guió a la puerta. La abrió con tarjeta clonada.

Pasillo vacío. Temporalmente.

—¿Puedes caminar?

—Intento.

Caminé. Tambaleando. Laura me sostenía.

Bajamos escaleras. Cada paso esfuerzo. Drogas tirándome hacia abajo.

Planta baja. Recepción.

Enfermera diferente en escritorio. Nos miró. Reconoció uniforme de Laura. Asintió.

Salimos por puerta principal.

Aire fresco golpeó mi cara. Ayudó.

Leticia esperaba en coche. Motor encendido.

Laura me metió en asiento trasero. Subió ella.

Leticia aceleró antes de que cerrara la puerta.

—¿La tienen?

—La tenemos.

—Héctor sabrá en diez minutos.

—Estaremos lejos en diez minutos.

Condujimos. Rápido. Calles vacías de madrugada.

—¿Qué hora es realmente? —pregunté.

—Las tres de la mañana.

—¿Viernes todavía?

—Viernes.

Entonces solo estuve internada quince horas. No semanas. No meses.

—¿Ruiz sabe que me sacaron?

—No oficialmente —dijo Leticia—. Oficialmente tú escapaste. Laura solo pasaba casualmente.

—¿Por qué no oficialmente?

—Porque extracción ilegal de paciente voluntaria es secuestro. No quiero que Laura enfrente cargos.

—¿Y yo? ¿Enfrento cargos por escapar?

—Enfrentas cargos por asesinato todavía. Pero ahora sin retractación. Con confesión original válida. Con testimonio de segunda víctima de Héctor. Con caso real.

—¿Héctor será arrestado?

—Ruiz tiene orden. Equipo va a clínica ahora. A arrestarlo por secuestro de Laura. Por intento de soborno. Por obstrucción.

—¿Y por muerte de Andrea?

Leticia dudó.

—Autopsia fue limpia. Certificado firmado. Legalmente... no hay caso.

—Entonces se sale con esa.

—Con esa sí. Con las otras no.

Pequeño consuelo. Pero algo.

Condujimos a Sevilla. Tres horas. Yo dormité en asiento trasero. Drogas todavía en sistema.

Cuando desperté, estábamos en comisaría.

Ruiz nos esperaba. Con fiscal. Con Héctor esposado entre dos oficiales.

Nos vio. Su expresión no cambió.

—Señorita Durán. Veo que decidió abandonar tratamiento voluntario.

—Decidí no ser tu próxima víctima.

—No eres víctima. Eres asesina confesa.

—Y tú eres conspirador confeso. Grabación lo prueba.

—Grabación que alego fue fabricada.

—Veremos qué dice juez.

Ruiz lo llevó adentro. A celda. A procesamiento.

Leticia me guió a sala diferente.

—Necesitas descansar. Dormir. Limpiar sistema de drogas. Mañana empezamos preparación para testimonio.

—¿Cuándo es juicio?

—Preliminar en tres días. Juicio completo en dos meses probablemente.

—¿Carla?

—Liberada esta mañana. Cargos retirados. Exonerada completamente.

Finalmente algo salió bien.

—¿Puedo verla?

—Mañana. Hoy descansa.

Me llevó a apartamento seguro. Guardado por policía. Protección testigo.

Me acosté en cama que no era mía. En habitación que no conocía. Bajo vigilancia que debía protegerme.

Cerré los ojos.

Andrea estaba muerta.

Damián estaba muerto.

Héctor estaba arrestado.

Y yo...

Yo estaba viva.

Contra todo pronóstico.

Contra toda lógica.

Viva.

Y lista para testificar.

Para terminar lo que empecé.

Para destruir lo que quedaba de red de Héctor.

Costara lo que costara.

Incluyendo mi libertad.

Porque ocho años en prisión por asesinato justificado era precio que podía pagar.

Si significaba que nadie más sufriría lo que Andrea sufrió.

Lo que Natalia sufrió.

Lo que todas sufrieron.

El móvil vibró en mesita junto a cama. Nuevo. Dado por Leticia.

Mensaje de número desconocido.

"Mónica. Carla aquí. Gracias. Por todo. Por salvarme. Por exponerte. Por arriesgar todo. No sé cómo pagarte. Pero encontraré forma. Te veo pronto. C."

Guardé el móvil.

Dormí.

Por primera vez en semanas, sin pesadillas.

Sin miedo.

Solo cansancio profundo de guerra que todavía no terminaba.

Pero que finalmente, finalmente...

Podía ganar.

CAPÍTULO 25

Carla

Mónica Durán no era quien yo pensaba.

Me senté en la sala de espera de la comisaría. Manos todavía temblando de la adrenalina de salir. De ser libre. De saber que no pasaría veinticinco años en prisión por crimen que no cometí.

Pero que ella sí cometió.

Por mí.

Entre otras razones.

La puerta se abrió. Leticia Vega salió.

—Carla. Gracias por venir.

—¿Cómo está?

—Drogada todavía. Necesita dormir. Pero quiere verte.

—¿Está seguro que es buena idea? Legalmente quiero decir.

—Eres testigo potencial. Ella es acusada. Técnicamente no deberían hablar sin supervisión. Pero también... necesitan hablar. Ambas.

Me guió por pasillo. A apartamento seguro dos pisos arriba. Guardia en la puerta.

Entramos.

Mónica estaba sentada en sofá. Pelo despeinado. Ojeras profundas. Ropa arrugada. Pero viva. Alerta.

Me vio. Se levantó.

Nos quedamos mirándonos. Dos mujeres que compartían víctima. Que nunca se conocieron realmente. Que solo existían en narrativas paralelas hasta ahora.

—Carla.

—Mónica.

—Yo... no sé qué decir.

—Gracias es buen comienzo.

Sonrió. Cansada. Rota. Pero genuina.

—Gracias por salvarme. Por exponerte. Por... todo.

—Gracias por matar al hijo de puta que casi me destruye.

Nos abrazamos. Largo. Fuerte. Dos sobrevivientes reconociéndose.

Leticia nos dejó solas. Puerta cerrada pero sin llave.

Nos sentamos en sofá. Distancia segura. Como animales heridos evaluándose.

—¿Cómo estás? —preguntó Mónica.

—Libre. Asustada. Procesando. ¿Tú?

—Drogada. Exhausta. Preparándome para juicio que probablemente pierda.

—Leticia dice que tiene buen caso.

—Leticia es optimista profesional. Realidad es que maté a hombre premeditadamente. Evidencia es clara. Jurado tiene que decidir si eso es justicia o asesinato.

—Es justicia.

—¿Testificarás eso?

—Si me dejan, sí.

Mónica se recostó. Cerró los ojos. Procesó.

—Necesito preguntarte algo. Y necesito que seas honesta.

—Adelante.

—¿Cuánto sabías? Antes de que te arrestaran. Sobre mí. Sobre el plan. Sobre todo.

Respiré hondo.

—Sabía que alguien me ayudaba. Laura me contactó como tú. Advertencias. Información. Pero no sabía que eras tú específicamente hasta que Leticia me lo dijo después de salir.

—¿Laura te dijo algo sobre Andrea? ¿Sobre mi hermana?

—Me dijo que Damián tenía otra víctima internada. No dio nombre. Solo que existía. Que era palanca que usaba para controlar a alguien cercano.

—¿Y no conectaste?

—No hasta después. Cuando todo explotó.

Mónica abrió los ojos. Me miró.

—¿Viste a Damián la noche que murió?

La pregunta me tomó desprevenida.

—¿Qué?

—Damián. La noche que lo maté. ¿Estabas ahí? ¿En algún momento?

—Yo... ¿por qué preguntas?

—Porque hay algo que no cuadra. En timeline. En evidencia. Y necesito saber si estoy loca o si...

Se detuvo. Se levantó. Caminó a ventana.

—Los mensajes que Damián programó. Acusándote. Se enviaron desde su teléfono dos horas después de morir. Yo los

programé. O eso creí.

—¿Y?

—Y Leticia dice que análisis forense muestra que fueron editados. Después de que Damián murió. Después de que yo salí de apartamento.

El estómago se me contrajo.

—¿Editados cómo?

—Videos adjuntos. De ti supuestamente amenazándome. Tienen metadata de tres horas después de muerte de Damián. Alguien los añadió. Alguien con acceso a su teléfono. Alguien que quería asegurar que tú fueras arrestada.

—¿Quién?

—Eso es lo que necesito saber. ¿Estuviste en esa casa esa noche?

—No.

—¿Segura?

—Segura. Dormí en hotel después del velorio de tu madre. No vi a Damián después de eso.

—¿Y después? ¿Antes de que te arrestaran?

—Desperté a mensaje suyo. Pidiéndome que fuera a casa. Nuestra casa. Fui. Lo encontré muerto. Llamé a policía.

—¿Tocaste algo?

—Su cuello. Buscando pulso.

—¿El teléfono?

—No.

—¿La almohada?

—No... espera. Sí. Estaba manchada de sangre. La moví sin pensar.

Mónica se giró.

—Entonces tus huellas están en almohada. En escena. Y alguien añadió videos a mensajes programados de Damián. Después de que murieras. Después de que yo salí.

—¿Quién tendría acceso?

—Mateo. Tenía control de cámaras. De sistemas de seguridad. Acceso remoto a teléfonos.

—¿Crees que Mateo añadió evidencia contra mí?

—Creo que alguien lo hizo. Y Mateo es candidato obvio.

Se sentó de nuevo. Procesó.

—Pero también... si Mateo trabajaba para Héctor. Y Héctor quería asegurar que yo confesara para salvar a gente. Entonces tenía sentido incriminarte completamente. Forzarme a actuar.

—Entonces fue Héctor.

—Probablemente.

—¿Cambia algo? ¿Legalmente?

—Cambia que no solo te arrestaron por azar. Te convirtieron en chivo expiatorio deliberadamente. Eso es conspiración adicional. Cargo adicional contra Héctor.

—Bien.

Mónica me estudió.

—Hay algo más que quiero preguntarte.

—¿Qué?

—¿Qué hiciste con la USB? La que escondí en tu baño. La que desapareció antes de que Vega la recuperara.

Me quedé muy quieta.

—¿Cómo sabes que hice algo con ella?

—Porque Damián la estaba buscando. Porque Mateo dice que no la encontró. Porque alguien la sacó del escondite exacto que solo yo conocía.

—A menos que...

—¿Qué?

—A menos que tú le dijeras a alguien dónde estaba. A Laura. A Leticia. A alguien.

—No le dije a nadie hasta después de que Damián murió. Cuando le conté a Vega dónde buscar.

—Entonces alguien más sabía.

Saqué mi móvil. Busqué en archivos. Encontré lo que buscaba.

—Tres días antes de que me arrestaran, recibí mensaje. De número desconocido. Decía que me estaban vigilando. Que alguien estaba ayudándome. Que revisara debajo del tanque del inodoro del baño de abajo.

Mostré el mensaje.

Mónica lo leyó tres veces.

—¿Y qué encontraste?

—La USB. Con videos de Damián fabricando evidencia contra mí. Con mensajes entre él y Bermúdez. Con todo.

—¿Quién te envió el mensaje?

—No lo sé. Número bloqueado. Sin forma de rastrear.

—¿Qué hiciste con la USB?

—La guardé. La copié. La escondí en lugar diferente.

—¿Dónde?

—En caja fuerte de mi abogada. La que Vega reemplazó después.

—¿Todavía está ahí?

—Supongo. No he preguntado.

Mónica se levantó.

—Necesitamos esa USB. Ahora.

—¿Por qué?

—Porque si alguien te la envió deliberadamente. Si alguien sabía que estaba ahí. Entonces alguien más está jugando. Alguien con información que no tenemos.

—¿Quién?

La puerta se abrió antes de que Mónica respondiera.

Leticia entró. Expresión seria.

—Tenemos problema.

—¿Qué pasó?

—Bermúdez desapareció. Salió bajo fianza hace dos horas. No llegó a casa. No responde móvil. Orden de búsqueda emitida.

—¿Héctor sabe?

—Héctor está en celda. Sin comunicación. Pero... Bermúdez tenía información. Acceso a archivos. Conocimiento de dónde están enterrados cuerpos. Literal y figurativamente.

—¿Crees que huyó?

—O que alguien lo silenció.

Mónica y yo intercambiamos miradas.

—¿Mateo? —pregunté.

—Mateo está desaparecido también. Desde anoche. Después de que Laura rescató a Mónica.

—Mierda.

Leticia cerró la puerta.

—Hay más. Isabel no llegó a hotel esta mañana. Reservación cancelada. Sin rastro.

—¿Crees que huyó?

—O que la tomaron. O que está escondida. O peor.

—¿Entonces no tenemos testigos? ¿Sin Isabel? ¿Sin Bermúdez para contrainterrogar?

—Tenemos a Mónica. Tenemos a Carla. Tenemos documentación. Pero sí... caso se debilitó.

Mónica se sentó. Procesó.

—¿Y la otra testigo? ¿La de hace veinte años que supuestamente Isabel encontró?

—Contacto también perdido. Número desconectado. Dirección vacía.

—Alguien está limpiando cabos sueltos.

—Sí. Y rápido.

—¿Héctor puede ordenar esto desde celda?

—No debería poder. Pero...

—Pero tiene recursos. Conexiones. Gente leal.

—Exactamente.

Me levanté.

—La USB que encontré. Tiene mensajes entre Damián y Bermúdez. ¿Podrían usarse para rastrear a Bermúdez? ¿Números de contacto? ¿Ubicaciones mencionadas?

—Posiblemente. ¿Dónde está?

—En caja fuerte de mi primera abogada. Necesito autorización para acceder.

—Dame nombre. Consigo orden.

Le di los datos. Leticia salió. Teléfono ya marcando.

Mónica me miró.

—¿Quién crees que envió ese mensaje? ¿El que te dijo dónde buscar la USB?

—No lo sé. Pero quien fuera... sabía todo. Dónde estaba escondida. Que yo necesitaba evidencia. Cómo contactarme sin ser rastreado.

—¿Mateo?

—Posiblemente. Tenía acceso a cámaras. Pudo verte esconderla.

—Pero ¿por qué ayudarte? Si trabajaba para Damián. Para Héctor.

—Tal vez no trabajaba para ellos. Tal vez trabajaba solo para sí mismo. Vendiendo información al mejor postor.

—O tal vez...

Me detuve.

—¿Qué?

—Tal vez había alguien más. Alguien que quería que todo esto explotara. Que todos cayéramos. Damián. Héctor. Bermúdez. Tú. Yo. Todos.

—¿Con qué propósito?

—No lo sé. Pero... ¿y si esto no termina con Héctor arrestado? ¿Y si hay otra capa? Otro jugador?

Mónica se quedó callada. Pensando.

Después:

—Cuando Héctor me ofreció trato en parque industrial. Dijo que había perfeccionado el sistema durante cuarenta años. No dijo "mi sistema". Dijo "el sistema".

—¿Como si fuera más grande que él?

—Exacto.

—¿Crees que hay otros? ¿Otras clínicas? ¿Otros depredadores usando mismo método?

—No lo sé. Pero si los hay... entonces arrestar a Héctor no termina nada. Solo corta una cabeza de hidra.

La puerta se abrió de nuevo.

Laura entró. Sin tocar. Expresión de urgencia.

—Encontraron a Bermúdez.

—¿Dónde?

—En su oficina. Muerto. Sobredosis aparente. Nota suicida.

—Mierda.

—La nota dice que no puede vivir con culpa. Que ayudó a Héctor durante años. Que lo siente.

—¿Suicidio real o fabricado?

—Forenses están investigando. Pero... nota está escrita a mano. Caligrafía parece auténtica. No hay signos de forcejeo.

Mónica se levantó.

—¿Y si es real? ¿Y si Bermúdez realmente se mató?

—Entonces perdimos testigo clave. Y confesión potencial. Y acceso a información sobre red completa.

Laura cerró la puerta. Se apoyó contra ella.

—Hay algo más en la nota. Menciona nombres. Tres clínicas. Seis médicos. Red operativa en tres países.

—¿Héctor sabía?

—Nota implica que Héctor dirigía operación española. Pero que había estructura más grande. Internacional.

Mónica me miró.

—¿Ves? No termina con Héctor.

—No.

Laura sacó sobre.

—Bermúdez dejó esto también. Dirigido a ti. —Me lo pasó.

Lo abrí con manos temblorosas.

Dentro había memoria USB. Y nota escrita a mano.

"Carla. Si lees esto, significa que no tuve valor de enfrentar consecuencias. Lo siento. Esta USB contiene todo. Nombres. Ubicaciones. Transferencias financieras. Cuarenta años de operación. Úsala bien. Destruye lo que construimos. Salva a las que vienen después. Perdón que no merezco. J.B."

Saqué la USB. Pequeña. Negra. Inocua.

Conteniendo destrucción de red completa.

O eso decía la nota.

—¿Es real? —pregunté.

—Solo hay una forma de averiguar —dijo Laura.

Leticia regresó con portátil.

—Veamos qué tenemos.

Insertó la USB.

Archivos comenzaron a cargarse. Cientos. Miles.

Carpetas organizadas por año. Por país. Por víctima.

Clicó una al azar.

Expediente completo. Mujer. España. Hace quince años. Internada. Diagnosticada. Medicada. Muerta seis meses después. Certificado firmado por Bermúdez.

Otra carpeta. Francia. Hace diez años. Misma progresión.

Otra. Italia. Hace cinco años.

—Dios mío —susurró Laura—. Son cientos.

—No —dijo Mónica—. Son miles.

Siguió clicando. Carpeta tras carpeta. País tras país. Década tras década.

Red internacional. Coordinada. Sistemática.

Héctor no era arquitecto.

Era franquicia.

El móvil de Leticia vibró.

Contestó. Escuchó. Su cara palideció.

—Entendido. Sí. Ahora.

Colgó.

—Héctor acaba de ser liberado.

—¿Qué?

—Juez ordenó liberación. Soborno insuficiente para retenerlo. Evidencia de Laura siendo cuestionable. Orden de arresto anulada.

—No puede ser.

—Es. Sale en una hora.

Mónica se levantó.

—¿Entonces qué hacemos?

Leticia miró la USB.

—Usamos esto. Todo. Presentamos a fiscalía. A prensa. A quien escuche. Hacemos imposible que Héctor escape.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces...

No terminó la frase.

No necesitó.

Todos sabíamos la respuesta.

Si Héctor salía libre con esta información existiendo...

Nadie estaba seguro.

Ni Mónica. Ni yo. Ni Laura. Ni Isabel si seguía viva.

Nadie.

El móvil de Mónica vibró sobre la mesa.

Número desconocido.

Contestó en altavoz.

Voz distorsionada. Mecánica. Irreconocible.

—Mónica Durán. Carla Andrade. Escuchen con atención. Tienen algo que necesito. Yo tengo algo que ustedes necesitan.

—¿Quién es?

—Alguien que puede detener a Héctor. Permanentemente. Pero necesito la USB de Bermúdez. Completa. Sin copias.

—¿Cómo sabes de eso?

—Sé todo. Incluyendo dónde está Isabel. Dónde está Mateo. Y qué planea Héctor cuando salga.

—¿Qué planea?

—Eliminar testigos. Empezando por ustedes. Esta noche. Antes de que puedan usar información de Bermúdez.

—¿Por qué deberíamos creerte?

—Porque en diez minutos recibirán llamada. De hospital. Informándoles que Laura Vidal acaba de ser ingresada. Intoxicación. Crítica. Veneno de acción lenta administrado hace tres horas.

Laura se quedó paralizada.

—No...

—Café que tomaste en comisaría. Después de rescatar a Mónica. Envenenado. Sintomático en cuatro horas. Letal en seis. Sin antídoto fácil.

—Hijo de puta...

—Tengo antídoto. Entrego a Laura. Ustedes entregan USB. Intercambio simple.

—¿Dónde?

—Les envío ubicación. Una hora. Vengan solas. Sin policía. Sin Leticia. Solo ustedes dos.

—¿Y si no vamos?

—Entonces Laura muere. Después Isabel. Después Mateo si aún no lo liquidaron. Después ustedes.

La línea se cortó.

Silencio en la habitación.

Después Laura cayó.

Convulsión. Espuma en boca. Ojos en blanco.

Leticia llamó ambulancia.

Yo sostuve a Laura mientras convulsionaba.

Mónica miró el móvil. Esperando ubicación.

Llegó treinta segundos después.

Dirección. Hora. Instrucciones.

Mónica me miró.

—¿Vamos?

—No tenemos opción.

—Podría ser trampa.

—Probablemente lo es. Pero si no vamos, Laura muere de todas formas.

Paramédicos llegaron. Se llevaron a Laura. Luces. Sirenas. Urgencia.

Leticia intentó detenernos.

—No pueden ir solas. Es suicidio.

—Es intercambio.

—Es ejecución.

Mónica guardó la USB en bolsillo.

—Si no regresamos en dos horas, envía todo a fiscalía. A prensa. A todos. Que Héctor no pueda tapar esto.

—Mónica...

—Dos horas. Después destrúyelo todo.

Salimos antes de que Leticia pudiera argumentar más.

Bajamos al garaje. Mi coche.

Conduje. Mónica navegó.

Dirección nos llevaba fuera de ciudad. A zona industrial abandonada.

Clásico.

—¿Crees que es Héctor? —pregunté.

—No. Voz era distorsionada pero... cadencia era diferente. Más joven. Más...

—¿Familiar?

—Sí.

Conduje en silencio. Procesando.

Alguien sabía todo. Tenía veneno. Tenía a Isabel. Sabía de Mateo. Coordinaba movimientos.

Alguien dentro de la red.

O alguien cazándola.

Llegamos a ubicación. Almacén vacío. Sin luces. Sin coches.

Aparqué. Motor apagado.

—¿Lista? —preguntó Mónica.

—No. Pero vamos de todas formas.

Bajamos del coche.

Caminamos a entrada del almacén.

Puerta entreabierta.

Entramos.

Oscuridad. Después luz.

Alguien encendió reflectores.

Nos cegó temporalmente.

Cuando visión se aclaró, vimos.

Isabel. Atada a silla. Viva. Amordazada.

Mateo. En el suelo. Inconsciente o muerto. Sangre en cabeza.

Y figura de pie entre ellos.

Quitándose máscara de voz.

Revelando cara.

Mujer. Cincuenta años. Pelo gris. Ojos que conocía.

Pero de dónde...

Mónica se quedó paralizada.

—No puede ser.

La mujer sonrió.

—Hola, Mónica. Carla. Finalmente nos conocemos apropiadamente.

—¿Quién eres?

—Alguien que Héctor pensó que mató hace veinte años. Alguien que sobrevivió. Que esperó. Que planificó.

Dio un paso hacia la luz.

Y la reconocí.

De fotos que Laura me mostró. De archivos de Bermúdez.

La primera víctima de Héctor que supuestamente murió en accidente de coche.

La que nunca murió.

La que regresó.

—Mi nombre es Elena Molina —dijo—. Y soy la esposa original de Héctor.

CAPÍTULO 26

Carla

Elena Molina no se parecía a víctima.

De pie entre Isabel atada y Mateo inconsciente, sostenía vial pequeño con líquido claro. El antídoto presumiblemente. O veneno adicional. No había forma de saber.

—Elena Molina murió hace veinte años —dijo Mónica—. Accidente de coche. Certificado de defunción firmado. Funeral. Todo.

—Todo fabricado. Por mí. Con ayuda de gente que Héctor subestimó.

Elena caminó hacia nosotras. Sin prisa. Con control absoluto de situación.

—Héctor pensó que podía destruirme como destruyó a las otras. Drogarme. Encerrarme. Hacerme desaparecer. Pero cometió error.

—¿Cuál?

—Subestimó cuánto odiaba perder.

Se detuvo a tres metros. Distancia segura. Calculada.

—Cuando Héctor empezó el proceso conmigo, hace veintitrés años, yo ya sabía. Había visto signos. Cambios sutiles. Control incrementando. Aislamiento comenzando.

—¿Entonces por qué te quedaste?

—Porque necesitaba entender el sistema. Documentarlo. Encontrar su estructura completa antes de destruirla.

Sonrió. Fría. Paciente.

—Pasé dos años dejándolo creer que ganaba. Actuando confundida. Olvidadiza. Inestable. Todo mientras copiaba archivos. Grababa conversaciones. Rastreaba dinero.

—¿Y después?

—Después fingí mi muerte. Con ayuda de médico que Héctor había intentado reclutar. Que se negó. Que me advirtió.

—¿Quién?

—No importa. Está muerto ahora. Cáncer. Hace diez años. Pero me dio tiempo suficiente para desaparecer. Para construir nueva identidad. Para esperar.

Mónica dio paso adelante.

—¿Esperaste veinte años para vengarte?

—Esperé veinte años para asegurarme de que cuando actuara, destruyera todo. No solo a Héctor. Sino la red completa. Todos los médicos. Todas las clínicas. Todo el sistema.

Elena levantó el vial.

—Bermúdez me contactó hace seis meses. Consciencia finalmente despertando. Dijo que quería salir. Que tenía información. Que necesitaba ayuda.

—¿Tú lo ayudaste?

—Lo guié. Le dije qué documentar. Qué guardar. Cómo organizar evidencia. Y cuando llegó el momento... le di opción.

—¿Suicidio?

—Retiro con honor. Confesión completa. Muerte rápida. O exposición brutal. Juicio público. Prisión donde otros internos saben qué hizo.

—¿Y eligió muerte?

—Eligió lo que yo sabía que elegiría. Como siempre elijen cuando les das ilusión de control.

Caminó hacia Isabel. Cortó sus ataduras. Le quitó mordaza.

Isabel cayó de la silla. Tosiendo. Llorando.

—Lo siento —dijo Elena—. Necesitaba asegurarme de que Mónica y Carla vinieran. Tú eras cebo más efectivo.

—Hijo de puta... —murmuró Isabel.

—Probablemente. Pero efectiva.

Elena se giró hacia nosotras.

—La USB. Denla.

Mónica no se movió.

—Primero el antídoto. Para Laura.

—Primero la USB. Después el antídoto.

—¿Cómo sabemos que es real?

—No lo saben. Pero tampoco tienen opción. Laura tiene... —miró reloj— cuarenta minutos antes de que daño sea irreversible. Negocien más tiempo y muere de todas formas.

Mónica me miró. Yo asentí.

Sacó la USB. La sostuvo.

—Si Laura muere, te mato. Como maté a Damián. Sin duda.

Elena sonrió.

—Espero que lo intentes. Pero primero salvemos a tu amiga.

Mónica lanzó la USB. Elena la atrapó. La guardó en bolsillo.

Después lanzó el vial. Mónica lo atrapó.

—Dos ampollas. Contenido completo inyectado intravenoso. Inmediatamente. Médicos sabrán qué hacer con síntomas que Laura

presenta.

—¿Cómo sabemos que esto no la matará más rápido?

—No lo saben. Pero es única oportunidad que tiene.

Mónica guardó las ampollas. Sacó móvil. Marcó Leticia.

—Tengo antídoto. Dos ampollas. Inyección intravenosa completa. Dile a hospital. Ya.

Colgó. Me miró.

—Necesito ir. Laura necesita esto ahora.

—Ve. Yo me quedo.

—Carla...

—Ve. Salva a Laura. Yo averiguo qué quiere realmente Elena.

Mónica dudó. Después asintió. Corrió a la salida. Motor arrancó. Se fue.

Me quedé sola con Elena. Con Isabel todavía en suelo. Con Mateo inconsciente.

—¿Está muerto? —pregunté señalando a Mateo.

—No. Sedado. Despertará en una hora con dolor de cabeza terrible pero vivo.

—¿Por qué?

—Porque Mateo es útil. Tiene información que necesito. Acceso a sistemas que controlaré.

Se acercó más. Ahora solo dos metros entre nosotras.

—Carla Andrade. La que sobrevivió. La que fue exonerada. La que heredó dinero de madre que Héctor probablemente mató.

—No probablemente. Definitivamente.

—Ah. Entonces sabes.

—Sospecho fuertemente. Sin poder probar.

Elena sacó otra USB de su bolsillo. Diferente a la de Bermúdez.

—Esta tiene prueba. Autopsia real. La que médico forense hizo antes de que Bermúdez la reemplazara. Muestra niveles de potasio inyectado. Causa paro cardíaco. Indetectable si no buscas específicamente.

Me pasó la USB.

—¿Por qué me das esto?

—Porque necesitas saber. Necesitas rabia completa. Para hacer lo que viene después.

—¿Qué viene después?

—Héctor sale de prisión en... —miró reloj de nuevo— veinte minutos. Irá directo a casa. A destruir evidencia. A planear escape. A coordinar con resto de red.

—¿Y?

—Y tú vas a detenerlo.

—¿Yo?

—Tú. Mónica. Isabel. Yo. Todas las que sobrevivimos. Vamos a terminar lo que Mónica empezó cuando mató a Damián.

—¿Matándolo?

—Justicia viene en formas diferentes. Muerte es una. Exposición completa es otra. Destrucción de legado es tercera.

Caminó a ventana del almacén. Miró afuera.

—Héctor construyó imperio durante cuarenta años. Red de médicos. Clínicas. Políticos que paga. Jueces que controla. Todo documentado en USB de Bermúdez que acabo de recibir.

—¿Y qué planeas hacer con eso?

—Publicarlo. Todo. Simultáneamente. A prensa en tres países. A fiscales. A organismos internacionales. A todos.

—Héctor tiene abogados. Recursos. Poder para enterrar esto.

—Tenía poder. Antes de que USB revelara transferencias bancarias. Sobornos. Conexiones. Todo rastreable. Todo prosecutable.

Se giró hacia mí.

—Pero necesito tiempo. Dos horas para coordinar lanzamiento. Para asegurar que información llegue a personas correctas simultáneamente. Y durante esas dos horas, Héctor no puede desaparecer.

—¿Quieres que lo retengamos?

—Quiero que lo distraigan. Que lo mantengan ocupado. Que eviten que huya hasta que exposición sea pública.

—¿Cómo?

—Yendo a su casa. Confrontándolo. Haciendo lo que Mónica hace mejor. Improvisar bajo presión.

—Eso es plan terrible.

—Es único plan que tenemos.

Isabel se levantó del suelo. Tambaleando.

—Yo voy contigo. A casa de Héctor. A confrontarlo.

—Isabel, no tienes que...

—Sí tengo. Pasé cinco años escondida de Damián. No voy a esconderme de su padre también.

Elena asintió.

—Bien. Entonces mientras ustedes distraen, yo coordino. Mónica salva a Laura. Mateo despierta y proporciona acceso técnico que necesito.

—¿Y después?

—Después Héctor cae. Públicamente. Irreversiblemente. Y red completa se expone.

—¿Y si falla? ¿Si Héctor escapa antes?

—Entonces improvisan plan B.

—¿Qué es plan B?

Elena me miró directo a los ojos.

—Plan B es que hagan con Héctor lo que Mónica hizo con Damián. Excepto que esta vez no habrá confesión. No habrá juicio. Solo desaparición.

—¿Nos estás pidiendo que lo matemos?

—Estoy dándoles opción. Justicia legal si cooperan. Justicia permanente si no.

Sacó llave de bolsillo. Me la pasó.

—Casa de Héctor. Entrada trasera. Código de alarma: 1986. Año que nací. Nunca lo cambió.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque viví ahí veinte años. Porque lo conozco mejor que nadie. Y porque sé exactamente dónde guarda sus secretos más oscuros.

—¿Dónde?

—Sótano. Habitación sellada. Archivos físicos de todas las víctimas. Trofeos. Fotos. Videos. Todo lo que no digitalizó porque pensó que papel era más seguro.

—¿Quieres que lo recuperemos?

—Quiero que lo fotografíen. Que documenten. Que proporcionen evidencia física adicional. Y si Héctor los descubre... improvisen.

Isabel tomó mi mano.

—¿Hacemos esto?

Pensé en mi madre. Muerta por orden de Héctor. En Andrea. Muerta igual. En Natalia. En Isabel huyendo cinco años. En Mónica

confesando asesinato para exponer sistema.

En todas las que sufrieron porque Héctor construyó red y nadie lo detuvo.

—Sí. Lo hacemos.

Elena sonrió.

—Sabía que dirías eso.

Sacó móvil. Marcó número. Puso altavoz.

Voz de Leticia contestó.

—¿Quién es?

—Alguien que tiene información que fiscalía necesita. Sobre red de Héctor Molina. ¿Está dispuesta a escuchar?

Pausa. Después:

—Sí.

—Bien. Entonces en dos horas recibe paquete. Archivos completos. Evidencia de operación internacional. Nombres. Ubicaciones. Todo.

—¿Quién es usted?

—Alguien que murió hace veinte años. Y que regresa para destruir al hombre que pensó que la mató.

Colgó antes de que Leticia respondiera.

—Ya está. Coordinación comienza.

Mateo gimió en el suelo. Despertando.

Elena se acercó. Lo ayudó a sentarse.

—Mateo Bermúdez. Sobrino del difunto. Técnico de seguridad. Vendedor de información. Y ahora... colaborador involuntario.

Mateo parpadeó. Confundido. Después la reconoció.

—Tú... tú eres...

—Elena Molina. Fantasma. Vengadora. Llámame como quieras. Pero ahora trabajas para mí.

—¿Qué... qué quieres?

—Acceso a sistemas de Héctor. Cámaras. Teléfonos. Computadoras. Todo.

—No puedo...

—Puedes. O explicas a policía por qué vendiste evidencia a Héctor. Por qué ayudaste a ocultar crímenes. Por qué eres cómplice.

Mateo cerró los ojos. Calculó.

—¿Cuánto pagas?

—Nada. Pero no vas a prisión. Suficiente pago.

—Trato.

Elena lo ayudó a levantarse.

—Bien. Entonces trabajemos.

Me miró.

—Carla. Isabel. Tienen noventa minutos antes de que Héctor esté en casa. Úsenlos bien. Entren. Fotografíen. Salgan. No se queden si los descubre.

—¿Y si no podemos salir?

—Entonces llamo a policía. Reporto intrusión. Héctor es arrestado por atacarlas. Gana tiempo adicional de todas formas.

—¿Y si nos mata antes de que llegue policía?

Elena guardó el móvil.

—Entonces asegúrense de que lo que fotografíen valga sus vidas.

No era respuesta tranquilizadora.

Pero era honesta.

Isabel y yo salimos del almacén. Subimos a mi coche. Conduje hacia mansión de Héctor.

—¿Confías en Elena? —preguntó Isabel.

—No. Pero tampoco tengo mejor opción.

—¿Y si esto es trampa? ¿Si trabaja con Héctor?

—Entonces Mónica mató a Damián por nada. Andrea murió por nada. Y nosotras moriremos por nada también.

—Pensamiento optimista.

—Realista.

Conduje en silencio. Procesando.

Elena apareció de ningún lado. Conocía todo. Controlaba situación completamente.

Demasiado perfecta. Demasiado preparada.

Pero también: tenía USB de Bermúdez ahora. Tenía información que destruiría a Héctor. Y si realmente planeaba publicarla...

Entonces ayudaba. Con agenda propia quizás. Pero ayudaba.

Mi móvil vibró. Mónica.

"Laura recibió antídoto. Funciona. Estabilizándose. Médicos dicen que sobrevivirá. ¿Dónde estás?"

"Yendo a casa de Héctor. Con Isabel. Elena nos pidió documentar archivos del sótano."

"¿ESTÁS LOCA? Héctor sale en minutos. Los encontrará."

"Lo sé. Pero necesitamos evidencia física. Elena coordinando exposición completa. Necesita tiempo."

"No vayas. Es suicidio."

"Ya voy. Lo siento. Salva a Laura. Nosotras hacemos esto."

No esperé respuesta. Guardé el móvil.

Isabel me miró.

—¿Mónica dice que no vayamos?

—Mónica dice que es suicidio.

—Probablemente tiene razón.

—Probablemente.

—¿Vamos de todas formas?

—De todas formas.

Llegamos a mansión de Héctor. Tres pisos. Jardines extensos. Muro alto. Cámaras visibles.

Aparqué dos calles más allá. Caminamos por callejón trasero. Encontramos puerta que Elena mencionó.

Introduje llave. Giró suavemente. Código de alarma: 1986.

Funcionó.

Estábamos dentro.

La casa estaba vacía. Sin personal. Sin guardias. Héctor probablemente les dio noche libre antes de salir de prisión.

Error.

O confianza excesiva.

Bajamos al sótano. Escaleras de madera. Olor a humedad y secretos viejos.

Habitación al final. Puerta de metal. Sin cerradura visible.

Isabel la empujó. Cerrada.

—¿Ahora qué?

Busqué alrededor. Panel en pared. Numérico.

Probé: 1986.

Luz roja.

Probé: 2014. Año que Natalia murió.

Luz roja.

Probé combinaciones. Fechas. Números que pudieran significar algo.

Nada.

—Mierda.

Isabel miró el panel.

—¿Y si no es fecha? ¿Y si es código que solo él sabe?

—Entonces no entramos.

Mi móvil vibró. Elena.

"Código es 4-0-7-3. Coordenadas de clínica donde conoció a primera víctima. Latitud truncada."

Introduje: 4073.

Luz verde. Cerrojo se abrió.

—¿Cómo diablos supo que necesitábamos eso? —preguntó Isabel.

—Porque probablemente está viendo por cámaras. Mateo le dio acceso.

—Entonces sabe todo lo que hacemos.

—Sí.

—¿Y eso no te molesta?

—Me molesta. Pero no tengo tiempo para lidiar con eso ahora.

Empujé la puerta.

Lo que vimos adentro me quitó el aliento.

No era archivo.

Era museo.

Paredes cubiertas con fotos. Cientos. Miles.

Mujeres. Diferentes edades. Diferentes países. Todas con misma expresión: terror contenido. Desesperación oculta. Víctimas documentadas.

En centro de habitación, archiveros. Metálicos. Organizados alfabéticamente.

Isabel caminó a pared. Tocó foto de mujer joven. Rubia. Ojos azules.

—Esta es... esta es la mujer de hace veinte años. La que Elena dijo que sobrevivió.

Miré más cerca. Nota manuscrita debajo de foto: "E.M. - Proyecto completado 2005. Transferida clínica Barcelona. Certificado final: suicidio."

—Elena Molina —susurré.

—Pero ella sobrevivió. Está viva.

—Héctor pensó que completó su destrucción. Pero falló.

Saqué mi móvil. Empecé a fotografiar. Foto tras foto. Pared tras pared.

Isabel abrió archiveros. Documentos dentro. Expedientes completos.

—Carla. Mira esto.

Carpeta abierta. Nombre: Andrea Durán.

Dentro, todo. Desde día que Damián la conoció. Progresión completa. Notas de Héctor supervisando. Aprobando. Corrigiendo estrategia.

Y al final: certificado de defunción.

Firmado por Bermúdez.

Fecha: tres días atrás.

Causa: paro cardíaco.

Pero también: nota manuscrita de Héctor.

"Dosificación excesiva. Ajustar protocolo para futuros casos. Muerte prematura reduce tiempo de extracción financiera."

Lo leí tres veces.

Héctor trataba muerte de mi hermana adoptiva como error de procedimiento.

Como ajuste necesario en proceso.

No como asesinato. Como optimización.

Fotografié todo. Cada palabra. Cada nota.

Isabel encontró más carpetas. Natalia. Isabel misma. Otras seis que no conocíamos.

Todas con mismo patrón. Todas con notas de Héctor. Todas con certificados finales.

Muerte. Desaparición. Internamiento permanente.

—Esto es suficiente —dije—. Tenemos lo que necesitábamos. Salgamos.

—Espera. Hay más aquí.

Isabel sacó carpeta del fondo. Polvorosa. Más vieja.

Nombre: Elena Molina.

Dentro, documentación completa. Pero también: algo más.

Videos. En formato VHS. Etiquetados por fecha.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Isabel conectó uno de los reproductores antiguos en esquina. Insertó cinta.

Imagen parpadeó. Después se aclaró.

Habitación. Elena joven. Veintitantos. Atada a cama. Llorando.

Héctor entrando. Con jeringuilla.

—No, no, por favor...

Héctor inyectándola. Documentando reacción. Tomando notas clínicas como si fuera experimento.

Elena convulsionando. Gritando. Rogando.

Héctor solo observando. Escribiendo.

El video continuó cinco minutos. Después se cortó.

Isabel lo detuvo. Su cara pálida.

—Esto es... esto es tortura documentada.

—Esto es evidencia.

Fotografié la cinta. El etiquetado. Todo.

Después escuché algo.

Motor. Arriba.

Puerta abriéndose.

Pasos.

—Mierda. Héctor llegó temprano.

—¿Qué hacemos?

—Escondernos. Ya.

Apagamos luces. Cerramos puerta de habitación. Nos escondimos detrás de archiveros.

Pasos bajando escaleras.

Héctor tarareando. Relajado. Como si llegara a casa después de día normal.

Se detuvo frente a puerta de habitación sellada.

Introdujo código. Puerta se abrió.

Encendió luces.

Nos vio inmediatamente.

—Carla Andrade. Isabel Romero. Qué sorpresa tan desagradable.

Salimos del escondite. No tenía sentido fingir.

—Héctor Molina. Asesino. Torturador. Monstruo.

Sonrió.

—Documentalista. Científico. Perfeccionista. Depende del punto de vista.

Caminó hacia archiveros. Revisó qué habíamos tocado.

—Veo que encontraron mi colección. ¿Impresionadas?

—Asqueadas.

—Hmm. Respuesta emocional predecible.

Cerró cajones. Se giró hacia nosotras.

—¿Fotografiaron todo?

No respondí.

—Claro que sí. Móviles en mano. Evidencia digital. Enviada a quien sabe dónde.

Sacó su propio móvil. Marcó número.

—Sí. Tengo dos intrusas. En mi archivo privado. ¿Puedes bloquear transmisión de datos desde esta ubicación? Excelente. Hazlo ahora.

Colgó.

—Mateo es útil. Incluso bajo coacción. Todas sus fotos están atrapadas en móviles. No enviadas. No respaldadas.

Mi estómago cayó.

—Y ahora —continuó Héctor— decidimos qué hacer con ustedes.

Isabel dio paso adelante.

—La policía sabe que estamos aquí.

—No. No lo saben. Elena les dijo que vinieran solas. Sin backup. Sin coordinación.

—Elena va a exponer todo. En dos horas. Públicamente.

—Elena va a intentar. Pero Mateo trabaja para mí ahora. Bloqueó su acceso también. USB de Bermúdez está encriptada con código que solo yo tengo. Y Elena... bueno, Elena pronto descubrirá que no puede ganar.

Se acercó más.

—Igual que ustedes.

Saqué llave que Elena me dio. La sostuve.

—Elena me dio acceso. Conocía código de alarma. Código de esta habitación. Todo. ¿Crees que te traicionó por accidente?

Héctor se detuvo.

—¿Qué insinúas?

—Que Elena te conoce mejor que tú mismo. Que planeó esto durante veinte años. Y que tú... tú acabas de entrar exactamente en su trampa.

Héctor rio.

—¿Trampa? Estoy en mi casa. Ustedes son intrusas. Tengo derecho legal de defenderme. Y cuando policía encuentre sus cuerpos, será autodefensa justificada.

Sacó arma de cajón de archivero.

—¿Ves? Ya tenía esto preparado. Por si acaso.

La apuntó hacia nosotras.

—Ahora. Móviles en suelo. Lentamente.

Dejamos los móviles.

—Bien. Ahora retrocedan contra pared.

Retrocedimos.

Héctor recogió los móviles. Los metió en cajón. Cerró con llave.

—Perfecto. Ahora nadie sabe dónde están. Nadie sabe qué les pasará. Y yo tengo toda la noche para decidir cómo proceder.

La puerta del sótano se abrió arriba.

Pasos bajando. Múltiples personas.

Héctor se giró. Arma todavía apuntando hacia nosotras pero atención dividida.

—¿Quién diablos...?

Luces se encendieron.

Policía. Ruiz al frente. Tres oficiales más detrás.

—Héctor Molina. Baje el arma.

Héctor no bajó.

—Esta es mi propiedad privada. Estas mujeres son intrusas. Tengo derecho...

—Baje. El. Arma.

Héctor calculó. Después lentamente bajó el arma. La dejó en archivero.

Ruiz entró completamente. Vio las paredes. Las fotos. Los archivos.

Su expresión se endureció.

—¿Qué diablos es esto?

—Mi estudio privado. Nada ilegal.

—Fotos de mujeres sin consentimiento. Archivos médicos robados. Documentación de crímenes. Esto es muy ilegal.

Ruiz se giró hacia nosotras.

—¿Están bien?

—Sí —dije—. Pero necesitas ver esto. Todo. Evidencia de cuarenta años de crímenes.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Elena Molina nos envió. Con llave. Con códigos. Con instrucciones.

—¿Elena? Pero ella está muerta.

—No lo está. Y ella coordinó todo esto.

Ruiz habló por radio.

—Necesito equipo forense. Ahora. Y orden de registro para esta propiedad completa.

Miró a Héctor.

—Queda arrestado. De nuevo. Esta vez por... —miró alrededor — tantos cargos que tardaré hora en listarlos.

Oficiales esposaron a Héctor.

Él no resistió. Solo sonrió.

—Esto no terminará como creen. Tengo abogados. Recursos. Y evidencia es circunstancial.

—Tenemos fotos —dije—. Videos. Documentación completa.

—Que obtuvieron ilegalmente. Intrusion. Sin orden. Todo inadmisible.

Ruiz dudó. Miró a oficial.

—¿Es cierto?

El oficial asintió.

—Si entraron sin orden o consentimiento... evidencia podría ser excluida.

Héctor rio.

—¿Ven? Incluso cuando pierdo, gano.

Mi móvil sonó en cajón cerrado.

Amortiguado pero audible.

Héctor lo ignoró.

Ruiz ordenó:

—Abra ese cajón.

—No. Requiere orden específica.

—Ya tengo orden de registro en camino.

—Entonces esperemos a que llegue.

Los móviles siguieron sonando. El mío. El de Isabel.

Insistentes.

Después se detuvieron.

Cinco segundos después, el móvil de Ruiz vibró.

Contestó.

—¿Sí? ... ¿Qué? ... ¿Cuándo? ... Entendido.

Colgó. Miró a Héctor.

—Acaban de publicarse archivos completos en tres periódicos principales. Evidencia de red internacional de tráfico médico. Nombres. Ubicaciones. Transferencias. Todo.

Héctor palideció.

—Imposible. Bloqueé...

—Bloqueó transmisión local. No bloqueó servidores remotos. Elena Molina programó publicación automática hace horas. Acaba de activarse.

Ruiz sonrió.

—Ahora sí terminó. Como ellas creen.

El móvil de Héctor sonó. Él lo contestó automáticamente.

Voz de Elena, clara a través altavoz:

—Hola, Héctor. Veinte años esperando este momento. ¿Cómo se siente perder?

Héctor cerró los ojos.

—Elena.

—Disfrutaste cada minuto destruyéndome. Ahora yo disfruto esto. Verte caer. Públicamente. Irreversiblemente.

—Encontraré forma de salir.

—No la hay. Esta vez documenté todo. Esta vez involucré autoridades internacionales. Esta vez no hay escape.

—¿Entonces qué quieres? ¿Venganza?

—Justicia. Para mí. Para Natalia. Para Andrea. Para las cientos que destruiste.

—Eran débiles. Merecían...

Elena colgó antes de que terminara.

Héctor se quedó con móvil en mano. Silencio absoluto.

Después lo dejó caer.

—Llévenme —dijo a Ruiz—. Ya terminó.

Lo sacaron del sótano. Arriba. Afuera.

Isabel y yo nos quedamos en habitación llena de fantasmas de víctimas.

Ruiz regresó.

—Necesito sus declaraciones. Todo. Cómo llegaron aquí. Qué encontraron. Todo.

—Elena Molina nos coordinó. Nos envió. Nos dio acceso.

—¿Dónde está ella ahora?

—No lo sé.

El móvil de Isabel vibró en cajón todavía cerrado.

Ruiz lo abrió finalmente con herramienta. Sacó los móviles.

Mensaje de Elena en pantalla de Isabel:

"Misión cumplida. Héctor cayó. Red expuesta. Ahora desaparezco de nuevo. No me busquen. Vivan bien. E."

Isabel guardó el móvil.

—Se fue.

—Después de destruir a Héctor. Después de exponer todo.

—¿Crees que regresará?

—No. Creo que hizo lo que vino a hacer. Y ahora... vuelve a morir.

Ruiz nos guió fuera del sótano. Arriba. A aire fresco.

Afuera, luces de patrulleros. Prensa llegando. Caos comenzando.

Mi móvil vibró. Mónica.

"Vi las noticias. Todo explotó. ¿Están bien?"

"Estamos vivas. Héctor arrestado. Elena desapareció. Todo terminó."

"No todo. Todavía tengo que enfrentar juicio. Por matar a Damián."

"Con Héctor expuesto. Con red destruida. Con contexto completo... tendrás defensa real."

"O condena real."

"O libertad real."

No respondió inmediatamente.

Después:

"Nos vemos mañana. En corte. Para preliminar."

"Ahí estaré. Testificando. Por ti."

Guardé el móvil.

Isabel me abrazó.

—Sobrevivimos.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora reconstruimos. Testificamos. Ayudamos a procesar a Héctor. Y vivimos con lo que hicimos.

—¿Podrás?

—Tendré que poder.

Miré la mansión de Héctor. Llena de secretos. Llena de horror. Llena de evidencia que destruiría a hombre que pensó que era intocable.

Elena lo hizo.

Después de veinte años muerta.

Regresó y ganó.

Y nosotras... nosotras sobrevivimos para contar historia.

Para testificar.

Para asegurar que ninguna otra mujer sufriera lo que sufrimos.

El móvil vibró una última vez.

Número desconocido.

"Gracias. Por ser valientes. Por terminar esto. Por sobrevivir. Cuídense. - E."

Borré el mensaje.

Elena Molina volvió a morir.

Pero esta vez en sus propios términos.

Victoriosa.

Vengada.

Libre.

Y nosotras...

Nosotras teníamos que vivir con lo que quedaba.

Con juicios. Con testimonios. Con reconstrucción.

Con futuro incierto pero finalmente nuestro.

Por primera vez en años.

Completamente nuestro.

CAPÍTULO 27

Mónica

La sala del tribunal olía a madera vieja y expectativas contenidas.

Me senté junto a Leticia. Mesa de la defensa. Manos quietas sobre superficie pulida. Expresión neutral practicada durante semanas.

Detrás de nosotras, galería llena. Prensa. Curiosos. Sobrevivientes.

Vi a Carla en primera fila. Junto a Isabel. Junto a Laura recuperándose todavía pero viva. Todas las que Damián intentó destruir. Todas vivas para verme enfrentar consecuencias de salvarnos.

Ironía no se me escapaba.

El fiscal se levantó. Hombre de cincuenta años. Gris. Eficiente. Sin dramática.

—El pueblo llama a Mónica Durán al estrado.

Respiré hondo. Me levanté. Caminé.

Cada paso medido. Cada gesto controlado. Como Leticia me entrenó durante dos meses.

Jurado me observaba. Doce personas que decidirían mi futuro. Ocho mujeres. Cuatro hombres. Edades variadas. Expresiones neutras.

Imposible leer.

Me senté. Mano sobre biblia. Juré decir verdad.

Toda la verdad.

Nada más que la verdad.

Mentira. Siempre había más que verdad. Contexto. Motivación. Matices.

Pero juré de todas formas.

El fiscal se acercó.

—Señorita Durán. ¿Mató usted a Damián Molina la noche del veintitrés de octubre?

Directa. Sin preámbulo. Estrategia clara.

—Sí.

—¿Cómo?

—Escopolamina. Dosis triple de lo que él usaba con sus víctimas. Mezclada en agua. Después asfixia con almohada mientras estaba incapacitado.

—¿Premeditado?

—Sí.

—¿Había amenaza inmediata a su vida esa noche?

—No.

—¿Damián la atacó físicamente durante encuentro?

—No. No esa noche.

—¿Entonces por qué lo mató?

Pausa. Como Leticia instruyó. Tres segundos. Suficiente para que jurado viera que pensaba. No que inventaba.

—Porque iba a destruir a Carla Andrade. Como destruyó a mi hermana Andrea. Como casi destruyó a Isabel Romero. Como mató

a Natalia Vidal. Y porque tenía a Andrea como rehén para controlarme.

—¿Su hermana estaba encerrada ilegalmente?

—Sí. En Clínica Reposo del Mar. Málaga. Internamiento falsificado. Diagnóstico fabricado.

—¿Podía haberla liberado legalmente?

—Había intentado. Durante dos años. Sistema legal falló. Jueces creyeron a médicos corruptos sobre familia sin recursos.

—¿Entonces tomó justicia en sus manos?

—Tomé única opción que quedaba.

El fiscal asintió. Como si esperara esa respuesta exacta.

—¿Sintió remordimiento después?

—Sentí alivio. Después miedo. Después... vacío.

—¿No remordimiento?

—No inmediatamente.

—¿Y ahora? ¿Dos meses después?

Pensé en Andrea. Muerta tres días después de que maté a Damián. Héctor acelerando su muerte como represalia. Mi acción directamente causando su muerte.

—Ahora siento que mi hermana murió porque yo actué. Que si hubiera esperado. Si hubiera confiado en sistema. Quizás estaría viva.

—¿Entonces se arrepiente?

—Me arrepiento de que Andrea muriera. No me arrepiento de que Damián esté muerto.

Murmullos en galería. Juez golpeó mazo.

—Orden.

El fiscal caminó de regreso a su mesa. Consultó notas.

—¿Trabajó para Damián Molina durante dieciocho meses?

—Sí.

—¿Durante ese tiempo, participó voluntariamente en documentar comportamiento de Carla Andrade?

—Sí.

—¿Movió objetos en casa de los Molina para crear apariencia de confusión mental?

—Sí.

—¿Tomó fotografías de la señora Andrade sin su conocimiento?

—Sí.

—¿Sabía que este comportamiento contribuía a plan para internarla psiquiátricamente?

—Sabía que Damián lo planeaba. No sabía si realmente lo ejecutaría.

—Pero participó de todas formas.

—Participé porque Damián amenazó con mantener a Andrea encerrada permanentemente si no cooperaba.

—¿Tiene evidencia de esa amenaza?

—Grabaciones parciales. Mensajes. Testimonio de testigos.

—¿Evidencia directa de amenaza explícita?

—No.

—Entonces pudo haber malinterpretado. Pudo haber asumido amenaza donde no existía.

—Damián dejó muy claro...

—Responda la pregunta. ¿Tiene evidencia directa?

—No.

El fiscal sonrió. Pequeño. Profesional.

—No hay más preguntas.

Volvió a su mesa. Victoria parcial asegurada. Estableció que maté premeditadamente sin amenaza inmediata y que participé voluntariamente en abuso de Carla.

Ahora tocaba a Leticia reconstruir.

Se levantó. Caminó hacia mí. Sin apuro.

—Mónica. ¿Cuándo descubrió que su hermana Andrea estaba internada?

—Hace dos años. Cuando desapareció después de casarse con hombre que resultó ser Damián Molina.

—¿Qué hizo al descubrirlo?

—Presenté denuncia de persona desaparecida. Contraté investigador privado. Encontramos que Damián la había internado bajo diagnóstico falso.

—¿Intentó liberarla legalmente?

—Durante dos años. Presenté múltiples peticiones. Todas denegadas. Doctor Bermúdez firmaba informes confirmando necesidad de internamiento. Damián tenía tutela legal.

—¿El sistema legal la protegió?

—El sistema legal la mantuvo prisionera.

Leticia caminó hacia mesa de evidencia. Levantó carpeta.

—Estos son expedientes de seis mujeres además de Andrea. Todas con patrón idéntico. Aislamiento. Control. Documentación de supuesto deterioro mental. Internamiento. ¿Reconoce el patrón?

—Sí. Es el patrón de Damián. Perfeccionado durante diez años.

—¿Y durante sus dieciocho meses trabajando para él, documentó este patrón?

—Sí.

—¿Con intención de participar en abuso?

—Con intención de recopilar evidencia para destruirlo.

—¿Entonces su participación fue...?

—Infiltración. No colaboración voluntaria.

El fiscal se levantó.

—Objeción. Especulación sobre intención.

—Denegada —dijo juez—. Testigo puede hablar sobre su propia intención. Continúe.

Leticia asintió.

—¿Por qué infiltrarse? ¿Por qué no ir directamente a policía?

—Porque policía necesitaba evidencia. Y evidencia estaba en archivos de Damián. En su portátil. En comunicaciones con Bermúdez.

—¿Consiguió esa evidencia?

—Sí. Todo. Copié archivos completos. Los entregué a Laura Vidal para construcción de caso.

—¿Y qué pasó con ese caso?

—Se estancó. Fiscal no tenía suficiente para procesar. Testimonio de víctimas era necesario. Pero todas tenían miedo. O habían desaparecido. O estaban muertas.

—¿Entonces sintió que opciones legales se agotaron?

—Sentí que mientras esperaba que sistema legal actuara, Damián continuaría destruyendo vidas.

Leticia caminó de regreso.

—La noche que mató a Damián. ¿Qué precipitó decisión final?

—Él aceleró plan contra Carla. Programó internamiento para dos días después. Y me dijo que Andrea nunca saldría. Que la

mantendría encerrada como palanca permanente sobre mí.

—¿Tenía prueba de esto?

—Grabación. De reunión en apartamento compartido. Días antes.

Leticia reprodujo audio. Voz de Damián clara. Amenazando. Controlando.

Jurado escuchó en silencio.

Cuando terminó, Leticia preguntó:

—¿Esta grabación representa amenaza real?

—Sí.

—¿Inminente?

—Continua. No podía esperar. Si esperaba, Carla sería internada. Andrea permanecería encerrada. Y yo quedaría atrapada perpetuamente.

—¿Entonces actuó en defensa propia?

—Actué en defensa de Andrea. De Carla. De todas las que vendrían después.

—¿Considera que matar a Damián fue justificado?

Pausa. Pregunta peligrosa. Leticia me advirtió.

Si decía sí, jurado vería arrogancia. Falta de remordimiento. Justificación fácil.

Si decía no, fiscal argumentaría que admitía crimen injustificable.

Verdad estaba en medio.

—Considero que fue necesario. No sé si fue justificado. Esa es decisión de este jurado.

Leticia asintió.

—No hay más preguntas.

Bajé del estrado. Volví a mi silla. Manos todavía quietas. Expresión todavía neutral.

Pero dentro... tormenta.

Porque había dicho verdad. Toda la que pude.

Y no sabía si sería suficiente.

El juicio continuó durante tres días más.

Isabel testificó. Contó sobre Damián casi matándola. Sobre cinco años huyendo. Sobre miedo que todavía sentía.

Carla testificó. Describió manipulación. Control. Internamiento psiquiátrico. Arrestada por crimen que no cometió mientras yo confesaba el que sí.

Laura testificó. Habló de Natalia. De investigación que condujo durante años. De sistema que falló repetidamente.

Doctor Vega testificó. Explicó análisis de sangre de Carla. Niveles de escopolamina. Evidencia médica de abuso sistemático.

Cada testimonio construyendo cuadro. Damián como depredador. Yo como... ¿qué?

¿Vengadora? ¿Asesina? ¿Ambas?

El fiscal contra-interrogó agresivamente.

Señaló que maté sin amenaza inmediata. Que planeé durante días. Que limpié evidencia. Que programé mensajes para incriminar a Carla.

Todo cierto.

Argumentó que mi infiltración fue real al principio. Que solo después inventé narrativa de justicia cuando me descubrieron.

Parcialmente posible.

Pintó cuadro de mujer obsesionada con venganza. Dispuesta a destruir cualquiera en su camino. Incluyendo Carla inocente.

Efectivo.

Leticia reconstruyó en alegatos finales.

Habló de síndrome de mujer maltratada. De coacción extrema. De imposibilidad de escape legal.

Citó precedentes. Casos donde defensa propia se extendió a amenaza continua en lugar de inminente.

Argumentó que yo salvé vidas. Que Damián habría continuado. Que mi acción, aunque ilegal, previno daño mayor.

Convincente.

Pero no sabía si suficiente.

Jurado deliberó durante ocho horas.

Esperé en sala de conferencias. Leticia. Carla. Isabel. Laura.

Todas calladas. Procesando. Esperando.

—¿Qué crees? —pregunté finalmente.

Leticia dudó.

—Creo que hicimos mejor caso posible. Pero asesinato premeditado es... difícil. Jurado tiene que decidir si circunstancias justifican.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces veinticinco años. Mínimo.

—¿Y si sí?

—Entonces ocho. Con posibilidad de libertad condicional en cinco.

Cinco años vs. veinticinco.

Andrea no vería ninguno de los dos.

Porque estaba muerta.

Por mi culpa tanto como de Héctor.

El alguacil entró.

—Jurado tiene veredicto.

Mi corazón se detuvo.

Ocho horas era... ¿rápido? ¿Lento?

No sabía qué significaba.

Regresamos a sala. Me senté. Manos sobre mesa. Esperando.

Jurado entró. Caras serias. Sin contacto visual.

Mal signo.

O quizás no. Imposible leer.

Juez habló.

—¿Ha llegado el jurado a veredicto?

Portavoz se levantó. Mujer. Sesenta años. Maestra jubilada según selección.

—Sí, su señoría.

—¿En el cargo de asesinato en primer grado, cómo encuentra al acusado?

Pausa.

Eternidad condensada en tres segundos.

—Culpable.

El mundo se inclinó.

Culpable.

Primera grado. Premeditado. Sin atenuantes.

Veinticinco años.

—¿En el cargo reducido de homicidio voluntario bajo provocación extrema?

Espera. Cargo reducido. Leticia lo incluyó como alternativa.

—Culpable.

Confusión. ¿Ambos? ¿O...?

Juez aclaró.

—Jurado encuentra culpable de homicidio voluntario. Sentencia de asesinato primer grado se anula. ¿Hay recomendación de sentencia?

La portavoz asintió.

—Jurado recomienda sentencia de ocho años. Con elegibilidad para libertad condicional después de cinco. Considerando circunstancias atenuantes extraordinarias.

Respiré.

Ocho años.

Cinco mínimo.

No veinticinco.

No vida.

Leticia me apretó la mano bajo mesa.

Juez continuó.

—Sentencia se dictará en dos semanas. Acusada permanece en libertad condicional hasta entonces con restricciones. Corte suspendida.

Mazo golpeó.

Terminó.

Me levanté. Piernas inestables. Carla me abrazó. Después Isabel. Después Laura.

—Cinco años —susurró Carla—. Sobrevivirás.

—Cinco años sin Andrea.

—Cinco años honrando su memoria. Asegurando que nadie más sufra lo que ella sufrió.

Salimos de tribunal. Prensa esperaba. Cámaras. Preguntas gritadas.

Leticia habló por mí.

—Mi clienta acepta veredicto. Acepta responsabilidad. Y usará tiempo en prisión para procesar consecuencias de sus acciones.

Nos abrimos paso a través de multitud. A coche esperando.

Dentro, finalmente sola con Leticia.

—Ocho años es victoria —dijo—. Dadas circunstancias.

—No se siente como victoria.

—Porque no lo es. Es justicia. Imperfecta. Pero real.

Miré por ventana. Ciudad pasando. Vida continuando. Como siempre.

—¿Qué pasa ahora?

—Ahora esperas sentencia formal. Después ingresas. Cumples tiempo. Sales. Reconstruyes.

—¿Y Héctor?

—Juicio programado para seis meses. Con evidencia publicada. Con testimonios. Con red expuesta... va a prisión. Probablemente perpetua.

—¿Y la red?

—Interpol investigando. Tres países. Docenas de médicos. Cientos de víctimas. Tomará años procesar todo. Pero empezó. Gracias a ti.

Pequeño consuelo.

Pero algo.

El móvil vibró. Número desconocido.

Contesté con cautela.

—¿Hola?

Voz distorsionada. Familiar. Elena.

—Mónica. Vi veredicto. Cinco años es... justo.

—¿Dónde estás?

—Lejos. Donde Héctor no pueda encontrarme. Donde nadie pueda.

—¿Por qué llamas?

—Para decirte algo que necesitas saber. Antes de que entres en prisión.

—¿Qué?

—Andrea. Tu hermana. No murió cuando Héctor ordenó.

El corazón se me detuvo.

—¿Qué?

—Bermúdez me contactó antes de morir. Dijo que Andrea estaba viva. Que falsificó certificado de defunción para protegerla. Que la trasladó secretamente a clínica diferente. Bajo identidad diferente.

—No... no te creo.

—Crematorio que supuestamente procesó cuerpo de Andrea. Revisa registros. No hay ingreso. No hay proceso. No hay nada.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Bermúdez murió antes de decírmelo. Pero está viva. Y está escondida. Y necesitas encontrarla.

—¿Cómo?

—Archivos de Bermúdez. USB que le di a policía. Tiene registros de todas las transferencias. Todas las clínicas. Busca pacientes transferidos tres días después de muerte oficial de Andrea. Con perfil similar. Edad. Diagnóstico.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque pasarás cinco años en prisión. Y mereces saber que cuando salgas, tu hermana podría estar esperándote.

—¿O podría estar muerta realmente?

—Es posible. Pero también posible que esté viva. Escondida. Protegida por Bermúdez de Héctor.

—¿Por qué Bermúdez haría eso?

—Porque al final... tuvo consciencia. Y salvó una vida antes de terminar la suya.

La línea se cortó.

Me quedé con móvil en mano. Procesando.

Andrea. Viva. Posiblemente.

O muerta definitivamente.

No sabía cuál creer.

No sabía si atreverme a esperar.

Leticia me miraba.

—¿Qué pasó?

—Elena dice que Andrea podría estar viva.

—¿Confías en Elena?

—No lo sé. Manipuló todo durante veinte años. Podría estar manipulando esto también.

—¿O podría estar dándote verdad final?

—Sí.

Leticia guardó silencio. Después:

—Investigamos. Revisamos registros de crematorio. Archivos de Bermúdez. Todas las transferencias. Si Andrea está viva, la encontramos.

—¿Y si está muerta?

—Entonces tienes respuesta definitiva. Mejor que vivir con duda.

Tenía razón.

Conduje a apartamento seguro. Última noche de libertad antes de sentencia formal.

Me acosté en cama que no sería mía mucho tiempo más.

Cerré los ojos.

Pensé en Andrea.

Viva o muerta.

Salvada o perdida.

Mi hermana que motivó todo esto.

Que justificó todo.

Que ahora quizás... quizás esperaba.

Quizás respiraba.

Quizás sobrevivió cuando pensé que murió.

Dormí sin respuestas.

Sin certezas.

Solo con esperanza peligrosa.

Y promesa.

Si Andrea estaba viva, la encontraría.

Después de cinco años.

Después de pagar deuda.

La encontraría.

Y finalmente, finalmente...

Terminaría lo que empecé.

No con muerte.

Con vida.

Con salvación.

Con hermana rescatada de infierno que casi nos consumió a ambas.

El móvil vibró una última vez.

Mensaje de Carla.

"Pase lo que pase. Estés donde estés. Gracias. Por todo. Por salvarme. Por exponerte. Por ser más valiente que yo podría haber sido. Nos vemos del otro lado. C."

Guardé el móvil.

Dormí.

Y soñé con Andrea.

Viva.

Esperando.

Al otro lado de cinco años.

Al otro lado de justicia.

Al otro lado de todo esto.

CAPÍTULO 28

Cinco años después

La prisión de mujeres de Alcalá de Henares olía a desinfectante y tiempo suspendido.

Cinco años. Mil ochocientos veintiséis días. Cada uno contado. Cada uno sobrevivido.

Me senté en el borde de la cama. Última mañana. Mochila con pertenencias al lado. Ropa que me quedaba más holgada ahora. Cuerpo más delgado. Más duro. Más cansado.

La compañera de celda —Carmen, dentro por robo agravado — me observaba desde su litera.

—¿Nerviosa?

—Aterrada.

—Es normal. Mundo afuera cambió. Tú cambiaste. Difícil encajar de nuevo.

Tenía razón. Cinco años era tiempo suficiente para que vida continuara sin ti. Para que gente olvidara. Para que relevancia se evaporara.

Excepto.

Excepto que había promesa. Búsqueda. Hermana posiblemente viva.

Durante cinco años, Leticia investigó. Revisó archivos de Bermúdez. Rastreó transferencias. Buscó pacientes con perfil de

Andrea movidas tres días después de su supuesta muerte.

Encontró tres candidatas. En tres clínicas diferentes. Todas bajo identidades falsas. Todas con diagnósticos fabricados. Todas desaparecidas del sistema seis meses después.

Una estaba muerta confirmadamente. Cáncer.

Otra vivía en Francia. Recuperada. Pero no era Andrea. Edad equivocada. Historia diferente.

La tercera... desconocida. Sin rastro después de transferencia final. Como si se hubiera desvanecido.

Esa era la esperanza. Y el terror.

La guardia abrió la celda.

—Durán. Es hora.

Me levanté. Carmen me abrazó.

—Suerte ahí afuera. No vuelvas.

—No planeo hacerlo.

Caminé por pasillo. Última vez. Proceso de salida. Papeles firmados. Pertenencias devueltas. Móvil nuevo que Leticia envió. Con mensajes esperando.

Puerta principal se abrió. Sol me cegó temporalmente.

Afuera, Leticia esperaba. Junto a coche. Sonriendo.

—Bienvenida a libertad.

—Gracias por... todo. Durante cinco años.

—Hice mi trabajo. Tú hiciste el tuyo. Sobreviviste.

Subí al coche. Interior olía a nuevo. A posibilidad. A vida fuera de celdas.

Leticia arrancó.

—¿Lista para escuchar actualizaciones?

—Dime.

—Héctor fue condenado. Perpetua. Sin posibilidad de libertad condicional. Apelaciones todas denegadas. Morirá en prisión.

Primera buena noticia.

—¿Y la red?

—Desmantelada. Treinta y dos médicos procesados en tres países. Diecisiete clínicas cerradas. Ciento cuarenta y tres víctimas identificadas. Compensación financiera en proceso.

—¿Isabel?

—Vive en Barcelona. Nombre legal restaurado. Trabaja en organización de apoyo a víctimas de abuso médico. Te manda saludos.

—¿Laura?

—Escribió libro sobre caso. Best seller. Donó ganancias a fundación en nombre de Natalia. También te manda saludos.

—¿Carla?

Leticia dudó.

—Carla es... complicada.

—¿Qué pasó?

—Heredó dinero de su madre finalmente. Cuatrocientos mil euros que Damián intentó robar. Usó parte para terapia. Parte para viajar. Parte para... otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Te lo mostrará ella misma. Quiere verte hoy. En café cerca de tu nuevo apartamento.

—¿Nuevo apartamento?

—Preparado. Amueblado. Pagado seis meses por adelantado. Cortesía de fondo de víctimas. Eres oficialmente víctima reconocida de red Molina.

No sabía cómo sentirme sobre eso. Víctima. Asesina. Ambas. Ninguna.

—¿Y Andrea?

Leticia manejó en silencio durante minuto completo.

—Encontramos algo. Hace dos semanas. No quería decírtelo hasta que salieras. Hasta que pudieras manejarlo.

El estómago se me contrajo.

—¿Está muerta?

—No lo sé. Pero encontramos transferencia final. La tercera candidata. Transferida a clínica privada pequeña. Navarra. Bajo nombre: María Solís.

—¿Verificaste?

—Contraté investigador privado. Visitó clínica. Confirmó que paciente existe. Treinta y siete años. Perfil coincide. Pero clínica se negó a proporcionar más información. Privacidad médica.

—¿Entonces podría ser ella?

—Podría. O podría ser otra mujer con perfil similar. Solo hay una forma de saberlo.

—Ir personalmente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estés lista. Mañana. Semana próxima. Cuando decidas.

Pensé en Andrea. En verla por primera vez en siete años. Si era ella. Si estaba consciente. Si me recordaba.

O en descubrir que no era ella. Que esperanza de cinco años fue ilusión. Que realmente murió como Héctor ordenó.

—Mañana —dije—. Voy mañana.

Leticia asintió.

—Te acompaño. No vas sola.

El apartamento era pequeño pero limpio. Un dormitorio. Cocina equipada. Ventana con vista a parque.

Hogar temporal. Pero hogar.

Dejé la mochila. Exploré espacio. Todo nuevo. Todo ajeno. Todo mío.

El móvil vibró. Mensaje de Carla.

"Mónica. Escuché que saliste. Necesitamos hablar. Café Central, 5pm. Por favor ven. Es importante. C."

Miré reloj. Tres de la tarde. Dos horas.

Me duché. Primera ducha sin tiempo límite en cinco años. Agua caliente sin restricción. Privacidad absoluta.

Lujo que olvidé existía.

Me vestí con ropa que Leticia compró. Jeans. Blusa simple. Nada especial. Pero mía. No uniforme de prisión.

Caminé a café. Diez minutos. Ciudad familiar pero extraña. Calles que conocía. Gente que no.

Carla ya estaba ahí. En mesa esquinera. Vio entrar. Sonrió. Se levantó.

Nos abrazamos. Largo. Fuerte.

—Sobreviviste —dijo ella.

—Sobrevivimos.

Nos sentamos. Café llegó sin pedir. Carla lo había ordenado anticipadamente.

—Te ves... diferente —dijo.

—Cinco años en prisión cambian a gente.

—Te ves más fuerte. Más... resuelta.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor. Terapia ayudó. Viajar ayudó. Tiempo ayudó.

Bebió café. Nerviosa. Como si preparara algo.

—Hay algo que necesito mostrarte. Algo que hice con dinero de herencia.

—Leticia mencionó que usaste parte para... algo.

—Sí. Para esto.

Sacó carpeta de bolso. La abrió sobre mesa.

Documentos legales. Estatutos de fundación. Nombre: Fundación Natalia Vidal - Andrea Durán.

—¿Fundación?

—Para víctimas de abuso médico. Específicamente mujeres internadas ilegalmente. Asesoría legal gratuita. Investigadores privados. Recursos para familias buscando seres queridos desaparecidos en sistema.

Pasé páginas. Todo oficial. Todo registrado. Todo real.

—Carla...

—Andrea murió porque sistema falló. Natalia murió porque nadie investigó suficientemente. Isabel huyó porque no tenía apoyo. Yo casi fui destruida porque estaba sola.

Se inclinó hacia adelante.

—Esta fundación asegura que ninguna otra mujer enfrente eso sola. Que haya recursos. Que haya ayuda. Que haya justicia.

—¿Cuándo empezó?

—Hace tres años. Hemos ayudado a cuarenta y dos mujeres. Liberado a diecisiete de internamientos ilegales. Reunido a ocho con familias. Procesado a cinco médicos adicionales.

—Dios. Carla.

—Y quiero que trabajes conmigo. Como directora de investigaciones. Usas experiencia. Conocimiento de sistema. Contactos que desarrollaste.

—Yo... no sé si estoy lista.

—No tienes que decidir ahora. Pero puesto está disponible. Cuando quieras.

Cerró carpeta.

—También hay algo más. Algo que descubrí durante investigación para fundación.

—¿Qué?

—Bermúdez. Antes de morir. Transfirió dinero. Mucho dinero. A cuenta fiduciaria. Con instrucciones específicas.

—¿Para qué?

—Para cuidado vitalicio de paciente específica. María Solís. En clínica de Navarra.

El corazón se me detuvo.

—¿María Solís?

—La misma que Leticia te mencionó. La tercera candidata. La que podría ser Andrea.

—¿Por qué Bermúdez haría eso?

—No lo sé. Pero transferencia es real. Cinco millones de euros. Suficiente para treinta años de cuidado privado de calidad.

—¿Puedes confirmar identidad de paciente?

—No legalmente. Clínica se niega. Pero... tengo contacto ahí. Enfermera que trabajó en turno nocturno. Dispuesta a hablar. Por precio.

—¿Cuánto?

—Diez mil euros.

—No tengo...

—Fundación tiene. Y esto cuenta como investigación legítima.

Sacó sobre. Lo deslizó sobre mesa.

—Dirección de enfermera. Número de contacto. Y efectivo. Todo lo que necesitas.

Tomé sobre con manos que temblaban.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me salvaste. Porque Andrea era tu hermana. Porque mereces saber verdad. Sea cual sea.

—¿Y si no es ella? ¿Si es esperanza falsa?

—Entonces al menos sabes. Certeza es mejor que duda. Siempre.

Guardé sobre en bolsillo.

—Gracias. Por todo. Por esto. Por fundación. Por... sobrevivir también.

—Sobrevivimos juntas. De formas diferentes. Pero juntas.

Salimos del café. Nos abrazamos de nuevo.

—Avísame qué descubres —dijo Carla—. Sea lo que sea. Estaré aquí.

Se fue. Yo caminé de regreso a apartamento.

Llamé a Leticia.

—Carla me dio información. Sobre enfermera en clínica. Dispuesta a confirmar identidad.

—¿Confiable?

—Tanto como cualquier cosa en este mundo.

—¿Quieres que coordine?

—No. Voy mañana. Tú vienes como dijiste. Pero yo hablo con enfermera primero.

—Mónica...

—Necesito hacer esto. Por Andrea. Por mí.

Leticia suspiró.

—Entiendo. Te recojo a las siete. Llegamos a Navarra al mediodía.

Colgué.

Esa noche no dormí.

Procesé. Planifiqué. Imaginé escenarios.

Andrea viva. Consciente. Recordándome.

Andrea viva. Dañada. Sin memoria.

Andrea muerta. Enterrada bajo nombre falso.

Otra mujer completamente. Esperanza destruida.

Cada escenario era posible. Ninguno era seguro.

A las seis de la mañana, renuncié a dormir. Me duché de nuevo. Me vestí. Preparé mochila pequeña.

Leticia llegó exactamente a las siete.

—¿Lista?

—No. Pero vamos de todas formas.

Condujimos a Navarra. Cuatro horas. Silencio mayormente. Leticia respetando mi necesidad de procesar.

Llegamos a pueblo pequeño. Clínica en afueras. Edificio modesto. Jardines simples. Sin ostentación.

Aparqué dos calles más allá. Como Carla instruyó.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Leticia.

—Espera aquí. Si no salgo en una hora, llama a policía.

—Mónica...

—Una hora. Por favor.

Bajé del coche. Caminé a dirección que Carla dio.

Casa pequeña. A tres calles de clínica. Enfermera —según Carla— vivía sola. Turno nocturno significaba que estaría despierta ahora.

Toqué timbre.

Mujer de cincuenta años abrió. Pelo gris. Expresión cautelosa.

—¿Mónica Durán?

—Sí.

—Carla Andrade me avisó que vendrías. Entra.

Entré. Casa ordenada. Impersonal. Como si nadie realmente viviera ahí.

—¿Trajiste dinero?

Saqué sobre. Diez mil euros en efectivo. Los dejé sobre mesa.

Ella contó. Rápidamente. Profesionalmente. Después asintió.

—María Solís. Ingresó hace cinco años. Transferida desde clínica en Málaga. Diagnóstico: esquizofrenia paranoide con episodios disociativos.

—¿Es diagnóstico real?

—No. Es paciente más lúcida que tenemos. Pero juega el papel. Toma medicación. Actúa confundida cuando necesario. Porque sabe que es única forma de permanecer segura.

—¿Segura de qué?

—De familia Molina. De red que intentó destruirla.

El corazón se me aceleró.

—¿Es Andrea Durán?

La enfermera me miró directo a los ojos.

—Ven conmigo. Y descúbrelo tú misma.

Salimos de casa. Caminamos a clínica. Entrada trasera. Ella usó tarjeta de acceso.

—Turno diurno tiene descanso ahora. Treinta minutos. Habitación de María está en segundo piso. Te doy diez minutos. Después sales. Sin escándalo. Sin revelaciones dramáticas. Confirmas identidad y te vas. ¿Entendido?

—Entendido.

Subimos escaleras. Pasillo silencioso. Habitación al final.

La enfermera abrió puerta. Me indicó que entrara. Después cerró detrás de mí.

Habitación pequeña. Cama. Silla. Ventana con vista a jardín.

Y mujer sentada junto a ventana. Leyendo libro. Pelo castaño más corto de lo que recordaba. Más delgada. Más pálida.

Pero.

Andrea.

Mi hermana.

Viva.

Levantó vista cuando entré. Me miró sin reconocimiento inmediato.

Después sus ojos se agrandaron.

El libro cayó al suelo.

—Mónica.

—Andrea.

Se levantó. Lentamente. Como si no confiara en sus piernas.

—¿Eres... eres real?

—Soy real.

—¿Cómo... cómo me encontraste?

—Bermúdez. Dejó pistas antes de morir. Toma cinco años. Pero te encontré.

Caminó hacia mí. Extendió mano. Tocó mi cara. Como si verificara que no era alucinación.

—Te ves diferente.

—Cinco años en prisión cambian a gente.

—Escuché. En noticias. Que mataste a Damián. Que fuiste condenada.

—¿Recuerdas a Damián?

Su expresión se endureció.

—Recuerdo todo. La manipulación. Las drogas. El internamiento. Todo.

—¿Y después? ¿Después de que te declararan muerta?

—Bermúdez vino una noche. Dijo que Héctor había ordenado mi muerte. Que estaba programada para mañana siguiente. Pero que él... él no podía hacerlo.

Se sentó en cama. Yo me senté junto a ella.

—Me drogó. Falsificó certificado de muerte. Me sacó en bolsa de cadáver. Me trasladó aquí. Me dio nueva identidad. Y me dijo: quédate callada. Juega loca. Sobrevive. Hasta que sea seguro.

—¿Cuándo sería seguro?

—Cuando Héctor cayera. Cuando red se expusiera. Cuando...

Se detuvo. Me miró.

—Cuando tú salieras. Bermúdez dijo que si alguien me encontraría, serías tú.

Lágrimas corrían por mi cara. No las limpié.

—Lo siento. Por todo. Por no haberte protegido. Por no haberte encontrado antes.

—No. Tú me salvaste. Matando a Damián. Exponiendo red. Dándome tiempo para que Bermúdez actuara.

Me abrazó. Fuerte. Real. Viva.

Hermana que pensé que perdí.

Hermana que sobrevivió contra todo pronóstico.

Nos quedamos así durante minutos. Hasta que enfermera tocó puerta.

—Tiempo terminó. Necesitas irte.

Me separé de Andrea.

—Vuelvo. Mañana. Con abogada. Te sacamos de aquí legalmente.

—¿Es seguro?

—Héctor está en prisión. Damián está muerto. Red está destruida. Es seguro. Finalmente.

—Entonces... finalmente puedo ser yo misma de nuevo.

—Sí. Finalmente.

Salí de habitación. Bajé escaleras. Salí por entrada trasera.

Caminé a coche donde Leticia esperaba.

Subí. Cerré puerta.

Ella me miró.

—¿Bien?

—Es ella. Es Andrea. Está viva.

—¿Segura?

—Completamente.

Leticia sonrió. Primera sonrisa genuina que vi en ella en cinco años.

—Entonces vamos a casa. Preparamos papeles. Y mañana la liberamos.

—Mañana.

Condujimos de regreso a Madrid. En silencio. Pero diferente esta vez.

No silencio de duda. Silencio de alivio.

Andrea vivía.

Cinco años de búsqueda terminaron. No en tumba. En reencuentro.

El móvil vibró. Carla.

"¿Qué descubriste?"

"Es ella. Es Andrea. Viva."

"Dios. Mónica. Eso es... increíble."

"Gracias. Por todo. Por darme información. Por fundación. Por creer."

"¿La sacas mañana?"

"Sí. Leticia coordina."

"¿Necesitas ayuda?"

"Necesito que prepares espacio en fundación. Para otra sobreviviente. Cuando esté lista."

"Ya está preparado. Siempre lo estuvo."

Guardé móvil.

Miré por ventana. Ciudad pasando. Vida continuando.

Pero esta vez con futuro. Con hermana. Con propósito.

Maté a hombre. Cumplí condena. Pagué precio.

Y al final...

Al final salvé a quien intenté salvar desde principio.

No directamente. No como planeé. No sin costo terrible.

Pero la salvé.

Y eso...

Eso tendría que ser suficiente.

Para vivir con lo que hice.

Para reconstruir lo que destruí.

Para honrar a los que murieron en proceso.

Natalia. Nunca la conocí. Pero su muerte inició todo.

Las otras víctimas de Héctor. Cientos. Que sufrieron antes que nosotras.

Y Damián.

Sí. Incluso Damián.

Monstruo. Depredador. Asesino.

Pero también: víctima de padre peor. De sistema que permitió. De red que perpetuó.

No lo perdonaba.

Nunca lo perdonaría.

Pero entendía que ciclo existía antes de él. Y habría continuado después.

Si alguien no lo rompiera.

Si alguien no pagara precio.

Ese alguien fui yo.

Y viviría con eso.

Todos los días restantes.

Con Andrea a mi lado.

Finalmente.

Finalmente libre.

Ambas.

CAPÍTULO 29

Carla

Algo estaba mal con Andrea.

No obvio. No inmediato. Pero después de trabajar tres años con víctimas de trauma, había aprendido a leer señales.

Y Andrea las mostraba todas.

Me senté en oficina de fundación. Observando monitor. Cámara de seguridad mostraba sala de reuniones del piso de abajo. Mónica. Leticia. Andrea. Doctor evaluando estado mental para liberación oficial.

Andrea respondía preguntas perfectamente. Demasiado perfectamente.

—¿Recuerda su nombre completo?

—Andrea Durán Sánchez.

—¿Fecha de nacimiento?

—Quince de marzo, mil novecientos ochenta y ocho.

—¿Sabe qué año es?

—Dos mil treinta. Diciembre.

—¿Recuerda cómo llegó a esta clínica?

Pausa. Calculada. Como si procesara.

—Doctor Bermúdez me trasladó. Hace cinco años. Dijo que era por seguridad.

—¿Seguridad de qué?

—De Héctor Molina. Que quería matarme.

Todo correcto. Todo consistente con lo que Mónica me contó.

Pero.

Inflexión. Cadencia. Lenguaje corporal.

Todo ligeramente... ensayado.

Isabel entró a mi oficina sin tocar.

—¿Sigues observando?

—Sí.

—¿Y?

—Algo no cuadra.

Isabel miró monitor. Después me miró.

—¿Crees que no es Andrea?

—No. Creo que es Andrea. Pero no creo que sea víctima pasiva que Mónica espera.

—¿Qué insinúas?

—Que cinco años en clínica fingiendo locura requiere control extraordinario. Planificación. Paciencia.

—Como Elena.

—Exacto.

Isabel se sentó junto a mí.

—¿Mónica lo ve?

—Mónica ve a su hermana. Ve cinco años de búsqueda cumplidos. Ve redención.

—¿Pero?

—Pero Andrea pasó cinco años sola. Fingiendo. Esperando. Nadie hace eso sin cambiar profundamente.

En monitor, doctor cerraba carpeta.

—Estado mental: estable. Diagnóstico original: erróneo. Recomendación: liberación inmediata con seguimiento ambulatorio.

Mónica abrazó a Andrea. Lágrimas. Sonrisas. Alivio visible.

Andrea correspondió abrazo. Expresión apropiada. Pero ojos...

Ojos calculaban. Evaluaban. Planeaban.

—¿Se lo dices? —preguntó Isabel.

—¿Decirle qué? ¿Que tengo presentimiento? ¿Que su hermana parece demasiado controlada?

—Sí.

—Mónica pasó cinco años en prisión creyendo que Andrea estaba muerta. Ahora la recuperó. ¿Crees que escuchará dudas basadas en lenguaje corporal?

—No.

—Exacto.

El móvil vibró. Leticia.

"Liberación aprobada. Andrea sale hoy. Mónica quiere traerla a fundación. ¿Preparada?"

"Sí. Habitación en piso tres lista. Documentación completa."

"Gracias. Llegamos en una hora."

Guardé móvil.

—¿Y ahora? —preguntó Isabel.

—Ahora observamos. Andrea quedará en fundación mientras se adapta. Tendremos oportunidad de evaluar.

—¿Y si es peligrosa?

—Entonces manejamos. Como manejamos todo.

Isabel no parecía convencida. Yo tampoco lo estaba.

Pero Mónica merecía esta victoria. Después de todo. Después de sacrificar tanto.

Si estaba equivocada sobre Andrea, mejor. Si estaba correcta...

Ya veríamos.

Andrea llegó vestida con ropa que Mónica compró. Jeans. Suéter simple. Pelo recién cortado. Maquillaje ligero.

Se veía... normal. Recuperada. Lista para reintegrarse.

Demasiado lista después de cinco años internada.

—Carla. —Mónica nos presentó—. Esta es mi hermana Andrea.

Andrea extendió mano. Sonrisa cálida. Contacto visual apropiado.

—Mónica me habló de ti. De fundación. De todo lo que hiciste.

—Solo intenté ayudar.

—Ayudaste. A muchas. Incluyéndome indirectamente.

Voz suave. Modulada. Sin señales de medicación prolongada. Sin efectos de aislamiento.

Como si hubiera pasado cinco años en spa. No en clínica psiquiátrica.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Abrumada. Pero bien. Contenta de estar afuera. De ver a Mónica. De... empezar de nuevo.

—¿Recuerdas mucho? ¿De antes del internamiento?

—Recuerdo todo. Damián. La manipulación. El proceso. Todo hasta día que Bermúdez me sacó.

—¿Y durante cinco años en clínica?

—Rutina. Medicación que fingía tomar. Personal que evitaba. Libros que leía. Tiempo que pasaba.

—¿Nada más?

Pausa. Micro-expresión. Irritación contenida.

—¿Qué más debería haber?

—Solo pregunto. Cinco años es tiempo largo.

Mónica intervino.

—Carla, Andrea está cansada. ¿Podemos mostrarle habitación?

—Por supuesto. Sígueme.

Subimos a piso tres. Habitación al final. Preparada durante semanas. Cama cómoda. Escritorio. Ventana grande. Privacidad.

—Es tuya mientras necesites —dije—. Sin límite de tiempo. Sin presión.

Andrea entró. Inspeccionó espacio. Tocó muebles. Verificó armario. Probó ventana.

Comportamiento normal para alguien evaluando nuevo espacio.

O comportamiento de alguien verificando salidas. Accesos. Vulnerabilidades.

—Es perfecto. Gracias.

—Cena es a las siete. Comedor en piso uno. O puedo traerte algo si prefieres comer sola.

—Comeré en comedor. Necesito socializar. Acostumbrarme a gente de nuevo.

—Bien. Te veo abajo entonces.

Salí. Mónica se quedó con Andrea. Ayudándola a desempacar. Hermanas reconectando.

Bajé a mi oficina. Cerré puerta. Marqué número.

Laura contestó al segundo tono.

—Carla. ¿Qué pasa?

—Andrea está aquí. En fundación.

—Escuché. Mónica me avisó. Increíble que esté viva.

—¿Investigaste su historia? ¿Antes de que desapareciera?

—Un poco. ¿Por qué?

—Necesito saber quién era. Antes de Damián. Antes de todo.

—¿Sospechas algo?

—Tengo presentimiento. Malo.

Laura guardó silencio. Después:

—Te envío lo que tengo. Pero Carla... si Andrea es amenaza, Mónica no lo verá. Está demasiado involucrada emocionalmente.

—Lo sé. Por eso necesito estar segura antes de decir nada.

—Dame una hora.

Colgó.

Esperé. Revisé archivos de fundación. Casos actuales. Mujeres que ayudábamos. Dieciséis activas actualmente. Todas en diferentes etapas de recuperación.

Todas vulnerables si algo salía mal.

El móvil vibró. Archivo de Laura.

Abrí. Leí.

Andrea Durán. Antes de Damián. Antes de internamiento.

Contadora. Como Mónica dijo. Trabajó en firma mediana. Cinco años. Carrera estable.

Pero antes de eso...

Universidad. Psicología. Especialización en comportamiento manipulativo. Tesis sobre control coercitivo.

Después cambió a contabilidad. Sin explicación obvia.

Más profundo. Registros sellados de cuando era menor.

Laura había conseguido acceso. No sé cómo. No pregunté.

Andrea. Catorce años. Incidente en escuela. Compañera hospitalizada después de... ¿qué?

Detalles censurados. Pero resultado: terapia obligatoria. Dos años. Después sellado.

—Mierda —susurré.

Seguí leyendo.

Andrea. Diecinueve años. Universidad. Otro incidente. Compañera de cuarto. Acusaciones de manipulación psicológica. Investigación. Después retirada.

Andrea se cambió de universidad. Terminó grado en otra ciudad.

Patrón.

No obvio. No flagrante. Pero ahí.

Andrea tenía historial. Pequeño. Sellado. Olvidado.

Pero real.

La puerta se abrió. Isabel entró.

—¿Encontraste algo?

Le mostré archivos.

Ella leyó. Su expresión se endureció.

—Esto es... preocupante.

—Sí.

—¿Se lo dices a Mónica?

—Con qué prueba. Incidentes de hace veinte años. Sellados. Posiblemente malentendidos.

—O posiblemente patrón que Damián vio. Que pensó que podía usar. Que terminó usándolo contra él sin saberlo.

Pensé en eso. Damián evaluando Andrea. Viendo debilidad. Pero quizás viendo fortaleza disfrazada.

—¿Crees que Andrea se dejó capturar? —pregunté.

—Creo que es posible. Si quería acceso a red. A información. A algo.

—¿Pero qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero cinco años fingiendo locura mientras espera momento exacto para revelarse... eso requiere paciencia que va más allá de supervivencia.

Tenía razón.

Comportamiento de Andrea no era de víctima traumatizada finalmente libre.

Era de jugadora de ajedrez moviendo pieza final.

El móvil vibró. Número desconocido.

Contesté con cautela.

—¿Hola?

Voz distorsionada. Familiar. Elena.

—Carla Andrade. Necesitamos hablar. Sobre Andrea.

—¿Cómo diablos...?

—No importa cómo sé. Importa que escuches. Andrea no es quien Mónica cree.

—¿Quién es?

—Alguien que me contactó hace tres años. Desde clínica. Ofreciendo información sobre Héctor. A cambio de ayuda futura.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Acceso a archivos de Bermúdez. A red completa. A todo lo que destruimos.

—¿Por qué querría eso?

—Porque Andrea no quiere justicia. Quiere poder.

El estómago se me cayó.

—¿Qué hizo con información que le diste?

—No le di nada entonces. Desconfié. Pero ella... ella sabía cosas. Sobre operación de Héctor. Sobre víctimas que ni yo conocía. Detalles que solo alguien muy dentro podría saber.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero sospecho que Andrea no fue víctima pasiva durante internamiento. Fue estudiante. Observadora. Recopilando información.

—¿Para qué?

—Eso descúbrelo tú. Pero ten cuidado. Andrea es peligrosa. Más que Damián. Porque Damián era obvio. Andrea es...

—¿Qué?

—Paciente. Calculadora. Y ahora libre. Con acceso a fundación. A víctimas vulnerables. A recursos.

—Mierda.

—Exacto. Vigílala. Protege a Mónica. Y si necesitas ayuda... sabes cómo contactarme.

La línea se cortó.

Isabel me miraba.

—¿Elena?

—Sí. Advirtiendo sobre Andrea. Diciendo que es peligrosa.

—¿Confías en Elena?

—No. Pero tampoco descarto advertencia.

—¿Entonces qué hacemos?

Pensé. Opciones limitadas. Evidencia circunstancial. Mónica emocionalmente comprometida.

—Observamos. Documentamos. Y preparamos contingencia.

—¿Qué tipo de contingencia?

—Si Andrea es amenaza, necesitamos forma de neutralizarla sin destruir a Mónica en proceso.

—¿Cómo?

No respondí. Porque no tenía respuesta.

Solo sabía que algo estaba mal. Que Andrea no era salvación que Mónica esperaba.

Y que pronto... muy pronto...

Descubriríamos qué era realmente.

Esa noche en cena, Andrea socializó perfectamente.

Habló con residentes. Preguntó sobre historias. Mostró empatía apropiada.

Pero también... también observaba. Evaluaba. Catalogaba.

Como depredador estudiando terreno nuevo.

Mónica no lo veía. Estaba demasiado feliz. Demasiado aliviada.

Hermanas reunidas. Misión cumplida. Redención alcanzada.

Después de cena, Andrea se retiró temprano. Cansada supuestamente.

Esperé treinta minutos. Después subí a piso tres.

Pasé frente a habitación de Andrea. Luz apagada. Silencio.

Pero.

Pequeño brillo azul bajo puerta. Pantalla de computadora.

Me acerqué. Escuché.

Tecleo. Rápido. Preciso. Como alguien buscando algo específico.

Saqué móvil. Abrí app de seguridad de fundación. Cámaras. Acceso a red.

Busqué actividad reciente.

Andrea había accedido a wifi. Conectado dispositivo. Descargado... algo.

Archivos encriptados de servidor de fundación.

Base de datos de víctimas. Información confidencial. Todo.

—Mierda.

Bajé escaleras. Corrí a oficina. Revisé logs completos.

Andrea no solo descargó archivos actuales. Accedió a respaldos. A archivos que yo guardaba sobre red de Héctor. Sobre Bermúdez. Sobre todo.

Copió todo en treinta minutos.

Marqué Laura.

—Andrea acaba de robar archivos completos de fundación.

—¿Qué?

—Base de datos. Víctimas. Información sobre red. Todo.

—¿Estás segura?

—Completamente. Tengo logs. Timestamps. Todo.

—¿Se lo dijiste a Mónica?

—No aún. Pero necesito hacerlo. Ahora.

—Espera. Si confrontas a Andrea directamente, huirá. Y perderemos oportunidad de saber qué planea.

—¿Entonces qué sugieres?

—Déjala creer que no sabes. Observa qué hace con información. Rastrea a dónde la envía.

—¿Y si la usa para lastimar a alguien?

—Entonces intervenimos. Pero primero necesitamos entender su juego completo.

Tenía sentido. Tácticamente. Pero también...

—Mónica merece saber.

—Mónica está comprometida emocionalmente. Si le dices ahora, confrontará a Andrea. Andrea negará. Mónica querrá creerle. Y perdemos todo.

—Laura...

—Confía en mí. Veinticuatro horas. Descubrimos plan de Andrea. Después se lo decimos a Mónica con evidencia sólida.

Consideré. Después asintí.

—Veinticuatro horas. Ni una más.

Colgué.

Configuré monitoreo adicional. Rastreo de red. Cámaras enfocadas en habitación de Andrea.

Después esperé.

A las dos de la mañana, Andrea salió de su habitación.

Vestida de negro. Mochila pequeña. Moviéndose silenciosamente.

Bajó escaleras. Evitó cámaras con precisión preocupante. Como si supiera exactamente dónde estaban.

Salió por puerta trasera. Código que solo personal tenía.

¿Cómo lo consiguió?

La seguí en cámaras externas. Caminó tres calles. Se reunió con alguien.

Hombre. Treinta y tantos. No reconocí.

Conversaron brevemente. Andrea le pasó USB.

El hombre asintió. Se fue.

Andrea regresó. Misma ruta. Evitando cámaras. Subió a su habitación.

Luz se apagó.

Como si nada hubiera pasado.

Revisé grabación. Amplié imagen del hombre.

Envié captura a Laura.

"¿Reconoces?"

Respuesta llegó cinco minutos después.

"Mateo Bermúdez."

El estómago se me congeló.

Mateo. Que supuestamente trabajaba para Elena. Que vendía información al mejor postor.

Ahora trabajaba con Andrea.

¿O siempre había trabajado con ella?

Marqué Laura de nuevo.

—Mateo tiene los archivos.

—Vi mensaje. Esto es... complejo.

—¿Complejo? Andrea está conspirando con mercenario de información. Robó base de datos de víctimas vulnerables. ¿Qué más necesitas?

—Necesito entender por qué. Qué planea hacer con información.

—¿Importa? Sea lo que sea, no es bueno.

—Carla. Respira. Piensa estratégicamente.

—Estoy pensando. Y pienso que necesitamos detener esto. Ahora.

—¿Y cómo? ¿Arrestan a Andrea? ¿Con qué cargo? ¿Acceso no autorizado a archivos que técnicamente tiene permiso de ver como residente?

Tenía razón maldita sea.

Andrea no había hecho nada ilegal técnicamente. Solo... sospechoso.

—Entonces qué —pregunté.

—Entonces seguimos jugando. Andrea cree que no sabemos. Usamos eso. Vemos próximo movimiento.

—¿Y si próximo movimiento lastima a alguien?

—Entonces lo detenemos. Pero primero... necesitamos saber qué juega.

Colgué.

No dormí esa noche.

Observé monitor. Habitación de Andrea. Silenciosa. Oscura.

Como si durmiera pacíficamente.

Como si no hubiera conspirado. Robado. Traicionado.

A las siete de la mañana, Mónica llegó.

—¿Carla? ¿Estás aquí desde anoche?

—Trabajo atrasado.

—¿Segura? Te ves... tensa.

—Estoy bien.

Mónica me estudió. Después asintió.

—Andrea quiere desayunar con nosotras. ¿Vienes?

Quería decir no. Quería decir todo. Quería advertirle.

Pero.

—Sí. Voy.

Bajamos a comedor. Andrea ya estaba ahí. Sonriendo. Relajada.

—Buenos días.

—Buenos días —respondí.

Nos sentamos. Café. Pan. Normalidad fabricada.

—Dormí increíblemente bien —dijo Andrea—. Primera vez en cinco años sin medicación. Sin rutina de clínica. Libertad real.

—Me alegro —dijo Mónica.

—¿Qué harás hoy? —pregunté.

Andrea me miró. Directamente. Como si supiera que yo sabía.

—Explorar. Ciudad. Vida. Todo lo que perdí.

—¿Sola?

—Prefiero sola. Por ahora. Necesito acostumbrarme a... autonomía.

—Claro.

Desayunamos en silencio incómodo.

Después Andrea se fue.

Mónica se giró hacia mí.

—¿Qué pasa?

—¿Qué?

—Entre tú y Andrea. Tensión. Obvio.

—No hay...

—Carla. Te conozco. Has trabajado con víctimas durante tres años. Tienes instinto. ¿Qué te dice sobre Andrea?

Momento decisivo.

Mentir. Protegerla de verdad que la destruiría.

O decir verdad. Arriesgar que me descartara. Que eligiera a hermana sobre evidencia.

—Algo está mal —dije finalmente.

—¿Qué tipo de mal?

—Andrea robó archivos anoche. Base de datos completa. Se reunió con Mateo. Le pasó USB.

Mónica se quedó muy quieta.

—¿Tienes prueba?

Saqué móvil. Le mostré grabaciones. Logs. Todo.

Ella miró. En silencio. Cara sin expresión.

Cuando terminó, dejó móvil sobre mesa.

—Debe haber explicación.

—¿Qué explicación justifica robar información confidencial?

—No lo sé. Pero Andrea pasó cinco años encerrada. Fingiendo locura. Sobreviviendo. Eso cambia a gente.

—Exacto. La cambia. Posiblemente en forma peligrosa.

—O posiblemente tiene plan que no entendemos. Que no queremos entender porque asumimos lo peor.

—Mónica...

—No. Escucha. Andrea es mi hermana. La busqué durante cinco años. La encontré viva contra todo pronóstico. No voy a

condenarla basándome en veinticuatro horas de comportamiento sospechoso.

—¿Entonces qué harás?

—Hablaré con ella. Directamente. Le preguntaré qué hace.

—Si haces eso, ella...

—¿Qué? ¿Mentirá? ¿Huirá? Entonces sabré verdad de todas formas.

Se levantó.

—Gracias por decírmelo. Pero manejaré esto a mi manera.

Salió antes de que pudiera argumentar.

Isabel entró segundos después.

—¿Escuchaste?

—Todo. Mónica va a confrontar a Andrea.

—¿Y?

—Y Andrea va a mentir. O huir. O peor.

—¿Peor cómo?

No respondí.

Porque no sabía.

Solo sabía que algo terrible estaba a punto de pasar.

Y que Mónica... Mónica caminaba directamente hacia eso.

Sin protección. Sin preparación.

Con cinco años de esperanza cegándola.

El móvil vibró. Elena.

"Mónica va a confrontar a Andrea. No la dejes. Andrea es peligrosa cuando está acorralada."

"¿Cómo sabes...?"

"Tengo ojos en todas partes. Detén a Mónica. Ahora."

Corrí escaleras arriba. A habitación de Andrea.

Puerta abierta.

Mónica adentro. Andrea frente a ella.

Y en mano de Andrea...

Cuchillo.

Pequeño. Afilado. Apuntando a Mónica.

—Lo siento —decía Andrea—. Realmente lo siento. Pero no puedes interferir. No ahora. No cuando estoy tan cerca.

Mónica levantó manos.

—Andrea. ¿Qué haces?

—Lo que debí hacer hace siete años. Cuando Damián me conoció. Cuando pensé que podía usar su red. Convertirme en algo más grande.

—No entiendo.

Andrea sonrió. Fría. Calculada. Nada de hermana vulnerable.

—Claro que no. Porque siempre me viste como víctima. Dulce Andrea. Hermana menor. Necesitando rescate.

Dio paso adelante.

—Pero yo nunca necesité rescate. Necesitaba acceso. Y Damián me lo dio. Bermúdez me lo perfeccionó. Y ahora... ahora tengo todo.

—¿Todo qué?

—Red completa. Nombres. Ubicaciones. Métodos. Cuarenta años de perfección.

—¿Para qué?

Andrea rio.

—¿Para destruirla? No. Para continuarla. Mejorada. Sin errores de Héctor. Sin arrogancia de Damián.

—Dios. Andrea...

—No te preocupes. No te lastimaré. Eres mi hermana. Pero tampoco puedes detenerme.

Levantó cuchillo.

Y yo... yo entré.

—Baja eso. Ahora.

Andrea se giró. Me vio. Sonrió más ampliamente.

—Carla. Perfecta. Justo quien necesitaba.

Antes de que pudiera reaccionar, se movió.

Rápido. Preciso. Entrenado.

Cuchillo contra garganta de Mónica.

—Llama a policía y la mato. Intentas detenerme y la mato. Haces cualquier cosa excepto lo que digo... y ella muere.

—¿Qué quieres?

—Quiero salir. Con archivos. Con libertad. Con futuro que construí durante cinco años.

—No puedes...

—Puedo. Y lo haré. Porque pasé cinco años fingiendo. Esperando. Planeando. Y nadie... nadie me detendrá ahora.

—Andrea —susurró Mónica—. Por favor.

—Lo siento Mónica. Realmente lo siento. Pero tú elegiste prisión por mí. Yo elijo poder por mí.

Empezó a moverse hacia puerta. Mónica como escudo. Cuchillo firme.

Y yo...

Yo tenía que decidir.

Dejarla ir. Salvar a Mónica.

O arriesgar todo por detener monstruo que Andrea se había convertido.

Segundos para decidir.

Todo dependía de próximo movimiento.

Y no sabía cuál sería correcto.

CAPÍTULO 30

Carla

Andrea sostenía el cuchillo contra garganta de Mónica con precisión quirúrgica.

No temblaba. No dudaba. Cinco años fingiendo locura la habían entrenado en control absoluto.

—No hagas esto —dije.

—Ya lo hice. Hace cinco años. Cuando decidí que sobrevivir no era suficiente. Que necesitaba algo más.

—¿Qué? ¿Poder? ¿Convertirte en Héctor?

—Convertirme en algo mejor que Héctor. Sin su arrogancia. Sin su necesidad de control personal. Solo... estructura. Sistema. Eficiencia.

Mónica cerró los ojos. Lágrimas silenciosas.

—Andrea. Soy tu hermana.

—Y yo pasé cinco años en celda acolchada mientras tú cumplías sentencia noble. Mientras todos te admiraban. Mientras yo... yo era olvida. Herramienta. Motivación para tu redención.

La presión del cuchillo aumentó levemente. Línea delgada de sangre apareció.

—Suficiente para ser rescatada. No suficiente para ser real.

Retrocedió hacia puerta. Arrastrando a Mónica. Cada paso calculado.

Procesé opciones.

Atacar. Cincuenta por ciento de que Mónica sobreviviera. Cincuenta por ciento de que Andrea la degollara antes de que llegara.

Dejarla ir. Cien por ciento de que Mónica viviera ahora. Cero por ciento de que Andrea se detuviera.

Negociar. Porcentaje desconocido. Pero única opción que mantenía ambas vivas mientras encontraba solución.

—¿Qué conseguiste de Mateo? —pregunté—. ¿Qué planeas hacer con archivos?

Andrea sonrió. Como si hubiera esperado pregunta.

—Mateo me vendió algo que Elena no quería que tuviera. Nombres. No de víctimas. De operadores.

—¿Operadores?

—La red de Héctor no era solo él. Eran doce. En seis países. Todos coordinados. Todos usando mismo método. Héctor cayó. Los otros once siguen operando.

El estómago se me contrajo.

—Estás mintiendo.

—¿Lo estoy? Bermúdez me lo dijo. Antes de morir. Me dio nombres. Ubicaciones. Conexiones. Todo lo que necesitaba para... opciones.

—¿Opciones?

—Destruirlos. O unirme a ellos. Mejorados.

Mónica abrió los ojos.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no? Héctor operó cuarenta años. Destruyó cientos de vidas. Y ganó. Hasta último momento. Hasta que su hijo fue descuidado. Hasta que Mónica actuó.

Llegó a puerta. Verificó pasillo. Vacío.

—Pero yo no seré descuidada. Aprendí de errores de todos. De Héctor. De Damián. De Elena incluso.

—Elena —repetí—. Ella te advirtió. Dijo que eras peligrosa.

—Elena me entrenó. Sin saberlo. Me contactó hace tres años. Pensó que me manipulaba. Que yo le proporcionaba información sobre Héctor a cambio de ayuda eventual.

Rio. Suave. Controlado.

—Pero yo la manipulé a ella. Le di exactamente suficiente información para destruir a Héctor. Para exponer red. Para crear vacío de poder.

—¿Vacío que planeas llenar?

—Vacío que ya estoy llenando. Cuatro de los once operadores me contactaron. Después de caída de Héctor. Buscando liderazgo nuevo. Estructura actualizada.

Empezó a bajar escaleras. Mónica como escudo. Yo siguiendo a distancia segura.

—¿Y los archivos que robaste? —pregunté—. ¿Base de datos de víctimas?

—Investigación de mercado. Perfiles psicológicos. Patrones de vulnerabilidad. Todo lo que necesito para perfeccionar reclutamiento.

—Esas son mujeres reales. Con nombres. Historias. Trauma.

—Esas son datos. Útiles. Valiosos. Y ahora míos.

Llegamos a planta baja. Recepción vacía. Demasiado temprano para personal administrativo.

Andrea verificó salida. Después me miró.

—Gracias Carla. Por fundación. Por tres años de investigación meticulosa. Por base de datos perfecta de víctimas potenciales. No podría haberlo hecho sin ti.

Iba a responder cuando escuché.

Sirenas. Distantes pero acercándose.

Andrea las escuchó también. Su expresión cambió. Primera vez que vi preocupación real.

—¿Llamaste a policía?

—No.

—¿Entonces quién?

La puerta principal se abrió.

Isabel entró. Con detective Ruiz. Y tres oficiales más.

—Baja el cuchillo Andrea.

Andrea apretó más. Mónica gimió.

—Un paso más y la mato.

Ruiz levantó manos. Pacificador.

—No queremos que nadie salga lastimado.

—Entonces déjenme salir.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué? No he hecho nada ilegal. Robé archivos de lugar donde vivo. Tengo derecho de acceso.

—Tienes orden de arresto. Por conspiración. Emitida hace tres días.

Andrea se quedó muy quieta.

—¿Qué conspiración?

Ruiz sacó papel. Orden oficial.

—Andrea Durán. Arrestada por conspiración para cometer fraude. Basado en comunicaciones con cuatro individuos en red criminal conocida. Interceptadas hace seis semanas.

Seis semanas.

Antes de que Andrea saliera de clínica.

Antes de que nadie supiera que estaba viva.

—Imposible —dijo Andrea—. Nadie sabía que estaba comunicándome.

—Mateo sabía. Mateo nos informó. A cambio de inmunidad.

Andrea rio. Pero con borde de histeria ahora.

—Mateo me traicionó. Claro. Mercenario hasta el final.

—Baja el cuchillo. No empeores esto.

—¿Empeorar? Pasé cinco años en celda. Planeando. Esperando. ¿Y Mateo simplemente... vendió información?

—Como siempre hizo. Como tú sabías que haría.

Andrea procesó. Calculó. Llegó a conclusión.

—Entonces no hay salida.

—Hay salida. Bajas cuchillo. Sueltas a Mónica. Te llevan pacíficamente.

—¿Para qué? ¿Otra celda? ¿Otra década perdida?

Presión del cuchillo aumentó. Sangre corriendo más libremente ahora.

Mónica susurró algo. Demasiado bajo para escuchar.

Andrea se inclinó. Escuchó.

Después lentamente... bajó el cuchillo.

Mónica cayó. Isabel corrió. La atrapó. La alejó.

Andrea quedó de pie. Sola. Cuchillo todavía en mano.

Ruiz se acercó.

—Baja el arma.

Andrea miró cuchillo. Después a Mónica. Después a mí.

—¿Sabes qué me dijo? ¿Mónica?

—¿Qué?

—Que me entendía. Que si hubiera estado en mi posición, habría hecho lo mismo. Que pasar cinco años fingiendo locura justificaba cualquier cosa después.

Dejó caer cuchillo. Sonó fuerte contra suelo.

—Pero que no podía dejarme hacer esto. Porque ella ya pagó precio por matar a un monstruo. Y no me dejaría convertirme en otro.

Oficiales la rodearon. Esposas. Derechos leídos.

Andrea no resistió. Solo miraba a Mónica.

—Lo siento —dijo finalmente—. Por todo. Por usar tu búsqueda. Por manipular tu culpa. Por... ser monstruo que tú mataste uno para evitar.

Mónica se levantó. Isabel sosteniendo su brazo. Sangre en cuello pero corte superficial.

—No eres monstruo —dijo Mónica—. Eres sobreviviente que tomó decisiones equivocadas. Como yo. Como todos.

—¿Entonces me perdonas?

Mónica guardó silencio largo. Después:

—Te entiendo. No es lo mismo.

La llevaron afuera. Patrullero. Luces. Procedimiento.

Isabel presionó toalla contra cuello de Mónica.

—Ambulancia viene. Estás bien.

—¿Cómo sabías? —preguntó Mónica—. ¿Que vendría policía?

—No lo sabía. Llamé a Ruiz hace doce horas. Cuando Carla me mostró evidencia. Él dijo que ya tenían orden. Que estaban esperando momento correcto.

—¿Momento correcto?

—Cuando Andrea revelara conexiones completas. Cuando intentara actuar.

Ruiz entró de nuevo. Cerró puerta.

—Necesitamos declaraciones. De todas. Pero primero... necesito que sepan algo.

—¿Qué?

—Los cuatro operadores que Andrea mencionó. Que supuestamente la contactaron. Los arrestamos simultáneamente hace dos horas. Operación coordinada. Tres países. Todos cayeron.

—¿Cómo...?

—Porque Mateo no solo nos informó sobre Andrea. Nos dio acceso a comunicaciones completas. Entre todos los operadores. Durante seis meses.

Se sentó.

—Andrea pensó que estaba construyendo red nueva. Realmente estaba ayudándonos a identificar y destruir red existente.

Procesé eso.

—¿Entonces fue trampa? ¿Desde principio?

—Desde que Bermúdez murió. Mateo heredó acceso a comunicaciones de Bermúdez. Vio que Andrea estaba contactando a operadores. Y decidió... monetizar información. Pero esta vez del lado correcto.

—¿Mateo es héroe ahora?

—Mateo es mercenario que eligió lado ganador. Pero resultado es mismo. Red completa desmantelada. Doce operadores

arrestados. Diecisiete clínicas cerradas. Cientos de víctimas liberadas.

Mónica se apoyó contra pared.

—¿Y Andrea?

—Enfrenta cargos de conspiración. Máximo diez años. Mínimo cinco. Dependiendo de cooperación.

—¿Cooperación?

—Si testifica contra operadores. Si proporciona información adicional. Sentencia reducida posible.

—¿Y si no coopera?

—Entonces cumple completa.

Ambulancia llegó. Paramédicos entraron. Revisaron cuello de Mónica. Limpiaron. Vendaron.

—Corte superficial. Sin daño permanente. Pero necesita observación. Por si acaso.

Mónica negó con cabeza.

—Estoy bien. Solo... necesito procesar.

Me acerqué. Me senté junto a ella.

—Lo siento. Por no haberte dicho antes. Por esperar.

—No. Hiciste bien. Si me hubieras dicho... habría confrontado inmediatamente. Sin pensar. Habría arruinado investigación de Ruiz.

—¿Pero sabías? ¿Que era trampa?

—No. Hasta último momento. Hasta que vi expresión de Andrea cuando Ruiz mencionó orden de arresto. Entonces entendí. Que alguien más jugaba.

Leticia entró. Sin aliento. Como si hubiera corrido.

—¿Qué pasó? Isabel me llamó. Dijo emergencia.

Le explicamos. Todo. Andrea. Cuchillo. Arresto. Red desmantelada.

Leticia escuchó en silencio. Después se sentó pesadamente.

—Entonces terminó. Realmente terminó.

—¿Qué terminó? —preguntó Mónica.

—Todo. Héctor en prisión. Damián muerto. Red destruida. Andrea arrestada. Operadores caídos. Cuarenta años de horror... finalmente terminado.

—¿Y las víctimas? —pregunté—. ¿Las cientos que sufrieron?

—Empiezan a sanar. Con fundación de Carla. Con organizaciones similares en otros países. Con sistema finalmente respondiendo.

Mónica cerró los ojos.

—Andrea tiene razón sobre algo. Yo la usé. Su internamiento. Su sufrimiento. Como motivación. Como justificación. Como redención para mí.

—No —dije—. Tú la buscaste. Durante cinco años. Creíste que estaba muerta. Y cuando descubriste que vivía, hiciste todo para liberarla.

—¿Y qué conseguí? ¿Hermana que se convirtió en monstruo?

—Conseguiste hermana que sobrevivió. Que tomó decisiones equivocadas. Pero que todavía puede cambiar. Con tiempo. Con ayuda.

—¿Crees que puede?

No respondí inmediatamente. Porque no estaba segura.

Andrea pasó cinco años planeando. Manipulando. Construyendo hacia algo oscuro.

Pero también... también había bajado cuchillo. Cuando Mónica habló. Cuando le dio opción.

Eso significaba algo. ¿No?

—Creo que tiene posibilidad —dije finalmente—. Como todos.

El móvil vibró. Número desconocido. Última vez probablemente.

Elena.

"Todo terminó. Red destruida. Justicia servida. Andrea aprenderá. O no. Pero ya no es mi problema. Ni tuyo. Vivan bien. Todas. Lo merecen. - E."

Mostré mensaje a Mónica. Ella lo leyó. Asintió.

—¿Crees que Elena dice verdad? ¿Que terminó?

—Creo que esta iteración terminó. Pero siempre habrá otra. Otros depredadores. Otros sistemas. Otras redes.

—¿Entonces nunca termina realmente?

—No completamente. Pero hacemos lo que podemos. Salvamos quienes podemos. Y eso... eso tiene que ser suficiente.

Mónica se levantó. Tambaleó levemente. Isabel la sostuvo.

—Necesitas descansar.

—Necesito ver a Andrea. Una vez más. Antes de que la procesen.

—Mónica...

—Por favor. Cinco minutos. Solo eso.

Ruiz consideró. Después asintió.

—Cinco minutos. En patrullero. Con supervisión.

Salimos. Andrea estaba en asiento trasero. Esposas. Expresión neutral.

Mónica se acercó. Se agachó junto a ventana.

Hablaron. No pude escuchar. Demasiado bajo. Demasiado privado.

Después de cinco minutos, Mónica se alejó. Lágrimas en sus ojos.

Andrea también lloraba. Primera vez que vi emoción real en ella. No calculada. No fingida.

Real.

Patrullero arrancó. Se alejó. Desapareció.

Mónica se giró hacia mí.

—¿Qué le dijiste? —pregunté.

—Que la perdonaba. Eventualmente. Cuando estuviera lista. Y que esperaría. Cuando saliera. Si decidía cambiar.

—¿Y qué dijo ella?

—Que no merecía perdón. Pero que lo intentaría. Por mí. Por ella. Por todas las que sufrieron.

—¿Le crees?

—No lo sé. Pero quiero creer. Y eso... eso tiene que ser suficiente por ahora.

Regresamos adentro. Fundación que había construido. Que Andrea había intentado pervertir. Que ahora continuaría sin ella.

Isabel preparó café. Nos sentamos en silencio. Procesando.

Después de largo rato, Mónica habló.

—¿Sabes qué es lo más jodido de todo esto?

—¿Qué?

—Que Andrea tiene razón. Pasé cinco años en prisión siendo admirada. Heroína que mató monstruo. Mártir que se sacrificó.

Bebió café. Amargo. Negro. Como ella lo prefería.

—Mientras ella pasó cinco años siendo olvidada. Herramienta narrativa. Motivación trágica. Nunca persona real con agencia propia.

—No es tu culpa.

—¿No? Construí mi redención sobre su sufrimiento. Igual que Héctor construyó imperio sobre dolor de víctimas.

—No. No es lo mismo.

—¿No?

Me incliné hacia adelante.

—Héctor disfrutaba. Tú sufriste. Héctor eligió destruir. Tú elegiste salvar. Héctor operó cuarenta años. Tú cumpliste cinco.

—Cinco años donde Andrea estuvo sola. Fingiendo. Esperando. Convirtiéndose en algo que tuve que detener.

—Pero la detuviste. Sin matarla. Sin destruirla. Le diste opción. Eso es diferencia.

Mónica guardó silencio. Después finalmente:

—Espero que tengas razón.

El día continuó. Declaraciones a policía. Llamadas a prensa. Coordinación con organizaciones internacionales sobre víctimas liberadas.

Trabajo que nunca terminaba. Pero que importaba.

Esa noche, después de que todos se fueron, me senté en oficina. Sola.

Revisé base de datos. Las dieciséis mujeres que actualmente ayudábamos. Ninguna sabía cuán cerca había estado Andrea de usar su información para algo horrible.

Pero estaban seguras ahora. Todas.

El móvil vibró. Mónica.

"Gracias. Por todo. Por protegerme de mí misma. Por ver lo que no quería ver. Por ser amiga cuando necesitaba una. - M."

"Siempre. Eso es lo que hacemos. Sobrevivientes protegiendo sobrevivientes."

"¿Crees que Andrea podrá ser sobreviviente también? ¿Eventualmente?"

"Creo que tiene posibilidad. Pero depende de ella. No de nosotras."

"Justo. Pero difícil."

"Siempre lo es."

Guardé móvil.

Miré alrededor. Fundación que había construido con dinero que Damián intentó robarme. Con trauma que casi me destruyó. Con sobrevivientes que se convirtieron en familia.

No era perfecta. Andrea lo había probado.

Pero era algo. Era real. Era mía.

Y continuaría.

Después de Héctor. Después de Damián. Después de Andrea. Después de red completa.

Continuaría.

Porque siempre habría otra víctima necesitando ayuda.

Otro depredador necesitando exposición.

Otro sistema necesitando destrucción.

Y nosotras... nosotras estaríamos ahí.

Sobrevivientes. Vengadoras. Sanadoras.

Todas a la vez. Todas imperfectas. Todas necesarias.

Apagué luces. Cerré oficina. Salí a noche fría.

Ciudad continuaba. Indiferente a dramas personales. A victorias pequeñas. A redenciones imperfectas.

Y yo...

Yo continuaba también.

Un día. Un caso. Una sobreviviente a la vez.

Hasta que el sistema que permitió a Héctor, a Damián, a red completa...

Cambiara.

O hasta que muriera intentándolo.

Lo que viniera primero.

EPÍLOGO

Diez años después

Mónica

La sala de visitas de la prisión de Brieva olía igual que la de Alcalá.

Desinfectante. Tiempo suspendido. Esperanzas contenidas.

Me senté en silla de plástico. Manos sobre mesa metálica. Esperando.

Habían pasado diez años desde que Andrea bajó el cuchillo. Cinco desde que salió. Cinco desde que desapareció.

Y ahora... ahora había pedido verme.

Primera vez en media década.

La puerta se abrió. Guardia entró. Seguida por mujer que apenas reconocí.

Andrea. Cuarenta y siete años ahora. Pelo completamente gris. Líneas profundas alrededor de ojos. Cuerpo delgado hasta casi desaparecer.

Se sentó frente a mí. Sin sonrisa. Sin lágrimas. Solo cansancio absoluto.

—Mónica.

—Andrea.

Silencio entre nosotras. Década de distancia condensada en metro de mesa.

—Gracias por venir —dijo finalmente.

—Dijiste que era importante.

—Lo es.

Puso manos sobre mesa. Esposas tintinearon. Arrestada de nuevo entonces. Por algo.

—¿Qué hiciste?

—Lo mismo que tú. Hace quince años. Maté a alguien.

El estómago se me contrajo.

—¿A quién?

—A uno de los operadores. El que escapó. El duodécimo. El que nunca atraparon.

—Dijeron que todos fueron arrestados.

—Mintieron. O no sabían. Uno escapó. Se reinventó. Continuó.

—¿Y tú...?

—Lo encontré. Lo seguí durante tres años. Documenté todo. Y cuando tuve evidencia suficiente para destruirlo completamente... lo maté.

Procesé eso.

—¿Por qué?

—Porque sistema legal falló. Otra vez. Como siempre. Y alguien tenía que detenerlo.

—Eso es lo que yo dije. Hace quince años.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Porque finalmente entiendo.

Se recostó. Cadenas sonaron.

—Cuando salí hace cinco años, intenté ser normal. Trabajé. Hice terapia. Traté de olvidar.

—¿Y?

—Y descubrí que no podía. Que cinco años fingiendo locura me cambiaron. Que parte de mí... disfrutaba la manipulación. El control. La planificación.

—Andrea...

—Déjame terminar. Intenté usar esas habilidades para bien. Trabajé con organizaciones anti-tráfico. Identifiqué depredadores. Los expuse legalmente.

—¿Funcionó?

—Mayoría del tiempo. Pero no siempre. Y cuando sistema fallaba... cuando depredadores quedaban libres por tecnicismos... sentía lo mismo que tú debiste sentir con Damián.

—¿Qué?

—Que justicia legal no era suficiente. Que alguien tenía que actuar.

Respiré hondo. Procesé.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos mataste?

Andrea me miró directo a los ojos.

—Tres. En cinco años. Todos depredadores confirmados. Todos con evidencia sólida. Todos liberados por sistema corrupto o incompetente.

—Dios.

—¿Me juzgas?

—No lo sé. Quizás. Quizás no.

—Hipócrita si lo haces.

—Lo sé.

Guardé silencio. Después:

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque me atraparon. Con el tercero. Fui descuidada. O quizás quería ser atrapada. No estoy segura.

—¿Y ahora?

—Ahora enfrento mismo proceso que tú. Juicio. Sentencia. Años en prisión.

—¿Cuántos?

—Abogada dice quince mínimo. Sin atenuantes esta vez. Sin red que exponer. Solo asesinatos múltiples.

—¿Y qué quieres de mí?

Andrea sacó sobre de bolsillo. Lo deslizó sobre mesa.

—Quiero que testifiques. Sobre lo que viviste. Sobre por qué mataste. Sobre cómo sistema falla.

—¿Crees que eso te ayudará?

—No. Pero ayudará a próxima. A la que venga después. A establecer precedente de que a veces... a veces justicia requiere acción fuera de ley.

Tomé sobre. Lo abrí. Dentro, documentación completa. Tres víctimas de Andrea. Perfiles de depredadores. Evidencia de crímenes. Fallos del sistema.

Todo meticulosamente organizado. Como si hubiera planeado este momento durante años.

—¿Siempre supiste que llegaría aquí? —pregunté.

—Sospechaba. Nadie puede hacer esto indefinidamente. Eventualmente fallas. O te detienes. O te conviertes en monstruo que cazas.

—¿Y cuál eres tú?

—Todavía no lo sé. Por eso necesito que testifiques. Para que jurado decida. Para que alguien más me diga si crucé línea o si la redefiní.

Me levanté.

—Necesito pensar.

—No tienes mucho tiempo. Juicio es en dos semanas.

—Te contactaré.

Salí antes de que pudiera responder. Antes de que pudiera ver lágrimas en mis ojos.

Mi hermana. Que había salvado. Que había perdido. Que había recuperado. Que había perdido de nuevo.

Ciclo interminable.

Conduje a fundación. Décimo aniversario este año. Carla todavía directora. Isabel subdirectora. Laura en consejo asesor.

Todas las sobrevivientes que construimos algo de horror.

Carla me esperaba en su oficina. Vio mi cara. Supo inmediatamente.

—¿Qué pasó?

Le conté. Todo. Andrea. Asesinatos. Petición de testimonio.

Carla escuchó sin interrumpir. Cuando terminé, suspiró.

—¿Vas a testificar?

—No lo sé.

—¿Qué te detiene?

—Miedo de que tenga razón. De que yo empecé esto. De que Andrea solo siguió camino que yo abrí.

—No. Tú mataste a uno. En desesperación. Después de agotar opciones. Andrea mató a tres. Sistemáticamente. Como

carrera.

—¿Pero son diferentes realmente? ¿O solo cuestión de escala?

Carla caminó a ventana. Miró ciudad abajo.

—¿Sabes cuántas mujeres hemos ayudado en diez años?

—¿Cuántas?

—Trescientas cuarenta y dos. Liberadas de internamientos ilegales. Reunidas con familias. Protegidas de depredadores.

Se giró.

—De esas, cincuenta y tres consideraron venganza. Violenta. Letal. Les dimos terapia. Opciones legales. Apoyo.

—¿Y?

—Cuarenta y nueve eligieron justicia legal. Cuatro... desaparecieron. No sé qué hicieron. No quiero saber.

—¿Y tu punto?

—Mi punto es que creamos alternativa. Sistema imperfecto pero real. Andrea tuvo esa alternativa. Pudo haber venido a nosotras. Pudo haber usado recursos que construimos.

—¿Pero eligió no hacerlo?

—Eligió convertirse en juez, jurado y verdugo. Como Héctor. Como Damián. Como todos los que juramos destruir.

Tenía razón.

Pero también...

—Andrea dice que solo mata depredadores confirmados. Que documenta todo. Que actúa solo cuando sistema falla.

—Eso es lo que todos dicen. Héctor pensó que limpiaba sociedad de mujeres débiles. Damián pensó que ayudaba esposas inestables. Todos se justifican.

—¿Entonces no testifico?

—No dije eso. Dije que entiendas lo que estás apoyando. Si testificas por Andrea, estableces que asesinato serial está justificado bajo circunstancias correctas.

—¿Y si lo está?

Carla me miró durante largo momento.

—Entonces nos convertimos en lo que destruimos. Y ciclo nunca termina.

Salí de su oficina. Caminé por pasillos de fundación. Mujeres en sesiones de terapia. En clases de capacitación. En grupos de apoyo.

Todas construyendo vidas nuevas. Sin violencia. Sin venganza. Con justicia imperfecta pero legal.

Eso era lo que ofrecíamos. Alternativa.

Andrea rechazó alternativa. Eligió camino que conocía. Que entendía. Que dominaba.

Y ahora pagaba precio.

Como yo pagué el mío.

Pero.

Pero también salvó tres vidas potencialmente. Detuvo tres depredadores que sistema legal liberó.

¿Eso valía quince años de prisión?

No sabía.

Esa noche llamé a Leticia.

—¿Testificarás? —preguntó sin preámbulo.

—¿Cómo sabes...?

—Andrea me contactó también. Quiere que la represente. Rechacé.

—¿Por qué?

—Porque su caso es indefendible. Tres asesinatos premeditados. Sin atenuantes de coacción. Sin red que exponer. Solo... justicia vigilante.

—Pero depredadores que mató eran culpables.

—Probablemente. Pero eso no le da derecho de matarlos. Tenemos sistema legal por razón.

—Sistema que falla constantemente.

—Sí. Y trabajamos para arreglarlo. No para reemplazarlo con ejecuciones extrajudiciales.

Suspiré.

—¿Entonces qué hago?

—Decides qué tipo de precedente quieres establecer. Para fundación. Para sobrevivientes que ayudas. Para futuro.

—No es decisión fácil.

—Nunca lo es.

Colgué.

Me senté en apartamento. Diez años después de salir de prisión. Vida reconstruida. Carrera en fundación. Propósito real.

Todo construido sobre asesinato de Damián. Sobre cinco años pagados. Sobre redención imperfecta.

Y ahora Andrea me pedía validar su camino. Su elección. Su violencia.

Como yo quise que otros validaran la mía.

El móvil vibró. Mensaje.

No de Andrea. No de Carla. No de nadie que conociera.

Número desconocido. Por última vez probablemente.

"Mónica. No testifiques por Andrea. Si lo haces, destruyes todo lo que construiste. Todo lo que representas.

Deja que pague precio. Como tú pagaste. Como todos debemos pagar. - E."

Elena. Después de diez años. Todavía observando. Todavía manipulando. Todavía creyendo que sabía mejor.

Borré el mensaje.

Tomé decisión.

Dos semanas después me senté en sala de tribunal. No como acusada esta vez. Como testigo.

Andrea me miraba desde mesa de defensa. Su abogada —no Leticia, alguien más joven, más idealista— me había citado.

Fiscal me llamó al estrado primero. Establecer credibilidad.

—Señorita Durán. ¿Es cierto que fue condenada por asesinato de Damián Molina hace quince años?

—Sí.

—¿Cumplió sentencia completa?

—Cinco años. Con libertad condicional después.

—¿Y ahora trabaja en Fundación Natalia Vidal?

—Sí. Como directora de casos especiales.

—¿Qué hace exactamente?

—Ayudo a víctimas de abuso médico. Proporciono recursos legales. Alternativas a violencia.

—¿Alternativas a violencia? ¿Puede elaborar?

—Muchas víctimas consideran venganza. Mi trabajo es mostrarles que hay otro camino. Justicia legal. Terapia. Reconstrucción.

—¿Siempre funciona?

—No. Pero funciona suficientemente.

Fiscal asintió.

—¿Entonces no apoya violencia como respuesta a injusticia?

Pausa. Pregunta trampa. Cualquier respuesta me incriminaba.

—Apoyo justicia. Preferiblemente legal. Pero entiendo por qué algunas personas sienten que no tienen otra opción.

—¿Como usted sintió?

—Sí.

—¿Y ahora? ¿Se arrepiente?

Miré a Andrea. Después al jurado. Después de regreso al fiscal.

—Me arrepiento de que mi hermana murió de todas formas. De que cinco años de mi vida se perdieron. De que acción violenta tuvo consecuencias que no preví.

—¿Pero no se arrepiente del asesinato mismo?

—Me arrepiento de que fue necesario. Desearía que no lo hubiera sido.

—Pero lo hizo de todas formas.

—Sí.

Fiscal volvió a su mesa. Victoria parcial. Estableció que yo entendía arrepentimiento. Que elegí camino que no repetiría.

Abogada defensora de Andrea se levantó.

—Señorita Durán. ¿Su hermana Andrea fue víctima de misma red que usted combatió?

—Sí.

—¿Sufrió internamiento ilegal? ¿Abuso médico? ¿Trauma prolongado?

—Sí.

—¿Y cuando salió, intentó reintegrarse normalmente?

—Según ella, sí.

—¿Pero no pudo?

—Según ella, el trauma la cambió. Hizo difícil funcionar sin... estructura. Control. Propósito.

—¿Propósito como el que usted encontró en fundación?

—Similar. Pero diferente.

—¿Cómo diferente?

—Yo elegí construir. Ella eligió destruir.

Murmullos en sala. Juez golpeó mazo.

Abogada continuó.

—¿Pero ambas eligieron actuar cuando sistema falló?

—Sí.

—¿Entonces cuál es diferencia entre ustedes?

Miré a Andrea directamente.

—Yo maté una vez. Desesperadamente. Y pasé quince años viviendo con consecuencias. Andrea mató tres veces. Sistemáticamente. Y solo se arrepiente de ser atrapada.

Andrea no reaccionó. Solo me observaba.

—¿Cómo sabe que no se arrepiente genuinamente?

—Porque si se arrepintiera, habría venido a fundación. Habría pedido ayuda. Habría usado recursos que construimos específicamente para prevenir esto.

—¿Y si creyó que recursos no eran suficientes?

—Entonces debió trabajar para mejorarlos. No para reemplazarlos con justicia vigilante.

Abogada me miró durante largo momento. Después:

—Sin más preguntas.

Bajé del estrado. Salí de sala antes de que Andrea pudiera hablarme.

Afuera, Carla esperaba.

—¿Cómo te sientes?

—Como traidora. Como hipócrita. Como todo lo que no quiero ser.

—Dijiste verdad. Eso es lo único que podías hacer.

—¿Y si condeno a Andrea por hacer exactamente lo que yo hice?

—Tú mataste una vez. Bajo coacción extrema. Con hermana como rehén. Andrea mató tres veces. Por elección. Con alternativas disponibles.

—¿Pero la diferencia es suficiente? ¿Moralmente?

Carla no respondió.

Porque no había respuesta correcta.

El jurado deliberó durante dos días.

Veredicto: culpable de tres cargos de homicidio voluntario. No asesinato primer grado. Reconocieron circunstancias atenuantes parciales.

Sentencia: doce años. Elegible para libertad condicional en ocho.

Menos que los quince que abogada predijo. Más que los cinco que yo cumplí.

Andrea recibió sentencia sin expresión. Sin lágrimas. Sin sorpresa.

Después, mientras la sacaban, se detuvo junto a mí.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por decir verdad. Por no mentir para salvarme. Por mostrarme que diferencia entre nosotras es real.

—¿Eso te ayuda?

—Me da algo en qué pensar. Durante ocho años. Quizás más.

Se fue.

Yo me quedé con Carla. Con Isabel. Con Laura que había venido para apoyo moral.

—¿Y ahora? —preguntó Isabel.

—Ahora continuamos. Fundación. Trabajo. Ayudando a que próxima persona no elija violencia.

—¿Y si eligen de todas formas? —preguntó Laura.

—Entonces al menos sabemos que intentamos. Que ofrecimos alternativa. Que no todos los caminos llevan a prisión.

Salimos de tribunal. A ciudad que continuaba indiferente. A vida que seguía moviéndose.

Diez años después de matar a Damián.

Quince años después de que Andrea fuera internada.

Cuarenta y tres años después de que Héctor comenzara su red.

¿Terminó finalmente?

No.

Nunca terminaría completamente. Siempre habría otro depredador. Otro sistema corrupto. Otra víctima eligiendo venganza sobre justicia.

Pero.

Pero había alternativa ahora. Imperfecta. Insuficiente a veces. Pero real.

Y eso...

Eso tenía que ser suficiente.

Para vivir con lo que hice.

Para honrar a quienes murieron.

Para continuar ayudando a quienes sobrevivieron.

Un día. Un caso. Una decisión a la vez.

Hasta que el mundo cambiara.

O hasta que muriera intentándolo.

Lo que viniera primero.

El móvil vibró por última vez.

No Elena. No Andrea. No amenaza.

Solo Carla.

"Reunión de fundación mañana. Nuevo caso. Urgente. ¿Vienes?"

"Siempre."

Guardé móvil.

Miré ciudad. Llena de secretos. Llena de horror. Llena de gente necesitando ayuda.

Y yo...

Yo estaría ahí.

No como asesina. No como vengadora. No como jueza.

Como sobreviviente que eligió construir en lugar de destruir.

Como hermana que fracasó salvando a Andrea pero salvaría a próxima.

Como mujer que pagó precio de violencia y se aseguraría de que otros supieran costo completo antes de elegir mismo camino.

Imperfecta. Hipócrita a veces. Pero viva.